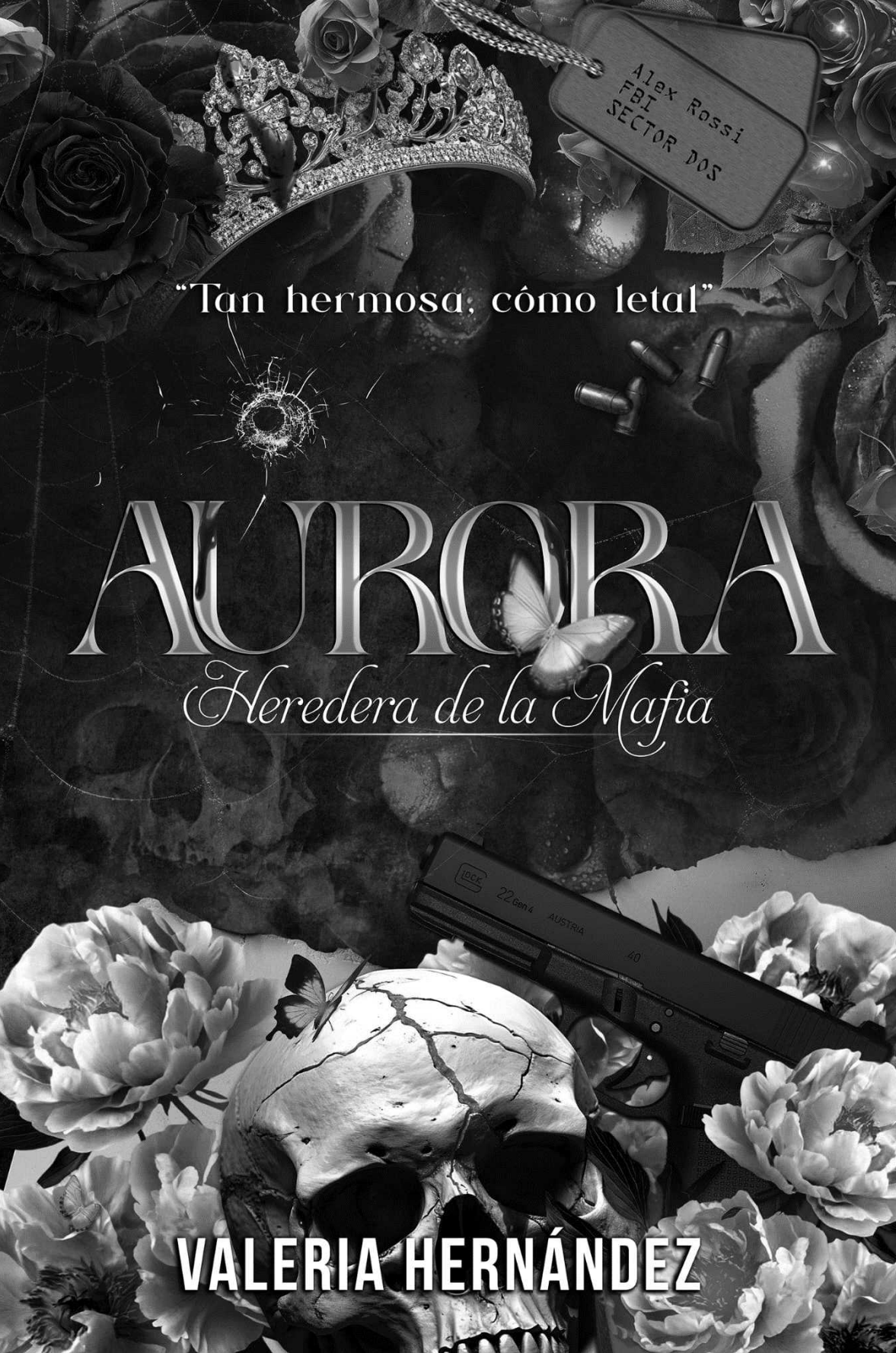

Alex Rossi
FBI
SECTOR DOS
"Tan hermosa, cómo letal"
AURORA
Heredera de la Mafia
VALERIA HERNÁNDEZ

AURORA: HEREDERA DE LA MAFIA
©2025 Valeria Hernández
Reservados todos los derechos.
Primera edición: febrero 2025
Uruguay

Editado y corregido por: Sophie Lam
Maqueta e ilustración de cubierta: Luce Monzant G.
Diseño y maquetación: Sophie Lam.

ISBN:
Sello: Independently published

Todos los derechos reservados:
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su trasmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia
Los elementos gráficos y vectores usados en esta maquetación son de: Generador de imágenes de Microsoft Designer y Flaticon.com

Para todas aquellas mujeres que alguna vez se han sentido subestimadas por el simple hecho de ser mujer. Jamás permitas que los límites ajenos definan tu fortaleza.

Advertencia:
este libro incluye contenido que puede
herir la sensibilidad, escenas de maltrato
y contenido sexual explícito

"Ella es la diosa de la lujuria, encarnada en el cuerpo de una mujer."



Rinaldi

NOTA IMPORTANTE

Este libro forma parte de la saga *Almas Corrompidas,*
una serie que explora los rincones más oscuros del alma humana.
Aunque pertenece a un universo narrativo más amplio, puede
leerse de manera independiente sin necesidad de conocer
los títulos anteriores.
La historia contiene contenido explícito que aborda temas
sensibles como el abuso, la prostitución, la trata de personas,
la violencia gráfica y escenas sexuales detalladas.
Es importante aclarar que esta obra no busca romantizar,
justificar ni exonerar las actitudes o acciones de los personajes.
Las situaciones narradas reflejan realidades duras y complejas,
con el propósito de cuestionar, no de glorificar.
Si en algún momento mientras lees sientes que el contenido
afecta tu bienestar emocional o mental, recuerda que tu salud
siempre debe ser la prioridad. No dudes en abandonar
la lectura si lo consideras necesario. Tu bienestar está por
encima de cualquier historia



PREFACIO

AURORA

La noche ha caído, y en medio de la tormenta, los rayos iluminan el cielo. Levanto la vista justo cuando un relámpago destella en la oscuridad, tiñéndolo todo de blanco por un breve instante. El viento helado y la lluvia azotan mi rostro magullado, mientras avanzo con pasos apresurados por el bosque que conduce a la mansión.

Solo un poco más... ya casi.

Sigo caminando, aunque el dolor en mis pies es insoportable, y maldigo internamente por estar usando tacones. La sangre brota sin cesar de la herida en mi abdomen y de mi pierna lacerada, empapando mi ropa. Siento que la cabeza me va a estallar en cualquier momento.

Un disparo resuena tras mi espalda, obligándome a detenerme en seco. Una voz masculina me llama con urgencia, y mi cuerpo reacciona antes que mi mente, haciéndome girar con el corazón desbocado.

—¡Aurora! ¡Detente ahí o no respondo! —advierte el hombre que me apunta con su arma. Lo recorro con la mirada de pies a cabeza, sintiendo un escalofrío recorrerme la espina dorsal.

—¡Tú! ¿Por qué? —pregunto, confundida, con la respiración entrecortada.

—Lo siento, solo sigo órdenes —se excusa con frialdad, aprovechando mi consternación para avanzar con pasos calculados.

Rápidamente llevo la mano a mi espalda y saco mi arma, apuntándole sin vacilar al pecho.

—¡Eres un maldito traidor! —gruño, con el dedo en el gatillo.

Sus ojos se abren de par en par, y sus cejas se elevan con asombro.

—Tú no me matarás, Aurora —afirma con seguridad y da un paso hacia mí.

No le doy oportunidad de dar el segundo. Aprieto el gatillo sin dudarlo, maldiciendo en voz baja cuando la bala no sale.



El infeliz sonríe de medio lado y sigue avanzando, obligándome a retroceder hasta que mi espalda choca contra el tronco de un árbol.

Nuestros ojos se encuentran en un cruce de miradas cargadas de tensión. Él saca una jeringa de su bolsillo y mi aliento se corta de inmediato.

—Lo siento mucho, Aurora. No quiero hacer esto, me agradas... pero no tengo opción —murmura con voz tensa mientras se acerca aún más.

Intento moverme, pero mis piernas ceden y caigo sobre una rodilla. Él aprovecha mi debilidad y me agarra del brazo con brusquedad.

Forcejeo con todas mis fuerzas, pero es inútil. Siento la aguja perforar mi piel y, al instante, un ardor insoportable se extiende por mi brazo, entumeciendo todo un lado de mi cuerpo. Quiero seguir peleando, quiero seguir moviéndome, pero he perdido demasiada sangre. Apenas si puedo mantenerme consciente.

Él se aparta y mira a su alrededor, como si temiera que alguien llegase. Estoy consciente de cada uno de sus movimientos, pero mi cuerpo no responde. No sé qué demonios me inyectó, pero apenas logro sostener la consciencia.

Cuando mete la mano en la parte trasera de su pantalón y saca unas esposas, sé que el tiempo se me agota. Sin embargo, justo cuando da un paso hacia mí, un gruñido gutural lo congela en su sitio.

El sonido de unas pisadas se mezcla con el retumbar de la tormenta, y una sonrisa se dibuja en mis labios ensangrentados al reconocer el gruñido del animal.

El enorme cuerpo de Cerbero emerge de entre la oscuridad con su pelaje platinado erizado. Se coloca a mi lado con un gesto amenazante, sus patas firmes sobre la tierra húmeda. Sus ojos resplandecen con fiereza mientras camina lento, sin apartar la vista del hombre, quien retrocede aterrado.

—¿Qué diablos es eso? —balbucea, con la voz temblorosa, llevando la mano al cinturón en busca de su arma.

—Nada… solo mi bebé —murmuro con dificultad.

El hombre maldice y apunta su pistola a la cabeza del lobo. Aprieta repetidamente el gatillo, pero el disparo nunca llega. Con lentitud, levanto la mano, dejando que vea el cargador que le quité durante nuestro forcejeo.

Cerbero gruñe con más intensidad, mostrando los colmillos. Una espesa baba gotea de su boca mientras se interpone entre ambos. Me aferro al tronco del árbol y, con esfuerzo, logro ponerme de pie.

El hombre me mira con el pánico reflejado en su rostro cuando una sonrisa arrogante curva mis labios. Una sonrisa teñida de sangre.

Sé muy bien lo que va a pasar ahora.

—¿Cómo lo hiciste? ¡Maldita bruja! —grita con desesperación.

Llevo un dedo a mis labios, indicándole que guarde silencio. Cerbero, cada vez más furioso, avanza un paso.

—Espera, no puedes... —intenta hablar, pero no le doy tiempo.

—Cerbero… ¡atrápalo! —ordeno.

El lobo se abalanza sobre él con una ferocidad devastadora. Los gritos del traidor se ahogan bajo los sonidos de la carne desgarrándose y los huesos crujiendo.

Exhalo un suspiro pesado y me dejo caer contra el tronco del árbol. La sangre sigue brotando de mi abdomen. Con manos temblorosas, hurgo en el bolsillo de mi chaqueta y saco mi celular. La visión se me nubla, pero consigo marcar el número en marcación rápida.

Al segundo tono, una voz responde al otro lado de la línea.

—¿Hola? —pregunta, pero su tono cambia de inmediato—. ¿¡Hola!? ¿Aurora?

—Sebas… —mi voz es apenas un susurro trémulo antes de que el mundo a mi alrededor se desmorone.

Mi cuerpo pierde fuerza y caigo pesadamente sobre el suelo húmedo. Parpadeo, aturdida, y justo antes de que la inconsciencia me consuma, unas botas negras de combate se detienen a mi lado.

Intento levantar la cabeza, enfocar la mirada, pero es inútil.

Una silueta se inclina ante mí. Lo último que veo es un rostro cubierto por un pasamontañas negro y un par de ojos azules que me observan fijamente antes de que unas manos firmes me alcen en brazos.

Mi cabeza se apoya contra su pecho, y poco a poco, el sonido de los disparos se vuelve un eco lejano a medida que me hundo en la oscuridad.



1

AURORA

Ajusté las botas y me até la chaqueta de cuero negro antes de tomar las llaves de mi motocicleta y el casco. Al mismo tiempo, agarré el rifle de asalto que descansaba sobre la cama.

Al salir de mi habitación, me encontré con Sebastián apoyado contra el marco de la puerta, observándome en silencio. No dijo nada cuando pasé a su lado, solo me siguió de cerca por el pasillo.

—¿Van a salir, muchachos? —la voz de mi tío Lorenzo resonó desde la biblioteca.

—Sí —respondí con simpleza, sin detenerme.

Él arqueó una ceja y dejó escapar una sonrisa cuando notó el rifle cruzado en mi espalda.

—Bien… Que se diviertan y no se metan en muchos problemas.

Rodé los ojos y seguí mi camino, pero antes de llegar a la puerta, su voz volvió a llamarnos.

—¡Oigan, chicos!

Me detuve y giré sobre mis talones.

—¿Han visto a Iván? No lo veo desde ayer y no responde su teléfono.

Negué con la cabeza, fingiendo indiferencia.

—Supe que tenía una cita con una pelirroja anoche —murmuré, encogiéndome de hombros—. Quizás… ya sabes… se quedó "dormido".

Dibujé comillas en el aire con los dedos mientras mi tío bufaba, rodando los ojos.

—Sí, bueno… Si lo ven, díganle que lo estoy buscando.

No respondí. Me di la vuelta y salí de la casa con Sebastián pisándome los talones.

—¿No le dirás? —preguntó él, mirándome de reojo.

—¿Para qué? ¡Armarían todo un alboroto!

Me monté en mi motocicleta y encajé el casco en la cabeza. No iba a decirle a mi tío que su hijo de diecisiete años se había metido en un lío con las pandillas de la Calle 19 tras apostar el auto de su padre en una carrera clandestina. Mucho menos que, después de perder la carrera y negarse a entregar el vehículo, lo tenían secuestrado en una de las bodegas donde distribuían su mercancía.

Maldita sea.

Eso me pasaba por haber permitido que Iván me acompañara. Mi primo tenía un talento especial para atraer problemas con esa boca que se gastaba. Por eso lo prefería sumido en su laptop, donde al menos se mantenía callado. No tenía idea de qué intentaba demostrar con esto, pero ahora Sebastián y yo éramos quienes teníamos que limpiar el desastre.

Pero como dice papá… familia es familia.

—¿En serio vas a usar la Ducati? —Sebastián arqueó una ceja.

—A menos que pienses ir en helicóptero, sí.

—Creí que la idea era no llamar la atención —se quejó.

Chasqueé la lengua. Tenía razón. Una chica sobre una motocicleta imponente, con un rifle cruzado en la espalda, llamaría demasiado la atención.

—¡Bien! —murmuré de mala gana, alejándome de la moto.

Me dirigí al Audi negro de Sebastián, quien no tardó en tomar el asiento del conductor mientras yo me acomodaba en el del copiloto.

Pocos minutos después, nos adentramos en las calles de Nueva York. A esa hora de la tarde, solían estar infestadas de gente, pero a medida que nos acercábamos a la zona marginal, la ciudad parecía vaciarse. Los peatones desaparecían poco a poco, hasta que solo quedaban indigentes y delincuentes merodeando en busca de su próxima víctima.

—Sí, claro… porque traer tu exclusivo deportivo aquí es mucho más discreto —solté con ironía, señalando con la cabeza a los pandilleros que no dejaban de observar el coche.

Sebastián no respondió, pero estacionó en la parte trasera de una fábrica de embutidos abandonada. Bajé del vehículo con el rifle en la mano.

—Tú espera aquí y no apagues el motor. No tardo.

Mi hermano recorrió la zona con la mirada, su expresión se volvió analítica. No le gustaba recibir órdenes, pero por alguna razón,

asintió. Me alejé, pegando la espalda contra la pared hasta llegar a una oxidada puerta metálica. Tanteé el pestillo y empujé con cuidado.

Novatos…

Una vez dentro, avanzo con pasos lentos y cautelosos por un estrecho pasillo. Me detengo detrás de unas enormes cajas de madera al escuchar las voces que resuenan al otro lado.

—¡Malditos idiotas! ¿Creyeron que podían robarme a mí? ¡Soy el puto dueño de estas calles!

La voz áspera y colérica de un hombre retumba en el lugar. Lo observo a través de una rendija entre las cajas: está de pie, furioso, vociferando a otro sujeto que permanece sentado frente a una mesa de madera. Sobre la superficie, varios paquetes de polvo blanco esperan ser embalados. Cocaína, sin duda.

Reviso el lugar con la mirada, buscando lo que vine a buscar. Entrecierro los ojos cuando finalmente lo encuentro. Iván está atado a una silla de madera dentro de una enorme jaula que parece un canil para perros. Está empapado, pero, a simple vista, fuera de algunos moretones, parece estar bien.

O al menos eso aparenta. Su expresión es serena, y golpea el pie contra el suelo con un ritmo constante, como si reprodujera una melodía en su cabeza.

Dirijo la vista al segundo piso. Sobre uno de los andamios, dos sujetos fuman despreocupados mientras uno sostiene un teléfono en la mano.

Bien, son solo cuatro.

Preparo el rifle y apunto primero a los dos de arriba. Aprieto el gatillo dos veces y los disparos impactan de lleno en sus pechos. Sus cuerpos caen pesadamente al suelo. Los hombres de la mesa reaccionan de inmediato: uno saca un arma y dispara en mi dirección, pero me cubro detrás de los cajones antes de devolver el fuego.

Uno cae al instante. El otro intenta huir, corriendo hacia la puerta. No le doy oportunidad. Justo antes de que cruce el umbral, disparo. La bala se incrusta en su espalda y se desploma.

Camino hacia mi primo, quien sonríe desde su asiento, aún atado.

—Te habías tardado. ¿Papá ya se volvió loco? —pregunta con sorna.

Pongo los ojos en blanco mientras abro el pasador de la jaula.

—¡Será mejor que cierres la boca, Iván! —lo regaño.

Él ríe y niega con la cabeza, pero su expresión cambia repentinamente. Antes de que pueda girarme, siento el cañón de un arma presionando la parte trasera de mi cabeza.

—¿Pero qué tenemos aquí? —gruñe una voz áspera a mi espalda.

Bufo, molesta, y levanto las manos por encima de la cabeza, sosteniendo el rifle en señal de rendición.

—¡Ponlo en el piso! —ordena el hombre tras de mí.

Me inclino despacio, arqueando las caderas hacia atrás, dándole una vista privilegiada de mi trasero. Levanto la cabeza y le guiño un ojo a Iván.

Dejo el rifle en el suelo y, como lo esperaba, siento la palmada contra mi trasero.

Sonrío para mis adentros. Definitivamente voy a disfrutar esto.

Aprovechando su distracción, levanto la pierna en un movimiento veloz, giro sobre mi otro pie y le pateo la mano, haciéndole soltar el arma. Retrocede con una maldición, su mirada encendida de ira clavándose en la mía. Es enorme, fácilmente me saca tres cabezas de altura, pero eso jamás me ha intimidado.

Como dice el tío Adriano: «Cuanto más grande es el adversario, más ruido hace al caer».

Me lanzo sobre él, golpeándolo en las costillas con una patada. Intenta contraatacar con los puños, pero soy más rápida. Esquivo su embestida y le asesto dos golpes certeros: uno en la nariz y otro en la mandíbula. Retrocede tambaleándose.

Saca una navaja y la blande con destreza, lanzándome una estocada. Esquivo ágilmente. Ser pequeña juega a mi favor. Cuando intenta otro ataque, le propino una patada directa en la entrepierna. Su cuerpo se desploma de rodillas con un gruñido ahogado.

No le doy tiempo de reaccionar. Me lanzo sobre él y lo atrapo en una llave con mi brazo. Se sacude, forcejea, pero ya es tarde. Llevo una mano a la navaja atada a mi tobillo y, con un movimiento preciso, la hundo en su yugular.

El maldito cae, ahogándose en su propia sangre.

Me apresuro a soltar a Iván, quien me mira fascinado, como si acabase de presenciar la octava maravilla del mundo.

—¡Diablos, Aurora! Tienes que enseñarme ese movimiento —dice, más emocionado de lo que debería.

Lo agarro de la ropa y lo jalo con brusquedad. Pero él se detiene frente a la mesa donde están los paquetes de cocaína.

—¿Qué diablos haces? ¡Camina! —gruño, tirando de él. Antes de salir, tomo la pistola sobre la mesa.

Tan pronto cruzamos la puerta, frunzo el ceño al ver a Sebastián caminando en nuestra dirección. Estoy a punto de reclamarle por no haberse quedado donde le ordené, pero las luces intermitentes y el sonido de una sirena policial me obligan a reaccionar.

Lanzo a Iván sobre mi hermano, quien lo atrapa antes de que se estrelle contra el suelo.

Abro fuego contra el automóvil policial que se detiene frente a nosotros.

—¡Fuera! ¡Lárguense de aquí! —ordeno, mientras sigo disparando a los dos oficiales que bajan del vehículo y se cubren con las puertas abiertas, devolviendo los disparos.

Mi hermano y mi primo obedecen y echan a correr. Yo hago lo mismo en dirección opuesta, con uno de los oficiales persiguiéndome.

A lo lejos, diviso un callejón y me sumerjo en él, disparando a ciegas hasta que el gatillo deja de responder.

—¡Mierda! —murmuro, sacando el cargador. Tal como lo temía.

No quedan balas.

Me pego contra un contenedor de basura, conteniendo la respiración mientras escucho los pasos acercarse. Espero. Segundos después, el sonido se aleja.

Suelto un suspiro y me incorporo lentamente, moviéndome en dirección a una malla rota por la que podría escapar.

Pero entonces, el clic metálico de un seguro deslizándose me hace detenerme en seco.

No otra vez…

—¡Alto! ¡Policía! —La voz a mi espalda es firme—. ¡Levanta las manos!

Suspiro y obedezco, alzando las manos en el aire.

—¡Voltéate… lento!

Me giro despacio, y mis ojos se encuentran con los suyos. Me sorprende ver que no parece mayor que yo. Quizás incluso tenga un par de años menos. Demasiado joven para ser policía.

Me despoja del arma sin dejar de apuntarme. Sus ojos recorren mi cuerpo con evidente nerviosismo.

Es adorable.

Le dedico una sonrisa coqueta y noto cómo traga saliva cuando doy un paso hacia él.

Aun así, me sigue apuntando.

—¿Estoy en problemas, oficial? —pregunto con voz inocente.

Pasa la lengua por sus labios, visiblemente tenso. Sigo su mirada hasta mi escote, donde un botón perdido deja ver más de lo debido.

Hombres…

Sonrío y avanzo otro paso.

—¿Le gusta lo que ve, oficial? —murmuro con un tono sugerente.

Su mirada vacila.

Cuando baja la vista para tomar las esposas de su cinturón, aprovecho la distracción.

En un parpadeo, le arrebato el arma y le apunto.

Él levanta las manos.

Mi mirada cambia de inocente a salvaje.

Lo recorro con los ojos y sonrío.

Es bastante atractivo.

Le quito las esposas de las manos con un movimiento ágil y coloco una en su muñeca derecha, asegurando la otra a la reja de la ventana junto a nosotros. Me acerco sin dejar de apuntarle y, con una media sonrisa en los labios, rozo los suyos con un beso fugaz, apenas un susurro de contacto antes de apartarme lentamente.

Retrocedo con calma, sosteniendo la pistola firme en mis manos, observando cómo el chico permanece inmóvil, con la mirada atrapada en la mía, como si aún no procesara lo que acaba de ocurrir. Sus labios entreabiertos y la confusión reflejada en su rostro me divierten.

Cuando estoy a una distancia segura, le dedico una sonrisa juguetona y le guiño un ojo antes de girarme sobre mis talones y salir corriendo del callejón.

La adrenalina bombea con fuerza en mis venas mientras recorro varios metros, perdiéndome entre las sombras de una calle aún más oscura. El sonido de mis propios pasos es lo único que escucho hasta que un auto negro se detiene bruscamente frente a mí, interrumpiendo mi escape.

La puerta del copiloto se abre de golpe y la voz de mi hermano resuena desde el interior del vehículo.

—¡Aurora! ¡Por aquí! —grita.

No lo dudo ni un segundo. Salto dentro del auto justo antes de que las ruedas chirríen contra el asfalto, dejando atrás el callejón y todo rastro de mi presencia.

2

ALEX

Giro sobre mi espalda y extiendo la mano hacia la mesita de noche para tomar mi celular. Son las cinco de la madrugada. Apago la alarma antes de que suene y, a pesar de haber dormido menos de tres horas, me pongo de pie para alistarme para el trabajo.

Dormir más de tres horas seguidas es un privilegio que no tengo desde la muerte de mis padres. He intentado de todo: pastillas, ejercicio, incluso sexo. Nada funciona. Mi cerebro simplemente no tolera más de tres o cuatro horas de sueño por noche. Con el tiempo, me acostumbré.

Descalzo, camino sobre el frío de la cerámica hasta el baño. Me quito el bóxer y me meto bajo el agua helada, dejando que resbale sobre mi piel marcada por la tinta de los tatuajes. El escalofrío inicial se disipa rápido, y la sensación refrescante me ayuda a despejar la mente. Cuando termino, me visto con una camiseta negra básica y unos jeans del mismo color. Me cuelgo la cadena con la placa que me identifica como agente del FBI y me dirijo a la cocina.

Enciendo la cafetera y, tras cinco minutos, el café está en su punto exacto. Lo bebo de pie, junto al fregadero, mientras leo el resumen de las noticias en mi celular. Una vez termino, lavo la taza, la guardo en su sitio y echo un vistazo alrededor, asegurándome por tercera vez de que todo está en orden.

Algunos lo llaman TOC (Trastorno Obsesivo Compulsivo). Yo lo llamo simplemente orden.

Tomo las llaves del auto, activo el sistema de seguridad con mi clave y salgo rumbo al estacionamiento.

El edificio de más de veinte pisos y ventanas espejadas me recibe a las seis de la mañana. Bajo de mi BMW y me dirijo al ascensor.

Apenas pongo un pie en la oficina, me encuentro con la mirada molesta de Tomás. Desvía los ojos de su escritorio hacia la oficina del capitán y luego vuelve a mí al notarme. Se levanta de inmediato, deteniéndome antes de que llegue a la puerta.

—¿A dónde vas? No quieres entrar ahí. Créeme. El capitán está de un humor infernal.

El sonido de algo rompiéndose dentro de la oficina, seguido del gruñido furioso del capitán, me hace arquear una ceja. Desvío la mirada nuevamente hacia la puerta.

—¿Qué carajos pasó?

—¿Es que nunca te enteras de nada? —me reprocha Tomás mientras nos apartamos para dejar pasar a la secretaria, que cruza a toda prisa con una enorme caja de cartón en brazos, dirigiéndose hacia la oficina donde los alaridos no cesan—. ¿Recuerdas la operación Mar Rojo?

Asiento con la cabeza.

—La de la calle 19, sí. ¿Qué pasa con eso?

—Bueno… todo se fue al carajo. Parece que alguien se nos adelantó.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que "alguien se nos adelantó"?

El jefe me había prometido ponerme a cargo de ese operativo. Si lograba atrapar al cabecilla de la pandilla que distribuía esa mierda en las escuelas, obtendría el ascenso que tanto he esperado. Si la operación se jodió, yo también me jodí.

Aparto a Tomás y me zafo cuando intenta sujetarme del brazo. Camino directo hacia la oficina del capitán y entro sin anunciarme.

—Rossi… no estoy de humor —ladra en cuanto me ve.

Lo ignoro y cierro la puerta tras de mí antes de tomar asiento frente a su escritorio.

—¿Quién fue? —pregunto, clavándole la mirada.

El capitán suelta un bufido cansado y se deja caer en su silla con desgano. Luce desalineado y exhausto. Su camisa blanca tiene los dos primeros botones desabrochados y su respiración está agitada. Esta vez sí que lo jodieron.

—No lo sabemos. Encontraron una hora más tarde al oficial que persiguió a uno de ellos… esposado a una ventana en un callejón, a tres cuadras del lugar. Ya mandé por él.

—¿Cree que tuvo algo que ver?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Ya no se puede confiar en la lealtad de nadie en estos días.

Unos golpes en la puerta nos interrumpen.

—¡Adelante! —ordena Miller.

Giro la cabeza y veo entrar a un muchacho que no parece tener más de diecinueve años. Sostiene su gorra policial con ambas manos y la aprieta con nerviosismo. Sus ojos van del capitán a mí, con una expresión de temor evidente.

—Oficial John Davis, reportándose, mi capitán —se identifica con la voz temblorosa.

Medio sonrío al notar su postura rígida y la gota de sudor que recorre su sien. Grita novato por todos lados. No es de extrañar que la haya cagado.

—¿Quiere explicarme, oficial Davis, cómo carajos es posible que un hombre descargó un cargador entero de una 9 mm en una patrulla, dejó a su compañero en estado crítico y lo desarmó para esposarlo a una ventana haya logrado escapar? —hace una pausa antes de agregar con sarcasmo—. Oh, sí… y usando sus propias malditas esposas.

El chico traga saliva con dificultad.

—Es que… ese es el asunto, capitán —farfulla—. No fue un hombre.

Frunzo el ceño, ahora más interesado.

—Explícate.

Davis se remueve incómodo antes de hablar.

—Recibimos el aviso de disparos en una de las fábricas abandonadas de la calle 19. Cuando llegamos, una chica salió con un tipo bastante golpeado, otro sujeto apareció y, sin darnos tiempo a reaccionar, ella comenzó a dispararnos. Los otros dos huyeron y yo la perseguí, pero ella…

—¿Ella qué? —El capitán se exaspera.

—Ella… —suspira—. Era diferente, parecía un ángel. Nunca pensé que…

Lo dice con la mirada perdida y un ligero sonrojo en el rostro.

No jodas.

—¿Me está diciendo, oficial Davis, que simplemente se dejó engatusar por una zorra como un maldito imbécil? —gruñe el jefe.

El chico se pone pálido. Apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que el capitán lo eche de la oficina a punta de gritos y maldiciones, reiterándole que hasta aquí ha llegado su carrera policial.

—Quiero que te encargues. Barre toda la maldita ciudad si es necesario, pero quiero a esa mujer aquí, esposada y tras las rejas.



Han pasado dos malditos días desde que Miller me ordenó encontrar a la misteriosa mujer que acabó con el cabecilla de la calle 19. No a los otros dos que la acompañaban. He recorrido toda la jodida ciudad y nadie sabe nada… o no quieren hablar. Lo que me hace pensar que no son cualquier cosa.

Salgo hacia mi coche, pero me detengo al ver a Tomás apoyado contra el capó, con una sonrisa de suficiencia en el rostro.

—No me interesa —digo antes de que pueda abrir la boca, sacando las llaves del bolsillo.

—¡Ni siquiera sabes qué iba a decir!

Lo ignoro y abro la puerta del auto, pero su mano la bloquea antes de que pueda entrar.

—Vamos… solo un trago. Han sido unos días de mierda. Lo necesitas tanto como yo.

Lo miro con ganas de mandarlo al carajo, pero en su lugar, asiento con la cabeza.

—¿A dónde?

—Al club Blood Hell.

Niego con la cabeza mientras mi boca se curva en una sonrisa ladina.

El sonido de la música y el parpadeo de las luces nos reciben en cuanto ponemos un pie dentro del club. La atmósfera está cargada de humo y deseo. Sobre la tarima, las mujeres se contonean al ritmo de la música mientras los espectadores las devoran con la mirada. Algunas personas están en las mesas de apuestas, inmersas en su propio mundo de adrenalina y codicia, mientras que otras beben y fuman con aire despreocupado, recostadas en los lujosos sofás de cuero rojo que rodean las mesas repletas de botellas de licor.

Paseo la vista por el lugar y me dirijo a la barra, acompañado de mi compañero, quien no pierde la oportunidad de sonreír a cada mujer que pasa a su lado, moviéndose al ritmo de la música mientras se abre paso entre la multitud.

—¡Dos cervezas! —ordeno al barman, un tipo de brazos tatuados que asiente con la cabeza antes de darse la vuelta para buscar lo que pedí.

—¡Diablos! ¿Has visto lo que es esto? —exclama mi compañero, señalando con entusiasmo un grupo de mujeres que bailan al otro lado de la pista—. ¡Está infestado de mujeres calientes!

Tomo la cerveza que me entrega el barman y me apoyo contra la barra. Cuando mi chaqueta se abre, mi mirada se desliza instintivamente hacia mi pecho, y un escalofrío de alarma me recorre al ver que aún llevo la placa colgada del cuello.

«Mierda».

Con rapidez, la arranco y la guardo en el bolsillo de mis pantalones. Si alguien aquí nos identifica como agentes, probablemente no lleguemos a la puerta antes de estar tendidos sobre un charco de sangre. Este no es un lugar para policías. Aquí se congrega toda la basura de la ciudad: pandilleros, narcotraficantes, ladrones de alta gama y mafiosos. Todos reunidos en el mismo sitio, alardeando de la impunidad que disfrutan al tener a media policía de Nueva York en sus bolsillos.

Pido otra cerveza y me giro hacia mi compañero para preguntarle si quiere otra, pero frunzo el ceño al verlo con la mirada fija en un punto a la distancia. Sigo la dirección de sus ojos hasta una joven de cabello castaño que conversa con un hombre. Él parece insistir en algo, pero ella niega con la cabeza. La expresión de su rostro delata incomodidad, aunque el tipo finalmente se aparta con evidente molestia.

La chica se gira y camina en nuestra dirección, sin percatarse de que mi compañero no le quita la vista de encima. Ni siquiera cuando ella se detiene a su lado y pide algo al barman, quien asiente antes de desaparecer tras la barra.

—¿Te estaban molestando, bonita? —pregunta Tomás con su típico tono engatusador.

Ella suspira, como si la conversación ya la abrumara, y niega tímidamente con la cabeza antes de apartar la mirada. Pero Tomás no se da por vencido e insiste en buscar su atención, inclinándose apenas hacia ella.

—Me llamo Tomás —se presenta, extendiéndole la mano.

La chica duda por un instante, pero finalmente la toma con una leve sonrisa, cargada de inocencia.

—Samanta. Pero mis amigos me llaman Sam.

—¿Puedo invitarte una cerveza, Sam? —pregunta él, encantador.

Lo codeo, indicándole que la deje en paz. «Es demasiado joven para él».

—Lo siento, yo no bebo —responde ella, alzando la botella de agua que le acaba de entregar el barman.

Luego se da la vuelta y se marcha por donde vino.

—¡Diablos! ¿Viste qué belleza de mujer? —Tomás sonríe de oreja a oreja, con la mirada perdida en la dirección en la que desapareció Sam—. ¡Con una así sí me casaría!

Blanqueo los ojos y sigo bebiendo mi cerveza. Apenas me acomodo cuando una mujer rubia se posa a mi lado, recorriéndome con la mirada de manera descarada. Le sonrío de lado, correspondiendo su evaluación visual. Cuando sus dedos se deslizan con sutileza sobre mi brazo en una caricia coqueta, inclino el rostro hacia ella. Su aliento roza mi oído cuando susurra una invitación a un lugar más privado. Estoy a punto de aceptar cuando escucho a Tomás soltar una maldición y marcharse apresurado.

Por un instante lo pierdo de vista, pero enseguida lo localizo entre la multitud.

«Maldición».

Aparto a la rubia y dejo mi cerveza sobre la barra antes de abrirme paso a toda prisa. Tomás avanza decidido en dirección a Samanta, quien forcejea para liberarse del agarre de aquel sujeto de antes. Me apresuro, intentando alcanzarlos antes de que mi compañero haga una escena, pero es demasiado tarde.

Tomás se mete en medio de ambos y empuja al tipo lejos de ella. El hombre, borracho y testarudo, no retrocede; en su lugar, le lanza un golpe a Tomás, quien lo esquiva con facilidad antes de devolverle el ataque.

Samanta intenta intervenir, pero la aparto con el brazo. Sus manos temblorosas se posan sobre sus labios y sus ojos, abiertos de par en par, no se despegan de los dos hombres peleando frente a nosotros. Sin embargo, la pelea no dura mucho. Tomás somete al idiota sin dificultad, y el sujeto, con la nariz cubierta de sangre, se marcha entre maldiciones.

Mi compañero se pasa el dorso de la mano por el labio, limpiando un hilo de sangre, y sonríe satisfecho. Samanta se acerca enseguida, preguntándole si está bien mientras le agradece repetidas veces.

Bufando, me doy la vuelta para marcharme, sintiéndome completamente fuera de lugar. Pero una voz femenina a mi espalda me detiene.

—¡Dios! ¿Sam, estás bien? Lo siento, me distraje en el tocador.

Me giro y encuentro a una mujer de cabello negro que examina a su amiga con preocupación. Al alzar la vista, sus ojos se encuentran con los míos.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

Su mirada es intensa, de un gris hipnótico, enmarcada por espesas pestañas negras que la hacen parecer una diosa celestial. Sin disimulo, recorre mi cuerpo con la misma fascinación con la que yo examino el suyo. Su vestido plateado de tirantes se ajusta a sus curvas y apenas le cubre los muslos.

Casi hipnotizado por su belleza arrolladora, me acerco.

—Gracias por ayudar a mi prima —dice, extendiéndome la mano con amabilidad—. Me llamo Aurora.

Tomo su mano de inmediato.

—Alex.

Me sonríe con cortesía.

—Bien, Alex, pidan lo que quieran, yo invito —dice, señalando la barra antes de girarse para marcharse.

Pero su movimiento es interrumpido de golpe.

Choca de frente contra el torso de un hombre que bloquea su paso. Confundida, lleva los dedos a la punta de su nariz, masajeándola tras el impacto. Alza la mirada, y la diferencia de estatura entre ambos se hace evidente.

El tipo la sujeta de la muñeca y le susurra algo al oído.

Por un instante, pienso que se trata de su novio, pero cuando ella se suelta con molestia, descarto la idea.

El borracho que Tomás golpeó regresa con otro sujeto más, quien respalda al tipo que intenta aferrar a Aurora del brazo.

Ella se empuja para soltarse, pero él no la deja ir del todo.

Y si hay algo que me jode en esta vida, son los abusivos.

Una rabia irracional se apodera de mí.

Saco la pistola de mi cinturón y avanzo, colocando el cañón directamente sobre la frente del hombre.

—Suéltala —ordeno con frialdad.

—¿Sabes quién diablos soy? —me escupe con furia.

Estoy a punto de responderle que me importa una mierda quién sea, pero una voz brama tras mi espalda, cargada de furia.

—¡Lo que serás es un jodido hombre muerto si no quitas tus asquerosas garras de mi hermana!

El hombre desvía la mirada hacia la chica que aún sujeta del brazo y la observa con más atención, como si apenas se diera cuenta de a quién tiene frente a él. De un momento a otro, su expresión cambia drásticamente. Es como si hubiera visto al mismísimo demonio. La suelta de inmediato y maldice por lo bajo, como si tocarla hubiera sido el peor pecado que pudiera cometer.

Ella, en cambio, simplemente sonríe y se aparta, sobándose la muñeca con indiferencia.

—¡Lo lamento, Sebastián! Creo que bebí de más y…

No termina la frase.

Bajo el arma en el mismo instante en que el tal Sebastián pasa a mi lado y, sin previo aviso, le propina un golpe directo al rostro del otro hombre. El impacto lo hace caer de bruces al suelo, pero no le da tiempo de reaccionar. Apenas intenta incorporarse cuando Sebastián le asesta una patada que lo hace girar sobre su propio cuerpo. Aún tambaleante, el tipo trata de levantarse otra vez, pero Sebastián lo remata con un rodillazo en la boca, enviándolo de espaldas mientras un chorro de sangre comienza a manar de sus labios, empapándole la camisa.

—¡Toca a otro miembro de mi familia y te abro la garganta! — gruñe con fiereza.

Dos sujetos vestidos de traje se aproximan de inmediato, levantan al hombre herido de mala gana y lo arrastran fuera del lugar, junto con el otro tipo al que Tomás le había apuntado minutos antes.

Sebastián entonces se gira en mi dirección y me recorre de pies a cabeza con la mirada, evaluándome con desconfianza. Frunce el ceño apenas nuestros ojos se cruzan y es ahí cuando noto lo extraño de su mirada: tiene un ojo de un verde claro, casi amarillo, mientras que el otro es de un azul brillante e inquietante. La asimetría en su mirada le da un aire perturbador, a pesar de que no parece tener más de dieciocho o diecinueve años.

Le sostengo la mirada sin pestañear. Él, en respuesta, alza una ceja con indiferencia, asiente levemente en mi dirección y luego se vuelve hacia la chica de ojos grises, quien le sonríe con complicidad mientras se acerca para besarle la mejilla.

—¡Mi héroe! —se ríe ella, burlona.

Sebastián rueda los ojos con fastidio, pero no dice nada. Sin más, ambos se alejan, seguidos por la castaña que había estado con Tomás.

Justo antes de perderse entre la multitud, la pelinegra de ojos grises se gira y me lanza una última sonrisa sobre su hombro, colgada del brazo de su hermano.

—¡Dios, qué mujeres! —exclama Tomás, con la mirada fija en la misma dirección que la mía. Sin embargo, su atención no está en la pelinegra, sino en la castaña que camina a pasos apresurados delante del resto, como si necesitara escapar de allí cuanto antes.

—Sí… Bueno, algo me dice que a esos dos no se los llevaron de paseo precisamente —comenta Tomás, echando una mirada hacia la salida por donde sacaron a los hombres golpeados.

—Será mejor que nos larguemos si no quieres ser el siguiente —respondo sin apartar la vista del lugar.

Porque algo en el aire me dice que aquí, esta noche, aún no termina nada.



3

AURORA

—¿¡Qué hizo qué!?

El grito furioso de mi padre, que escucho desde el otro lado de la biblioteca, me hace voltear la cabeza en su dirección. Me pongo de pie y camino hacia su despacho. Desde la puerta lo observo caminar de un lado a otro, visiblemente alterado, hasta que se detiene frente a su escritorio.

—¡Me importa una mierda! Si tu hijo le pone un dedo encima a Sebastián, puedes ir preparando su maldito funeral —espeta con furia a través del teléfono, golpeando la mesa con la palma de su mano—. Yo me encargaré de mi hijo —afirma con dureza—, pero recuérdale a Oscar que no lo quiero cerca de Sebastián. ¡Y menos de Aurora! —advierte antes de soltar el teléfono de mala gana sobre el escritorio.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Qué ha hecho mi hermano ahora? —pregunto mientras me acerco.

Papá se deja caer en la silla y bufa molesto. Sus ojos grises, iguales a los míos, me observan con detenimiento antes de soltar un suspiro cansado. Su rostro, aunque todavía tenso, se relaja ligeramente antes de responder.

—Lo siento, principessa, no te escuché llegar.

—Te escuché gritar… ¿Qué hizo Sebastián?

—Oh… nada, solo la misma mierda de siempre. ¡Acaba de volarle el jodido auto al hijo de Liam Sullivan!

Alzo las cejas sorprendida.

—¿Pero por qué?

Mi hermano siempre ha sido… peculiar. Ha desarrollado una peligrosa fascinación por hacer volar cosas. No es una persona de muchas palabras y, al igual que nuestro padre, tampoco es el hombre más paciente del mundo. Pero incluso él sabe que algo en Sebastián nunca estuvo del todo bien.



—¿Alguna vez ha necesitado un motivo para ser así? —pregunta papá, negando con la cabeza.

—¡Algo hizo ese idiota para provocarlo! —afirmo, sentándome sobre la madera del escritorio.

—¡Tú no, Aurora! Necesito a alguien coherente por aquí —me reprende, alzando las palmas de sus manos.

Estoy a punto de replicar cuando el sonido de unos tacones resuena en la estancia. Sonrío al notar la mirada hipnotizada de mi padre dirigida hacia el umbral de la puerta. Mi madre entra en la habitación con varias carpetas en las manos, sus gafas sobre la cabeza y el cabello negro recogido en un moño desordenado.

Papá se levanta de inmediato y se acerca para ayudarla con los papeles. La forma en que la mira es completamente distinta a la de hace unos minutos. Es como si la mera presencia de mi madre fuera un sedante, capaz de calmar a la bestia que vive dentro de él.

En mis veinte años de vida, jamás he visto a mis padres discutir o alzarse la voz. Mi padre la idolatra de una manera casi divina, lo que me hace preguntarme si algún día alguien será capaz de mirarme como él la mira a ella.

—Ángel, llegas temprano —dice él, quitándole las carpetas de las manos.

—Sí, tuve una sesión corta con los chicos. Creo que estamos mejorando —responde con una sonrisa.

Mi madre es una de las psicólogas más prestigiosas de todo Nueva York. Se dedica a ayudar a adolescentes con "problemas de conducta" en escuelas públicas donde la salud mental es una prioridad olvidada por el Estado, eclipsada por problemas más graves, como las pandillas que rondan la zona, vendiendo su basura a los jóvenes o reclutándolos para sus propios intereses.

Papá intentó persuadirla para que no trabajara allí, pero cuando a Amelia D'Angelo se le mete algo en la cabeza, nada ni nadie logra hacerla cambiar de opinión. Ni siquiera el mismo Diablo. ¿Por qué? Sencillo: lo tiene comiendo de su mano.

Desvío la mirada hacia la puerta cuando Sebastián aparece con su andar despreocupado y las manos en los bolsillos. Su mirada se cruza con la mía, y niego con la cabeza para advertirle que se largue, pero él ignora mi gesto y entra en la biblioteca como si nada. O al menos lo intenta, porque en cuanto papá lo ve, se abalanza sobre él, tomándolo por la chaqueta y estampándolo contra la estantería.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Quieres provocar una maldita guerra con los irlandeses o qué demonios te ocurre? —le espeta, furioso, a pocos centímetros de su rostro.

Sebastián alza el mentón con su habitual desafío.

—¡Me importa un carajo! Si quieren guerra, se les dará guerra. ¡Porque lo volvería a hacer! Es más… tal vez la próxima vez le rompa el cuello a ese hijo de perra.

Los músculos de papá se tensan mientras le clava una mirada asesina.

—Cariño… por favor —interviene mamá, apoyando una mano en el brazo de mi padre—. Sebas debe tener una explicación para lo que está ocurriendo.

Papá respira hondo antes de soltarlo de mala gana.

—Sí… adelante. ¡Explícale a tu madre por qué demonios llenaste de C4 y volaste el auto del hijo de Liam Sullivan!

—¿Eso es verdad? ¿Lo hiciste? —pregunta ella con voz suave.

Casi sonrío al notar cómo siempre intenta ver a Sebastián solo como un niño travieso.

—¡Se lo merecía! —responde él, alisando el cuero de su chaqueta con las manos.

—¿Y puedes explicarme por qué?

Mi ceño se frunce cuando Sebastián evita su mirada y, por un instante, dirige sus ojos hacia mí antes de responder:

—Tiene una boca demasiado grande.

Papá masculla algo mientras revisa su teléfono y luego me mira.

—Bien… como tu hermano es un jodido inestable que no puede controlar su temperamento, tú te harás cargo de las carreras en la zona sur hasta que tu tío Adriano regrese de Italia. Mañana llegarán nuevos competidores y necesito a alguien con todos sus sentidos para ocuparse de esto —ordena, señalándome con el dedo.

Desvío la mirada hacia Sebastián, quien, aunque no dice nada, delata su molestia con la mandíbula tensa. Sin pronunciar una palabra, se gira y sale de la habitación dando un portazo.

—¡Sebas! Cariño, eso no es lo que quiso decir tu padre, espera… —intenta detenerlo mamá, pero él ya ha desaparecido. Ella suspira, agotada.

—Principessa… —me llama papá.

Me giro hacia él sin ocultar la molestia en mi rostro.

—Sé que estás enfadada, pero nos ha costado años y sangre lograr una tregua con los irlandeses. Apoyaron a tu madre en el pasado y Sebastián no puede…

—Lo entiendo, papá. Las treguas son importantes. Sé las consecuencias de vivir en este mundo.

—Cariño… —me llama mamá con un tono pesado.

Me detengo en el umbral de la puerta y los observo por encima del hombro.

—Oscar hizo algo para molestar a Sebastián. ¡Todos saben que el irlandés es un idiota! Pero Sebas no reacciona a menos que alguien lo provoque. ¡Conozco a mi hermano mejor que nadie!

Dicho esto, salgo tras él.

ALEX

—¡Rossi!

La voz del capitán resuena desde la puerta de su oficina. Levanto la vista de inmediato y me pongo de pie en cuanto hace un gesto con la mano, indicándome que me acerque.

Camino con pasos firmes hacia la pequeña oficina de mi jefe y, al entrar, cierro la puerta tras de mí. Él está reclinado en su silla, con los dedos entrelazados sobre una carpeta amarilla que tiene la palabra CLASIFICADO estampada en la portada.

—Siéntate —ordena, señalando la silla frente a su escritorio.

Obedezco sin titubear. Apenas me acomodo, toma la carpeta y la arroja sobre la mesa, indicándome con la mirada que la abra. Deslizo la tapa y me encuentro con la imagen de un hombre de entre cuarenta y cinco y cincuenta años, vestido con un impecable traje negro. En la fotografía, está subiendo a un coche del mismo color. Paso las páginas, y mi expresión se endurece cuando encuentro más imágenes de la misma persona, pero con al menos veinte años menos.

En una de ellas, aparece sin camisa, cubierto de sangre, emergiendo de una jaula metálica, de las mismas que se utilizan en el bajo mundo para peleas clandestinas. Mis dedos se tensan sobre los bordes del papel mientras continúo hojeando el archivo. Cada imagen es peor que la anterior. Hay una en la que le está propinando

una golpiza brutal a un hombre, otra en la que sostiene un arma, y luego…

Mis músculos se tensan al ver la siguiente fotografía.

Un joven de cabellos rubios, no mayor de veinte años, yace en el suelo, su cuerpo destrozado por impactos de bala. Su rostro, apenas reconocible entre la sangre y los hematomas, refleja el horror de su último aliento.

Jodidos animales.

Mis manos aprietan la carpeta con fuerza, conteniendo la rabia y la impotencia que me genera la imagen del chico acribillado en el pavimento.

—Cassiano Rinaldi —dice el capitán con tono grave—. Jefe de la mafia italiana y ahora líder absoluto de toda la mafia en Europa. Su organización es la más grande hasta el momento, a excepción de la rusa. Aunque, según mis fuentes, opera desde aquí.

Levanto la vista y lo miro fijamente. Mi respiración es pesada, mi mente intenta procesar la información mientras mis ojos vuelven a las páginas, repasando cada detalle.

—Matteo Medina —continúa el capitán, señalando la imagen del joven asesinado—. Hijo del respetado y condecorado jefe de policía de Marbella, España. Fue brutalmente golpeado en un callejón de una apartada ciudad de Italia. Después de sufrir múltiples fracturas y lesiones, lo remataron con un cargador completo de una 9mm en el pecho.

Paso la página y otra fotografía aparece. Un hombre de semblante serio, vestido con uniforme policial.

—José Medina —añade mi jefe—. Jefe de policía de Marbella, padre del chico. También está muerto.

Sigo avanzando en el informe y las imágenes continúan. La lista es interminable. Cuerpos calcinados, cuellos desgarrados, ejecuciones con un solo disparo en la cabeza… asesinatos fríos y sistemáticos, todos ligados a Rinaldi.

Aprieto la mandíbula.

—¿Qué tiene esto que ver con lo ocurrido con los hermanos Red? —pregunto con el ceño fruncido.

El capitán suspira, como si llevara el peso del caso sobre los hombros.

—Hemos recibido información anónima detallada que indica que la mafia italiana es responsable de lo que ocurrió en la calle 19.

Alzo una ceja, escudriñándolo con la mirada.

—¿El caso sigue siendo mío?

Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—El caso es tuyo, Alexander —afirma con convicción—. Pero la misión ha cambiado. No será sencillo y te necesito completamente centrado.

Mis músculos se tensan. Lo que viene no será una simple investigación, y lo sé.

—Tu misión es infiltrarte entre ellos —continúa con voz firme—. Rinaldi no es un idiota, no será fácil ganarse su confianza. Si te descubren, estás muerto.

Asiento con la mandíbula apretada. Sé lo que está en juego.

—Pero si todo sale bien… si logras atraparlo y meterlo tras las rejas, serás recompensado. Tu ascenso será inmediato y, quién sabe, quizás dentro de poco seas tú quien esté sentado detrás de este escritorio. Tal y como lo soñaba tu padre.

Su mirada es desafiante. Quiere ver si dudo, si titubeo. Pero no lo hago. He esperado una oportunidad como esta por años.

—¿Cómo lo haremos? —pregunto sin vacilar.

El capitán me extiende otra carpeta.

La tomo y la abro.

Por un instante, todo a mi alrededor se desvanece.

Unos enormes ojos grises me miran desde la fotografía, hipnotizantes, intensos. La imagen muestra a una joven de cabello negro azabache, con una sonrisa radiante en el rostro. Está sentada sobre el tronco caído de un árbol, frente a un lago, el sol reflejándose en su piel como si la naturaleza misma conspirara para hacerla resplandecer.

Es ella…

Mi respiración se agita de forma imperceptible.

—Aurora Rinaldi —anuncia el capitán, con un deje de ironía en la voz—. La princesa de la mafia italiana. Hija primogénita del diablo.

Cierro la carpeta con lentitud, pero mis ojos se niegan a apartarse de su imagen. Esa extraña y cálida sensación en el pecho se intensifica. No es la primera vez que la veo. Lo supe en el momento en que supe su nombre.

El club.

El vestido que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel.

El instinto asesino que despertó en mí cuando otro hombre la tocó.

Trago en seco y mantengo mi expresión imperturbable.

—¿Qué debo hacer con ella?

El capitán se encoge de hombros.

—No me importa cómo lo hagas. Fóllatela, llévala al cine, cómprale flores, un maldito perro… lo que sea que haga que esté comiendo de tu mano.

Mi mandíbula se tensa, pero sigo escuchando.

—Ella es tu boleto para encarcelar al diablo… y tu pase directo al éxito en tu carrera.

Mi mirada vuelve a la fotografía.

Ojos grises.

Un peligro que no quiero admitir.

El capitán no se equivoca. Aurora Rinaldi es la llave que necesito, el acceso directo al mundo de su padre.

Pero algo en mi interior me dice que este juego será más peligroso de lo que cualquiera de nosotros imagina.

—¿Puedes con esto, Rossi?

Mi jefe me observa con una ceja alzada. Aparto la mirada de la imagen y me pongo de pie, sosteniendo la carpeta con firmeza.

Le devuelvo una mirada fría y determinada.

—Por supuesto que puedo. Vaya preparando mi nueva placa.


TOP SECRET
CONFIDENTIAL
TOP SECRET
CONFIDENTIAL
TOP SECRET
CONFIDENTIAL
ALDI
SEBASTIAN RINALD
AURORA



4

AURORA

—¿Entonces me lo dirás o no? —pregunto, golpeando con el codo el brazo de Sebas, que camina a mi lado mientras nos adentramos en las pistas de la parte sur de Nueva York.

Papá dijo que yo me encargara, nunca mencionó que él no podía acompañarme.

—¡Ya te dije que no fue nada!

—¿Nada? —Me planto frente a él—. Hiciste estallar su auto, que vale millones… ¿y me dirás que fue por nada? —Alzo una ceja.

Bufa, llevándose la mano al puente de la nariz. Solo le faltan unos días para cumplir diecinueve años y parece más viejo que mi padre con ese mal humor que se carga.

—¡Lo hice porque se me dio la gana! No me agrada Sullivan, eso es todo.

Miente, lo sé. Asiento con aparente indiferencia.

—Bien… ya que tú no me lo dirás, tendré que preguntarle directamente a Oscar. —Me doy media vuelta en dirección a mi motocicleta.

—¡Bien! ¡Tú ganas! —masculla entre dientes.

Sonrío y giro nuevamente hacia él.

—Te lo diré, pero si enloqueces, te encadenaré al sótano —me amenaza, frunciendo el ceño.

—¿Así de malo fue? —pregunto, sorprendida.

Aparta la mirada antes de hablar.

—Escuché a Oscar decir que Liam pedirá tu mano en matrimonio en su nombre a nuestro padre. Y que, cuando se case contigo, te sacará de la organización. Dijo que el lugar de una mujer era complaciendo a su marido y que no toleraría que su esposa fuera una puta que se la pasa rodeada de hombres.

Tensa la mandíbula, pero no más que yo. Mis cejas se alzan hasta el cielo mientras la rabia me calienta la sangre en las venas.

—¿Cuánto C4 se necesita para volar su apartamento? —pregunto con frialdad.

Sebas frunce el ceño.

—¡Déjalo! De todos modos, papá les dijo que se fueran a la mierda y que no te daría en matrimonio, ni a él ni a nadie.

—¿Papá lo sabía? —Estoy asombrada.

—¡Claro que sí! Liam Sullivan ha insistido con eso desde hace más de un mes. Malditos idiotas… ¿piensan que aún estamos en la maldita Edad Media o qué mierda les pasa? Pedir tu mano… qué idiotez —gruñe con disgusto.

Eso me hace reír. Sebas no es celoso, o eso creo, pero sí es sobreprotector.

—De todas formas, vete con cuidado, Oscar no es de fiar —advierte, aunque ya lo sé—. Aunque, si se casaba contigo, probablemente no pasaría ni la noche de bodas. Apuesto a que acabaría con un balazo en la frente incluso antes de llegar al altar.

Se burla y me arranca una carcajada. Estoy a punto de responder, pero un sujeto calvo, con un enorme tatuaje de dragón en la cabeza, me interrumpe.

—Los muchachos de allá dicen que tú eres quien está a cargo —dice con voz grave.

Me encojo de hombros.

—Supongo que, si ellos lo dicen, así debe ser.

El tipo asiente.

—Bien. Mi colega de allí quiere competir.

Señala a un hombre con chaqueta de cuero y botas negras, recostado sobre su motocicleta. Lleva el casco puesto y nos observa en silencio.

—¡Son dos mil grandes para entrar a la carrera! —anuncio sin rodeos, sin apartar la vista del misterioso corredor.

—El dinero no es problema, pero solo correrá contra los mejores.

Me entrega un fajo de billetes y desvío la mirada hacia el desconocido.

—¿Vienen a mis territorios a exigir cosas? —indago, alzando una ceja.

El sujeto frente a mí levanta el mentón antes de negar con la cabeza.

—Por supuesto que no. El chico es bueno, supongo que está confiado.

Vuelvo a mirar al extraño, que sigue recostado en su motocicleta sin dejar de observarme.

Contra los mejores, eh…

—Bien. —Asiento y extiendo la mano para tomar el dinero que me ofrece.

Saco los guantes de cuero del bolsillo trasero de mis pantalones mientras camino hacia mi Ducati.

—¡Aurora…! —advierte mi hermano cuando me coloco los guantes.

—¿Qué? ¡Él dijo los mejores! —lo interrumpo con fingida inocencia—. Y eso es lo que tendrá.

Me monto en la motocicleta y, con el casco en el brazo, me aproximo a la línea de salida. El chico misterioso sigue sin quitarse el casco, pero asiente en mi dirección cuando llega a su posición. Le dedico una de mis sonrisas falsas.

Me recojo el cabello en un torniquete bajo y me coloco el casco. Los motores rugen en advertencia y sacudo la cabeza.

Hombres… siempre queriendo ser el centro de atención.

Miro por encima del hombro hacia donde Sebas nos observa con los brazos cruzados, negando con la cabeza, resignado.

Una chica se para frente a nosotros y alza la pistola de bengalas. La cuenta regresiva comienza.

—Tres… —Ajusto mi mano en el acelerador.

—Dos… —El motor de mi motocicleta ruge.

—¡Uno!

El disparo da inicio a la carrera.

La calle al frente está despejada, y soy yo quien va en la delantera. Varias motocicletas me siguen de cerca, pero ninguna logra alcanzarme mientras avanzo entre dos enormes tanques con fuego.

Miro por el espejo retrovisor y sonrío al ver que he dejado atrás al misterioso competidor, pero la sonrisa se me borra cuando noto que se aproxima. Pasa por el mismo sitio por donde acabo de pasar.

Es bueno… pero yo soy mejor.

Con un rápido movimiento, comienzo a zigzaguear frente a él, obligándolo a disminuir la velocidad y manteniéndolo atrás. Acelero y sonrío cuando lo veo chocar contra una pila de cartones al intentar rebasarme sin éxito.

Aun así, logra mantener el equilibrio y sigue tras de mí. Acelera, pero sigo siendo más rápida y vuelvo a colocarme delante. Le muestro el dedo medio antes de dejarlo atrás a toda velocidad.

Solo una vuelta más…

Giro y me inclino al tomar una curva. Sin embargo, mi ceño se frunce al ver a otro corredor con un casco blanco acercándose peligrosamente.

Intento el mismo zigzagueo de antes, pero esta vez fallo.

El muy bastardo estira la pierna y me lanza una patada en la parte trasera de la motocicleta, haciéndola tambalear.

Mierda…

Intento recuperar el equilibrio, pero el desgraciado se coloca a mi otro lado. Saca un arma y me apunta.

Dispara, pero falla cuando, desde mi espalda, el misterioso competidor le responde con una ráfaga de balas. El atacante pierde el control por un instante, y su arma cae al pavimento.

Aun así, parece empeñado en acabar conmigo. Acelera y se acerca, pateando nuevamente la parte trasera de mi motocicleta.

Y, pese a que intento evadir el golpe, no lo consigo. Pierdo por completo el control del vehículo cuando caigo y soy arrastrada por el asfalto. El impacto me sacude entera, desgarrando mi piel con la fricción mientras mi cuerpo choca contra el suelo sin piedad. La velocidad me impulsa hacia adelante hasta que mi espalda y mi cabeza golpean contra una enorme pila de maderas y cartones bajo el puente. El dolor estalla en mi cráneo como una descarga eléctrica, pero no tengo tiempo de reaccionar.

Mi motocicleta sale disparada hacia adelante, girando sin control, hasta chocar brutalmente contra otra que acaba de rebasarme. El estruendo del metal impactando se mezcla con el rugido de los motores y el sonido seco de un cuerpo saliendo despedido por la fuerza del impacto. Un grito se ahoga en mi garganta cuando veo al piloto volar por el aire antes de desaparecer de mi vista.

Disparos.

El estruendo de los proyectiles me hace girar la cabeza hacia donde se dirigió el motociclista del casco blanco. Varias motos pasan a toda velocidad a mi lado, persiguiéndolo con fiereza mientras abren fuego, intentando que no escape. Todo sucede demasiado rápido, en un caos de luces, sombras y pólvora.

El sonido de un motor deteniéndose me hace parpadear. Trato de incorporarme, pero mis piernas ceden y caigo nuevamente al suelo. Un mareo feroz nubla mi visión, y llevo una mano a mi cabeza cuando una punzada de dolor me obliga a apretar los ojos. Siento la tibieza del líquido deslizándose por un costado de mi rostro, y cuando llevo los dedos a la sien, un escalofrío me recorre al verlos teñidos de rojo.

Sangre.

Un par de botas negras aparece en mi campo de visión. Me quito el casco con torpeza, aturdida, y levanto la mirada. Mi aliento se queda atrapado en mi garganta al encontrarme con los ojos del hombre que acaba de salvarme la vida.

El desconocido se agacha frente a mí y extiende una mano, sujetándome de la muñeca cuando intento ponerme de pie.

—¡No te levantes! Podrías tener una contusión —advierte con firmeza, guardando su arma antes de quitarse el casco.

El mundo a mi alrededor parece desacelerarse cuando su rostro queda al descubierto. Mi respiración se entrecorta al instante.

Ojos azules.

Cabello castaño despeinado cayendo sobre su frente.

Un ceño fruncido con preocupación que, de alguna manera, lo hace ver aún más atractivo.

El chico del club.

Mi mente tarda unos segundos en procesarlo. Él me observa con la misma intensidad, sacando un pañuelo del bolsillo de su chaqueta para presionarlo contra la herida de mi cabeza, conteniendo el sangrado. Su tacto es firme pero cuidadoso, y aunque debería apartar la mirada, no puedo. Sus ojos parecen... parecen tan profundos como un mar infinito, atrapándome en una marea desconocida.

—Te conozco, tú...

—¡Demonios, Aurora! ¿Estás bien?

La voz de mi hermano me saca de mi trance de golpe. Giro el rostro en su dirección justo cuando él se arrodilla a mi lado, examinándome de pies a cabeza con el ceño fruncido. La preocupación en su mirada es palpable, y de inmediato siento el peso de la realidad regresando con fuerza.



5

AURORA

El sonido de unas voces lejanas me llega desde algún lugar, filtrándose en mi mente como un eco distante. Me muevo ligeramente sobre la superficie acolchonada donde descanso y, al notar que estoy acostada, abro los ojos de golpe.

—¿Pero qué…?

Parpadeo confundida y recorro con la mirada la habitación blanca e impoluta en la que me encuentro. Un hospital. Instintivamente, llevo la mano a la venda en mi cabeza mientras trato de encajar las piezas sueltas en mi memoria. ¿Cómo diablos llegué aquí?

Las imágenes llegan poco a poco, invadiendo mi mente como una tormenta. Recuerdo el disparo desde una motocicleta, la caída, el golpe seco contra el pavimento. Luego, la mirada desesperada de mi hermano y… un par de ojos azules. Son lo último que vi antes de perder el conocimiento.

El murmullo en el pasillo no cesa. Bajo los pies de la camilla, aún aturdida, decidida a salir de aquí y descubrir qué demonios está pasando. Quiero saber si atraparon al bastardo que me disparó. Apenas doy un par de pasos cuando la puerta se abre de golpe, dejándome a medio camino.

Mi madre entra y, al verme de pie, sus ojos se agrandan antes de envolverme en un abrazo tan apretado que por un momento me falta el aire. Luego se aparta, examinándome con alivio, hasta que su expresión se torna en una mirada reprobatoria.

—¿Qué haces de pie, cariño? —me reprende con firmeza.

—Estoy bien, mamá, no te preocupes.

—Vamos, vuelve a la cama. —Me toma del brazo, tratando de guiarme de regreso a la camilla, pero mi atención está en la voz que, del otro lado de la puerta, no para de soltar maldiciones.

Me aparto de mi madre y camino hacia la salida, aunque ella intenta detenerme.

—¡Es mi hija la que está en una puta cama de hospital! ¡Haz tu maldito trabajo, pedazo de mierda! No me importa cómo lo hagas, pero quiero la cabeza de ese hijo de puta. O la cabeza que rodará será la tuya.

La ira en la voz de mi padre es inconfundible. Sostiene el teléfono con fuerza y, al notar mi presencia, se gira bruscamente, clavando su mirada en mí.

—¿Lo atraparon? —pregunto con frialdad.

Su expresión cambia al instante.

—Principessa, ¿qué haces levantada? —guarda el teléfono y camina hacia mí.

—¡Estoy bien! —le aseguro, notando la preocupación en su rostro—. ¿Lo atraparon? —insisto.

—¡Lo haremos! —afirma con una seguridad inquebrantable.

Sigo sin entender cómo terminé aquí ni qué hacen mis padres en el hospital.

—¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Y qué hacen ustedes aquí?

Román, la mano derecha de mi padre, se acerca con gesto serio.

—Sebastián nos dijo lo que pasó —explica—. Matt está ocupado con unos asuntos fuera, pero ya envié por él. Volverá de inmediato. —Hace una pausa antes de añadir—: Estamos trabajando para dar con el bastardo. Parece que tu amigo logró herirlo. Encontramos manchas de sangre no muy lejos de donde abandonó la motocicleta.

Mi atención se desvía hacia el chico de ojos azules, sentado detrás de mi padre. Tiene los codos apoyados sobre las rodillas y su mirada analítica se mantiene fija en mí y en quienes nos rodean.

—¡Él no es mi amigo! —respondo con desdén, fulminándolo con la mirada—. Es solo uno de los nuevos pilotos.

El idiota no parece darse cuenta del peligro en el que se ha metido al estar aquí.

Mi padre lo observa con calma, luego vuelve su mirada hacia mí.

—Pero te salvó la vida.

Asiento con molestia. No me gusta admitir que alguien tuvo que salvarme el pellejo, pero es la verdad.

Papá me acaricia la mejilla antes de girarse y encaminarse hacia el chico, quien, al notar su presencia, se pone de pie de inmediato. Su cuerpo se mantiene firme, sin rastro de nerviosismo. Mi padre lo estudia con detenimiento y, para mi horror, el idiota le sostiene la mirada.

—¿Tu nombre? —inquiere mi padre con voz grave.

—Alex —responde con simpleza.

—Acabas de salvarle la vida a mi hija.

Alex desvía su mirada hacia mí por un instante, luego asiente con lentitud, volviendo a fijar sus ojos en mi padre.

Pero él aún no lo suelta. Sujeta su mano con fuerza, y noto cómo las venas sobresalen en su piel. Alex no retrocede, mantiene la presión del apretón y levanta el mentón con un aire desafiante.

—¿Eres policía, Alex?

La pregunta me toma por sorpresa. Parpadeo atónita, viendo cómo mi padre presiona uno de sus dedos sobre el pulso del chico.

Alex baja la mirada a su muñeca, comprendiendo lo que está haciendo.

—No —responde con tranquilidad—. ¿Y usted?

La respuesta es tan cínica que casi me hace reír, si no fuera porque temo que le rompan el cuello.

Tras un tenso silencio, mi padre esboza una media sonrisa y finalmente lo suelta.

—Estoy en deuda contigo. Y no me gusta deber favores. Así que… pide lo que quieras y me encargaré de que sea tuyo.

La tensión en el pasillo es palpable. Desvío la mirada hacia mi hermano, quien observa la escena sin demasiada preocupación, apoyado contra la pared con los brazos cruzados.

—Una cena —dice Alex de repente.

Giro bruscamente la cabeza en su dirección. ¿En serio? Pudiendo pedir cualquier cosa, ¿pide una cena?

Papá alza una ceja con incredulidad.

—¿Una cena? ¿Eso es todo?

Alex asiente y, para mi pavor, añade:

—Con ella.

El silencio se apodera del pasillo. La tierra podría tragarme en este instante y lo agradecería.

Papá da un paso amenazante hacia el chico, pero Alex no se mueve, sosteniéndole la mirada.

—Una cena… con mi hija… —murmura con un tono peligroso—. ¿Sabes qué pasó con el último hombre que pidió su mano?

De reojo, veo la sonrisa de mi hermano, recordando, sin duda, cómo hicieron estallar el auto de Oscar Sullivan.

—No pedí su mano —responde Alex con calma—. Solo una cena.

Dios, cállate. Solo estás empeorando todo.

Los labios de mi padre se curvan en una sonrisa peligrosa.

—¿Y qué te hace pensar que mi hija estaba incluida en mi oferta?

—Usted dijo "lo que quisiera". Fueron sus palabras, no las mías.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Quieres callarte ya? —mascullo entre dientes.

Antes de que la situación se agrave, mi madre interviene.

—Cariño… Adriano está al teléfono. Necesita hablar contigo.

Papá me lanza una última mirada antes de darse la vuelta y alejarse.

Aprovecho para sujetar el brazo de Alex y apartarlo de la vista de Román y mi hermano.

—¿Estás loco? —le espeto.

—Podría ser. ¿Por qué?

—¿Sabes quién es mi padre?

Se encoge de hombros y luego su mirada se desliza hasta la venda en mi cabeza.

—¿Duele?

Le aparto la mano con un manotazo.

—Te hice una pregunta.

—No me importa quién sea él. Me interesa más saber quién eres tú.

Por primera vez, me deja sin palabras.

—¿Y bien? ¿Qué dices? ¿Cenamos? —Insiste y sonrío mientras niego con la cabeza, atónita por su descaro.

—¿Si sabes que acaban de intentar matarme verdad? —pregunto enarcando una ceja.

—Lo noté.

Se inclina hacia mí, sus labios rozan mi oído y su aliento cálido eriza mi piel cuando susurra:

—Yo fui el caballero de brillante armadura que te salvó, ¿recuerdas, princesa?

No me interesa conocer a nadie, mucho menos hombres, no me apetece iniciar una relación con nadie ni tener citas, pero si digo que no, probablemente seguirá insistiendo y logrará que lo maten, lo que en realidad no sería mi problema. Pero no puedo pasar por alto el hecho de que acaba de salvarme la vida.

Lo miro con desconfianza mientras él me sonríe con arrogancia.

—Si digo que no, ¿seguirás insistiendo?

—Puedes apostar a que sí, princesa.
Ruedo los ojos.
—Bien…
Alex sonríe y me extiende su teléfono.
Cretino arrogante.



6

ALEX

Aparto la copa de vino y miro el reloj en mi muñeca. Desde mi sitio, donde llevo más de una hora sentado, vuelvo a dirigir la vista hacia la puerta por décima vez, observando cómo la gente entra y sale. Pero mi cita de esta noche aún no aparece.

—Señor, ¿desea ordenar ya? —pregunta el mozo, obteniendo la misma negativa que hace veinte minutos, cuando vino por segunda vez a indagar.

Saco el celular del bolsillo de mi chaqueta y reviso los mensajes, asegurándome de que los haya recibido.

Restaurante "Katherine", dirección: 41 W 35 St, Nueva York. Hora 20:00. No tardes, detesto esperar.

¡Anotado!

Ya debería estar aquí.

Marco su número, y la línea suena un par de veces. Aprieto el aparato en mi mano cuando, al tercer tono, responde. De fondo, escucho música alta, motores de motocicletas y risas.

—¿¡Qué!? —pregunta como si no me hubiera dejado plantado por más de una maldita hora.

—¿Qué? Que llevo más de una hora esperándote en el jodido restaurante y no has llegado —gruño, alzando un poco la voz, haciendo que la gente a mi alrededor me mire con curiosidad.

—Nunca dije que iría a ningún restaurante —responde con total simpleza. Aprieto los dientes, conteniendo las ganas de mandarla a la mierda.

No ha nacido la mujer que me haga un desplante.



—Te envié un mensaje con la hora y el lugar —le explico, pero la carcajada que suelta al otro lado del teléfono casi me revienta el tímpano.

—Sí, bueno... supongo que no sabes leer bien, porque recuerdo haber respondido con un "Anotado". Nunca dije que tenía tiempo para una cita hoy. Y ahora discúlpame, pero estoy ocupada.

La línea se queda en silencio antes de que pueda responder. Me pongo de pie, guardando el teléfono en el bolsillo de mis pantalones.

La maldita me cortó.

Dejo el dinero de la cuenta sobre la mesa, junto a las malditas flores que compré, y salgo conteniendo la rabia al notar cómo todos los comensales me observan mientras paso entre ellos camino a la salida.

Esa bruja…

Veinte minutos después, mi BMW negro atraviesa la barrera de seguridad, un camión con el logo de "TV por cable" donde un chico, que hace de guardia en caso de que llegue la policía, asiente al verme. Le muestro un fajo de billetes y me deja pasar sin problemas.

Estaciono justo al lado de la Ducati negra y roja de Aurora y recorro con la mirada el lugar, buscándola entre la multitud. No tardo en encontrarla. Está recostada sobre el capó de un Mustang rojo, riendo y charlando con varias personas a su alrededor.

De pronto, gira el rostro y su ceño se frunce levemente cuando nuestras miradas se cruzan, pero ni se inmuta. Simplemente desvía la vista y sigue hablando como si nada, alimentando aún más mi furia.

Camino a pasos firmes hacia ella, apartando sin miramientos a los idiotas que la rodean. Ninguno se atreve a protestar cuando ella asiente con la cabeza, permitiéndome acercarme.

—¡Teníamos un acuerdo! —la increpo con voz tensa.

—¡No! —se endereza y alza el mentón—. Tú me diste una orden —espeta, clavando un dedo en mi pecho—, y yo no sigo órdenes de nadie.

Nos sostenemos la mirada, el ambiente se carga de tensión. Estoy furioso, pero por breves instantes me pierdo en el brillo exótico de sus ojos. Un destello de desafío los ilumina, y algo en su expresión me atrapa, aunque el hechizo se rompe cuando vuelve a hablar.

—Así que… cuando quieras una cita, compórtate como un hombre de verdad y consíguela como es debido.

Se gira para marcharse, pero la sujeto por la muñeca y la jalo con brusquedad, haciéndola chocar de espaldas contra el coche. La enjaulo con mi cuerpo, dejándola sin escapatoria.

Sus ojos relampaguean con furia al verse inmovilizada. Mi pecho presiona el suyo, y mis ojos se deslizan lentamente hasta sus labios cuando los separa apenas para humedecerlos con la lengua. Un gesto simple, pero que da un sacudón directo a mi polla.

Mi boca casi roza la suya cuando acorto aún más la distancia y murmuro cerca de sus labios:

—¿Te pongo nerviosa, verdad?

Sonrío cuando ella frunce el ceño, pero su mirada baja por un breve segundo hasta mi boca.

—Dime, princesa, ¿así es como debía habértelo pedido?

—¡Por Dios! —se ríe con sorna—. ¿Esa frase la sacaste de una película? ¿De verdad crees que funciona? ¡Eres tan cliché! No eres diferente, Alex, eres como todos… un maldito orangután y un machista.

Escupe las palabras con seguridad, pero no se aparta. Desde esta cercanía, puedo apreciar mejor el tono gris casi plateado de sus ojos, enmarcados por largas pestañas negras. No es un gris común o apagado. No. Son como el color de la luna bajo la noche más oscura. Su piel, casi tan blanca como la porcelana, resalta sutilmente con algunas pequeñas pecas que adornan su nariz perfilada y aristocrática.

Trago saliva ante el extraño impulso de besarla. Ella vuelve a humedecerse los labios, y mi instinto me grita que lo haga.

Bésala…

La voz en mi cabeza me incita como un maldito demonio susurrándome al oído. Frunzo el ceño al notar que no se mueve, pese a que, instantes atrás, era una fiera.

—¡Aurora!

El grito de una chica a mi espalda rompe el momento. Me aparto de ella, aturdido, como si acabara de despertar de un trance. Aurora también parece desconcertada, pero se vuelve hacia la chica de cabello rosa que se acerca alterada, jalándola del brazo con urgencia.

—¡Es Sebastián! ¡Pasó otra vez! —exclama con el rostro desencajado.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Dónde?

Aurora la sigue, moviéndose con rapidez entre la gente. Varias personas se aglomeran en un punto del lugar, rodeando a alguien entre gritos.

—¡Sebas! ¡No! —su voz se quiebra con desesperación.

Me abro paso entre la multitud y lo veo.

Un hombre yace inconsciente en el suelo, cubierto de sangre, mientras otro chico, empapado en sudor y furia, lo golpea sin piedad una y otra vez. Es una bestia fuera de control. Su respiración es errática, su rostro una máscara de ira. Golpea, y golpea, sin detenerse, sin importarle que su víctima ya ni siquiera se defiende.

Y, por primera vez en la noche, Aurora no es mi único problema.

Aurora intenta desesperada apartarlo del otro hombre. Nadie interviene ni se acerca; solo observan como malditos morbosos el espectáculo del chico que parece decidido a terminar con el sujeto.

—¡Sebastián! —grita, pero su hermano no la escucha.

No capta lo que ocurre a su alrededor y, cuando ella intenta separarlo del cuerpo del hombre que yace debajo de él, la empuja con violencia. Aurora pierde el equilibrio y cae al suelo con fuerza.

Me abro paso entre la multitud de idiotas que gritan y celebran el enfrentamiento como si fuera un espectáculo. Con rapidez, rodeo con mi brazo el cuello del chico desde atrás, aplicando una llave para inmovilizarlo. Sebastián patalea con fiereza, luchando por liberarse. Parece una bestia salvaje fuera de control. Retenerlo no es fácil, pero años de entrenamiento me han dado la suficiente práctica para sujetarlo con firmeza. Con mi otra mano le inmovilizo las muñecas tras la espalda, alejándolo del hombre moribundo que apenas respira en el suelo.

Sebastián forcejea con rabia, pero no lo suelto, ni siquiera cuando el sonido de varios disparos resuena en el aire. Alzo la vista y me encuentro con el rostro de Aurora, enrojecido por la furia, con el arma levantada y apuntando al cielo.

—¡Largo todos de aquí! ¡Ahora! —ruge.

De inmediato, la multitud se dispersa, temerosa de que Aurora dispare de nuevo.

El chico en mis brazos sigue retorciéndose con la mirada fija en su presa. «¡Parece un demente!»

—Sebas, mírame. Soy yo, Aurora. Tranquilízate —le suplica su hermana, angustiada, sujetándole el rostro con ambas manos.

Pero él no la mira. Sigue luchando por zafarse, obligándome a apretar más el agarre para evitar que se lance nuevamente sobre el hombre inconsciente.

La chica de cabello rosa regresa apresurada con una jeringa en la mano. Frunzo el ceño al verla extendérsela a Aurora, quien la toma sin vacilar.

—Lo siento, Sebas —murmura antes de enterrar la aguja en el cuello de su hermano.

Poco a poco, Sebastián deja de luchar hasta que su cuerpo se rinde por completo y cae inconsciente.

Aurora suspira con frustración y lanza la jeringa lejos, volviendo la mirada hacia su hermano, a quien aún sostengo para evitar que se desplome.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunta, con la respiración agitada.

—Ese hombre de ahí —señala la chica del cabello rosa— es un proxeneta de la zona. Los rumores dicen que está involucrado con gente pesada en el mundo de la trata. Tiene muchas chicas trabajando en las calles, algunas incluso menores de edad. Lo poco que vi fue que estaba golpeando a una de sus chicas y Sebastián intervino. No sé, todo pasó muy rápido.

—¿Y la chica? ¿Está bien? ¿Dónde está? —inquiere Aurora con el ceño fruncido.

—No lo sé. Cuando empezaron a pelear, huyó corriendo.

Aurora se pone de pie y se acerca al hombre tirado en el suelo. Lo empuja con el pie un par de veces, como si fuera basura. El sujeto gime de dolor, y ella bufa, masajeándose las sienes con evidente irritación.

—¡Que alguien se encargue de esta porquería! Yo me ocupo de mi hermano —ordena antes de girarse y caminar hacia nuestro sitio.

Entonces sus ojos recaen en mí, como si recién se percatara de mi presencia. Por un instante, su expresión se relaja, pero enseguida recupera su mirada fría e inexpresiva mientras se acerca con paso firme.

—Así que sigues aquí —comenta, apartándome con un gesto antes de intentar cargar a su hermano.

Sebastián es más joven que ella, pero el doble de su tamaño. Aurora apenas puede sostenerlo.

Sin decir nada, me inclino y paso el brazo del chico sobre mis hombros para cargarlo. Siento la mirada de Aurora clavada en mí. Alza las cejas al notar lo que hago.

—Toma —le ofrezco las llaves de mi coche.

Ella frunce el ceño, sin entender.

—Vinieron en tu motocicleta, ¿no es así? No podrás llevártelo así.

Aprieta los labios, sopesando mis palabras. Finalmente, asiente y toma las llaves.

Colocamos a Sebastián en la parte trasera de mi coche. Aurora suelta un suspiro cansado y apoya la cabeza contra la puerta del vehículo por un momento. Murmura algo ininteligible antes de volverse hacia mí. Sus ojos analíticos me examinan unos segundos hasta que, finalmente, extiende su mano.

Bajo la mirada y veo que me ofrece las llaves de su motocicleta.

—Me llevaré tu auto. Lo justo es que tú te lleves mi motocicleta. Pero si le pasa algo… te asesino.

Esperaba que me pidiera acompañarla. Quizás así tendría la oportunidad de entrar en su casa. Pero, al parecer, eso no ocurrirá. Es más desconfiada de lo que imaginé.

Sonrío y asiento, tomando la llave que me ofrece.

—Esto significa que nos volveremos a ver, supongo —digo, buscando su mirada.

Ella aparta la vista, perdida en la nada, y medio sonríe antes de volver a mirarme. Alza la barbilla, como si volviera a levantar la barrera que intenta interponer entre nosotros cuando me acerco demasiado.

—Supongo… —responde antes de subirse a mi coche.

Desde el otro lado de la ventanilla, sus ojos se clavan en los míos.

Puedo leer claramente los labios de Aurora al formar una sola palabra: «Gracias».

Y, sin más, se aleja por la carretera.



7

AURORA

—¡Aurora! ¿Qué pasó?

Román se apresura hacia mí en cuanto me ve llegar en el BMW negro y abrir la puerta trasera para sacar a mi hermano.

—¡Tuvo otra crisis! Necesito llevarlo a su habitación.

El hombre asiente sin hacer preguntas y pasa los brazos de Sebastián por encima de sus hombros. Subimos las escaleras con rapidez, y agradezco en silencio que mi padre no esté en casa cuando entramos en la habitación.

—Ni una palabra de esto a mi padre, Román. ¡Por favor! —le advierto con urgencia.

—Aurora, yo no puedo…

—¡Por favor! —insisto, mirándolo con desesperación.

Sé que es el hombre más leal que tiene mi padre y que lo que le estoy pidiendo va en contra de todo lo que representa para él, pero si mi padre se entera de lo que está ocurriendo con Sebas, probablemente tomará medidas drásticas... o cumplirá su amenaza de enviarlo a Italia.

—Lo siento, Aurora, pero...

—¿Qué pasa aquí?

La voz de mi madre nos congela. Su mirada se posa primero en Román, luego en mí, hasta que finalmente se fija en mi hermano, quien sigue inconsciente sobre la cama.

—¡Sebas! —exclama angustiada, corriendo hacia él.

—Tranquila, mamá, solo está sedado —le explico con suavidad.

—¿Sedado? ¿Por qué?

—Tuvo una crisis, él…

Desvío la mirada hacia Román, y mi madre capta mi mensaje sin necesidad de palabras. Se pone de pie y se gira para enfrentarlo con una expresión severa.

—¡Ni una palabra de esto a mi esposo! —le advierte, apuntándolo con el dedo.

—Señora Amelia, el señor…

—¡Dije que ni una palabra, Román! —repite con firmeza.

El hombre la observa en silencio por un instante antes de asentir con resignación y marcharse.

—¿Qué fue esta vez? —pregunta mi madre, preocupada, sin apartar la vista de mi hermano.

Suspiro, agotada, y me siento en el borde de la cama, acariciando el cabello de Sebastián.

—Un proxeneta… estaba golpeando a una chica y…

Hago una pausa. No necesito decir más. Mi madre y yo sabemos que no hace falta explicarlo. Sebastián nunca ha sido normal. Desde pequeño tenía episodios de ira que, al principio, parecían simples rabietas. Pero con los años, y sobre todo desde que escuchó a mamá y a la tía Sofí hablando del abuso que sufrió nuestra madre cuando era joven, sus crisis han ido en aumento. Ahora, cuando la ira lo sobrepasa, es casi imposible controlarlo sin sedantes.

Hemos intentado terapia y múltiples tratamientos, pero nada funciona. Sebas se niega rotundamente a medicarse. Sin embargo, ha pasado bastante tiempo desde la última vez que tuvimos que sedarlo, lo que me hace pensar que lo que ocurrió con esa chica fue diferente para él.

Tendré que encontrarla si quiero respuestas.

Mi madre lo observa con tristeza y deja escapar un suspiro antes de volver su mirada hacia mí.

—Mantendremos esto como hasta ahora… Entre nosotras. Tu padre ya tiene demasiadas preocupaciones, no podemos sumarle más problemas —declara con firmeza.

Asiento, aunque la incertidumbre me carcome.

—Lo sé, mamá, pero… ¿y si esto se repite?

Mi madre guarda silencio un momento antes de responder con un tono que refleja más dolor del que intenta ocultar.

—Si se repite… por mucho que me rompa el corazón, tendremos que enviarlo a Italia.

Mi pecho se oprime y giro el rostro hacia Sebastián. Desde que tengo memoria, hemos sido inseparables. Aparte de Matt, solo confiamos el uno en el otro, y la idea de alejarme de él me duele más de lo que puedo expresar. Pero la realidad es que no puede seguir así.

Un día, terminará metiéndose con la persona equivocada… y lo matarán.

—¿Él lo hizo? —pregunta mamá en un susurro mientras acaricia mi pómulo derecho.

Llevo la mano al lugar y siento un ligero dolor.

—No es nada —respondo con una sonrisa débil, tratando de tranquilizarla.

Sé que se siente culpable por haber permitido que Sebastián descubriera su pasado, pero la verdad es que no sabemos con certeza si eso fue el detonante. Sebastián nunca fue un chico común. Papá también tenía episodios similares cuando era joven. Podría ser hereditario, pero mientras mi hermano no acepte tratarse, nunca lo sabremos.

—Ve a descansar, cariño. Yo me quedaré con él —me dice con dulzura.

Asiento, beso su mejilla y me retiro a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí.

Apoyo la espalda contra la madera y respiro hondo. De repente, la imagen de los ojos azules de Alex aparece en mi mente, recordando el momento en que me ofreció su coche.

Sé que es un presumido. Se cree inalcanzable. Se nota a leguas que es de ese tipo de hombres que siempre obtiene lo que quiere. Al principio, su insistencia por salir conmigo me resultó divertida, pero cuando intentó darme órdenes... Bueno, todos tenemos un límite, ¿no?

Bajo la mirada a las llaves que aún sostengo en mi mano.

Aunque… debo admitir que fue de mucha ayuda.

Saco el teléfono del bolsillo y reviso el último mensaje recibido. Muerdo mi labio inferior con duda.

Mañana, 22:00 hs, lago de Central Park.

Mi corazón late más rápido de lo que debería cuando veo las dos tildes indicando que el mensaje fue recibido. Me apresuro a borrarlo, pero antes de que pueda hacerlo, el teléfono vibra en mi mano.

Anotado, princesa.

Ruedo los ojos, pero sonrío al leer su respuesta.

Es un idiota.

¡Cuida a mi bebé!

Tranquila, llegué sano y salvo.

Definitivamente es un idiota.

¡Hablaba de mi motocicleta, ególatra narcisista!

¿Cómo está el chico?

Cambia el tema de inmediato. Muerdo mi labio mientras escribo un mensaje y luego lo borro. Escribo otro.

Mejor. Gracias.

Descansa, princesa.

Dejo el teléfono sobre el tocador y levanto la vista al espejo. Mi reflejo me devuelve la imagen de una joven con el cabello revuelto y una expresión agotada. Llevo la mano a mi mejilla, donde un leve moretón comienza a marcarse sobre mi piel pálida.

No es algo de lo que deba preocuparme.

He recibido golpes más fuertes que este en los entrenamientos con el tío Adriano.

ALEX

Observo el celular en mi mano y esbozo una sonrisa antes de deslizarlo en el bolsillo de mis pantalones. Luego, llevo la botella de cerveza a mis labios y doy otro trago, sintiendo el amargor recorrer mi garganta.

La rubia sentada sobre mis piernas se inclina hacia mi oído y susurra algo con voz melosa. Niego con la cabeza sin prestarle

demasiada atención, aunque veo de reojo cómo frunce los labios en un puchero seductor y me dedica una mirada sugerente. Hoy no tengo tiempo para mujeres. Sin más, la aparto con suavidad al ponerme de pie, saco unos billetes y los dejo sobre la mesa antes de girarme hacia la salida del bar.

—¡Ey, Alex!

La voz de Tomás me hace detenerme en seco. Me vuelvo ligeramente y lo miro por encima del hombro justo cuando se acerca con paso apresurado, escaneando el lugar con la mirada.

—¡Oye! ¿Qué haces, hermano? —exclama con un susurro apresurado—. Hace dos días que no sé nada de ti, el capitán está furioso. Quiere saber cómo va... ya sabes, eso.

Su mirada paranoica se desliza de un lado a otro mientras se hunde más en su chaqueta y baja la visera de su gorra de béisbol.

—¿Qué demonios haces? —pregunto, arqueando una ceja al verlo encorvarse como si intentara desaparecer.

—¡Se llama camuflarse! Deberías intentarlo —responde con fastidio, echando un vistazo crítico a mi atuendo.

Ruedo los ojos.

—Estoy de encubierto. No deberías estar hablando conmigo —le recuerdo con tono seco.

—Lo sé, pero el jefe no ha podido comunicarse y quiere un reporte. Me enviaron a buscarte y supuse que, si no estabas en tu apartamento, te encontraría aquí —dice en voz baja, mientras observa con recelo a los demás clientes del bar.

No me sorprende que me estén buscando. Después de todo, me deshice del maldito localizador antes de llegar a las pistas del sur. Esos cabrones no se andan con juegos. El camión en la entrada no es solo una pantalla para detectar la llegada de la policía; también está equipado con sensores que identifican rastreadores, radios, teléfonos intervenidos y micrófonos. Lo que sea. Son unos hijos de puta meticulosos que no dejan nada al azar.

Si hubiese entrado con ese jodido localizador y el puto micrófono encendido, no habría durado ni cinco minutos. Me habrían descubierto y sería hombre muerto.

—No puedo quedarme en mi apartamento. Tuve que moverme y no estoy usando el rastreador. Tienen sensores, Tomás. Es mi maldito culo el que está en juego —le recalco con impaciencia.

Paso una mano por mi rostro y masajeo mis sienes con frustración.

—Dile al capitán que me está tomando más tiempo del previsto ganarme la confianza de la chica, pero esta semana le daré un reporte completo.

Tomás silba con burla y chasquea la lengua.

—Vaya… ¿será que en casi veintiocho años al fin apareció una mujer que se le resista al gran Alexander Rossi?

Le doy un manotazo en la gorra, empujándole la cabeza hacia adelante.

—¡Cállate! ¡Eso nunca pasará! —me río, dándole la espalda para marcharme.

—¡Nunca digas nunca, amigo! —me grita a la distancia.

Sin detenerme, alzo la mano y le enseño el dedo medio.

Pronto la tendré comiendo de mi mano. Es solo cuestión de tiempo. Y cuando lo haga… voy a acabar con toda esa maldita organización del infierno de una vez y para siempre.



8

ALEX

Estaciono la motocicleta junto a un gran árbol, pero me detengo cuando siento el vibrar de mi teléfono en el bolsillo. Era Tomás.

Mañana, en la oficina, 08:00 a.m. El jefe te quiere allí. Posible operativo.

Frunzo el ceño mientras leo el mensaje y lo borro rápidamente. Si me están llamando para un operativo mientras estoy de encubierto, debe ser algo importante.

Guardo el celular y recorro la zona con la mirada. A esta hora de la noche todo está desierto, y lo único que se oye es el canto lejano de una lechuza entre los árboles. Mis ojos se posan en el sendero de árboles que lleva hasta el lago. Ella no está. La idea de que me haya vuelto a dejar plantado pasa fugazmente por mi mente, pero la dejo atrás al notar que mi BMW negro está estacionado más adelante. Me acerco a la ventanilla del coche, pero no hay nadie dentro. Decido seguir el camino que se adentra entre los árboles.

A medida que avanzo, los árboles me rodean cada vez más, creando una especie de túnel oscuro. Solo la luz de la luna ilumina mi camino. El silencio es absoluto, y la atmósfera se siente densa, como si todo estuviera aguardando algo.

Me detengo un momento. Desde la distancia, la observo a ella, sentada en el suelo. Está en una postura de meditación, con las piernas cruzadas y las manos descansando sobre sus muslos. Su cabello negro, recogido en una ajustada cola de caballo, cae en cascada hasta la mitad de su espalda. Su piel pálida resplandece bajo la luz de la luna, y desde aquí parece un ángel nocturno. Es una visión tan serena como inquietante.



—¿Te vas a quedar ahí, mirándome desde las sombras como un acosador, o vas a acercarte? —pregunta, sin girarse.

Comienzo a caminar hacia ella y me siento a su lado, mirando al lago. Ella permanece en silencio, con la vista fija en el agua. Sus ojos parecen reflejar el brillo de la luna, pero su expresión está ausente. La observo en silencio, buscando algo en su rostro, algo que me diga más de lo que veo.

Es imposible no notar el moretón sobre su pómulo derecho. Me disgusta verlo, como si una sombra hubiera empañado su rostro perfecto. Debí haberlo detenido antes... La imagen de ella cayendo al suelo, cuando su hermano la empujó, aparece brevemente en mi mente. Se veía realmente preocupada, igual que ahora.

Sin pensarlo, mi mano se extiende. De forma casi automática, rozo el área del moretón con la punta de mis dedos. Aurora gira la cabeza hacia mí, y me observa en silencio. No reacciona como esperaba, no hay insultos ni rechazo, solo una mirada curiosa.

—¿Todo está bien? —le pregunto, sin apartar la vista de sus ojos, que parecen decir algo que no consigo entender. Sus labios se niegan a traducirlo.

—Sí. Todo está bien —responde, volviendo la vista hacia el lago, como si no quisiera seguir conversando.

Alex, ella puede parecer un ángel, pero es el enemigo. Por personas como ella lo perdiste todo… concéntrate.

La voz de la razón me susurra constantemente, recordándome que no debo dejarme llevar. Es imposible no admirar su belleza. Una belleza tan exótica como peligrosa. Eso es Aurora Rinaldi, la mujer más hermosa que he visto, y su encanto solo la hace aún más peligrosa. Porque, aunque no lo parezca, ella es tan hermosa como letal.

Aurora suelta un suspiro y, sin decir una palabra más, me extiende las llaves de mi auto. Las tomo y, sin pensarlo, le ofrezco las llaves de su motocicleta.

Se pone de pie y, con un ligero suspiro, se voltea para marcharse. Un impulso me recorre, pero antes de poder reaccionar, se detiene y se gira hacia mí.

—Alex… —La forma en que mi nombre sale de sus labios me hace detenerme. Es algo que me gusta, pero el tono triste de su voz empaña el sentimiento. Parece nerviosa, como si quisiera decir algo

y, al mismo tiempo, se estuviera absteniendo—. Olvídalo —finaliza, como si hubiera dicho algo que ya no quisiera compartir.

—Aurora… ¿quieres caminar un rato? —le pregunto, esperando que se detenga.

—Sí… eso me gustaría —responde, y yo me pongo de pie, acompañándola.

AURORA

Caminamos entre los árboles, y la brisa fresca comienza a colarse en mis huesos, haciéndome maldecir en silencio por no haber traído un abrigo. Usualmente lo hago, pero hoy no he tenido cabeza para nada más que salir de casa. Las cosas con mi hermano no están nada bien, y por lo que dijo mamá, es cuestión de tiempo para que lo envíen a Italia. Papá ha estado lidiando con varios problemas relacionados con los cargamentos; algunas pandillas están dificultando la zona de nuestros clubes, y estoy segura de que todo está relacionado con lo ocurrido en la calle 19.

Alex camina a mi lado, y agradezco que no me presione para hablar. Solo camina junto a mí, en silencio. No sé por qué quise verlo en primer lugar, pero, a pesar de ser un ególatra de primera, irradia cierta paz. Es silencioso, reservado, incluso algo misterioso. Pero, sobre todo, es discreto, y eso es lo que necesito hoy. No quiero estar sola, y su compañía tranquila es todo lo que necesito para poner mis ideas en orden.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que casi no noto que estoy caminando sola. De repente, volteo y veo el rostro contrariado de Alex, que me observa desde donde se detuvo, a varios pasos detrás de mí.

—¿Qué le pasa a tu hermano, Aurora? —pregunta, sin ningún tipo de sutileza.

Volteo y sigo caminando sin responder. Él suelta un bufido y apresura el paso, posicionándose a mi lado.

No quiero ventilar los problemas de mi familia. No lo conozco, y el hecho de que me haya ayudado no significa que pueda confiar en él.

—Puedes irte si lo deseas —digo, tratando de mantener la calma.

No responde. Solo sigue caminando a mi lado, y lo observo de reojo una que otra vez. Se mueve de manera despreocupada, con las manos en los bolsillos y la vista fija en el lago, pero siempre vigilante del entorno, como si esperara que algo lo atacara en cualquier momento.

—Tenía diez… —suspiro, y Alex me mira, pero no dice nada—. Estábamos jugando al escondite con nuestros primos. La casa era muy grande, pero, aun así, queríamos asegurarnos de que no nos encontraran, así que tomé la mano de Sebastián y lo llevé al único sitio donde nadie entraba… El despacho de papá. Nos escabullimos y nos escondimos dentro de un viejo estante para libros. Las puertas del despacho se abrieron, y nos quedamos en silencio, creyendo que eran nuestros primos.

»Pero no. Era nuestra madre y nuestra tía. Mamá lloraba y mi tía la consolaba. Dijo algo de una pesadilla que había tenido, que el mundo era una mierda y que temía que algún día a mí me pasara lo mismo que a ella. Que lo había soñado o algo así. Mi tía le respondió que debía olvidarlo y seguir adelante. No recuerdo sus palabras exactas, solo sé que mamá no lo tomó bien.

»En medio del llanto, comenzó a contar muchas cosas de su vida, de cómo había sufrido desde adolescente, y que su única luz era la familia que tenía ahora. Mi tía insistió en que dejara salir ese dolor, que debía soltar el pasado, y entonces… —hago una pausa, trago saliva—. Mamá comenzó a contar cómo, cuando tenía veinte años, fue violada por un chico que la pretendía. Él era el hijo del jefe de policía de la ciudad. No pudo denunciarlo, por obvias razones. Su padre siempre lo cubría. Casi me rompí allí mismo escuchando todo lo que él le hizo… casi la mata, Alex. Papá la encontró deambulando por las calles. De no ser por él, ella habría muerto en un sucio callejón.

Me detuve y me sorprendí al ver la mirada de Alex sobre mí. No sabría decir exactamente qué veía en ella, pero se veía realmente sorprendido.

—Mi hermano siempre ha sido algo peculiar. Desde niño, ha tenido conductas que rozan la psicopatía: afición por el fuego, la sangre y ver cosas estallar. Sufría de algunos episodios de ira y se volvía demasiado inestable. Pero desde ese día... empeoró. Después de escuchar lo que le ocurrió a nuestra madre, no volvió a ser el mismo. Tiene ciertas... crisis, como la de ayer, y a veces es muy difícil hacerlo volver en sí cuando se enoja.

—Por eso... Él es así de protector contigo. Por eso no se aparta nunca de ti —dijo, analizándome, y asentí.

—Soy completamente capaz de defenderme. Mis tíos y mi padre se encargaron de eso, pero aun así... Sebas siempre está cerca, cuidándome. Aun cuando la responsable de llevarlo allí ese día fui yo —murmuré. A pesar de que mi voz era baja, creo que Alex me escuchó, porque me detuvo tomándome de la muñeca y girándome lentamente hacia él. Bajé la mirada y vi sus dedos envolviendo mi muñeca.

—No fue tu culpa, Aurora... Eran solo unos niños, en el lugar equivocado —dijo. Aparté la mirada.

Alex me observó, y volvió a llevar su mano al morado de mi rostro. Mis ojos recorrieron su perfil: su rostro marcado por la dureza de la vida, sus labios, su nariz perfecta, su cabello castaño oscuro que caía a un lado sobre su frente, haciendo resaltar el azul eléctrico de sus ojos...

El sonido del teléfono vibrando en mi bolsillo me devolvió a la realidad. Me aparté rápidamente de Alex, alejándome para responder.

—¿Hola? ¿Papá? —respondí al instante.

—¿Dónde estás? ¡Te necesito aquí ahora, Aurora! —gritó, molesto. Fruncí el ceño. «Él jamás me grita».

—¿Pasó algo? ¿Sebastián está bien? ¡Llegaré en cinco minutos, estoy en mi motocicleta! —aviso. Papá suspiró al otro lado de la línea.

—Sí, Sebastián está bien. ¿Por qué no lo estaría? ¡Ven con calma, pero ven! ¡Tenemos un trabajo y solo puedo confiártelo a ti!

La llamada se cortó, y me giré hacia Alex, quien estaba recostado contra el tronco de un árbol, tecleando algo en su teléfono.

—Eh... debo irme —le dije, y él giró hacia mí. Me recorrió con la mirada y sonrió.

—Te acompaño —se acercó. Extrañamente, hoy no se me hizo tan molesto como en otras oportunidades.

El camino hacia mi motocicleta fue rápido. Le di una sonrisa sincera a Alex cuando me subí a ella, y noté que estaba en perfectas condiciones.

—Tu bebé, como dije, sana y salva —sonrió, haciéndome reír.

—Bueno, supongo que tendré que buscar otra excusa para asesinarte —respondí mientras me colocaba el casco. Esta vez, fue él quien sonrió.

Asentí, encendí el motor y salí rumbo a la carretera. Por el espejo retrovisor, observé al hombre que permanecía de pie, observándome mientras me alejaba.

9

AURORA

Aparqué la moto en la entrada principal y me quité el casco, sacudiendo la cabeza para liberar mi cabello. Mi mirada se dirigió hacia la ventana del despacho de mi padre, donde la luz aún permanecía encendida. Subí los escalones de la entrada, pero me detuve cuando vi a Cerbero, que dormía plácidamente sobre sus patas delanteras al pie de la escalera.

—¡Ey! ¿Qué haces aquí? —dije, con una sonrisa.

Cerbero levantó la cabeza de inmediato y, con su cola moviéndose como un torbellino, salió disparado hacia mí. Saltó sobre mi pecho, como si aún fuera el cachorro que había sido. Le acaricié las orejas, como tanto le gustaba, y abrí la puerta para que me acompañara. Subí las escaleras de mármol negro, mis pasos resonando suavemente en el silencio de la casa. Caminé por el amplio pasillo hasta llegar al despacho de mi padre.

Al llegar, golpeé dos veces la puerta para anunciarme, pero como ya era costumbre, no esperé su respuesta. Abrí la puerta con familiaridad y la cerré tras de mí.

Papá levantó la cabeza de la pila de papeles que tenía frente a él y sonrió, como siempre lo hacía cuando sus ojos se posaban en mí. Le devolví la sonrisa mientras me acercaba a él, rodeando sus hombros desde atrás con mis brazos y dejando un beso en su mejilla.

—¡Buenas noches, papi! —lo saludé, y él acarició mis manos con ternura.

—Buenas noches, mi bella Principessa —respondió, haciéndome sonreír.

Me giré y me senté frente a él, mientras Cerbero se acomodaba a mi lado, apoyando la cabeza en mis piernas en busca de más mimos, algo que no dudé en darle, pasando mis manos por su espeso pelaje plateado. Siempre le había gustado que lo acariciara desde el día en

que lo encontré, apenas un cachorro abandonado en la entrada de la casa en Italia.

—No pensé que vendrías tan rápido —comentó papá, volviendo a revisar los papeles sobre su escritorio.

—Dijiste que había trabajo que hacer y que me necesitabas... así que aquí estoy —respondí. Él me miró por encima de un documento que tenía en sus manos.

Suspiró y levantó una ceja, notando que me analizaba antes de recostar la espalda en la silla y empezar a tamborilear con los dedos sobre el escritorio, sin apartar la mirada de mis ojos.

—Aurora, ¿hay algo que necesite saber? —preguntó, y lo primero que vino a mi mente fue Sebastián y lo sucedido en las pistas.

—No. ¿Por qué lo dices? —mentí, y aunque traté de disimularlo, él sonrió mientras tecleaba algo en su computadora.

—Qué curioso... porque me llegó esto esta tarde. —Giró la laptop hacia mí para que viera la imagen que aparecía en la pantalla. No pude evitar bufar y dejar caer mi espalda contra la silla.

Era una grabación tomada por una cámara de seguridad de baja calidad. La imagen era tan borrosa que, si no fuera alguien que me conociera tan bien como él, no podría acusarme de nada. La filmación mostraba el momento exacto en que salía de la bodega de la calle 19, arrastrando a mi primo Iván conmigo. Y, por si fuera poco, también mostraba el instante preciso en que la patrulla llegaba y los acribillaba a balazos.

—Sabes, hija... no sé si debería estar molesto porque me mientas en mi cara o si debo sentirme orgulloso de ti, por ser una mejor soldado que cualquiera de mis hombres —comentó, reprimiendo una sonrisa. Yo reprimí una risa ante la forma en que me regañaba, al mismo tiempo que me elogiaba.

—Los idiotas tenían a Iván —me defendí.

—¿Y por qué rayos no acudiste a mí? ¿O a Lorenzo? ¿Acaso ni siquiera sabes lo que pasó? —su voz se elevó, molesto, mientras me miraba fijamente.

—¡Tu primo siempre se mete en problemas por esa maldita bocota que heredó de su padre! ¡Eso no es una novedad! ¡Pero fuiste sola a ese sitio, Aurora! ¡Sola! —se exasperó, y no me pasó desapercibido el toque de preocupación en su tono y en sus ojos.

A pesar de todo, decidí omitir que Sebas había estado allí conmigo. Mi hermano ya tenía suficientes problemas, como para sumar uno

más con nuestro padre. Además, la cámara solo mostraba a Iván y a mí, por lo que Sebas quedaba fuera del foco de atención. «Por ahora».

—¡No me voy a disculpar por proteger a nuestra familia! ¡Iván puede ser desesperante, bocón y, sí, algo idiota, pero es parte de la familia! ¡Y tú me enseñaste que a la familia no se le da la espalda, la familia siempre es primero! —repetí sus palabras, con la mirada firme, y él levantó el mentón.

Un suspiro cansado salió de sus labios antes de tomarse el puente de la nariz y volver a mirarme.

—Eres tan jodidamente terca —farfulló, sacudiendo la cabeza antes de sonreír—. ¡Pero debiste decírmelo! —me advirtió, señalándome con el dedo. Nuestras miradas se mantuvieron fijas, hasta que él bufó y negó con la cabeza—. En fin... tu "pequeña misión de rescate" ha hecho enfurecer a la pandilla de los "BullDogs" y ha provocado que varios de ellos atentaran contra algunos de nuestros clubs.

La imagen en la pantalla cambió, mostrando el momento exacto en que unos hombres rociaban gasolina en la entrada trasera de uno de nuestros clubs.

—¿Y que necesitas que hagamos? Da la orden y ya no serán un problema para ti —dije, manteniendo la mirada fija en la pantalla.

Él sonrió, levantando una ceja, y alzó la voz con una sonrisa torcida.

—¡Les enseñaremos que con los Rinaldi nadie juega! Si nos joden, entonces los jodemos el doble. —La puerta del despacho se abrió en ese momento, y Román entró con algunos de sus hombres de mayor confianza.

—¡Para mañana en la noche, quiero que lo destruyan todo! —exigió mi padre—. ¡Aurora! Tú te ocuparás del cabecilla, se hace llamar Killer. ¡Lo quiero muerto! ¡Nadie es mejor que tú disparando a distancia! —me señaló, alzando una ceja—. ¡A distancia, hija! ¡Distancia!

Sonreí, fingiendo inocencia.

—Román y los demás se encargarán del resto. —En ese momento, Sebas entró, y papá lo observó un instante antes de asentir y continuar hablando.

—Tú estarás a cargo de los explosivos, ¡desaparece ese maldito lugar! —ordenó, y Sebas sonrió, claramente entusiasmado con la tarea que acababa de recibir.

—¡Daremos un puto mensaje para que no se les ocurra querer volver a jodernos! ¡Así que... demostremos por qué somos los malditos dueños de esta ciudad! —dijo con entusiasmo.

ALEX

—¡Al fin apareces, Rossi! ¿Dónde diablos te habías metido? —Me recrimina mi jefe en cuanto me siento frente a su escritorio. Tomás, que se mantiene de pie a un costado, parece nervioso, pero sus miradas fugaces hacia mí no pasan desapercibidas.

—¡Han sido unos días de mierda! La chica no es la idiota que pensábamos, y ha sido difícil acercarme —le respondo, mientras mi tono de frustración se hace evidente.

—¿Y por eso no usas tu maldito micrófono ni el rastreador? —Golpea la mesa con la palma de la mano, y alzo una ceja, evaluando su reacción.

Saco un cigarro de la chaqueta y lo enciendo, ignorando el letrero de "prohibido fumar" colgado en la pared junto al extintor, justo detrás de Miller, que no puede ocultar su molestia. Tomás, en un gesto rápido, me arrebata el cigarro de la mano antes de que llegue a mis labios. Me lanza una mirada de advertencia y, sin más, vuelve a mirar a nuestro jefe, cuya ira parece estar a punto de hacerle perder los pocos cabellos que le quedan.

—¡Es mi culo el que está en riesgo! ¡Ellos tienen alta tecnología y sensores! —explico con enojo—. Son extremadamente desconfiados y cautelosos. Si hubiera entrado allí con micrófono o rastreador… ¡Ya sería un maldito cadáver! No sé si me están investigando o no, pero asumo que sí. Me he cambiado de domicilio por si acaso y llevo días durmiendo en una jodida pocilga. —Mi mirada fija sobre mi jefe no parece calmarlo. Él, en cambio, sigue masajeándose la cabeza con las manos, presionando sus sienes, hasta que finalmente se deja caer en su silla, exhausto.

—¿Qué avances has tenido? —pregunta, ignorando todo lo que acabo de decir.

—¡Ni siquiera ha pasado una semana! —le respondo entrecerrando los ojos, sabiendo que está buscando respuestas rápidas.

—¡Informe, Rossi! —exige, su tono es autoritario, pero me cuesta contener mi rabia. He pasado los últimos días de un lado a otro, persiguiendo a esa supuesta "niña mimada", y no he logrado más que un par de confesiones sobre sus dramas familiares.

El recuerdo de sus ojos tristes surge en mi mente, pero sacudo la cabeza para apartarlo.

—La chica es inteligente, pero aun así alguien intentó matarla en mi primer día como competidor en las carreras. Intervine y logré evitar que la mataran, pero el sujeto escapó. —Me callo un momento, observando cómo mi jefe se acaricia la barbilla, pensativo, luego cruza sus manos sobre el escritorio.

—Bien, pondré a alguien en eso. Si la estaban cazando en su propio territorio, no debe ser alguien cualquiera. Debe haber algo más detrás de esto, es lo típico en la mafia. ¿Algún sospechoso? —Me pregunta, y niego con la cabeza.

—No por el momento. ¡Pero lo averiguaré! —le contesto, seguro de que conseguiré la respuesta que necesito.

—¿Te está quedando grande este trabajo, Rossi? Tu padre era un excelente agente. Si no estás a la altura, es momento de hablar. Te lo pregunto de nuevo, ¿te ha quedado grande esta misión, Rossi? —Me interroga con el ceño fruncido, y levanto el mentón, clavando mi mirada furiosa sobre él.

—¡No hay trabajo que me quede grande! —respondo con firmeza, y él me observa unos instantes, evaluándome, antes de extenderme una carpeta.

—Los BullDog… Están haciendo destrozos en la parte sur de la ciudad —comienza, cambiando de tema abruptamente—. ¡Más precisamente, en territorio de la mafia italiana! Sabemos que tienen una cocina donde fabrican su porquería en esta bodega. —Muestra una fotografía sobre el escritorio.

—¿En territorio italiano? —pregunto, frunciendo el ceño.

—¡Deben estar verdaderamente dementes! —comenta Tomás a mi espalda.

—Lo están... o tal vez quieren dar a entender que no se acojonan. La lucha por esa parte del territorio lleva años entre diferentes organizaciones. Desde las mafias italianas, que se enfocan en el tráfico de armas, hasta la mafia rusa, sin mencionar las pandillas que manejan la trata de blancas, prostitución y narcotráfico —expone mi jefe, con una mirada calculadora.

—Ese lugar tiene acceso directo a los muelles. Los yates, lanchas, tendrían acceso fácil a todo. Lo que sería una ventaja estratégica para quien domine esa área de la ciudad —agrega, asimilando la magnitud del asunto.

—Entonces, ¿usted cree que la pandilla de la calle 19 y los BullDogs querían apropiarse de ese territorio? —pregunto, pasando las fotografías de mano en mano.

—¡Exactamente! Y estoy convencido de que por eso masacraron a los hermanos Red —afirma con rotundidad.

—¿Y qué haremos, capitán? —pregunta Tomás, dando un paso hacia mi lado.

—¡Esta noche quiero que estén listos para un operativo de incautación! Acabaremos con esas mierdas antes de que desaten una maldita guerra que bañe las calles con la sangre de inocentes —ordena con voz firme.

—¿Cuento contigo, Rossi? —me pregunta, mientras se levanta de su silla.

La imagen de la chica de ojos grises aparece fugazmente en mi mente, pero la aparto rápidamente. Desvío la mirada hacia la pared adornada con insignias y condecoraciones, incluso hay una foto de él con el maldito presidente. Respiro hondo y vuelvo a fijar mi vista en mi jefe.

—¡Nací para esto, jefe! —respondo con determinación, y él asiente, extendiéndome mi placa y mi arma reglamentaria.

—Eso espero… ¡Espero que honres la memoria de tu padre! ¡Nos vemos aquí en doce horas! Ahora, largo de mi oficina —finaliza con tono autoritario.

10
AURORA

Ajusto la mira de mi AK-47 con precisión y comienzo a observar desde mi posición, escaneando las ventanas en busca de posibles tiradores. La tensión en el aire se siente densa, pero debo mantener la calma.

—¡Despejado! —aviso por el intercomunicador, y en ese preciso momento, la pick-up 4x4 aparece en mi campo de visión, acercándose rápidamente.

Román es el primero en descender del vehículo, armado con un rifle de asalto, seguido por otros cuatro hombres que lo respaldan. Mi mirada recorre la zona en busca de Sebastián, y finalmente lo localizo a varios metros de Román, colocando cuidadosamente los explosivos en lugares estratégicos.

Desde mi posición en el edificio frente a la bodega, tengo una visión casi directa hacia una vieja ventana, sucia y deteriorada, parcialmente cubierta por restos de periódicos antiguos. Algunos pandilleros deambulan por la zona, y observo que todos, sin excepción, portan al menos una Glock.

—La ventana está cubierta, la visibilidad no es óptima. Manténganse alertas y con mucho cuidado —aviso a través del comunicador.

—¡Vamos a entrar! —responde Román, y sigo su movimiento cuando él y los otros hombres comienzan a caminar hacia la puerta metálica de la bodega.

Un destello a un lado de la ventana llama mi atención, y en cuestión de segundos, guío mi arma hacia ese punto. Veo que el tirador se prepara para disparar contra el rubio que se acerca con paso firme hacia la entrada de la bodega.

Ajusto el visor con rapidez y, sin pensarlo, disparo. El proyectil impacta directamente en el centro de la frente del tirador, derribándolo instantáneamente. Su cuerpo cae justo frente a los

hombres, quienes se detienen al borde del pánico, evitando que el cadáver les caiga encima.

—¡Lo siento! —me río con cierta ironía, observando cómo Román niega con la cabeza repetidamente, mientras los otros miran al cielo, como si esperaran que más cadáveres cayeran de repente.

—Despejado. ¡Avancen! —ordeno, con firmeza.

Román, sin perder tiempo, lanza una patada a la puerta metálica, la cual cede con facilidad y se abre hacia atrás. Los hombres no tardan en entrar en el lugar y, casi inmediatamente, el sonido de disparos resuena, seguido por la explosión de la primera granada que mi hermano lanza por una ventana hacia la parte trasera de la bodega. El estallido interrumpe el intento de fuga de algunos bastardos que, buscando una segunda vía de escape, comienzan a correr, solo para ser alcanzados por los disparos de Román.

El caos se desata en segundos, y, sin perder la compostura, ajusto mi arma nuevamente en busca del maldito que se hace llamar "Killer". Sin embargo, no lo veo por ninguna parte. La foto que vi de él mostraba a un hombre calvo, de piel morena, con una gran cicatriz en su ojo derecho, pero hasta ahora, su presencia parece desvanecerse entre la multitud. Un escalofrío recorre mi espalda, y, si no aparece pronto, temeré que tendré que romper mi promesa de mantener distancia y buscarlo por mí misma.

Mi ceño se frunce al notar una tanqueta con las letras FBI estacionándose detrás del edificio, justo frente al coche de mi hermano. De inmediato, me pego al intercomunicador, intentando alertarlo lo más rápido posible.

—Sebas... ¿me escuchas? ¿Sebas? ¡Carajo, responde! —gruño, pero el pitido constante en mi oído me obliga a lanzar el auricular por los aires, frustrada. «Genial, los malditos han intervenido la señal».

No tengo ni idea de qué mierda hace el FBI aquí, pero no puedo detenerme a pensarlo demasiado. En ese momento, veo a los hombres vestidos con ropa táctica y pasamontañas descendiendo del blindado, todos ellos armados hasta los dientes. Sin pensarlo, tomo mi AK-47, guardo la Glock en la pistolera de mi muslo derecho y, con determinación, comienzo a bajar las escaleras a toda prisa en dirección a la bodega.

El sonido de los disparos me obliga a detenerme de golpe, buscando refugio. Me pego con la espalda contra el blindado, y mi mirada se desplaza rápidamente a mi alrededor, evaluando cómo

pasar sin ser detectada, dirigiéndome hacia la entrada trasera, que está cubierta por los escombros de la pared que mi hermano derrumbó en su avance. Y, como si fuera poco, debo evitar las minas y los explosivos que Sebastián dejó en ese lugar.

Me agacho debajo del vehículo que me cubre, y rápidamente saco uno de los detonadores que llevo en mi bolsillo. Sin perder tiempo, presiono el cronómetro y lo sincronizo con el reloj de mi muñeca. Después, me aparto corriendo con agilidad, manteniendo el arma en posición.

Pasar a la parte trasera de la bodega ya no es una opción cuando esta explota nuevamente. La angustia comienza a invadir mi piel, y el pánico se apodera de mí al darme cuenta de que no veo ni a mi hermano ni a los hombres que nos acompañaban. Los disparos continúan resonando desde el interior, pero mi cuerpo, impulsado por un deseo irrefrenable de encontrarlos, corre sin detenerse hacia la entrada.

El lugar está cubierto por una nube de humo y polvo blanco, que asumo es cocaína, flotando en el aire. A lo lejos, vislumbro la figura de Román, apostado en la parte superior, disparando a los agentes mientras se cubre tras una columna de concreto. Aprovechando su distracción, un pandillero intenta apuñalarlo por la espalda, y no lo pienso dos veces antes de levantar el arma para dispararle.

Justo en ese momento, Sebastián aparece y atropella al atacante, evitando que Román se vea en peligro. Ambos caen al suelo, y el alivio me invade cuando Sebastián le rompe el cuello con una facilidad impresionante, lanzándolo por encima del barandal hacia los agentes que, al ver el cadáver caer, retroceden rápidamente, disparando en nuestra dirección.

Sin perder tiempo, levanto el arma y abro fuego contra los uniformados. Ellos, al percatarse de mi ataque, se lanzan al suelo, buscando refugio detrás de una vieja mesa de mármol, intentado protegerse. Mientras sigo disparando, corro hacia el lugar donde está mi hermano, y el hombre de confianza de mi padre.

—¡Al diablo, no le gustará esto, Aurora!—me regaña Román cuando me ve llegar, y le extiendo una pistola que tomé del cadáver de uno de los pandilleros.

—¡No los voy a dejar morir aquí! —respondo con determinación, mientras me pongo de pie y continúo disparando a los agentes que,

claramente decididos a acabar con nosotros, no cesan de intentar matarnos.

—¿Killer… lo mataron? —pregunto mientras sigo disparando a todo lo que se mueve.

—Por si no te has dado cuenta, solo quedamos nosotros, Aurora. El maldito se metió ahí. —Mi hermano señala una habitación al otro lado de la bodega.

—¡Voy por él! —aviso, lanzándole mi Glock a Sebas antes de salir corriendo hacia lo que vine a buscar.

Escucho a los hombres que me llaman a mis espaldas, pero los ignoro. «¡Le di mi palabra a mi padre de que mataría a ese maldito, y eso es lo que haré! Nunca le he fallado y no pienso empezar a hacerlo ahora. ¡Primero muerta que fallarle!»

Salto algunos escalones, pisando encima de varios cuerpos. Los pandilleros están demasiado ocupados lidiando con los agentes como para notarme cuando llego a la puerta de lo que parece ser una oficina vieja. La puerta está cerrada, así que me aparto para disparar al cerrojo. Le doy una patada, y la puerta se abre de golpe. El hombre moreno se voltea, y su mirada asesina se posa en mí.

Le sonrío con suficiencia mientras doy pasos hacia el interior de la habitación, obligándolo a retroceder al ver el arma de alto calibre en mi mano.

—¡Adoro el juego del escondite! —digo sin borrar la sonrisa de mi rostro.

—¡Que te jodan, pinche puta! —me grita. Su acento latino me confirma que es la persona que estoy buscando.

—Killer... ¿Qué clase de vocabulario es ese frente a una dama? —Mis labios forman un mohín y levanto el arma, apuntando a su cabeza. Él intenta tomar el cuchillo sobre la mesa, pero no le doy tiempo.

—¡El diablo te manda saludos, hijo de perra! —digo con la mirada fija en él, y luego aprieto el gatillo. La bala atraviesa su frente, directo entre sus cejas.

Salgo de la habitación y, al estar fuera, lanzo una granada. Me alejo corriendo, y dos segundos después escucho la explosión. Volteo y confirmo que la habitación donde el idiota guardaba el dinero y las drogas está en llamas. «Si el FBI venía por esto… pues que se jodan».

Sigo por el pasillo, pero me detengo cuando dos hombres morenos con la camiseta que los identifica como parte de los Bulldogs se me atraviesan. Ambos desvían la mirada hacia la habitación en llamas.

—¿Mataste a mi hermano, perra? —sisea el tipo moreno, con el cabello teñido de rojo, caminando hacia mí.

—Ups… —Miro levemente sobre mi hombro—. ¿Me creerías si te digo que fue un accidente? Papá siempre decía que era peligroso jugar con fuego, pero soy algo traviesa. —Me encojo de hombros.

La furia del hombre se enciende como un mechero, y me aniquila con la mirada. Uno de ellos lleva la mano a la espalda, sacando el arma, y levanto la mía, apuntándoles, decidida a matarlos. Pero cuando jalo del gatillo, la bala no sale.

¡Mierda!

El maldito me sonríe, dándose cuenta de que me tiene atrapada, y busco una salida. Los disparos a lo lejos no cesan, pero definitivamente no pienso morir aquí. Dos disparos se escuchan tras mi espalda, y al voltear veo a un tipo uniformado con ropa táctica negra, de pie, apuntándome mientras camina hacia mí. Observo a los sujetos muertos en el suelo.

El agente se acerca y saca unas esposas, desencadenando una sonrisa en mis labios. «Esta demente sí cree que me podrá arrestar».

Espero el momento adecuado. Cuando está lo suficientemente cerca, le doy un golpe sorpresivo, haciéndole girar la cara. Me doy vuelta para huir, pero él me sujeta por la muñeca. Le propino un rodillazo en las costillas, que se ve amortiguado por el maldito chaleco antibalas. Espero que me golpee, pero no lo hace. Solo me sujeta y me estrella contra la pared, reteniéndome allí, con las manos tras mi espalda, como si fuera una maldita criminal cualquiera.

Su respiración calienta mi nuca, y sus manos recorren mi cintura, bajando por mis muslos. Saca el cuchillo de mi porta navajas, y en mi oído escucho cómo chista repetidamente, como si estuviera regañándome por ser una mala niña. Blanqueo los ojos. Su cuerpo se pega al mío, y maldigo al verme sometida bajo el manoseo del maldito que aprovecha la situación para pegar su pelvis contra mí, cuando forcejeo para que me suelte, haciéndome sentir su erección contra mi espalda baja.

—¿Te excita someter mujeres, maldito pervertido? —Gruño. El maldito me ignora, metiendo su mano por debajo de mi blusa, desatando la correa de mi cinturón y quitándome la pequeña pistola

de bolso que tenía escondida. Pero no contento con eso, su toque sigue bajando, deslizando sus dedos por mi abdomen. Me remuevo, tratando de soltarme, y la ira comienza a hervir mi sangre.

En un movimiento brusco, empujo mi cabeza hacia atrás, dándole un cabezazo que lo hace apartarse. Volteo para enfrentarlo, y cuando levanta la mirada, sus ojos azules se clavan en los míos. Él levanta un dedo en advertencia. Sonrió, mientras lo incito con mis manos a que se acerque.

—¡Vamos! ¿Qué pasa? ¿O es que solo eres hombre cuando logras someter a una chica indefensa? —le gruño, y el fuego en sus ojos me dice que logré mi cometido al molestarlo.

Guarda su arma en el cinturón y da pasos seguros en mi dirección. No retrocedo. Alzo la cabeza, y sin borrar la sonrisa, soy la primera en lanzarle un golpe a la cara. El idiota lo evade con facilidad. Le doy otro, pero también lo esquiva. No me ataca, pero me está subestimando, y eso es lo que más detesto.

Le doy un golpe con mi pie, y él lleva la mano a su nariz, sacudiendo la cabeza antes de volver a mirarme con furia. Sonrío desde mi sitio e incito a que se acerque.

—¿Necesitas apoyo? —digo, señalando el radio que cuelga de su chaleco. Él baja la mirada al lugar un momento. Se aproxima, y me preparo para romperle la nariz, pero me toma desprevenida cuando barre mis pies, haciéndome caer al suelo.

Se acerca, y esta vez soy yo quien barre sus pies, haciéndolo caer. Maldice en voz baja, entre gruñidos. Me levanto, sonrío satisfecha mientras limpio el sudor que corre por un lado de mi rostro. Me giro para largarme, pero me toma de la muñeca, aún de rodillas en el piso, y me voltea intentando detenerme. Intento la maniobra de la llave, y con mi pierna trato de rodearle el cuello, pero él se levanta antes de que lo haga y me arrastra, pegando mi cuerpo contra la pared con brusquedad, logrando quitarme el aire por un momento.

Mis piernas quedan separadas por su torso, y él baja la mirada al notar la posición en la que estamos. Mis piernas están abiertas, casi rodeando su cintura, y él está en medio, con su polla pegada en mi centro. Su cuerpo me acorrala contra la pared, y con una de sus manos eleva las mías sobre mi cabeza.

Sus ojos azules me penetran, y sostengo su mirada, incluso cuando se inclina más sobre mi rostro. Esos ojos brillan con deseo, y por un instante, juraría que he visto esa mirada antes. Lamo mis labios,

notando cómo desvía la mirada hacia ellos. La duda lo perturba. Lo sé. Frunzo el ceño cuando levanta parte de su pasamontañas, descubriendo sus labios y una mandíbula perfectamente afeitada.

Deslizo la lengua por mis labios y muerdo mi labio inferior. No sé por qué, pero me resulta excitante la manera en la que me tiene sometida bajo su musculoso cuerpo. Inconscientemente, inclino mi pelvis contra él, y el hombre gruñe. Sin previo aviso, se lanza sobre mi boca, devorándome los labios como un animal, en un beso salvaje. A pesar de tener las manos presionadas sobre mi cabeza, correspondo a su beso.

Sus labios se deslizan suavemente sobre los míos, y el contacto se intensifica rápidamente. Siento el calor de su cuerpo acercándose al mío, como si el espacio entre nosotros ya no fuera suficiente. Sus manos, que antes estaban sosteniéndome con firmeza, se desplazan hacia mi cintura, presionándome contra la pared.

La presión de su cuerpo contra el mío me hace sentir su fuerza, mientras mis manos suben lentamente por su cuello, tocando la suavidad de su piel antes de deslizarse hacia su pecho. La tensión en el aire es palpable, y la pasión de nuestro beso se vuelve más urgente, más desenfrenada, como si ambos estuviéramos luchando por tomar el control, pero sin soltar la necesidad que nos consume.

El roce de nuestras pieles hace que mi corazón lata más rápido, mientras mis caderas se mueven, casi involuntariamente, contra las suyas. Es un movimiento sutil, pero suficiente para que él lo note, y puedo ver en sus ojos cómo su respiración se acelera al igual que la mía. Mis manos, ahora con más determinación, bajan por su torso, deslizándose lentamente sobre la tela de su chaleco. El contacto con su cuerpo me electriza, y no puedo evitar rozar cada centímetro de su piel, buscando una respuesta, un signo de que él también está tan inmerso en este juego como yo.

Mis dedos se mueven con destreza, recorriendo su cinturón hasta encontrar lo que estoy buscando. No me detengo. Con precisión, saco el arma de su funda sin que él lo note, perdido en el éxtasis de la situación. No puedo dejar que esto me distraiga. Sé que debo actuar rápido, sin perder el enfoque. En medio del caos, un clic sutil en mi muñeca marca el momento exacto en que la explosión ocurre. Mi objetivo está claro: hacer que se aleje, distraerlo lo suficiente para que todo salga como está planeado.

La explosión retumba a lo lejos, y, como esperaba, él se aparta de mí, girando hacia la salida con los ojos fijos en el sonido que nos envuelve. Mi sonrisa es casi imperceptible, pero lo suficientemente satisfactoria como para disfrutar del momento antes de que reaccione. Vuelvo a concentrarme en mi objetivo, ahora mucho más cerca. Mi mano se mueve con calma y firmeza hasta colocar el cañón del arma en su cabeza, y sus ojos se fijan en mí, sorprendidos.

—¡No te muevas! —le ordeno con voz baja y controlada, sin dejar de mantenerlo a raya. Hay un destello de furia en sus ojos, pero sé que no puede hacer nada en este momento. Estoy en control, y lo sé. Mientras doy unos pasos hacia atrás, mis palabras siguen resonando en el aire—. No vale la pena morir aquí, créeme. Es un mal final.

Le lanzo una mirada desafiante, mis labios curvados en una ligera sonrisa mientras lo observo en silencio. Siento la tensión crecer entre nosotros, como si todo estuviera a punto de estallar. Pero en ese preciso instante, él no hace nada. Sólo me observa, sus respiraciones se tornan más rápidas y profundas, como si intentara encontrar una salida. Pero no hay ninguna.

Le doy un beso al aire, burlándome de su impotencia. Y, con una risa suave, giro sobre mis talones y empiezo a correr hacia las escaleras. El sonido de mis pasos se mezcla con el caos que dejo atrás, pero no me detengo. No puedo. La misión está aún lejos de terminar.

Bajo las escaleras rápidamente, adentrándome en uno de los pasillos laterales. El ambiente a mi alrededor es húmedo y pesado, y el sonido de mis zapatos sobre el piso de madera cruje con cada paso que doy. Sigo corriendo, guiada por la memoria del plano que nuestro padre nos había mostrado, con la esperanza de encontrar lo que busco. La oscuridad parece envolverme mientras me adentro más en el laberinto, pero no hay nada que me haga detenerme. Estoy cerca, lo siento.

Finalmente, mis ojos se posan sobre una tabla de madera levantada en el suelo. Con rapidez, la quito y, con una sonrisa, me inclino hacia abajo para descubrir la salida subterránea que esperaba encontrar. El aire a mi alrededor se vuelve denso y pesado, pero aún sigo adelante. Con agilidad, bajo la escalera de metal, sin detenerme, hasta que mis pies tocan el agua estancada del sótano. Las ratas se mueven a mi alrededor, pero no me distraen. Sólo me concentro en lo que tengo que hacer.

Camino con cautela a través del agua sucia, el agua helada mojando mis botas, pero no me importa. Cada paso me acerca a mi objetivo. Después de un tiempo que parece eterno, encuentro otra escalera metálica que me lleva a la superficie. El aire parece menos denso, el ruido del tráfico de la ciudad resuena a lo lejos, y sé que estoy cerca del centro de la ciudad. El alivio es momentáneo, pero aún me queda mucho por hacer.

Al llegar a las calles, mis pasos se vuelven más ligeros. Camino con determinación por las calles desiertas de Nueva York, el sonido de mis pasos resonando en el vacío de la ciudad. Espero que mi hermano y Román hayan logrado escapar a tiempo. Sigo mi camino hasta llegar a una parada de taxis y, sin dudarlo, me subo al primero que veo. El conductor me lleva sin preguntar, y durante el viaje, me recuesto en el asiento, permitiéndome descansar por un breve momento.

Llevo dos dedos a mis labios, recordando el roce de sus besos. Mi mente no puede evitarlo, y por un instante, una sonrisa se dibuja en mi rostro. Las emociones se mezclan, pero sé que aún queda mucho por hacer. No puedo dejar que nada me desvíe de mi objetivo.

11
ALEX

—¿¡Cómo diablos ocurrió esto!? ¿Cómo demonios terminamos en medio de una masacre en lugar de un operativo de incautación? —grita el capitán, mientras golpea la mesa frente a él con la mano repetidamente.

Han pasado ya dos días desde el fallido operativo, en el que los italianos acabaron con toda la maldita bodega, y el jefe no ha dejado de maldecir ni de quejarse por lo ocurrido. La situación empeoró aún más cuando una segunda bodega, de la que no teníamos conocimiento, también explotó la misma noche, pocas horas después.

Me siento en la silla frente a él y apoyo los pies sobre el escritorio, esperando que se le pase la pataleta. Tomás pasa a mi lado y me empuja, quitando mis pies del escritorio, lo que me hace poner los ojos en blanco cuando me lanza una mirada de advertencia, antes de sentarse a mi derecha.

—¡Rossi! ¿Cómo diablos dejaste escapar a esa maldita mujer? —me acusa mi jefe, y me enderezo en el asiento.

—¡No podía detenerla! ¡Si lo hacía, toda la maldita operación para capturar a su padre se iría al carajo! —le respondo, defendiendo mi postura.

—¿Eso es todo o hay algo más que me estés ocultando? —dice, notando el tono acusatorio en sus palabras.

—¡No sé de qué diablos estás hablando! ¡Estoy haciendo justo lo que me ordenaste! —me quejo, aunque sé que la situación es más compleja de lo que le estoy mostrando.

El capitán bufa, pasando las manos por su cabello antes de recostarse en su asiento.

—Bien... eso espero. ¿Cómo vas con eso? ¿Te has acercado? ¿Alguna novedad? —indaga, masajeándose las sienes, claramente cansado.

Por mi parte, cruzo los brazos sobre el pecho y aprieto los dientes antes de responder. La verdad es que no tengo nada concreto hasta el momento. No he sabido nada de Aurora desde la última vez que la vi en la bodega, cuando dejó claro que era una mujer difícil, que no era ni tonta ni fácil de manejar, como el capitán Miller parece pensar. Es un problema que aún no he resuelto.

—No. No se ha comunicado ni responde a mis mensajes —respondo a regañadientes, sabiendo que no es la respuesta que el capitán espera.

—¡Esa maldita mujer asesinó al jefe de una pandilla a sangre fría! ¡Mató a quince hombres y voló una de nuestras tanquetas! Estoy empezando a creer que es peor que su propio padre —se queja, frotándose la cara con desesperación.

—¡Le recuerdo que los muertos eran pandilleros y asesinos! —replico, no sé por qué, pero siento la necesidad de defenderla, aunque mi jefe tiene razón en llamarla asesina.

—¿Te escuchas, Rossi? ¡Eran personas! —refuta, mirando fijamente mis ojos—. ¡Me importa un carajo si eran pandilleros o niñas exploradoras! Nuestro trabajo es proteger y servir. ¡Nuestro trabajo es apresar a los delincuentes! ¡No juzgamos, solo cumplimos con la ley! ¡No somos malditos mercenarios! —grita, y ni Tomás ni yo decimos nada, conscientes de la gravedad de sus palabras.

—¡Tenemos que apurarnos con esto! Tienes esta semana para ganarte a la chica, o si no, estarás fuera —advierte con tono firme.

—¡Ahora lárguense de aquí! ¡Tengo una conferencia de prensa mañana y tengo que pensar en cómo demonios voy a justificar el desastre en el que se convirtió nuestro operativo!

Salgo de la oficina dando un portazo, y miro la hora en mi reloj. ¡Son ya las once de la noche y siento que no voy a poder dormir en toda la jodida noche! La presión del trabajo me pesa sobre los hombros, como una maldición que no puedo quitarme.

Y menos aun cuando mi mente sigue reproduciendo una y otra vez la escena que no debería recordar, pero que, de alguna manera, no sale de mi cabeza.

El sabor a cereza de sus labios sobre los míos, sus piernas rodeando mi cintura mientras la apretaba contra la pared... Mierda, casi me corro en los putos pantalones como un adolescente precoz. Subo al coche y, dos segundos después, la puerta del acompañante se

abre. Tomás se lanza dentro y pongo los ojos en blanco. «Es como una plaga que no me puedo quitar de encima».

—Vamos por unos tragos —dice, como si leyera mi mente. Así que no respondo, simplemente enciendo el motor y salgo, chirriando las ruedas.

Estaciono el coche en el callejón al lado del club "Blood Hell". No tengo la más mínima idea de qué estoy haciendo aquí, buscando lo que no se me ha perdido, pero aun así no me detengo. Bajo del auto, seguido de mi compañero, que parece más que animado con la idea de regresar aquí.

La música y las luces parpadeantes nos envuelven mientras avanzamos en medio de la gente. Me acerco al tipo de la barra y le pido un Jack Daniel's. Tomás frunce el ceño al notar que la bebida en mi mano no es la cerveza habitual y me mira, sorprendido, alzando las cejas cuando me lo bebo de un solo trago, pidiendo inmediatamente el segundo.

«Necesito despejarme».

El recuerdo de la maldita mujer de ojos grises no sale de mi mente. Sin darme cuenta, comienzo a recorrer el lugar con la mirada.

Observo a las mujeres que bailan: algunas sobre la barra, otras en el tubo, y algunas más simplemente en la pista o sobre alguna mesa, pero ninguna me llama la atención. —Parece como si me hubieran castrado—. Sigo paseando la vista por el lugar, hasta que mis ojos caen sobre la chica de vestido blanco corto. Su cabello negro llega casi a sus nalgas, y lo levanta con las manos mientras baila, frotando su cuerpo y su trasero contra un sujeto que le coloca la mano en la cintura. Su rostro está girado hacia el otro lado, con la cabeza tirada hacia atrás, apoyada en el pecho del idiota que pasa sus manos por su cuerpo.

Como si una fuerza magnética me jalara, y al mismo tiempo una llama me incendia por dentro, bebo el tercer vaso de whisky y salgo como un animal salvaje hacia su lugar. Está de espaldas, meneando su cuerpo mientras pasa las palmas de las manos por el pecho del idiota que le sonríe.

Un impulso me invade y no lo pienso ni un segundo. No sé lo que estoy haciendo cuando la agarro del brazo con furia y la giro para enfrentarla, pero mi ceño se junta casi al instante en que recibo una bofetada.

—¿Qué diablos te pasa, maldito loco? —me grita la desconocida frente a mí, y me aparto de ella, soltando su muñeca.

Sacudo la cabeza y la miro nuevamente. Su cabello es largo y negro, como el de Aurora, pero sus ojos son completamente diferentes. Ahora que la veo de cerca, ni siquiera se parecen. Me aparto, girándome hacia la barra, molesto, sin poder entender qué diablos está mal conmigo. «Me estoy volviendo jodidamente loco».

Pido otro trago y miro al lado donde estaba Tomás, pero ya no está. Lo busco con la mirada y lo encuentro conversando animadamente con la misma chica de la otra vez, la tal Samanta. «Ahora entiendo por qué le gusta tanto venir aquí a este idiota». El barman me extiende mi trago, y me acomodo en la banqueta, apoyando los codos sobre la barra y rodeando el vaso con mis dedos.

Cierro los ojos y, casi por un momento, puedo sentir su aroma. ¿Por qué diablos tuve que besarla? ¡Ella es el enemigo, no puedo sentir ningún tipo de atracción por esa mujer! ¡Peor aún, no puedo sentirla como si fuera mía, cuando en realidad no lo es! Pero la verdad es que, desde ese jodido día, no puedo sacarla de mi cabeza. Es como una cinta de video que se repite constantemente, recordándome lo que no puedo tener, pero que, aun así, deseo.

—Boris, sírveme uno de esos que tiene mi amigo. —La voz que suena a mis espaldas me hace girar rápidamente.

Esto debe ser obra del karma... Sonrío de lado cuando ella se sienta junto a mí, cruzando las piernas con una gracia que no pasa desapercibida. El vestido rojo se ajusta a sus curvas de una manera que no puedo evitar notar. No me mira, pero sus labios, rojos como el carmín, se humedecen con la bebida que lleva a la boca.

Tomo el vaso que me extiende y niego con la cabeza, divertido.

—¡Buenas noches, princesa! —digo, girando el torso y encontrándome con sus ojos, fijos en los míos, mientras una sonrisa se asoma en sus labios.

—¿No dejarás de llamarme así, verdad? —Su tono es curioso, pero no se deshace de la sonrisa.

—¡No! No lo haré, Princesa —le respondo con una sonrisa mientras bebo un sorbo de mi whisky.

—¿Mal día? —pregunta, observando los vasos vacíos que he dejado atrás.

—Mal día, pero empieza a mejorar —respondo, y la sonrisa que se dibuja en su rostro me sorprende—. ¿Cómo sigue tu hermano? —pregunto sin saber bien por qué, y ella suspira.

—Mejor. —Me señala una mesa, y giro la cabeza para ver a un chico sentado bebiendo con otro a su lado.

—Me alegro de escuchar eso. ¿Y tú, cómo estás? —inquiero, señalando el lugar donde estaba su morado.

—Cuidado, Alex... —su tono se vuelve juguetón—, o comenzaré a pensar que en realidad te importo.

Responde inclinando su vaso antes de levantar la mano para llamar al barman y pedir otro trago.

—¿Y qué te hace pensar que no es así, princesa?

El trago que estaba por beber queda a medias cuando noto que me mira entrecerrando los ojos.

—¿Qué quieres? ¿Por qué tanta insistencia conmigo? —dice, apartando el vaso de sus labios y pasando la lengua sobre ellos para humedecerlos.

No sé por qué, pero no puedo controlar mis ojos, que siguen el rastro de su lengua recorriendo sus labios. Apreté las manos sobre el borde de la silla para contener el impulso de volver a besarla, como lo hice en el operativo. La recorro con la mirada y me pregunto cómo reaccionaría si supiera que fui yo quien la besó ese día.

—¡No sé de qué hablas! Me gustas, eres dulce, atractiva, inteligente y agradable. Es todo.

Ella parece escéptica ante mis palabras, y si hay algo que me fastidia, es el hecho de que no tuve que esforzarme para mentir. Cada palabra que salió de mi boca fue completamente sincera. ¡Y no me refiero solo a lo físico! Claro que Aurora es hermosa, pero lo que más me impacta es su personalidad. Confiada, decidida y letal. Ella es una combinación perfecta de ángel y demonio, lo que la convierte en una amenaza andante.

—Entonces... no te acercaste a mí por mi familia o por mi padre. En realidad... ¿te gusto? Es decir, ¿te agrada estar conmigo?

Su pregunta me toma por sorpresa. Es una tontería lo que pregunta. No creo que haya un hombre en el mundo al que no le guste Aurora, pero aun así respondo al ver el brillo de duda en sus ojos.

—¡Realmente, tu padre o tu familia me importan un carajo! ¡Me acerqué a ti porque quería conocerte! No me importa nada más. Solo

quiero conocerte mejor, aunque admito que me lo has hecho difícil, princesa —digo, con los ojos fijos en los suyos, que tampoco apartan la mirada, aunque puedo ver la duda en ellos.

—Dijiste que tuviste un mal día... ¿qué pasó? —cuestiona, cambiando de tema y apartando la mirada hacia un lado.

—Mal día en el trabajo. —Las palabras se me escapan antes de darme cuenta, y maldigo internamente cuando noto que su interés crece. Ella gira el cuerpo hacia mí, mirándome con curiosidad, y su cabeza se inclina ligeramente hacia un lado.

—¡Sé lo que es eso, créeme! ¿Y cuál es ese trabajo, si se puede saber? No pareces abogado ni doctor —se burla, alzando una ceja.

—Cerca. Soy... en realidad, soy lo que mis clientes necesiten que sea —digo, encogiendo un hombro, y ella entrecierra los ojos, observando mi rostro con detenimiento.

—¡Así que eres un estafador! —afirma con una sonrisa y yo asiento, divertido.

—¡En ocasiones!

Ella parece dudar por un momento y luego desvía la mirada hacia la mesa donde su hermano sigue sumido en su propio mundo. Aunque muchas mujeres se le ofrecen, parece ignorarlas mientras ellas bailan para llamar su atención. Aurora frunce el ceño, mirando con intensidad a otro chico que está junto a su hermano.

El tipo es alto, con el cabello negro y un tatuaje que cubre todo su cuello. Sus ojos son fríos, casi asesinos, y caen sobre mí, antes de deslizarse hacia la chica a mi lado.

—¿Otro hermano celoso y temperamental del que debería cuidarme la espalda? —pregunto, y ella desvía la mirada hacia donde están mis ojos antes de reírse.

—¿Qué? ¡No! Él es Matt. Es de la familia, pero no es mi hermano, no de sangre, al menos. En fin... —Hace una pausa y luego cambia de tema—. Dime, Alex, ¿aún sigue en pie lo de la cena?

Asiento sin dudarlo.

—¡Solo tengo una regla! Nada de restaurantes ostentosos y nada de pescado.

—Eso son dos reglas, princesa.

—Pues son mis reglas. ¿Crees que puedes con eso? —Enarca una ceja con desafío.

—Como no tienes idea... —respondo con una sonrisa.

Sin decir nada más, se aleja, meneando las caderas al ritmo de la música, dirigiéndose hacia su hermano y hacia Matt, quien no deja de lanzarme miradas fulminantes.

12
ALEX

—No entiendo cómo lo conseguiste. La chica te detestaba y ¿ahora tendrás una cita con ella? —pregunta Tomás, recostado sobre el capó de mi auto, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras me observa con incredulidad.

—Ella no me detestaba. Odiaba al personaje que creé, basado en las apreciaciones que hizo el capitán sobre ella.

—No te entiendo.

—A lo que me refiero, mi querido amigo, es que Aurora Rinaldi no es el tipo de mujer que creíamos. No es la chica tonta y superficial que pensábamos, es lista. ¡Y mucho! Pero, aun así, no deja de ser una mujer sensible. Por lo tanto, no caerá ante el típico tipo malo. Simplemente no lo hará, porque está rodeada de ellos. No quiere que le digan lo hermosa que es, eso ya lo sabe. En cambio, lo que realmente le interesa es alguien que se fije en ella, no en su belleza física ni en lo que puedan obtener de ella por ser la hija de quien es. ¿Me explico? —pregunto, alzando una ceja.

—Así que ahora crearás un personaje que fingirá que le interesa de verdad la chica...

Asiento con una leve sonrisa. Una sonrisa maliciosa se dibuja en los labios de Tomás.

—¡Eres un bastardo demasiado listo, Alex! —se ríe.

—Lo sé —respondo con autosuficiencia, subiendo a mi coche.

Veinte minutos más tarde aparco frente a la entrada del Blood Hell. Como esperaba, Aurora es lo suficientemente astuta y precavida como para no darme la dirección de su casa, por lo que me toca esperarla aquí.

Si todo resulta como tengo planeado, lograré que revele información sobre su padre y la organización. Luego de esta noche, la tendré comiendo de mi mano… o dejo de llamarme Alexander Rossi.

Observo el reloj en mi muñeca: 7:45 p. m. Acordamos que la recogería a las ocho. Miro por el espejo retrovisor en dirección a la puerta principal del club. Ya debe estar por llegar.

Las personas comienzan a aglomerarse en la entrada, ansiosas por entrar, pese a que aún es temprano. No es de extrañar. Blood Hell es uno de los clubes más grandes y populares de la ciudad, famoso por su discreción, lo que lo convierte en el lugar predilecto de todo aquel que tenga un negocio ilícito.

No me sorprende ver la fila de mujeres esperando entrar, listas para atrapar algún pez gordo. Como si convertirse en la mujer trofeo de un delincuente fuera la meta de sus vidas. Lo que no saben es que se condenan. Porque, una vez dentro de este mundo, nunca hay salida.

La puerta de cuero rojo se abre y las luces del interior iluminan fugazmente la entrada. Y entonces la veo.

Aurora camina con seguridad hacia mi coche, con una expresión serena y una sonrisa natural en los labios. Salgo del auto y me apresuro a abrirle la puerta del copiloto. Mientras se acerca, aprovecho para detallarla.

Lleva un pantalón negro ceñido y una blusa color vino, con algunos botones desabrochados que dejan entrever la curva de su clavícula. Al acercarse, mis ojos se posan en el delicado collar que adorna su cuello: una corona con alas de ángel y una pequeña piedra roja en el centro.

Se ve simplemente hermosa.

—Buenas noches, princesa —saludo con una ligera reverencia.

Ella ríe y rueda los ojos.

—¡Qué caballero! —se burla mientras sube al coche.

—No has visto nada aún, princesa —respondo con una sonrisa socarrona y, antes de cerrar la puerta, le guiño un ojo.

Rodeo el auto y subo del lado del conductor.

—Bien... ¿a dónde iremos? —pregunta cuando enciendo el motor y me alejo del club.

—Es sorpresa —digo, lanzándole una mirada rápida antes de volver la vista a la carretera.

Ella entrecierra los ojos con suspicacia.

—Sabes que tengo un arma, ¿verdad?

Su advertencia me divierte. Suelto una risa y sacudo la cabeza.

—Muero por saber dónde la escondes —provoco, y ella vuelve a rodar los ojos con una sonrisa divertida—. Tranquila, no la necesitarás —añado, relajando mi tono.

Ella suspira y se acomoda en el asiento, resignada a que no obtendrá más respuestas que esas.

Suspiro al ver los altos portones de la antigua cabaña de mis padres. Hace años que no venía aquí, pero agradezco que la persona que contraté para ocuparse del lugar lo haya mantenido en perfectas condiciones. Desde afuera, luce exactamente igual a como estaba cuando mis padres vivían.

Cuando Aurora dijo que no quería cenar en un sitio ostentoso ni lujoso, este fue el primer lugar que vino a mi mente.

Los mejores años de mi vida los pasé aquí. Hay algo en este sitio, casi mágico, que te atrapa y te cautiva… casi tanto como los ojos de la chica que tengo a mi lado, brillando con asombro mientras observa el paisaje por la ventanilla.

—¿Eso es un lago? —pregunta con entusiasmo, y sonrío al verla tan animada.

—Sí, princesa. Es un lago.

Bajo del coche y ella hace lo mismo antes de que pueda abrirle la puerta. Sus ojos recorren maravillados la zona arbolada que nos rodea. La cabaña está enclavada en medio de un pequeño bosque a las afueras de la ciudad.

—Wow… Es hermoso —susurra, fascinada—. ¿De quién es?

—De mis padres.

—¿Cenaremos con ellos? —pregunta con asombro. Su reacción me divierte. Se ve tan inocente y nerviosa ante la posibilidad, que casi me hace reír.

—Eso no es posible —respondo en tono neutro—. Mis padres fallecieron hace años.

Su expresión cambia. Su mirada se posa en mí, avergonzada.

—Oh… Lo siento mucho, Alex.

—No lo hagas —digo, encogiéndome de hombros—. Fue hace mucho tiempo.

Caminamos hasta la entrada y abro la puerta para que ella pase primero.

Tan pronto la puerta se cierra detrás de mí, recorro con la mirada el interior.

Todo sigue en su sitio. La antigua mesa de madera al lado de la ventana, el sofá de cuero negro frente a la chimenea, la lámpara de lectura de pie a un costado. Los cuadros están intactos, como si el tiempo no hubiese pasado.

Lo único que falta aquí es el aroma a hogar.

Por un instante, casi puedo imaginar a mis padres bajando las escaleras.

—¿Alex? ¿Te encuentras bien?

La voz de Aurora y su mano tocando mi brazo me devuelven a la realidad. Parpadeo y la miro.

—Sí… Lo siento. Vamos, te mostraré el lugar —respondo con rapidez, comenzando a caminar hacia la cocina.

Pero ella me detiene sujetándome del brazo.

—Podemos ir a otro sitio si lo prefieres, de verdad, no me importa —dice con suavidad.

Nuestros ojos se encuentran. Por un momento, quiero apartar la mirada, pero no lo hago.

Sabía que traerla aquí era un arma de doble filo. Sabía que existía la posibilidad de que la herida en mi pecho aún no hubiera cicatrizado. Pero pensé que, al estar aquí, sería más fácil recordarme que ella representa todo aquello que desprecio. Todo aquello por lo que hoy no tengo nada.

Pero estaba equivocado.

Las ganas de volver a besarla, de probar su boca, solo aumentan cada vez que la veo.

—¿Quieres dar un paseo? —digo, tratando de sonar más animado.

Ella asiente con una leve sonrisa.

—Sí, claro que sí —responde con una sonrisa en el rostro.

Ambos salimos por la misma puerta por la que acabamos de entrar y, tan pronto como el aire fresco golpea mi cara, vuelvo a respirar con alivio. Aurora me observa de reojo, pero la ignoro y me recompongo rápidamente, enderezando la espalda y señalando el camino de tierra.

Ella me sigue por el sendero arbolado, y, tras unos pocos pasos, la estructura de madera del pequeño y viejo muelle aparece ante nosotros. El bote sigue flotando, amarrado a los tablones envejecidos por el tiempo. La brisa suave apenas mueve las copas de los árboles y, al igual que aquella noche en Central Park, la luna brilla reflejada en la superficie del lago, dándole al paisaje un aire etéreo y casi irreal.

Aurora recorre el lugar con la mirada, embelesada, como si todo lo que la rodea fuera un espectáculo único. Su expresión es de asombro y entusiasmo, una mezcla de emoción genuina y una curiosidad infantil que me resulta extrañamente cautivadora. Ella se acerca a la orilla, observando algo en el agua, y sonrío al notar lo que pretende hacer.

—¡No pienso subirme a esa cosa! —advierte mi voz en cuanto la veo tomar uno de los remos del destartalado bote, que a duras penas se mantiene a flote—. ¡Tiene años aquí!

—Oh, vamos… No seas un bebé —se burla, tomándome de la mano para arrastrarme con ella.

Ruedo los ojos, pero, por alguna jodida razón, me dejo llevar. Mientras la ayudo a subir, la observo de pie en la embarcación, esperando, en el fondo, que cambie de opinión.

—El gran Alex, el mismo que se atrevió a pedirle una cita con su hija al mismísimo diablo, ¿se acobarda por subir a un bote? —pregunta con una sonrisa provocadora.

Alzo una ceja, consciente de su juego. Me agacho hasta quedar en cuclillas e inclino el cuerpo hacia adelante, reduciendo la distancia entre nosotros para mirarla directo a los ojos. Ella mantiene la sonrisa, pero su mirada viaja fugazmente hasta mis labios antes de volver a mis ojos. Luego aparta la vista y palmea el asiento frente a ella, invitándome a sentarme.

«Esto no es lo que tenía en mente al traerla aquí, pero…»

Doy un último vistazo hacia la casa y, tras soltar un suspiro resignado, tomo el otro remo y subo al bote.

El silencio del lago nos envuelve a medida que nos adentramos en sus aguas. La brisa nocturna acaricia mi piel, y durante un instante me permito perderme en la quietud del lugar. Hace mucho tiempo que no experimentaba una paz como esta.

—Esto es… hermoso —murmura Aurora, recorriendo el paisaje con la mirada.

No sé qué demonios me pasa, pero no puedo apartar los ojos de ella. Me obligo a hacerlo y desvío la vista hacia el muelle. «Nos alejamos bastante».

—¿Por qué no vives aquí? —pregunta de repente, atrayendo mi atención de vuelta a ella.

—¿Quién dice que no lo hago?

—No lo haces… Si así fuera, no habrías reaccionado como lo hiciste cuando llegamos.

No respondo. Simplemente aparto la mirada porque, en realidad, ni siquiera sé qué contestar. Es demasiado intuitiva para mi gusto.

—Lo siento, a veces no puedo controlar mi boca —se disculpa.

El silencio se instala entre nosotros, esta vez con un matiz incómodo. Ella mira el lago, y yo la miro a ella. Nunca antes una mujer me había puesto nervioso, pero ella…

«Es el enemigo… Es el enemigo…»

Me repito la frase mentalmente una y otra vez. Todo sería más sencillo si este enemigo no fuera tan condenadamente irresistible. La blusa y los pantalones húmedo se le pega al cuerpo y, cuando se inclina hacia adelante para observar algo en el agua, la luna perfila cada curva de su silueta.

—¡Oye! ¡Hay peces! —exclama con entusiasmo, sus cejas arqueándose de emoción.

Su voz suena tan llena de genuina fascinación que por un segundo olvido quién soy y qué se supone que debo hacer aquí. Su curiosidad infantil la hace inclinarse más sobre el borde del bote, extendiendo la mano hacia el agua.

Intento advertirle.

—Aurora, no te…

No termino la frase.

El bote se tambalea y, en cuestión de segundos, se voltea, lanzándonos al agua.

Maldigo entre chapoteos cuando saco la cabeza a la superficie y busco con la mirada a Aurora. El bote sigue flotando a la deriva, pero ella…

—¡Aurora! ¡Aurora!

No responde.

La desesperación me golpea con fuerza cuando, entre la oscuridad del agua, no logro verla. Me sumerjo de inmediato, pero es imposible distinguir algo en la negrura del lago.

—¡Diablos! ¡Princesa! —gruño, con el corazón desbocado.

De pronto, la veo.

A pocos metros de mí, flota boca abajo.

El miedo me paraliza por un segundo, pero entonces, justo cuando estoy a punto de alcanzarla, Aurora se sumerge y reaparece de golpe, lanzándome agua con las manos mientras estalla en carcajadas.

—¡Dios santo! ¡Debiste ver tu cara! —se burla, riendo como una loca.

La observo en silencio, conteniendo las ganas de estrangularla.

—¡No fue gracioso! ¡Creí que te habías ahogado! —la regaño, pero ella sigue riendo.

Me acerco, y su risa se apaga de inmediato.

Nuestros rostros quedan a centímetros de distancia, nuestras miradas atrapadas la una en la otra. La luz de la luna ilumina las gotas de agua en su piel, dándole un brillo irreal. Su cabello mojado se pega a su rostro y resbala por sus hombros, y, por un instante, parece una maldita sirena salida de un cuento de hadas.

Paso la lengua por mis labios sin apartar la vista de los suyos. Ella me imita.

La necesidad de tocarla se apodera de mí.

Deslizo una mano hasta su cintura, atrayéndola más a mí.

Aurora no se aparta. Me observa en silencio, analizándome, estudiando cada movimiento. Con el pulgar, acaricio su labio inferior. Ella entreabre la boca, y el aire frío de la noche deja escapar un leve suspiro entre sus labios.

—¿Lo harás o no? —susurra, su aliento chocando contra el mío.

Sonrío.

Mi mano asciende hasta su mentón, inclinándolo suavemente hacia mí.

Le dedico una última mirada a sus hipnóticos ojos antes de inclinarme y atraparla en un beso.

Al principio, nuestros labios se presionan con suavidad, tanteando, explorando. Pero la dulzura apenas dura un instante. Ella se pega más a mí, y mis manos la sujetan con fuerza mientras devoro su boca en un beso tan intenso que siento que me quema por dentro.

El sabor de sus labios, la suavidad de su piel mojada contra la mía…

Es un pecado.

Uno que estoy dispuesto a cometer, aun cuando sé que debo destruirla.



13

AURORA

No podía apartar la mirada de Alex. Sus ojos, tan intensos, tan profundos, parecían atravesarme, como si pudiera ver dentro de mi alma. Había algo en la forma en que me observaba, una mezcla de desafío y deseo, que me hacía sentir como si fuera la única persona en el mundo en ese momento. Su mirada era implacable, como si no hubiera ni un solo rincón de mí que no pudiera dominar.

Sentí un hormigueo recorrerme la piel, algo que no podía ignorar. No solo era el deseo lo que emanaba de él, sino una intensidad que me dejaba sin aliento. La forma en que relamió sus labios antes de acercarse a mí, anticipando el beso, fue lo que me desarmó por completo. Había algo en ese gesto, algo tan primal, tan cargado de tensión, que no pude evitar sentirme completamente absorbida.

Pero en el instante en que sus labios tocaron los míos, un pensamiento irrumpió en mi mente, y me hizo detenerme por un segundo. Mientras sentía la suavidad de sus labios, el roce de su aliento, no pude evitar pensar en el oficial del FBI. Era imposible, lo sabía. Pero en ese momento, las sensaciones que me envolvían, la familiaridad de su cercanía, la intensidad del beso… todo eso me hizo dudar, aunque solo fuera por un breve instante.

«¿Por qué pienso en él ahora?», me pregunté, separándome ligeramente de Alex. Esa pregunta me golpeó con fuerza. Sabía que no podía ser él, que las circunstancias eran demasiado distintas. El FBI estaba lejos de todo esto, y el hombre que había besado en la oscuridad de la noche no podía ser el mismo. Pero algo en la forma en que Alex me miraba, algo en esa mirada tan penetrante, parecía activar un resorte dentro de mí, un resorte que no podía identificar.

Me separé un poco de él, confundida, mientras mis pensamientos se enredaban. «¿Por qué lo besé?», me cuestioné a mí misma, respirando agitada. ¿Por qué lo deseaba de esa manera tan

incontrolable, cuando sabía que lo correcto sería alejarme, no seguir adelante?

Quise negarlo, pero la verdad era que la pregunta persistía. ¿Por qué quería que lo hiciera de nuevo? ¿Por qué esa necesidad inexplicable de sentir sus labios sobre los míos, de perderme en ese momento aunque fuera solo por un segundo?

Me separo del cuerpo de Alex y salgo disparada hacia la orilla. ¡Tengo que salir de aquí!

Cuando llego a la superficie, me apresuro, maldiciendo internamente por no haber traído mi motocicleta. Alex me alcanza en cuestión de segundos, sujetándome de la muñeca y girándome para que lo mire. Por primera vez en mi vida, no sé cómo reaccionar. Los nervios y la confusión nublan mi mente, impidiéndome razonar con claridad.

¿Por qué dejé que me besara?

¿Por qué lo alenté a hacerlo?

Y, lo peor de todo... ¿por qué deseo que lo haga otra vez?

Sus ojos me observan con intensidad, el ceño fruncido. Su cabello mojado cae sobre su frente, que ahora se apoya contra la mía mientras intenta acercarme más a él.

—¿Qué pasa? ¿Por qué huyes? —susurra contra mis labios, dispuesto a besarme otra vez.

Pero me aparto.

Coloco las manos en su pecho y lo empujo suavemente antes de dar media vuelta y caminar con determinación hacia la cabaña, donde dejé mi bolso. Tengo que salir de aquí.

Tan pronto como abro la puerta, Alex vuelve a alcanzarme. Sujeta mi cintura y me gira con firmeza hasta que quedo atrapada entre su cuerpo y la madera de la puerta. Su mirada se clava en la mía, nuestros rostros a escasos centímetros, nuestras respiraciones entremezclándose. Está a punto de besarme de nuevo cuando el sonido de mi teléfono interrumpe el momento.

Frunzo el ceño al ver el nombre en la pantalla.

—¿Hola?

—¡Aurora! ¿Dónde estás? —la voz de Matt suena tensa al otro lado de la línea.

—Eso depende... ¿por qué lo preguntas?

—¡Deja de comportarte como una niña y ven a la mansión ahora mismo! ¡Hemos intentado contactarte por más de una hora!

El tono de su voz me pone en alerta.

—¿Qué ocurre?

—Le dispararon al Diablo.

Me quedo paralizada.

—¿Qué? ¿Cómo que le dispararon? ¿Quién?

Mi mente se queda en blanco. No espero respuesta. Doy media vuelta y, sin importarme nada más, salgo corriendo, atropellando a Alex al pasar junto a él.

—¡Aurora, espera! —grita, pero lo ignoro.

Corro como una loca por el sendero, mientras las palabras de Matt se repiten en mi cabeza una y otra vez.

¡Le dispararon a mi padre!

El rugido de un motor me hace girar la cabeza. Alex ha subido a su coche y me observa desde el asiento del conductor, tan empapado como yo.

—¡Aurora, sube!

No lo dudo. Abro la puerta y salto dentro del vehículo, con la vista empañada por las lágrimas.

—Por favor... llévame a mi casa —susurro.

Él me mira con desconcierto, pero asiente.

Le doy la dirección y, en cuestión de minutos, los portones de la mansión se abren ante nosotros. El BMW de Alex entra y, apenas se detiene, salgo del auto de un salto.

Los hombres de mi padre me observan al pasar, pero no dicen nada. Agachan la cabeza en señal de respeto.

Mi corazón late con fuerza.

No me doy cuenta de que Alex me sigue hasta que pongo un pie en la sala. Mi madre está sentada en el sofá, con Sebastián a su lado, rodeándola con los brazos.

—¿Estás bien? —pregunto, recorriéndola con la mirada.

Ella asiente, pero puedo ver la angustia reflejada en sus ojos.

—¿Dónde está? —exijo saber.

Mi tío Adriano es el único que se interpone en mi camino cuando intento subir las escaleras.

—¡Tranquilízate! Él está bien. Solo fue un rozón —dice con voz firme.

Pero no lo escucho.

Necesito verlo con mis propios ojos.

Lo esquivo y subo las escaleras de dos en dos.

Cuando llego a la puerta de su habitación, la empujo sin pensarlo dos veces.

Lo primero que veo es el rostro de mi padre, su expresión furiosa mientras observa la nada desde su posición junto a la ventana. Pero en cuanto me nota, su mirada se suaviza... y la mía se enciende al ver la herida en su cabeza.

Pudieron haberlo matado.

Siento un nudo en la garganta. Sin pensarlo, me lanzo sobre él y lo abrazo con fuerza.

—Lo siento... lo siento tanto... —murmuro contra su pecho, sin siquiera saber por qué me disculpo.

Él me rodea con los brazos, en un intento de calmarme.

Nunca he permitido que nadie me vea llorar. Pero cuando se trata de mi padre... Dios, soy capaz de cualquier cosa por él.

—Tranquila, principessa. Solo fue un rozón, no es nada —susurra, acariciando mi cabello con ternura.

—Dime quién fue —pido con la voz ahogada, con la cabeza aún enterrada en su pecho.

Él me toma suavemente por la barbilla y levanta mi rostro para que lo mire. Sus ojos de hierro se encuentran con los míos, y con su pulgar limpia una lágrima que resbala por mi mejilla.

—No lo sé. Recibí un mensaje de alguien diciendo que te tenían. Te llamé, todos lo hicimos, pero no respondiste. Salimos a buscarte, pero el rastreador no funciona —dice, tocando con la punta de su dedo el colgante que llevo desde niña, el que alguna vez fue de mi madre.

Mi mandíbula se tensa.

—Los mataré. Lo juro.

Él suelta una carcajada.

—No te rías. ¡Esos malditos casi te matan! —protesto con indignación.

—Soy a prueba de balas, ¿recuerdas? —responde con una sonrisa burlona, señalando las cicatrices en su pecho, marcas de viejas heridas.

Aprieto los labios.

—Primero yo... ahora tú... —susurro.

Mi padre suspira y apoya su mentón sobre mi cabeza, manteniéndome envuelta en su abrazo.

—Piensas lo mismo que yo, pequeña.

Nos miramos fijamente y, casi como si hubiéramos ensayado la línea, pronunciamos al unísono:

—Nos están cazando.

El silencio se extiende entre nosotros, hasta que su ceño se frunce de repente.

—Principessa...

—¿Ajá...? Dime, papá —murmuro, volviendo a abrazarlo.

—¿Por qué tienes la ropa mojada?

Mis ojos se abren como platos.

¡Mierda!

Doy un salto hacia atrás, recordando mi estado... y no solo eso.

¡Diablos!

¡Alex está abajo, en la sala, con mi familia!

ALEX

Observo la escalera por donde Aurora desapareció hace unos minutos, conteniendo el impulso de seguirla. Se veía angustiada, y aunque mi instinto me grita que vaya tras ella, una presencia interrumpe mi campo de visión. La mirada furiosa que me dedica me deja claro que no soy bienvenido.

—¿Y tú qué diablos haces aquí? —gruñe un tipo de cabello negro, con un tatuaje de calavera en la garganta.

Antes de que pueda responder, una voz interviene desde el otro lado de la sala.

—¡Déjalo, Matt! Es un amigo de Aurora —dice el hermano de ella.

Está sentado junto a una mujer de unos cuarenta años, quien, al escuchar sus palabras, desvía la mirada hacia mí con curiosidad. Es una versión más adulta de Aurora, pero a diferencia de ella, su cabello es azabache. Sus ojos almendrados contrastan con los de Aurora, que ahora baja las escaleras. Su mirada se cruza con la mía, pero se detiene en seco cuando Matt la intercepta, sujetándola por la muñeca.

Aprieto los dientes. Me cuesta contener el impulso de saltar sobre él y cortarle la maldita mano.

—¿En serio? ¿Por qué carajos lo trajiste aquí? —le reclama Matt con evidente molestia.

Aurora lo aparta de un tirón, fulminándolo con la mirada.

—Suéltame, Matt. Y no vuelvas a tocarme o te juro que perderás la mano. No te debo explicaciones.

—¡No me gustas! —me señala con un dedo acusador—. Hay algo en ti que no me agrada.

—Qué bueno que no eres mi tipo —respondo con sarcasmo.

Se produce un breve silencio hasta que un hombre alto, de cabello castaño y ojos claros, suelta una carcajada y se acerca a Aurora, pasando un brazo sobre sus hombros con aire despreocupado.

—¿De dónde lo sacaste? Me recuerda a Cassiano y a mí de jóvenes —comenta divertido.

Aurora rueda los ojos, apartándose con fastidio.

—¡Lorenzo, ya cállate! —reprende una mujer rubia que está sentada en un sofá junto a la madre y el hermano de Aurora.

Pero la tensión en la sala no se disipa.

—¿Dónde está Román? ¡Él debería haber estado con mi padre! —pregunta Aurora con el ceño fruncido, dirigiendo su mirada hacia Lorenzo.

Matt la mira con advertencia.

—Mucho cuidado, Aurora…

Ella le sostiene la mirada y da un paso al frente, desafiándolo.

—¡Ya! ¡Es suficiente, ustedes dos! —ladra una voz al pie de la escalera.

Todos giramos la cabeza en dirección al hombre que acaba de hablar. Junto a él, hay otro sujeto, un rubio con una venda en el hombro.

—¡Adriano! —la madre de Aurora se levanta del sofá apresurada y se acerca a él.

Él le dedica una sonrisa cálida, pero su expresión cambia al volverse hacia Aurora.

—Dime que averiguaste algo —le pide la mujer.

Adriano niega con la cabeza.

—Hay rumores de que fueron las pandillas, pero no tenemos certeza de nada.

Aurora aprieta los puños y desvía la mirada hacia el rubio.

—Román… ¿qué…?

—¡Mi padre salvó la vida del tuyo! —interrumpe Matt, atrayendo su atención—. Recibió un tiro cuando saltó sobre él para cubrirlo.

La expresión de Aurora se endurece.

—Lo siento… yo… no puedo pensar bien —murmura, antes de darse la vuelta y dirigirse a la salida.

—¡Aurora! Será mejor que vayas con tu primo a Italia. A Iván ya lo enviamos con Laura —dice su madre.

Aurora se detiene y la mira con incredulidad.

—¡No pienso ir a ningún lado! Yo no me escondo de nadie, madre.

—Hija, por favor. Es peligroso. Si algo te pasa…

—¡No! —la interrumpe con firmeza—. ¡No pienso largarme a esconderme! ¡Intentaron asesinar a mi padre!

Sus ojos se empañan, pero no derrama una sola lágrima.

Adriano la observa con atención.

—Me alegra no haber entrenado a una cobarde —dice con un deje de orgullo—, pero tu madre tiene razón. Cassiano destruiría toda la ciudad si algo te pasa, Aurora. Lo sabes.

Ella dirige una rápida mirada a su hermano, quien asiente en un gesto silencioso.

—¡Ya dije que no! —gruñe, alejándose con pasos firmes.

Sale por la gran puerta de madera hacia el jardín, y sin pensarlo dos veces, la sigo.

Aurora camina por un sendero de piedra, flanqueado por arbustos, hasta que se detiene y recuesta la espalda contra un árbol. Su mirada se pierde en la nada.

Me acerco con cautela.

—¿Estás bien?

Ella asiente lentamente, pero sus manos, cerradas en puños, la delatan. Con suavidad, tomo su brazo y la giro hacia mí.

Sus ojos rojos y brillosos me atraviesan. Una lágrima rueda por su mejilla, y la aparto con la yema del dedo. Ella desvía la mirada, pero la tomo por la barbilla para que vuelva a verme.

«Se ve tan vulnerable… no parece la misma mujer que enfrentó el operativo en la bodega de Killer».

Un sollozo escapa de sus labios, y sin previo aviso, se aferra a mi camiseta con fuerza, enterrando su rostro en mi pecho.

—Princesa…

Acaricio la parte trasera de su cabeza, intentando consolarla. Pero me toma por sorpresa cuando, de repente, presiona sus labios contra los míos.

El beso es suave, lento, embriagador. Pero la necesidad crece, y cuando la aprisiono contra el tronco del árbol, se vuelve voraz. La devoro con hambre mientras sus manos recorren mi pecho.

Entonces, de golpe, se separa, jadeando. Lleva las manos a su cabello, pasándolas por él en un gesto nervioso.

—Será mejor que te vayas —murmura.

Frunzo el ceño, desconcertado, y doy un paso hacia ella.

—Aurora, yo no voy a…

—¡Me están cazando! ¡Nos están cazando! ¿Lo entiendes? —su mirada es una mezcla de determinación y desesperación—. Lo que pasó en la pista aquel día no fue una casualidad. Si atacaron a mi padre… si se atrevieron a ir tras él… Mi mundo es así. Por eso no dejo que nadie entre en él. Aléjate de mí antes de que te absorba o termines muerto.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. Entiendo lo que quiere decir, pero, aun así, no puedo detenerme.

La sujeto por la cintura y la acerco a mí.

—No me importa. No me importa tu mundo ni los riesgos que conlleva. Tú lo vales. Déjame preocuparme por mí.

Intento convencerme de que esto es solo por mi misión. Pero cuando nos sostenemos la mirada, empiezo a dudar.

Aurora esboza una leve sonrisa, pero no llega a sus ojos. Con ternura, acaricia mi mejilla… y luego se aleja.

—Lo siento, Alex…

Son sus últimas palabras antes de marcharse, dejándome solo en medio del jardín, con la cabeza hecha un lío y la culpa carcomiéndome.

Porque mientras ella intenta protegerme de su mundo… yo solo estoy aquí para acercarme lo suficiente y destruirlo.

Junto con ella.



14

AURORA

—¡Aurora! ¿Me estás escuchando? —La voz de Samanta me hace parpadear y girar el rostro en su dirección. Me observa con una ceja alzada, expectante.

—¡Lo siento, Sam! ¿Qué decías?

—¡Ay, por favor! ¿Por qué no lo llamas de una vez? —me regaña, poniendo los ojos en blanco.

—No voy a hacer eso, sabes cómo son las cosas aquí.

—¿Y? —inquiere con la mirada fija en mí—. ¡Él ya te ha dicho que no le importa!

—Ese no es el problema, Sam. No quiero arrastrar a nadie a esto. Nosotras nacimos aquí, no tenemos opción. Pero, ¿por qué atraer a más personas hacia un destino que solo les traerá destrucción y sangre?

—Aurora, Alex no es un niño. Finalmente has encontrado a alguien que te hace sonreír como tonta con solo mencionar su nombre.

Señala mi rostro con aire triunfal, y es entonces cuando me doy cuenta de que, sin notarlo, he sonreído. Todo por la mención del hombre que no ha salido de mi cabeza en una semana, desde el día en que le pedí que se alejara. Pero, aun así, él no ha dejado de buscarme.

—¿No se supone que deberías estar en Italia con tu madre? Creí que esta era tu oportunidad para alejarte de la violencia de nuestro mundo y todas esas cosas —pregunto con un deje de sarcasmo, intentando cambiar de tema.

A Sam nunca le ha gustado lo que hace nuestra familia ni se ha sentido cómoda con ello. Se ha negado a recibir entrenamiento, a pesar de las insistencias del tío Adriano, quien al final terminó cediendo y olvidando el asunto.

Sam sonríe con picardía, cruza los brazos y se aclara la garganta.

—No me iré a ningún lado. ¿Qué harías sin mí y mis sabios consejos? Además…

Hace una pausa y la sonrisa que se dibuja en su rostro me hace entrecerrar los ojos con suspicacia. Pasa la lengua por sus labios en un gesto nervioso.

—Tengo trabajo en el club. Este año terminaré mi carrera de Administración y necesito seguir con las prácticas —responde con demasiada seguridad, lo que me hace sonreír ante su patético intento por engañarme.

—Así que… tus idas al Blood Hell no tienen nada que ver con el chico rubio que se te pega como una garrapata cada vez que llegas, ¿verdad?

Su cabeza se gira bruscamente en mi dirección, y el pánico inunda sus ojos al percatarse de que no me engaña.

—No sé de qué hablas… —carraspea, pero estoy a punto de refutarle cuando la voz de mi hermano, desde el umbral de la puerta, me interrumpe.

—¡Aurora!

Me llama con seriedad, y al ver su expresión, lo entiendo todo.

Suspiro y me pongo de pie, siguiéndolo por el pasillo en dirección al jardín.

Nos detenemos al pie de las escaleras. Me abrazo a mí misma cuando el frío de la noche me azota y tomo asiento sobre el mármol junto a Sebastián.

—No puedo cubrirte hoy en las pistas —suelta sin rodeos.

Giro el rostro hacia él con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? ¿Ocurrió algo?

Sebastián deja escapar un suspiro cansado. Su mirada se eleva al cielo, y la sigo hasta las estrellas. Algo en su postura me inquieta. No es el Sebastián frío e inexpresivo que conozco. Ahora parece… ¿desorientado? ¿Preocupado?

—Papá no me quiere ahí. Además, Adriano se está encargando de obtener información sobre el atentado contra él, y con Lorenzo ahora en Italia…

—¿Y desde cuándo te importa tanto lo que diga nuestro padre? —lo corto, arqueando una ceja con curiosidad.

—Tengo mis propios asuntos que resolver, Aurora —responde con firmeza sin mirarme, sus codos apoyados sobre sus rodillas.

Últimamente ha estado actuando extraño, y temo que en cualquier momento vuelva a tener una de sus crisis. Su humor es más volátil que nunca, y apenas pasa tiempo en casa.

—¿Esos… "asuntos" tienen algo que ver con lo que ocurrió con aquel proxeneta y la chica que huyó?

Observo cómo su mandíbula se tensa y sus dedos se entrelazan sobre sus rodillas. Desplazo la mirada hasta un pequeño colgante dorado con una cruz que cuelga de su cuello. Jamás lo había visto usar algo así. Sebastián no es religioso… ni remotamente.

Vuelvo a mirarlo, esperando una respuesta, pero el silencio se alarga. No lo presiono. No hemos tocado el tema desde aquella noche, y por su expresión, asumo que tampoco lo haremos hoy.

—¿No puedes enviar a Matt? —pregunto con esperanza.

—Lo haría, pero está ocupado cuidando de Román —responde, y suelto un suspiro.

No había pensado en eso. Román ha sido como un padre para Matt desde que lo rescató de las calles.

Recuerdo el día que llegó: no tenía más de diez u once años. Estaba sucio, golpeado y tan desnutrido que parecía de seis o siete. Se escondía en los rincones y sus gritos, cuando tenía pesadillas, se escuchaban desde la casa de huéspedes hasta mi habitación. Nunca había sentido el dolor de otra persona tan vívidamente como cuando miraba sus ojos tristes.

Con el tiempo, fue tomando confianza. Román se encargó de hacerlo parte de la familia y lo adoptó legalmente. Se mudó a la casa que papá le regaló a Román, y aunque sigue siendo desconfiado, nos hicimos inseparables. Matt, Sebastián y yo.

Aunque últimamente no nos llevemos tan bien, lo quiero tanto como a un hermano.

Bufo y desvío la mirada hacia Sebastián.

—Está bien, no te preocupes. Yo me haré cargo. Tú… haz lo que debas hacer, pero no te metas en problemas. Al menos no sin mí.

Le empujo la pierna con la mía en un gesto cariñoso, robándole una media sonrisa.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —dice, con la mirada perdida en la nada—. Y mataré a cualquiera que se atreva a dañar a los que me importan.

Sus palabras me toman por sorpresa, pero antes de que pueda responder, se levanta y se aleja hacia su coche.

—También te quiero, hermano —le grito, viéndolo desaparecer en la noche.



El rugido de los motores y el inconfundible olor a marihuana me invaden tan pronto como bajo del Mercedes AMG GT negro de mi padre. No es mi estilo de coche, pero insistió en que dejara la motocicleta por unos días y, en su lugar, utilizara su vehículo blindado. Para mí, es una exageración, pero si eso le da un poco de paz, puedo hacer el sacrificio.

Las personas se abren paso a mi alrededor cuando camino entre la multitud, dirigiéndome hacia los pilotos que aguardan junto a la carretera. Sin embargo, mi ceño se frunce al instante cuando noto el Lamborghini verde estacionado más adelante.

—No puede ser… —murmuro para mis adentros.

Parece que la noche será más larga de lo que esperaba. Mis sospechas se confirman cuando veo descender del auto a un tipo con una camisa rosa y una chaqueta de cuero marrón. Se quita las gafas de sol con un movimiento despreocupado y, al alzar la mirada, sus ojos se encuentran con los míos.

«¿Quién usa gafas de sol en la noche?»

Oscar Sullivan es un idiota. Un idiota insistente. Lo noto al instante en su sonrisa petulante cuando mira detrás de mí, comprobando que mi hermano no está cerca. Su expresión se ensancha aún más y, con una confianza exasperante, comienza a caminar en mi dirección.

Reprimo el impulso de dar media vuelta y largarme. No le daré la satisfacción de verme huir cuando claramente el intruso aquí es él.

—¡La princesa rebelde ha vuelto! —se burla, su tono destilando diversión.

Entreabro los ojos con fastidio, mirándolo con abierto desdén.

—¿No se te pasó la hora de dormir, Oscar? —replico con frialdad, pasando a su lado sin detenerme.

Pero, como la plaga que es, me sigue sin cesar, parloteando sandeces que ni siquiera me molesto en procesar.

Recorro con la mirada los autos estacionados y, aunque intento ignorarlo, una pizca de decepción me golpea cuando no veo el coche que esperaba encontrar. No sé por qué me afecta. En el fondo, sé que lo mejor es mantenerlo alejado.

Mi padre siempre dijo que mamá odiaba este mundo. Huyó de él durante años, de todo lo que representaba. Muchos creen que vivir entre lujos y tenerlo todo al alcance de la mano es el sueño de cualquier chica. Pero no. Porque por mucho dinero que poseas, hay algo que jamás tendrás en este mundo. Algo por lo que cualquiera de nosotros mataría.

Paz.

Cuando naces dentro de la mafia, las luchas de poder, las traiciones y la venganza son el pan de cada día. No puedes confiar en nadie. Siempre debes mirar por encima del hombro, porque nunca sabes cuándo alguien intentará atacarte para arrebatarte lo que tienes… o simplemente para enviar un mensaje. La muerte está a la vuelta de la esquina, acechando sin tregua.

Porque una vez que entras en este mundo, no hay salida.

Al menos, no con vida.

Y yo no seré quien arrastre a alguien más a esta condena.

Alex es diferente a los demás. Quizás al principio me cayó como una patada en el estómago con su arrogancia y su egocentrismo, pero aun así… fue el único que se interesó en mí por lo que soy, no por mi apellido, ni por mi familia, ni por el rey de la mafia, ni por mi estatus dentro de ella. Solo vio a Aurora. A la chica escondida detrás de este imperio de poder y sangre.

Y por eso debo alejarlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y qué dices? —La voz de Oscar me saca abruptamente de mis pensamientos.

Vuelvo a encontrarme con su mirada lasciva mientras pasa la lengua por sus labios y se acaricia la barbilla con aire engreído.

—¿Aún sigues aquí? —pregunto con desdén, ignorando sus palabras y reanudando mi camino.

—Vamos… una carrera —insiste, colocándose frente a mí antes de que pueda responderle para mandarlo al diablo.

—Si yo gano, te acuestas conmigo… y si pierdo, pues… te invito a cenar. De cualquier forma, ganas —su tono sugerente es repulsivo.

La bilis me sube por la garganta solo de imaginarlo. Aprieto los puños con fuerza y respiro hondo antes de voltearme lentamente, clavándole una mirada helada.

—Voy a decir esto muy, muy lento para que logres procesarlo con ese cerebro microscópico que tienes. —Hago una pausa, dejándolo en suspenso. Luego, sonrío con fingida dulzura y suelto:

—Prefiero que me arranquen los dientes uno a uno y me obliguen a masticar vidrio molido con mis encías sangrantes antes de compartir una habitación contigo.

Le escupo en la cara sin el menor remordimiento y me giro para largarme, pero su mano me atrapa de la muñeca con brusquedad, jalándome hacia él.

Su mirada ahora está cargada de furia.

—¿Te crees mucho, no es así? —brama sobre mi rostro.

Lo miro directo a los ojos y sonrío con desdén.

—No me creo mucho, Oscar. Sé que lo soy.

Intento empujarlo, pero me sujeta con más fuerza.

—Te guste o no, vas a ser mía, Aurora. No hay nadie mejor que yo para convertirme en el esposo de la princesa de la mafia italiana.

—Sigue repitiéndotelo hasta que te lo creas —me burlo, con la mirada llena de desafío—. Primero me caso con un simio antes de ser algo tuyo.

—Por si no lo sabías, nadie le dice que no a Oscar Sullivan. —Su voz es puro veneno—. Los matrimonios por conveniencia han unido familias durante generaciones en la mafia. Mi padre volverá a pedirle tu mano al Diablo, y tendrás que tragarte tus palabras.

Suelto una carcajada mordaz.

—Y mi padre volverá a mandarlo a la mierda.

Intento contener la furia que comienza a arder en mi sangre.

—Nunca hemos seguido esas costumbres, así que ahórrale la humillación a tu papito y déjate de idioteces. Jamás voy a casarme contigo.

Le dispararía en este instante si no fuera porque hacerlo desataría una guerra entre familias. Ahora entiendo mejor por qué Sebas le voló el coche. Oscar es todavía más idiota de lo que recordaba.

—¡Quítale tus putas manos de encima, hijo de perra, antes de que te la arranque!

La voz retumba tras mi espalda y, en un instante, Oscar me suelta con brusquedad. Me giro de inmediato y mis ojos se encuentran con Alex.

El irlandés da un paso al frente, dispuesto a tomarme del brazo, pero Alex se interpone, lanzándole un puñetazo que lo manda al suelo.

—Te lo advertí, bastardo. Aléjate de ella. Si vuelves a tocarla, te corto la puta mano.

Oscar se limpia la sangre del labio roto con el dorso de la mano, sus ojos encendidos de rabia. Y sin previo aviso, se lanza sobre Alex.

Y en cuestión de segundos, la pelea estalla.

La multitud se aglomera a nuestro alrededor mientras los puños vuelan y los cuerpos chocan con violencia. Alex patea a Oscar con fuerza, derribándolo. Oscar intenta ponerse de pie, pero Alex barre sus pies, haciéndolo caer nuevamente.

Y entonces, cuando Oscar se levanta por última vez, su mano va a su espalda.

Y saca su arma.

La situación da un giro letal en un parpadeo.

La escena se congela por un momento. Alex, con la misma velocidad, saca su pistola, ambos se apuntan, y las respiraciones pesadas de los dos hacen que sus pechos suban y bajen de manera errática.

Es en ese instante cuando no noto al hombre de chaqueta negra hasta que aparece a un lado, presionando su propia pistola contra la cabeza de Alex. La escena se vuelve aún más tensa, con Alex atrapado en el medio de la línea de fuego entre Oscar y Brendan Sullivan, quien, con calma, desactiva el seguro de su arma mientras Oscar sonríe con una seguridad casi arrogante. Pero esa sonrisa desaparece de su rostro en cuanto saco mi Glock y la presiono contra la cabeza de su hermano, Brendan, quien permanece inmóvil, sin bajar el arma que sigue apuntando a Alex.

—¡Bájala! —exijo, colocando el cañón de la pistola directamente sobre su cabeza.

Un silencio mortal se apodera del lugar. Nadie dice ni hace nada, mientras los hermanos siguen apuntando, y el hombre que está frente a mí no mueve un músculo.

—¡No! —responde Brendan sin volverse, su voz llena de una calma calculada—. No puedes jalar ese gatillo y lo sabes tan bien como nosotros. Si me matas, provocas una guerra de clanes.

Por mucho que me molesten sus palabras, sé que tiene razón. Aun así, mi dedo no tiembla ni vacila cuando quito el seguro de mi arma, lo que provoca que Oscar abra los ojos como platos, tragando saliva al contemplar la posibilidad de que le vuele la cabeza a su hermano.

—Conoces los rumores sobre mi familia —digo, llevando el dedo al gatillo—. No deberías poner a prueba la cordura que tanto nos

caracteriza a los Rinaldi. Pero si lo quieres hacer, adelante, pruébame —mi tono es un susurro de amenaza, pero él sigue sin moverse.

—Me conoces, Sullivan… —continúo, mi voz aún más fría y calculada—. Te mataré y luego me sentaré a beber cerveza mientras observo cómo sacan tu feo trasero de mi territorio. Así que... ¡baja la maldita pistola!

15
ALEX

—¡Bájala!

La orden de Aurora resuena con firmeza, seguida del inconfundible sonido del seguro de su arma desactivándose. La sonrisa se borra del rostro del hombre al que apunto, su mirada nerviosa se desliza hacia el tipo que me amenaza por la espalda y luego regresa a la mujer, quien avanza un paso con determinación.

—No lo repetiré —advierte, su tono helado—. O bajas el arma… o te obligo a hacerlo.

El hombre frente a mí aprieta los dientes con frustración, pero finalmente cede, bajando el arma con lentitud. Su mirada asesina se clava en Aurora cuando ella se sitúa a mi lado. Siento la tensión en su cuerpo, la misma rabia contenida que arde en la mía. El sujeto que me apuntaba retrocede y se acerca al otro hombre, el mismo que observa a Aurora y luego a mí, con el ceño fruncido y los puños cerrados.

—Saca al idiota de tu hermano de aquí antes de que le vuele las bolas, Brendan —escupe Aurora con desdén.

El rubio de ojos azules alza la barbilla, desafiante, pero finalmente toma a su hermano por el brazo. Sin embargo, el imbécil no deja de mirar a Aurora, ni siquiera cuando Brendan lo aparta con un empujón.

—Recuerda lo que dije, Aurora… —advierte, señalándola con un dedo.

Doy un paso adelante, listo para partirle el cuello, pero la mano de Aurora rodea mi brazo con firmeza, deteniéndome.

—Nos vemos pronto —añade el tipo con una sonrisa burlona, dejándose arrastrar por su hermano. La molestia de Brendan es evidente en la tensión de sus músculos, pero no dice nada.

Cuando desaparecen, Aurora se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Qué diablos fue eso? —me suelta con dureza, clavando sus ojos en los míos.

—¿Qué fue eso? ¡Ese bastardo te tocó! Puso sus sucias manos sobre ti. —Mi voz gotea rabia, señalando lo obvio sin ocultar el enojo.

—¿Y qué? ¿Acaso crees que no soy lo suficientemente capaz de defenderme sola? —me recrimina, su mirada encendida.

Ni siquiera sé por qué lo hice. En cuanto lo vi tomarla por la fuerza, mi cuerpo reaccionó por instinto. La furia me inundó como una ola, junto con el impulso salvaje y asesino de arrancarle los dedos por atreverse a tocarla.

Doy un paso hacia ella y la veo tragar saliva cuando mi mano atrapa un mechón de su cabello entre mis dedos.

—Sé que lo eres. Sé que no me necesitas ni a mí ni a nadie para cuidarte. Sin embargo… —mi voz se suaviza, rozando sus labios mientras mantengo la mirada fija en la suya—. Mientras yo respire, nadie te pone un dedo encima, mucho menos frente a mis narices.

Aurora baja la mirada a mis labios en el instante en que los humedezco con la lengua. Sonrío al notar cómo aparta el rostro de mi agarre y da un paso atrás.

—¡Pudiste haber muerto! —exclama, guardando su arma tras su espalda—. ¡Ellos pertenecen a la mafia irlandesa!

Me encojo de hombros con una sonrisa ladeada.

—Habría valido la pena.

Aurora niega con la cabeza, pero sus labios se curvan levemente.

—No tienes remedio. Estás más loco de lo que pensaba.

—Créeme que sí.

Nos miramos en silencio, el aire cargado de algo que ninguno de los dos parece dispuesto a reconocer. Finalmente, ella se aclara la garganta.

—Alex… sobre lo que dije el otro día… Escucha, me agradas, pero esto… —señala a nuestro alrededor con un gesto—. No es lo que parece y…

—Tranquila, lo entiendo —la corto, avanzando un paso hacia ella—. Pero entiende tú que no necesito que me protejas de nada. No soy un niñato ni un santo, princesa.

Sus ojos brillan, fijos en los míos. Una sonrisa lenta se dibuja en sus labios antes de que suspire y alce una ceja.

—Eres muy insistente, ¿lo sabías?

—Lo soy —murmuro con una sonrisa mientras me acerco y la tomo por la cintura, atrayéndola hacia mí.

Ella no se aparta.

Nuestras narices se rozan y su respiración se entrecorta. Humedezco mis labios mientras con mi pulgar acaricio el contorno de los suyos. Su aliento es cálido, tentador, y cuando me acerco a su boca, noto cómo sigue el movimiento de mi mano deslizándose hasta su barbilla. Mis dedos trazan un camino lento por su cuello, y ella cierra los ojos.

Suelta un leve jadeo cuando mi mano se desliza hasta su nuca y la empujo suavemente hacia mí, atrapando sus labios en un beso cargado de anhelo y pasión. Ella responde de inmediato, intensificándolo, rodeando mis hombros con sus brazos y enredando los dedos en mi cabello.

Cuando al fin nos separamos, ambos jadeantes y agitados, apoyo mi frente contra la suya, rozando su nariz con la mía.

—Y muy persuasivo —murmura con una media sonrisa.

No sé por qué, pero vuelvo a buscar sus labios, esta vez para dejar un beso suave, casi casto.

—Solo cuando se trata de ti, princesa —susurro.



Dos semanas después.

Tomo la llave de mi BMW negro de la mesita de noche y echo un vistazo al reloj de pared. Las 19:00. Maldigo por lo bajo y me detengo frente al espejo. La placa que cuelga de mi pecho me recuerda quién soy y cuál es mi papel en todo esto.

Esta mañana llevamos a cabo un operativo en el que "casualmente" detuvimos el coche de Oscar Sullivan con casi media tonelada de metanfetaminas en el maletero. Nótese el sarcasmo en la palabra "casualmente".

Debo admitir que fue un verdadero placer verlo esposado, reducido y llevado a la comisaría. Desde mi posición, camuflado bajo un pasamontañas negro, observé cada segundo de su humillación con una satisfacción oscura y silenciosa. No debió joderme. Y aunque su papi moverá los hilos para sacarlo de la cárcel en unos días, nada me quita el placer de haberlo visto tras las rejas. Especialmente después de que se atreviera a amenazar a Aurora y me apuntara con un arma.

Me coloco la chaqueta de cuero y abro la puerta del apartamento, pero me detengo en seco cuando me encuentro con la figura de Tomás de pie en el umbral. Alza ambas cejas y me recorre de pies a cabeza con una expresión que no necesita palabras.

—¿Qué haces aquí? ¿El jefe te envió? —pregunto, echando un vistazo por encima de su hombro para confirmar que vino solo.

—¿También hoy? —protesta, ignorando mi pregunta, y ruedo los ojos. Ya vamos a empezar...

—Es mi trabajo, ¿lo olvidaste? ¿O se te jodieron las pocas neuronas que te quedaban? —respondo, pasando a su lado.

Desde hace dos semanas, he estado saliendo oficialmente con Aurora. No es que sea su novio ni ninguna mierda cursi como esa, pero nos vemos casi todos los días. A veces en las pistas, otras en el Blood Hell y, en ocasiones, en el lago de Central Park. Pero hoy me sorprendió cuando me pidió que la recogiera en su casa.

No he puesto un pie en ese lugar desde el día en que le dispararon al Diablo, y pese a la insistencia del capitán para que me las arreglara para volver allí, no hubo manera de hacerlo. No sin ser demasiado obvio.

—Creo que estás disfrutando demasiado este trabajo —se queja Tomás a mis espaldas.

Lo ignoro. Lleva días jodiendo con lo mismo.

—Aurora solo es trabajo, Tomás. Nada más —respondo con firmeza, pero él resopla con sorna.

—¿Aurora...? —repite, enfatizando el nombre con una mirada de incredulidad.

Frunzo el ceño, sin entender a qué quiere llegar. Él suspira y se toma el puente de la nariz antes de negar con la cabeza.

—¿A qué quieres llegar, Tomás? Escúpelo de una vez, no tengo toda la puta noche.

—A lo que me refiero, compañero —dice con sorna—, es que ya no es "esa chica" o "la chica". Ahora es Aurora... Y me temo que en poco tiempo será mi amor o, peor aún, algo como mi vida.

Hace un gesto burlón con la mano, pero yo suelto una carcajada.

Está exagerando. Sí, me gusta Aurora. Es sexy, tiene una mezcla extraña entre peligro y dulzura cuando no está tratando de matar a alguien. Pero hasta ahí.

—Sé cuál es mi propósito al estar cerca de ella, no te preocupes —afirmo con seguridad y me giro para salir.

Pero Tomás no se calla.

—Alex... Sé que la maldita está buena. A cualquiera se la pone dura una mujer así, incluso a mí. Si fuera tú, también me la habría follado. Pero no olvides que tu misión es...

No termina de hablar. Mi puño se estrella contra su rostro antes de que pueda completar la frase. Lo empujo con furia contra la pared, y abre los ojos como platos, sorprendido.

—No vuelvas a hablar así de ella. ¿Me escuchas? ¡Nunca! —gruño, apretando los dientes.

Tomás no responde. Solo me observa con extrañeza, como si estuviera viendo algo que no esperaba.

—¿Me oíste, Tomás? —insisto, con la mandíbula tensa.

Él asiente en silencio y se limpia la sangre que brota de su labio partido.

Lo suelto y paso una mano por mi cabello en un gesto de frustración. Cuando levanto la vista, sigue mirándome con una mezcla de asombro y decepción.

—Lo sabía... —murmura, con la mano en su cuello—. Te jodiste, Alex. Te dejaste joder por esa mujer... y nos jodiste a todos con ella.

Su voz es un susurro áspero antes de que pase a mi lado y se largue por donde llegó.

Resoplo, con la ira aun ardiendo en mi interior.

Es la primera vez que Tomás y yo discutimos así. A pesar de ser un idiota sin remedio en ocasiones, siempre ha cubierto mi espalda, igual que yo la suya.

Azoto la puerta de mi apartamento y recojo las llaves del coche del suelo. Plancho mi chaqueta con las manos y, por un instante, las palabras de Tomás retumban en mi cabeza.

Sacudo la cabeza con fastidio.

Cuando el teléfono vibra en mi bolsillo, lo saco y miro el nombre en la pantalla. Suelto un suspiro cansado antes de llevarlo al oído.

—¿Vienes por mí? —La suave voz de Aurora resuena en la línea, y sin poder evitarlo, sonrío como un idiota.

Incluso cuando las palabras de Tomás siguen haciendo eco en mi mente.

—Hasta el fin del mundo, princesa —respondo, mientras camino hacia mi coche.

Y me repito a mí mismo que solo es trabajo.



16

AURORA

—¿Aurora?

La voz de mi padre me detiene a medio camino cuando paso frente a su oficina.

Me asomo con una sonrisa pícara, pero él entrecierra los ojos y, con un movimiento de su dedo, me indica que me acerque.

Suspiro y entro en la habitación.

Los pisos de madera lustrada brillan casi tanto como el reflejo del sol sobre el mar al atardecer. Las paredes, de un gris oscuro imponente, contrastan con las pesadas cortinas rojo sangre que cubren las ventanas, bloqueando la luz exterior. La chimenea encendida proyecta sombras danzantes en la estancia, sumando un aire aún más solemne al lugar.

A medida que me acerco, el ceño se me frunce. La expresión de mi padre, sentado al otro lado del escritorio, es seria, impenetrable.

La manera en que pronunció mi nombre me dice que algo le molesta.

—¿Tienes planes para esta noche? —inquiere, alzando una ceja mientras me recorre con la mirada.

Como decía... algo le disgusta.

—Nada importante —respondo con fingida indiferencia.

Una sonrisa maliciosa curva sus labios cuando observa algo en la pantalla de su MacBook, abierta frente a él. A su lado, una botella de whisky y un vaso a medio beber completan la escena.

—¡Bien! —exclama con tono mordaz—. Supongo entonces que no tengo que preocuparme por esto…

Gira la pantalla y me muestra una imagen: un BMW negro estacionado afuera de la casa. Apoyado sobre el capó, Alex revisa su celular con aire despreocupado.

Alzo la mirada y encuentro los ojos de mi padre, cargados de desaprobación. Un pinchazo se instala en mi pecho.

Nunca le he dado motivos para que me mire así.

—Como dije, padre… no es importante. Solo somos amigos —respondo, encogiéndome de hombros.

Me observa en silencio, sus ojos analizando los míos, como si intentara encontrar algo oculto en ellos.

—No es momento para hacer nuevas amistades, principessa... No cuando estamos bajo el radar de algún hijo de puta que quiere asesinarnos.

Sé a qué se refiere, pero aun así siento la necesidad de defender a Alex de sus sospechas absurdas.

—Alex me salvó… ¡Él nunca haría algo así! Solo confía en mi instinto, padre. Sabes que nunca me he equivocado.

Las palabras salen atropelladas, casi como un vómito verbal. Mi padre frunce el ceño.

—Es verdad, nunca lo haces… Pero, por si acaso, dejemos que sea yo quien decida eso —replica, acariciando su barbilla con aire pensativo. Una sonrisa maliciosa cruza su rostro.

Trago saliva y desvío la mirada hacia la pantalla justo cuando veo cómo Román y cinco hombres más encañonan a Alex. Él no se deja someter fácilmente y lanza un puñetazo al rostro de Román, quien responde con un rodillazo en las costillas.

Giro sobre mis talones y avanzo hacia la salida, pero la voz de mi padre me detiene en seco.

—¡Aurora! ¡Siéntate!

Aprieto el pomo de la puerta con fuerza.

No entiendo su desconfianza hacia Alex, ni el porqué de mi propia reacción al pensar que podrían hacerle daño.

Enderezo la espalda y suelto un suspiro antes de volverme hacia él con una sonrisa fingida. Camino hasta el sofá al lado del escritorio y me dejo caer con desgano, cruzando los brazos sobre mi pecho. Mis ojos se clavan en la pantalla, donde Alex sigue forcejeando mientras lo arrastran hacia la casa.

—¡Esto no es necesario! —protesto.

—Las traiciones llegan de quien menos lo esperas, principessa… Recuérdalo.

Ruedo los ojos ante su paranoia.

La puerta se abre y me pongo de pie de inmediato cuando Alex es empujado dentro. Se tambalea, pero se recompone rápido. Su mirada,

cargada de molestia, se fija en mi padre, quien le sonríe con la más absoluta tranquilidad, como si no acabara de orquestar su secuestro.

—Toma asiento, por favor… —dice, señalando la silla frente al escritorio.

Alex no se mueve. Román le da un empujón, obligándolo a avanzar con desgano hasta sentarse.

—Lamento eso —comenta mi padre con fingida cortesía, señalando el labio roto de Alex—. Román es… apasionado en su trabajo.

Román suelta una carcajada desde la puerta, disfrutando la situación.

—Me han golpeado peor en el orfanato —replica Alex con indiferencia, encogiéndose de hombros.

Por un instante, algo cambia en el rostro de mi padre. Pero su expresión impasible regresa de inmediato.

—¿Qué haces aquí? —inquiere, entornando los ojos.

Alex se recuesta en la silla con total despreocupación.

—Tengo una cita —responde con obviedad.

Desvío la mirada, reprimiendo una sonrisa.

Hay que admitir que tiene agallas.

—Una cita… —repite mi padre, girando un antiguo cenicero en forma de cráneo hecho de grueso vidrio ahumado entre sus manos.

Alex sigue el movimiento del objeto con la mirada antes de sacar un cigarrillo, encenderlo y dejar caer la ceniza en el cenicero.

Mi padre clava los ojos en mí. Alex, notando el gesto, también me mira.

—Princesa —susurra a modo de saludo.

Sonrío sin poder evitarlo. Nuestras miradas se conectan como un imán, como si separarlas fuera imposible.

—¡Aurora! Espera afuera, por favor —la voz afilada de mi padre me obliga a apartar la vista de Alex.

Frunzo el ceño.

—No.

Una ceja se alza en el rostro de mi padre.

—¿No? —repite con obvia confusión, aunque su sonrisa indica que la situación lo divierte.

—Román…

No termina la palabra cuando su hombre de confianza se acerca a mí para escoltarme hacia la salida, pero se detiene de inmediato

cuando Alex se pone de pie y lo enfrenta, interponiéndose entre ambos.

—Si la tocas, te arrepentirás —lo reta Alex con voz firme, desvío la mirada hacia mi padre en una súplica silenciosa.

—Siéntate, muchacho… ¡Ahora! —advierte Román con un tono implacable.

Pero Alex lo ignora. Sus ojos sostienen la mirada del hombre con una expresión asesina, dejando claro que no dará un paso atrás.

El silencio se vuelve opresivo. La tensión es palpable, como una cuerda a punto de romperse. Nadie cede. Y por la mirada despreocupada de mi padre, que observa la escena con la tranquilidad de quien tiene el control, sé que soy la única que puede terminar con esto.

—¡Está bien! —exclamo, alzando ambas manos y apartando a los hombres frente a mí—. ¡Me iré!

La sonrisa de mi progenitor se ensancha, disfrutando de su pequeño triunfo. Aprieto los labios, conteniendo mi frustración, y antes de girarme, le dedico una última mirada de disculpa a Alex. Luego, sin más, salgo de la habitación, azotando la puerta tras de mí.

ALEX

El estruendo de la puerta resuena en la estancia, pero mi mirada sigue clavada en el bastardo que tengo enfrente. Alto, casi de mi estatura, con una cicatriz que atraviesa su ceja izquierda y el cabello rubio en un corte militar que refuerza su aire de soldado leal.

Lo recuerdo bien. Es el perro guardián del diablo, el mismo que una vez se interpuso entre su jefe y una bala, dejando claro que daría la vida por él sin dudarlo.

—Siéntate, Alexander —ordena la voz detrás de mí.

Giro ligeramente el rostro antes de volver a mi asiento, sin apartar la mirada del rubio.

Cassiano Rinaldi me observa con una mezcla de curiosidad y diversión, recorriéndome con la mirada mientras acaricia su barbilla.

—Tienes huevos. Respeto eso —comenta, reclinándose en su silla con una expresión inescrutable.

Mi irritación es evidente, pero él parece no notarlo. O, peor aún, le importa una mierda.

No esperaba que la noche tomara este giro. Definitivamente, no era mi idea de una cita con Aurora, pero supongo que, tratándose de la hija del rey de la mafia, debía haber anticipado algo como esto.

—¿Sabes qué es lo que más le importa a un hombre, Alex? —pregunta de pronto, sirviendo un vaso de whisky y extendiéndolo hacia mí.

Tomo el vaso con calma, pero antes de llevarlo a mis labios, respondo con desdén:

—¿Dinero? ¿Poder?

Cassiano esboza una sonrisa socarrona.

—Reformularé la pregunta. ¿Sabes qué es lo más valioso que tiene un hombre?

Entrecierro los ojos, sosteniéndole la mirada. Lo veo venir. Sé el juego que intenta jugar conmigo y no pienso caer en él. Pero finjamos, solo por diversión.

Bebo un sorbo del whisky sin apartar mis ojos de los suyos.

—La familia —afirma él antes de que pueda responder.

Apoyo el vaso sobre la mesa con lentitud.

—Eso depende del tipo de hombre del que estemos hablando —replico con tono neutral.

Cassiano sonríe de una manera extraña, levantando una ceja. Por un instante, me desconcierta. Sus ojos son exactamente iguales a los de Aurora, el mismo tono, el mismo brillo… pero hay algo en ellos. Algo más oscuro. Más sádico. Más despiadado.

Y también, más peligroso.

Sería un maldito mentiroso si dijera que este hombre no impone. Allí, sentado tras su escritorio de roble, con su elegante traje negro, podría pasar por un sofisticado empresario. Pero la realidad es que ese traje solo camufla al demonio que se esconde detrás de la sonrisa amigable que me dedica.

—Para mí lo es —continúa, con la seguridad de quien no espera ser contradicho—. Por eso debo advertirte algo… Aurora es mi hija, mi princesa. Parece fuerte, y lo es, pero… —alza un dedo, enfatizando su siguiente frase— tiene algo que la vuelve vulnerable en ocasiones. El mismo corazón noble que tenía su madre.

Sus palabras me toman por sorpresa. No es común escuchar a un hombre como él referirse a alguien con tanta devoción, mucho menos a su propia familia y aún menos frente a sus hombres.

Le sostengo la mirada y asiento.

—Lo sé. Aurora es… especial.

Cassiano abre un cajón de su escritorio y saca una carpeta negra. La coloca frente a mí y, al abrirla, mis ojos se clavan en las fotografías que contiene.

Un hombre atado a una silla. Sus dedos mutilados. Su rostro bañado en sangre, tan golpeado que es un milagro que sus ojos aún estén abiertos, mirando directamente a la cámara.

Me resulta familiar. No tan destrozado, no en este estado. Pero lo he visto antes.

—Dante Lombardi —dice Cassiano, presionando un dedo sobre la imagen y girándola hacia mí—. Así se llamaba la escoria de la fotografía.

Levanto la mirada hacia él. No necesito ser un genio para saber que fue quien lo asesinó.

—Este hombre intentó joder a mi esposa una vez… y bueno, como puedes ver, no terminó nada bien para él.

Observo la imagen con detenimiento. Una leve sonrisa se dibuja en mis labios antes de volver a fijar mis ojos en los de Cassiano, quien me mira con recelo, analizando cada uno de mis gestos.

—¿Es una amenaza? —indago con tono despreocupado—. ¿Rompo el corazón de su hija y termino como él? No pasará. No lastimaré a Aurora —prometo con firmeza.

Cassiano se inclina ligeramente hacia adelante.

—Es una advertencia. Si no eres lo que dices ser… y algo le pasa a mi hija… —se pone de pie, apoyando ambas manos en la mesa— créeme, terminarás mucho peor que él. ¿Estamos claros?

Mi mandíbula se tensa, pero mantengo mi postura.

—Clarísimo.

Él lanza una mirada sobre mi hombro y el rubio se acerca, dejando sobre la mesa el arma que me quitaron en la entrada. Extiendo la mano para tomarla, pero antes de que pueda alcanzarla, el bastardo clava una navaja con violencia en la madera, justo al lado de mi mano.

Me detengo a medio camino.

Giro el rostro y lo fulmino con la mirada. Su sonrisa burlona me da ganas de partirle la cara.

—Hoy tendrás la oportunidad de demostrar si tus palabras son sinceras —interviene Cassiano mientras se deja caer nuevamente en su silla. Teclea algo en la computadora y gira la pantalla hacia mí.

En la imagen aparece un muelle, junto con un mapa.

—Aurora tiene trabajo —dice—. No tiene tiempo para pendejadas románticas. Si quieres ser de utilidad para ella, la acompañarás y demostrarás que eres de confianza.

Mi mirada se fija en la pantalla. Analizo la información. Esta es mi oportunidad. No solo para estar cerca de Aurora, sino para conocer más sobre la organización, sus socios, sus clientes… o como mierda los llamen.

Asiento lentamente.

—Bien.

Cassiano sonríe, pero esta vez su expresión me deja claro que, de ahora en adelante, estoy jugando en su tablero. Y en su juego, solo hay una regla: no cometer errores.

—Alexander... —levanto la mirada hacia el hombre que me observa con una ceja en alto antes de continuar—. Si algo le pasa a mi hija... será mejor que encuentres una piedra lo suficientemente grande para esconderte. Porque te despellejaré vivo.

Su amenaza es clara, directa, sin necesidad de alzar la voz. No espero otra cosa de él.

Con un simple gesto, el hombre junto a la puerta la abre, y Aurora vuelve a entrar en la habitación. Su mirada se desplaza rápidamente entre su padre y yo, analizando la situación con cautela.

—Principessa, es hora de trabajar. Alex será tu acompañante hoy —anuncia su padre con calma.

Ella arquea ambas cejas, sorprendida, y nos dedica una mirada fugaz antes de asentir.

—Como digas, padre.

Sin más, se gira y sale de la habitación. Me dispongo a seguirla, pero ambos nos detenemos al ver que un hombre bloquea el umbral de la puerta.

Está de pie con los brazos cruzados sobre su pecho. Su tatuaje de calavera en la garganta resalta con la luz, y sus ojos, fríos como el hielo, me perforan con una intensidad que deja clara su desconfianza.

—¡Matt! ¡Llegas tarde! —lo reprende el rubio con un deje de fastidio.

—Román… no seas tan duro con el chico —interviene el padre de Aurora, su voz cargada de una paciencia calculada—. Apuesto a que estabas matando algo, ¿no es así, Matthew?

El joven esboza una media sonrisa antes de desviar la mirada hacia él, con una expresión de admiración mal disimulada.

—No creerás que te enviaría sola con un desconocido, ¿verdad, principessa? —comenta Cassiano con tono casual, aunque su mirada se desvía en mi dirección, evaluándome con descarada hostilidad—. Sin ofender.

No respondo. Solo sostengo su mirada sin pestañear, mientras él continúa observándome como si intentara leerme por completo.

Aurora, cansada de la tensión en el aire, suelta un suspiro.

—Excelente. Matt los pondrá al tanto de la misión. Ahora… lárguense a trabajar —ordena el Diablo con su tono inapelable.

Sin discutir, nos dirigimos a la puerta.

—Alex… —me llama de pronto, obligándome a detenerme. Giro la cabeza apenas, sin darle la satisfacción de voltear por completo—. No olvides lo que hablamos —me advierte con una sonrisa maliciosa, mientras gira entre sus manos una calavera de vidrio con cuchillos clavados en los huecos de los ojos.

Su mensaje es claro. No necesito más palabras.

Me volteo y salgo tras Aurora, pasando a un lado de Matt, quien no me quita los malditos ojos de encima.

17
AURORA

Bajo las escaleras de la entrada principal con Alex y Matt siguiéndome de cerca. Me dirijo hacia el BMW negro y abro la puerta del copiloto.

—¡Llévate mi Ducati! —digo, lanzándole las llaves de la motocicleta a Matt, quien las atrapa en el aire con un ligero rodar de ojos.

—¿Segura? —pregunta, lanzando una mirada desconfiada a Alex, que ni se inmuta y simplemente se sube al coche.

Asiento con la cabeza, y Matt se dirige hacia la motocicleta mientras tomo asiento junto a Alex, quien me observa con una ceja arqueada y una sonrisa burlona.

—Interesante bienvenida, princesa —comenta con ironía.

Me río con suavidad.

—Lamento todo esto, no pensé que...

—No importa —me interrumpe con tranquilidad—. Soy más de rosas y velas para una cita romántica, pero algunos balazos también sirven.

Suelto una risa ante su intento de broma y aparto la mirada hacia la carretera mientras él enciende el motor.

El muelle está a unos diez o quince minutos de aquí. Normalmente, este es un trabajo que haría Sebastián, pero últimamente ha estado "ocupado". Solo espero que no se meta en problemas.

La tarea es sencilla: debo encargarme de recibir el dinero y entregar la mercancía a los turcos, mientras Alex y Matt cubren mi espalda. Después de eso, seré libre de disfrutar el resto de la noche.

El rugido del motor de mi Ducati llama mi atención cuando Matt acelera y nos rebasa a toda velocidad, pasando tan cerca que casi roza el espejo lateral del coche.

—¡Maldición! —protesta Alex, apretando el volante—. ¿Qué diablos le pasa?

—No lo tomes personal —respondo, observando la silueta de Matt en la motocicleta.

Me recuesto contra el asiento y suspiro.

—Matt es como un hermano para mí, y desde el atentado en las pistas se ha vuelto… paranoico con mi seguridad. Supongo que se culpa por no haber estado allí. Siempre ha cubierto mi espalda y la de Sebas.

Alex permanece en silencio, con la mirada fija en la carretera, hasta que una media sonrisa comienza a formarse en su rostro.

—Princesa... para ser la futura heredera de un imperio mafioso, eres demasiado inocente —dice con un tono cargado de diversión.

Frunzo el ceño, confundida.

—No entiendo, ¿qué quieres decir con eso?

—Digo, princesa, que es obvio que Matt está hasta los huevos por ti.

El aire dentro del coche se llena de un silencio tenso mientras lo observo con incredulidad. Espero el remate de la broma, pero nunca llega.

—¡No...! ¡No digas tonterías! —suelto, negando con la cabeza—. Matt es casi como un hermano, ya te lo dije.

Alex deja escapar una ligera risa antes de soltar con calma:

—Y ahí está la palabra clave, princesa… "casi". Él no es tu hermano. Y definitivamente, no te ve como una maldita hermana.

Aprieto los labios, intentando contener una sonrisa. Lo que dice es absurdo. Matt ha sido parte de mi familia desde que tenía diez años. Crecimos juntos y siempre nos hemos protegido los unos a los otros. Somos familia.

Aun así, me giro y observo a Alex, que mantiene la vista fija en la carretera. Entrecierro los ojos antes de decir con tono provocador:

—¿Acaso estás celoso, Alex?

Su expresión cambia al instante. Su mandíbula se tensa y sus manos aprietan con más fuerza el volante. Sin embargo, se recupera rápido y me lanza una de esas sonrisas de chico malo que tanto me gustan.

—Tal vez —admite, mirándome fugazmente antes de volver la vista al frente.

Me inclino hacia él y lo tomo por sorpresa al dejar un beso casto en su mejilla.

—Eso es muy tierno —comento con diversión.

Me observa de soslayo con una sonrisa, pero su expresión se endurece de nuevo cuando murmura:

—No será tierno si termino cortándole la polla.

Su amenaza me arranca una carcajada.

—¿Lo dije en voz alta, verdad? —pregunta al darse cuenta de su error.

Sigo riendo y asiento.

—Fuerte y claro.

Ambos soltamos una risa cómplice mientras el coche avanza por la carretera.

El aire frío del mar me envuelve en cuanto bajo del coche. El muelle está iluminado por unas pocas luces, y las lanchas ancladas a la plataforma proyectan sombras alargadas sobre el agua oscura.

A la distancia, diviso mi motocicleta y a Matt recostado contra ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en nuestra dirección.

Alex saca un cigarrillo, lo enciende y da una calada mientras camina a mi lado. Nos acercamos hasta donde Matt y algunos hombres más nos esperan frente a un contenedor metálico.

—Señorita... —me saluda uno de los muchachos con una leve inclinación de cabeza.

Asiento.

—¿Está todo listo? —pregunto, destapando uno de los cajones de madera frente a mí.

—Sí, señorita Aurora. Solo estábamos esperando su visto bueno. Los turcos están por allá —dice, señalando una lancha que se aproxima.

Desvío la mirada hacia Alex, que da un paso adelante y deja caer su cigarrillo, apagándolo con la suela de su zapato. Matt imita su gesto y se coloca a mi otro lado, en guardia.

El primero en bajar de la lancha es un hombre con una chaqueta larga que le llega hasta los pies. Su mirada se pasea por mi cuerpo con descaro, y una sonrisa burlona se dibuja en su rostro.

Obviamente, no esperaba encontrarse con una mujer en vez de uno de los hombres de mi padre.

—No sabía que venía a un concurso de belleza… ¿o acaso es algún regalo del Diablo? —comenta condescendiente, sin dirigirse a nadie en particular.

Siento cómo Matt y Alex dan un paso al frente, listos para actuar, pero los detengo alzando los brazos con calma. Luego avanzo, acercándome al imbécil con una sonrisa fría en los labios.

—Selim Yavuz. —Se presenta con una sonrisa inocente.

—Aurora Rinaldi —respondo, estrechando su mano. Sonríe sin percatarse de mi apellido, mientras acaricia con su dedo pulgar la parte superior de mi mano—. La hija del Diablo —digo, y el tacto sobre mi mano se detiene de inmediato.

Sus ojos se clavan en los míos, antes de apartar la mano y desviar la mirada nerviosa hacia los hombres que están tras mi espalda.

—Lo... lo siento, Señorita, no sabía...

—¿Qué...? ¿Que era con una mujer con la que cerrarías el negocio de tu vida? —inquiero, burlona, observando al hombre que parece no saber dónde meterse.

Conoce la reputación que me precede, a mí y a los míos. Insultar a la hija del Diablo no es algo muy inteligente, y lo sabe.

— Tranquilo... será nuestro secreto —susurro, guiñándole un ojo.

Sonrío, y por el rabillo del ojo, veo cómo Matt niega con la cabeza, sin borrar la sonrisa de su rostro. El hombre frente a mí carraspea, endereza la espalda y, finalmente, habla.

—Bien... a lo que vinimos. —Extiende el portafolios frente a mí y lo abre, revelando el dinero.

Tras corroborar que la suma es la acordada, lo tomo y le indico que me siga. Sus hombres revisan las cajas de madera con las municiones mientras el idiota machista me dirige miradas nerviosas de vez en cuando desde su puesto.

—Es un imbécil. —Se queja Alex, a mi lado, solo para que yo lo escuche, mientras asesina con la mirada al turco que desvía la vista cuando levanto mi mano y lo saludo de forma inocente, meneando mis dedos.

—Lo sé, pero los negocios son los negocios, y mi padre tiene demasiada mierda encima como para añadirle otra más solo por dispararle a un idiota machista.

Matt aparece a mi lado, cruzándose de brazos mientras observa cómo la gente de Selim carga las armas en la lancha.

—Debiste dejarme encargarme de él. —Se queja, y yo ruedo los ojos.

—Déjalo, fue una tontería. —Alex mira al hombre a mi lado y aprieta los puños, con los brazos cruzados sobre su pecho.

Los hombres cargan todo y me despido con un apretón de manos del idiota, quien ahora parece mucho más serio de lo que estaba al principio.

—Nuevamente me disculpo, Señorita —habla con tono nervioso, y yo asiento, regalándole una de mis sonrisas más falsas.

—Disculpas aceptadas... pero que no se repita. Es de mal gusto hacer negocios con hombres machistas. Y tienes suerte de que ni mi padre ni Sebastián estuvieran por aquí —digo, y él asiente mientras se voltea, dirigiéndose a sus hombres que lo esperan. Observo desde mi lugar cómo se alejan.

—Bien... ahora... —digo, volviendo mi atención hacia Alex, que no aparta la vista del punto por donde se fue el turco—. La noche es nuestra —chillo, animada, haciendo que sonría y enfoque la mirada en mí esta vez.

—¿Qué quieres hacer, princesa? —indaga, recorriéndome con la mirada, y sonríe. Giro hacia él y lo jalo por la manga de la camisa.

—Vamos... tú conduces —afirmo, mientras comienzo a caminar hacia su coche.



El bullicio de la gente nos rodea en el momento en que ponemos un pie dentro del club. Las luces parpadeantes y el olor a alcohol y diferentes fragancias se mezclan con el sonido vibrante de la música, el caos de personas bailando y saltando al ritmo de Katy Perry. A medida que avanzo, las personas se apartan, abriéndome paso hacia la sala VIP. Subo las escaleras, seguida de Alex y Matt. El portafolio con el dinero que recibí cuelga de mi mano derecha. Uno de los guardias abre la cortina, dándome paso a la pequeña sala iluminada con luces LED rojas. Allí me dirijo a escoltar a los hombres que me acompañan.

El sofá de cuero negro está en el centro, y sobre la mesa frente a él, una variedad de bebidas nos espera. Desde allí, se puede observar con claridad la pista de baile y la barra.

—Pónganse cómodos —digo a los hombres que me siguen.

—Yo me largo. —Se queja Matt cuando Alex toma asiento, con los pies apoyados sobre la mesa, con total tranquilidad. Ruedo los ojos antes de voltear y perderme por la escalera caracol que lleva hacia la barra, la cual da hacia la oficina con la bóveda del piso inferior.

Entro a la oficina, asegurándome de que nadie me sigue. Introduzco la clave en la caja fuerte y luego mi mano en el lector de huella. La bóveda se abre, y dejo el maletín dentro antes de cerrarla y salir por donde llegué.

Le echo una ojeada a la cámara de seguridad en el panel al lado del escritorio, entrecerrando los ojos al observar a la chica sentada en la barra con la computadora abierta, y al rubio sentado a su lado.

«Con que solo venía aquí por tareas administrativas, ¿eh?»

Sonrío mientras salgo de la oficina. En lugar de dirigirme a la sala VIP, giro hacia el otro lado, donde Boris me da una mirada de asombro cuando paso a su lado, quitándole la botella de ron de las manos sin apartar la mirada de Samanta, que sigue conversando con el chico sentado a su lado. Boris sigue mi mirada antes de murmurar.

—No me gusta ese sujeto, esconde algo —dice, y sin apartar la vista de ellos, respondo.

—Por su bien, espero que no.

Apoyo mis brazos cruzados sobre la barra, en medio de ellos, y deslizo la botella de ron mientras tomo tres vasos. Se los extiendo. Sam palidece cuando me nota, y el chico solo me observa con una ceja levantada.

—¡Hola! Espero no estar interrumpiendo tu trabajo, Sam —digo mientras sirvo los tragos. El chico toma lo que le sirvo y extiende su mano.

—Tomás... —Se presenta, y yo estrecho su mano sin borrar mi sonrisa.

—Aurora... Rinaldi —siseo, y él asiente.

—Lo sé, ¿eres la chica de Alex, no? —Alza una ceja mientras Sam se toma el puente de la nariz, apartando la mirada nerviosa.

—¡No soy la chica de nadie! —respondo, apartando la mano.

—Oh, por supuesto, lo siento, no quise...

Alzo una mano para que se calle.

Observo a mi prima y al chico, que parece tan nervioso que no sabe ni dónde esconderse, y suelto un suspiro.

—Lo siento, estoy algo cansada —señalo, tomando un trago de mi bebida—. Así que... Tomás... dime, ¿de dónde conoces a Alex? —

pregunto, ignorando la mirada molesta de Sam a mi lado, mientras el chico parece asombrado por mi cambio de actitud.

—Nos conocimos en Chicago, ambos corríamos en las carreras clandestinas.

Recorro su figura con la mirada por un instante antes de preguntar:

—¿Y quién es mejor piloto, él o tú? —hablo mientras doy un sorbo a mi bebida.

—Por supuesto que yo —responde sin dudarlo, y no puedo evitar reír.

Vuelvo la mirada hacia mi prima y luego a él. A ella de verdad parece gustarle el chico, lo que me resulta extraño, ya que Sam es… demasiado dulce, y nunca antes la vi interesada en nadie. Además, el tío Adriano no dejaría que ningún hombre se le acercara.

Suspiro y giro mi mirada hacia el segundo piso. Los ojos de Alex se encuentran con los míos, y alza una ceja al notar a la chica pelirroja que se acerca a él. Ella lo toma por sorpresa cuando pasa su mano por sus hombros y se acerca a hablarle al oído. Él niega con la cabeza y aparta su mano con delicadeza. Pero la mujer, evidentemente borracha, lejos de alejarse, se tambalea y se deja caer a su lado, soltando una risita tonta.

Acabo con el contenido de mi bebida y giro sobre mis talones para rodear la barra. Me abro paso entre la gente que baila, mientras siento la mirada de Alex fija en mí. Él me observa con una expresión ensombrecida, y con cada paso que doy hacia él, noto cómo su mirada se torna más intensa.

Está sentado en un sofá de cuero, con las piernas separadas. Su camisa negra, arremangada hasta los codos, se pega a los músculos de sus brazos, y la tinta de un tatuaje se asoma desde los botones abiertos en su pecho. Vuelvo a mirar a la mujer, que acaricia su hombro intentando llamar su atención, pero sin éxito.

—Vamos... solo un baile... —ronronea ella en tono sugerente, pero se calla cuando me planto frente a ellos sin apartar la mirada de él. Alex pasa la lengua por su labio, observándome con deseo, y siento la presión de su mirada sobre mi cuerpo.

La chica se pone de pie, sonriendo al notar las intenciones de Alex, pero no espera lo que viene. La agarro por el cuello y mis manos envuelven su delgada garganta.

¿Cuánta presión debería ejercer si quisiera estrangularla?

Bajo la mirada a sus labios rojos y paso la lengua por los míos antes de estamparlos contra los suyos con brusquedad. Al principio no reacciona, pero en segundos su lengua encuentra la mía.

Mientras la beso, mi mirada sigue fija en Alex, que permanece sentado, con los ojos brillando de lujuria sobre mí. Aprieta el vaso en su mano con tanta fuerza que temo que en cualquier momento se rompa.

Aparto a la pelirroja con brusquedad, empujándola por el cuello, mientras limpio el borde de mi labio con la mirada idiotizada de la mujer puesta sobre mí.

—Como supuse... demasiado insulsa para un hombre como él. ¡Lárgate de aquí antes de que pierda la paciencia! —le ordeno a la mujer, que asiente repetidas veces, retrocediendo lentamente, como si no pudiera creer lo que acaba de pasar.

Giro el rostro hacia Alex, y en ese momento me jala de la muñeca, haciéndome caer sobre él, a horcajadas. Apoyo mi trasero sobre sus piernas e inmediatamente siento su dureza debajo de mí.

Me toma por el cuello y se acerca peligrosamente a mis labios.

—No sé si preocuparme o azotarte por lo que acabas de hacer —susurra sobre mis labios, y no puedo evitar sonreír mientras deslizo mis manos por su camisa, acariciando su pecho.

— Lo segundo suena tentador —respondo sobre sus labios—. Y para que lo sepas... nunca me ha gustado compartir.

—¿Celosa, princesa...? —susurra, mientras su mano presiona levemente mi cuello y siento cómo su dureza aumenta cuando balanceo mis caderas, restregándome contra él.

—Tal vez... —respondo, recordándole sus propias palabras.

Su sonrisa se ensancha, y sus ojos viajan a mis labios, que rozan los suyos. Mi mano acaricia su pecho, y me acerco a su boca, pero es él quien me sujeta por la nuca y presiona sus labios contra los míos. El beso es tan cargado de deseo que siento cómo su calor me envuelve, mientras la ropa se convierte en una barrera que quiero arrancar.

Su mano sujeta mi garganta, mientras la otra acaricia disimuladamente mi muslo, levantando la tela de mi falda hasta que roza el borde de mi ropa interior. Un jadeo se me escapa cuando siento cómo su dedo se desliza sobre la humedad de mis pliegues.

—Princesa... estás empapada —susurra, apartándose para morder mi mandíbula, arrancándome un jadeo, antes de volver a besarme, mientras su mano se desliza bajo mi ropa interior.

Su dedo acaricia mi punto más sensible, y no puedo evitar morder su labio cuando uno de sus dedos se introduce en mi interior, sin dejar de masajear mi clítoris con movimientos circulares suaves que me obligan a mover mis caderas, buscando más. Las caricias no cesan, su lengua y sus labios sellan mi boca, y me aferro con mis uñas a sus hombros, mientras siento que mi cuerpo tiembla ante la amenaza de un orgasmo inminente.

—Dios... Alex... —jadeo extasiada, y él sonríe sobre mis labios, antes de susurrar.

— Sé una buena niña... córrete sobre mis dedos, Aurora.

Sus palabras, sumadas a su voz ronca pronunciando mi nombre, son el detonante que arrasa conmigo. Mi cuerpo no lo resiste más, y mi espalda se arquea con el orgasmo que llega a desestabilizarme. Me corro como nunca antes lo había hecho, sobre el hombre que no me quita los ojos de encima, como si fuera una criatura mitológica.

Saca su mano, mostrándome la evidencia de lo que acaba de hacer. Mis cejas se alzan cuando lleva sus dedos a su boca, lamiéndolos y saboreando la humedad en ellos.

Dejo caer mi frente sobre su hombro, mientras mis manos descansan sobre su pecho. Me toma por sorpresa cuando sus brazos me envuelven en un abrazo cálido, dejándome un dulce beso sobre la cabeza, como si no acabara de darme el orgasmo más sucio y delicioso de mi vida.

Un sentimiento de calidez se expande por mi interior, y me pego más al pecho de Alex, disfrutando de la fragancia que emana de su cuello.

18
ALEX

Los dedos de Aurora se entrelazan con los míos, y una extraña calidez se extiende por mi cuerpo mientras salimos del Blood Hell. La tormenta ruge sobre la ciudad, y la lluvia golpea el pavimento con furia, pero ni siquiera el mal tiempo es capaz de enfriar el fuego que arde entre nosotros.

Sin pensarlo, la sujeto por la cintura y la atraigo hacia mí, atrapándola entre mi cuerpo y la puerta del auto. Su risa, dulce y desafiante, se pierde en mis labios cuando la beso con desesperación.

Ella no se resiste. Al contrario, me devuelve el beso con la misma intensidad, sus manos recorren mi pecho y ascienden hasta mis hombros, sus dedos se enredan en mi cabello y tiran con suavidad, provocando un gruñido que nace desde lo más profundo de mi garganta. Me pego más a ella, lo suficiente para que sienta el efecto que tiene en mí.

—¡Sácame de aquí! —exige en un susurro jadeante junto a mi oído.

Me inclino sobre su rostro, atrapando su labio inferior entre los dientes antes de soltarlo lentamente.

—Princesa… no deberías abrir las puertas del infierno si no quieres lidiar con los demonios.

Sus ojos chispean con un brillo travieso antes de morderme el labio y tirar de él. Su cabello azabache cae en finas hebras sobre su rostro, enmarcando la intensidad del gris tempestuoso de su mirada.

—Ya deberías saber que soy experta domando demonios —murmura, antes de fundir su boca con la mía una vez más.

A la mierda.

No sé cuánto tardamos en llegar a mi apartamento, pero con cada roce de su mano sobre mi muslo, cada caricia que se desliza peligrosamente cerca de mi entrepierna, la distancia se siente interminable.

Cuando por fin entramos al ascensor, nuestras bocas vuelven a encontrarse en un beso torpe y desesperado, mientras las caricias se tornan más intensas. Ella no deja de enredar sus dedos en mi cabello, de arañar suavemente mi nuca, de aferrarse a mi chaqueta como si quisiera desgarrarla. Y yo… yo la sostengo contra mí con tanta fuerza que casi temo romperla.

Al llegar a la puerta de mi apartamento, me aparto solo lo suficiente para sacar las llaves de mi bolsillo, pero en mi urgencia, se me resbalan de las manos y caen al suelo. Aurora suelta una risa cantarina mientras yo maldigo en voz baja.

Cuando finalmente abro la puerta, la tomo por la cintura y la arrastro dentro, cerrando la puerta con un golpe seco antes de atraparla contra la madera. Mi boca desciende por su cuello mientras ella gime y hunde los dedos en mi cabello. Siento sus manos moverse entre nosotros, y de pronto, el sonido de la tela rasgándose llena el aire.

Me separo apenas para ver lo que ha hecho. Mi camisa cuelga abierta, los botones esparcidos por el suelo. Levanto una ceja, sorprendido, y ella me devuelve la mirada con una expresión inocente que no engañaría a nadie.

—Ups… —musita con una risita traviesa.

Sacudo la cabeza, divertido, y la beso de nuevo. La levanto por las caderas, haciéndola rodear mi cintura con sus piernas, y su risa se convierte en un jadeo cuando la llevo hasta el dormitorio. Su vestido es una barrera entre nosotros, pero incluso a través de la tela, siento el calor de su piel y la suavidad de sus curvas contra mi pecho desnudo.

La dejo caer sobre la cama y me desprendo de los restos de mi camisa. Aurora me observa desde su posición, mordiéndose el labio con una mirada cargada de deseo. Sus ojos recorren cada centímetro de mi piel mientras me deshago del cinturón y deslizo el pantalón por mis piernas.

Cuando me inclino hacia ella, su mano me detiene. Con una sonrisa peligrosa, se incorpora y me empuja hasta hacerme caer de espaldas sobre el colchón.

—Vas demasiado rápido —susurra contra mis labios antes de incorporarse sobre mí.

Con movimientos lentos, seductores, se lleva las manos a los tirantes de su vestido y los deja caer por sus hombros. La tela resbala

por su cuerpo como agua, revelando su piel bronceada, su silueta esculpida a la perfección. Lleva encaje rojo, una prenda mínima que se aferra a sus curvas de una manera casi pecaminosa.

Mi mandíbula se tensa, mis músculos se contraen. La visión es un maldito pecado, un espectáculo que me roba el aliento.

Se inclina sobre mí, sus labios dibujan un sendero ardiente desde mi cuello hasta mi pecho. Su lengua deja un rastro húmedo sobre la tinta del halcón con las alas extendidas que cubre mi torso.

—¿Te gusta? —pregunta en un murmullo.

Su aliento cálido roza mi mandíbula antes de que su lengua trace una línea lenta sobre mis labios.

¿Que si me gusta?

Podría morir en este instante y no me importaría una mierda, siempre y cuando este momento quedara grabado en mi alma.

—Me fascina —murmuro, sujetándola por la cintura y pegándola aún más a mí—. Pero si sigues así, no voy a durar ni un minuto.

Ella suelta una risa sensual y vuelve a besarme, mientras sus dedos exploran cada centímetro de mi piel.

La deseo. Dios, la deseo con todo mi ser.

Su lengua me saborea, y empujo mis caderas hacia adelante, sujetándola por el cabello cuando chupa con dureza. Un jadeo se le escapa entre lametones mientras se aparta para tomar aire, pero vuelve a metérselo en la boca, chupando y saboreándolo todo, sin apartar sus ojos de los míos.

Verla es un maldito espectáculo.

Siento que voy a correrme. No lo resisto más, así que la aparto, girándola con brusquedad. Ella chilla, sorprendida, cuando la acorralo bajo mi cuerpo, dejándola con la espalda pegada al colchón.

Mi boca se encuentra con la suya y mi mano rodea su cuello mientras pruebo mi propio sabor en sus labios.

—Mi turno —susurro sobre su boca antes de arrancarle las bragas con una sola mano.

Desciendo con mi lengua desde su mentón hasta su clavícula, dejando un beso suave en el lugar antes de continuar mi camino. Mi boca traza un sendero de besos hasta sus pechos. Primero lamo uno y luego el otro, dejando un pequeño chupetón sobre él antes de seguir bajando.

Recorro su abdomen con la lengua y ella jadea cuando separo sus piernas con las mías y hundo la cabeza entre ellas. Paso la lengua por

su centro en una larga y profunda lamida que arrasa con la humedad que gotea de ella. Luego otra, y otro jadeo tiembla en su garganta.

Separo sus pliegues con dos dedos y dibujo círculos con la lengua sobre su clítoris, presionándolo de vez en cuando. Su cuerpo se arquea y sus manos se aferran a mi cabello, afianzándome entre sus piernas.

Chupo su clítoris y le doy una mordida suave.

—¡Diablos, Alex! ¡Sí! —gime, y sonrío con satisfacción.

Para muchos hombres, el placer solo existe cuando son ellos quienes lo reciben, pero en mi caso… no hay nada más placentero que saber que la mujer que gime y se retuerce de placer debajo de mí lo hace porque soy yo el causante de cada estremecimiento, el dueño de sus gemidos, el amo y señor de sus corridas.

Vuelvo a lamerla y siento su cuerpo temblar bajo mi lengua. Sus músculos se tensan y trata de cerrar las piernas, abrumada por el orgasmo que se avecina, pero se lo impido, sujetándola con firmeza para mantenerlas abiertas.

Ella eleva la pelvis, restregando su excitación contra mi rostro. Entonces, deslizo dos dedos dentro de su interior mientras mi lengua sigue trabajando en su clítoris, alternando chupadas y lamidas.

No tarda ni dos segundos en correrse en mi boca, y la saboreo, lamiendo cada gota de su placer.

Pero no es suficiente.

La jalo de las caderas, acercándola más a mí, y tomo un condón del cajón de la mesita de noche. Me lo coloco a la velocidad de la luz y, antes de que tenga tiempo de reaccionar, me sumerjo dentro de ella de una sola estocada.

Ella clava las uñas en mi espalda y balancea sus caderas, pidiendo más.

Entro y salgo de ella una y otra vez, sintiendo sus gemidos entrecortados, sus jadeos, y el modo en que muerde la piel de mi hombro cuando la levanto por las nalgas, penetrándola más hondo.

—Alex… por favor, no pares —suplica, y mi mano envuelve su cuello, alzando su rostro para que me mire.

Quiero ver el gris de sus ojos mientras la tomo.

—¡Mírame! —exijo, pero parece no escucharme, sumida en el éxtasis de cada embestida—. ¡Mírame, princesa! —insisto, y esta vez sus ojos se clavan en los míos. Sus labios están entreabiertos, y ejerzo más presión sobre su cuello mientras la embisto con más fuerza—. Te

jodiste, princesa… —susurro contra su boca—. Porque a partir de ahora… ¡eres mía! —afirmo, sosteniéndole la mirada.

Y en ese momento, ella responde clavando las uñas en mi muñeca. Su cuerpo tiembla y un nuevo orgasmo la azota, arrastrándome con ella cuando mi nombre se escapa de su garganta en una serie de gemidos extasiados.

Nuestros cuerpos están sudados, nuestras respiraciones, agitadas. Me dejo caer a su lado y, con el rabillo del ojo, la observo. Su mirada está perdida en el techo de la habitación.

No sé por qué, pero estiro el brazo y la jalo hacia mí, envolviéndola en un abrazo que la toma por sorpresa. Sin embargo, no se resiste.

Apoya la cabeza en mi pecho, y mis dedos recorren con suavidad la piel de su hombro. Deposito un beso sobre su frente, y ella suspira, aún agitada.

Lo que sea que acabo de hacer… lo que sea que acabo de sentir…

Estoy completamente jodido.

AURORA

Observo la figura imponente y musculosa del hombre que duerme boca abajo a mi lado. Su respiración es pausada y profunda, su pecho sube y baja con una cadencia que denota tranquilidad. El cabello castaño, ligeramente revuelto, cae sobre su frente, enmarcando su perfil de facciones cinceladas, casi perfectas. Sus pestañas largas descansan sobre la piel bronceada de sus pómulos, y mis ojos se deslizan hasta sus labios carnosos, aún húmedos. Labios que hace tan solo unas horas recorrieron cada rincón de mi cuerpo, reclamándome con la misma intensidad con la que ahora duerme.

Mis dedos se aventuran sin permiso por su espalda, donde un enorme fénix tatuado se despliega en llamas negras y sombras profundas. Un símbolo de renacimiento. De guerra. De fuego que jamás se apaga.

Desciendo la mano por su brazo, hasta una cicatriz gruesa que atraviesa su piel con rudeza. Justo debajo de ella, una palabra está grabada en tinta oscura.

Vendetta.

Frunzo el ceño y delineo la palabra con la punta de mi dedo, sintiendo el relieve de la tinta sobre su piel. La venganza siempre deja marcas. Algunas visibles. Otras, mucho más profundas.

El sonido de su teléfono vibrando sobre la mesita de noche me hace sobresaltarme. Alargo la mano para tomarlo y ver la hora. Son más de las tres de la madrugada. Suspiro y estoy a punto de devolverlo a su sitio cuando la pantalla vuelve a iluminarse con una nueva notificación.

¡El jefe quiere verte mañana!

Mi ceño se frunce aún más.

¿El jefe?

Desvío la mirada hacia Alex, que sigue sumido en su sueño, ajeno a la intriga que acaba de despertar en mí. Siempre asumí que él trabajaba por su cuenta. No se ve como un hombre que sigue órdenes.

Dejo el celular donde estaba, ignorando el mensaje. No es mi problema. No debería serlo.

Me levanto con cuidado, tratando de no hacer ruido. Lo observo una última vez antes de apartarme de la cama.

«*Te jodiste, princesa… porque a partir de ahora, eres mía*».

Las palabras de Alex resuenan en mi mente. Su tono grave. Su sentencia. Su certeza.

Sonrío con ironía mientras busco mis sandalias.

Ya veremos quién le pertenece a quién.

Camino descalza por la alfombra hasta la sala, con el teléfono en la mano, y tecleo un mensaje a Sebas para que sepa que estoy bien. Lo último que quiero es que mi hermano o mi padre pierdan la cabeza buscándome por toda la ciudad. Las cosas no han estado bien últimamente. No desde que nos están acechando. Y lo que menos puedo permitirme es bajar la guardia.

Ajusto la última hebilla de mis tacones y guardo el móvil en mi bolso antes de dirigirme a la puerta. La abro con cautela, procurando no hacer ruido, pero una mano firme aparece a mi lado, cerrándola de golpe. Un escalofrío me recorre la espalda justo antes de que un brazo fuerte rodee mi cintura y me gire, atrapándome entre la puerta y un torso desnudo.

Su pecho se presiona contra el mío, y su aliento cálido roza mi oído cuando susurra:

—¿Escapando otra vez, princesa?

Su voz ronca me eriza la piel. No tengo oportunidad de responder antes de que incline la cabeza y atrape mi cuello entre sus labios. Un jadeo se me escapa cuando besa mi piel con lentitud, dibujando un camino ascendente hasta mi mandíbula.

—No escapaba… —logro articular, pero mi voz suena entrecortada.

—Ajá… —murmura con diversión—. ¿Y cómo se le llama cuando una mujer se escabulle de la cama de un hombre a mitad de la madrugada?

Su tono es suave, pero la acusación subyacente es evidente.

—Es tarde. Debo irme… —intento mantener la compostura, pero sus labios siguen su recorrido por mi piel, probándome, tentándome.

—Quédate. —Su petición es un susurro grave contra mi cuello.

Mi corazón se sacude en mi pecho. Sus manos descienden hasta mis nalgas y, en un movimiento ágil, me alza del suelo. Instintivamente, enredo mis piernas alrededor de su cintura, aferrándome a sus hombros.

—Quédate conmigo… —insiste, envolviendo mis cabellos entre sus dedos mientras su mirada, azul como la noche, me atrapa por completo.

Su intensidad me consume.

Me devora.

Y me rindo.

Mis labios buscan los suyos en un beso hambriento, y mis brazos lo rodean con la misma desesperación con la que él me sostiene.

Sin pensarlo más, dejo que me arrastre de nuevo a la habitación.

19
ALEX

—¡Excelente trabajo, Rossi! —El capitán hojea la carpeta que acabo de dejar sobre su escritorio. En su interior, el informe que preparé con los datos obtenidos durante el último mes junto a Aurora.

Fotografías de la mansión, puntos de escape, ubicación de las cámaras de seguridad, imágenes de las pistas en el sur de Nueva York e incluso algunas capturas de la entrega en el muelle con el turco, Selim Yavuz, quien ya está bajo investigación.

—Si todo sigue como hasta ahora, es cuestión de tiempo para que esos malditos terminen tras las rejas —afirma con entusiasmo mientras Tomás me da una palmada en el hombro.

Fuerzo una media sonrisa antes de ponerme de pie.

—Si eso es todo, jefe, debo volver.

El capitán asiente sin despegar la vista de la carpeta y hace un gesto despreocupado con la mano para indicarme que puedo irme.

Salgo de la oficina con una extraña sensación expandiéndose en mi pecho, como si hubiera hecho algo de lo que debería sentirme culpable.

La imagen de Aurora cabalgándome la noche anterior se clava en mi mente, y paso una mano por mi rostro con frustración.

Me estoy volviendo jodidamente loco. No estoy haciendo nada malo. Este es mi trabajo. Aurora es solo un medio para un fin.

Ella es el enemigo, Alex. Gente como ella mató a tus padres...

Sacudo la cabeza y salgo del edificio en dirección a mi coche, ignorando la voz que me llama a mis espaldas.

—¡Hey, Alex! Vamos, colega. ¿Hasta cuándo seguirás molesto?

Me detengo y giro para ver a Tomás acercándose con su estúpida sonrisa de siempre.

—Hoy juegan los Yankees, mantendré la boca cerrada —ofrece con un tono conciliador.

—No tengo tiempo —respondo sin mirarlo mientras continúo hacia mi coche—. No estoy de humor para tus idioteces.

—Ya me disculpé, no volveré a entrometerme en tus métodos de trabajo —dice alzando las manos como un maldito niño.

Ruedo los ojos y, cuando cierro la puerta del coche con un golpe seco, escucho su suspiro resignado. Justo cuando se da la vuelta para irse, bufo y toco la bocina. Se gira de inmediato, y cuando le hago un gesto con la cabeza, se apresura a subirse al asiento del copiloto.

Tomás ha estado conmigo desde la academia. Es joven y a veces demasiado bocón, pero, al igual que yo, no tiene a nadie más. Sé que su madre murió cuando él era un niño y que la relación con su padre, su único familiar de sangre, es prácticamente inexistente.

Minutos después, en mi apartamento, le paso una cerveza mientras él se acomoda en el sofá, apoyando una pierna sobre la mesa frente al televisor. Los Yankees van ganando, y Tomás vitorea emocionado cuando hacen otra anotación.

—¿Y qué tal las cosas con la chica Rinaldi? —pregunta con falsa indiferencia.

Le lanzo una mirada de advertencia, y él levanta las manos en señal de rendición, aun sosteniendo la botella.

—Solo preguntaba… La conocí… No parece… —Hace una pausa, pensativo, y frunzo el ceño, esperando que termine la frase. Pero, por alguna razón, decide callarse.

—¿Y tú? ¿Qué te traes con esa chica, Samanta? —inquiero, alzando una ceja. Lo he visto con ella varias veces en el Blood Hell.

Tomás se queda con la cerveza a medio camino de la boca. Su mirada cambia, volviéndose perdida y pensativa. Estoy a punto de cambiar de tema cuando de pronto sonríe, da un trago y se acomoda en el sofá.

—Es linda… y dulce. De verdad me gusta —dice encogiéndose de hombros con indiferencia fingida.

—Sabes que es hija del ejecutor más violento de toda la organización, ¿verdad?

Él me mira con una sonrisa enorme antes de responder:

—Tú sales con la hija del maldito Diablo, y probablemente terminemos muertos después de esta misión. No me juzgues.

Frunzo el ceño al procesar sus palabras.

—¿El jefe te puso en la misión?

Tomás asiente, cruzando las piernas sobre la mesa y dando otro trago a su cerveza.

—¿Y por qué no estaba enterado? —protesto, poniéndome de pie.

—Tranquilo, solo estaré cerca por si necesitas que te cubra. A diferencia de ti, mi trabajo es apoyo táctico —explica sin inmutarse.

Me paso una mano por la nuca con frustración antes de volver a sentarme. Tiene sentido, pero aun así no me gusta estar a ciegas. El capitán debió decírmelo.

Vuelvo la vista al televisor y doy un trago a mi cerveza justo cuando el teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco y frunzo el ceño al leer el mensaje de Aurora.

No podré verte esta noche, lo siento.

¿Todo está bien?

Sí.

¿Segura? Si me necesitas, puedo ir.

Princesa...

No te preocupes, todo está bien. Tengo trabajo.

Guardo el celular en mi bolsillo y me pongo de pie, tomando mi chaqueta y mis llaves.

—¿A dónde vas? ¡El partido recién empieza! —se queja Tomás.

—Cierra cuando salgas —le digo antes de salir rumbo al ascensor.

Treinta minutos después, mi coche se detiene frente a los altos portones de hierro que separan la mansión Rinaldi del resto del mundo.

El guardia en la entrada me estudia con una expresión sombría y alza una ceja cuando le digo que vengo a ver a Aurora. Se aparta y habla en italiano a través del intercomunicador.

Después de unos segundos, se acerca a mi ventanilla.

—¿Estás armado? —pregunta con desconfianza.

Asiento, y me pide que le entregue el arma. Maldición. Le cedo la pistola, y con un gesto hacia la cámara de seguridad, los portones se abren, dándome acceso.

Recorro con la mirada el lugar. La última vez que estuve aquí era de noche y no pude apreciar bien la majestuosidad de la mansión. La construcción es antigua pero imponente, con amplios jardines y un sendero de piedra que conduce a un bosque con su propio lago privado. Unas escaleras de granito negro llevan a la puerta principal de dos hojas, y estaciono detrás del Audi negro de Sebas, el hermano de Aurora.

—¿Y tú qué diablos haces aquí? —gruñe Matt al salir de la casa, avanzando con zancadas hacia mí en cuanto bajo del coche.

Mis ojos bajan a sus manos y entrecierro la mirada al notar el cuchillo de caza que sostiene.

—No tengo por qué darte explicaciones.

—¡Yo creo que sí! —espetó con furia—. ¿Quién demonios te crees para aparecer aquí? ¡Al Diablo no le gustará verte en su casa! ¡Así que lárgate! —me amenaza, señalándome con la hoja.

Llevo la mano a la cintura de mi pantalón, y maldigo en silencio cuando recuerdo que dejé mi arma en la entrada.

Matt suelta una carcajada burlona al darse cuenta de que estoy desarmado y da un paso más, pero no le doy oportunidad de avanzar.

Mi puño impacta contra su rostro con un golpe seco que lo hace caer al suelo. Se reincorpora de inmediato y me lo devuelve. Su boca sangra, pero sonríe mientras blande el cuchillo de manera amenazante.

Arremete con una puñalada que logro esquivar. Se gira y ataca de nuevo. Esta vez, la hoja roza la tela de mi camisa, rasgándola.

Un ardor se extiende por mi brazo. Miro de reojo y veo la sangre manchando mi piel.

Este maldito está jugando sucio.

La furia se desliza por mis venas cuando siento la sangre correr por mi brazo. Cuando intenta volver a apuñalarme, lo pateo con fuerza, logrando arrebatarle el cuchillo de las manos. Alza los puños, pero no le doy tiempo a reaccionar; le propino dos puñetazos certeros que lo hacen perder el equilibrio, dejándolo de rodillas en el suelo.

Gruñe con rabia y gira el rostro hacia mí, clavando una mirada asesina antes de lanzarse de nuevo. Rodamos por el suelo en un forcejeo brutal hasta que logra someterme, dejándome atrapado bajo su peso. Sus golpes caen con furia sobre mi rostro, pero engancho mis

piernas alrededor de su cuello y giro con fuerza, invirtiendo las posiciones.

Desde atrás, sujeto su cuello con mi antebrazo y presiono con toda mi fuerza, hundiendo la rodilla en su espalda. Siento cómo su cuerpo se tensa en su resistencia feroz. Estoy a punto de noquearlo cuando el frío del cañón de un arma se clava contra mi nuca.

El sonido seco del seguro desactivándose me paraliza.

—¡Apártate de mi hijo o mueres aquí mismo! —gruñe una voz áspera detrás de mí.

Reconozco de inmediato al hombre que sostiene el arma. Suelto al idiota de un empujón y me pongo de pie lentamente, levantando las manos en señal de rendición antes de girarme. Me encuentro con la mirada furiosa de la mano derecha de Cassiano Rinaldi.

Román.

—¡Y tú, quieto ahí! —advierte sin bajar el arma.

No es a mí a quien va dirigida la advertencia. Instintivamente, giro la cabeza por encima del hombro y veo a Matt, quien aún sostiene el cuchillo en alto.

El bastardo iba a apuñalarme por la espalda.

Mis ojos vuelven al rubio que me apunta, pero su expresión cambia repentinamente al mirar más allá de mi hombro. El sonido firme de tacones resonando sobre la piedra se acerca. No me muevo, aunque noto que Román traga saliva con dificultad.

—¡Román Larusso! ¿Se puede saber qué diablos significa esto? —protesta una voz femenina con autoridad.

El rubio guarda el arma de inmediato, y su reacción me hace fruncir el ceño.

Los pasos se detienen detrás de mí. Me giro con lentitud.

Frente a mí, una mujer de pequeña estatura y apariencia refinada me observa con las cejas alzadas, visiblemente sorprendida por mi presencia. Pero la sorpresa desaparece pronto, sustituida por una mirada severa que recorre mi cuerpo, deteniéndose en los rastros de la pelea en mi ropa y rostro. Repite el mismo escrutinio con Matt antes de suspirar y llevarse los dedos al puente de la nariz, negando con la cabeza cuando comprende lo que acaba de ocurrir.

—Señora Amelia… él atacó a Matt y… —comienza a explicar Román.

Ella alza una mano, y el rubio de casi dos metros, con un rostro de asesino curtido, guarda silencio al instante.

Es increíble cómo una mujer de apariencia tan amable puede intimidar tanto a alguien como él. Tal vez tenga que ver con el hecho de que su esposo le cortaría la polla a cualquiera que le faltara el respeto, pero su mirada firme y determinada por sí sola parece ser suficiente para reducir a estos hombres a la categoría de niños inmaduros.

—¡En esta casa las peleas están prohibidas! ¡Ya se los dije! ¿Acaso no tuvimos suficiente con lo de esta mañana? —recrimina con dureza a Matt, quien agacha la cabeza como un niño reprendido.

—Él no debería estar aquí. No confío en él —escupe Matt con rencor, lanzándome una mirada cargada de odio.

—Eso no lo decides tú, Matt. Él es amigo de Aurora, así que es bienvenido. ¿Está claro?

Matt aprieta los dientes, fulminándome con la mirada antes de asentir.

—Está claro, señora Amelia.

Ella suspira y alarga la mano, acariciando la mejilla del chico en un gesto maternal. Él la observa con una mezcla de resignación y devoción.

—Dame el cuchillo.

Matt obedece sin rechistar y le entrega el arma.

—Ve arriba. Sebas está solo. No lo pierdas de vista —le pide con un dejo de tristeza en la voz, palmeándole el brazo.

El chico la observa un instante antes de asentir y alejarse en dirección a la casa.

—Buscas a Aurora, supongo —dice la mujer, fijando en mí una mirada inquisitiva.

Asiento.

—Román, ¿has visto a mi hija?

—La última vez que la vi, estaba sentada junto al lago, con Cerbero sobre su regazo.

Frunzo el ceño ante la expresión extraña del rubio.

Cerbero. ¿Quién diablos es Cerbero?

—Entonces está por allá —señala Amelia hacia el sendero empedrado.

—Gracias.

Me giro para irme, pero su voz me detiene.

—Ah, una cosa más.

Me vuelvo para verla. Da un paso adelante y me sostiene la mirada.

—En mi casa, las peleas están prohibidas. Si quieres seguir siendo bienvenido, más te vale aprenderte esa regla.

—No se repetirá —respondo con seriedad.

Ella me escudriña de pies a cabeza antes de esbozar una leve sonrisa. Luego se marcha, seguida por Román, quien al pasar junto a mí me golpea el hombro intencionalmente, haciendo que la herida en mi brazo arda.

Respiro hondo y sacudo la tierra de mi chaqueta y mi camisa mientras me encamino por el sendero de piedra. Los árboles me rodean a medida que avanzo, filtrando la luz del sol entre sus hojas. Mis ojos recorren el lugar en busca de Aurora, pero no la veo por ninguna parte.

Llego hasta la orilla del lago y la distingo a unos metros de distancia, sentada sobre la hierba. Su cabello negro está recogido en una alta coleta. Viste jeans y una camiseta de tirantes mientras acaricia el pelaje de un enorme animal que parece dormir sobre su regazo.

Cerbero.

Sonrío y avanzo hacia ella. No parece notar mi presencia hasta que el animal a su lado levanta la cabeza bruscamente. Su lomo se arquea, y el pelo de su espalda se eriza mientras me observa con ojos afilados.

—¿Cerbero? —pregunta ella con desconcierto.

El lobo gruñe y se interpone entre nosotros, mostrándome los dientes en un claro gesto de advertencia.

Aurora se gira y sus ojos se abren con sorpresa al verme.

—¿Alex…?

Pero mi atención se desvía de inmediato al morado que adorna su pómulo derecho.

Doy un paso hacia ella, pero el lobo gruñe con fiereza, avanzando un poco como si estuviera a punto de saltar sobre mí.

—¡Cerbero, abajo! —ordena ella con firmeza.

El animal retrocede lentamente sin apartar sus ojos de mí antes de echarse junto a sus pies.

Deslizo la mirada de él a ella. Aurora aparta la vista, pero me acerco de todos modos y tomo su barbilla con suavidad, obligándola a mirarme. Paso el pulgar sobre el moretón que no estaba ahí anoche. Luego bajo la vista a su labio partido y aprieto los dientes.

—¿Quién? —mi voz es un gruñido contenido.

Ella niega con la cabeza.

—Dame su nombre, princesa.

—No importa, no es nada. ¿Qué haces aquí? —Su pregunta es un intento torpe de desviar la atención, pero lo que no sabe es que no hay forma de que pase por alto algo así. Quien se atrevió a ponerle un dedo encima hoy perderá la mano.

—Princesa… no lo volveré a preguntar. ¿Quién te hizo esto?

Frunce el ceño y aparta mi mano de su rostro de un manotazo.

—¡Ya te dije que no fue nada! —Su molestia es evidente mientras se aparta de mí.

La observo en silencio. Su mirada, aunque intenta sostener la mía, delata nerviosismo. Veo cómo su garganta se mueve cuando traga saliva y cómo su dedo juega, inquieto, con el collar que cuelga de su cuello.

«¡En esta casa las peleas están prohibidas! ¿Acaso no tuvimos suficiente con lo de esta mañana?»

—Sebas está solo arriba, no lo pierdas de vista, por favor…

Repito las palabras de su madre y ella abre sus ojos de par en par cuando doy un paso atrás y me giro, con la rabia ardiendo en mi piel.

—¡Alex! Por favor… fue un accidente. ¡Fue en una de sus crisis! ¡Él jamás me lastimaría a propósito! —grita, tratando de detenerme.

Pero ya es demasiado tarde. Camino con paso firme hacia la mansión, sin importarme si me matan en el camino o no.

Los guardias me miran con extrañeza cuando paso de largo, ignorando los llamados de la chica tras de mí. No escucho. No veo nada más que a él, que acaba de salir acompañado por Matt.

Nadie se lo espera cuando lo agarro por la parte de atrás de la chaqueta y lo levanto con brutalidad, estampándolo contra la pared antes de soltarle dos golpes que lo hacen caer de rodillas. Me preparo para rematarlo, sujetándolo por la ropa, pero cuando levanta la cabeza, sus ojos desiguales se clavan en los míos.

Su mirada está vacía. Sus ojos, llorosos. Pero nada de eso es lo que me hace fruncir el ceño. No es que sea solo un crío de dieciocho años, ni el hecho de que ni siquiera intente defenderse.

Son los golpes en su rostro.

El labio roto. La ceja partida. El ojo morado sobre su piel pálida.

Suelto su chaqueta.

—¡Adelante! ¡Hazlo! ¡Lo merezco! —gruñe, incitándome a golpearlo.

Pero retrocedo un paso.

Aurora llega apresurada a mi lado. Intenta acercarse a él, pero se detiene en seco cuando Cassiano Rinaldi aparece, interponiéndose en su camino.

—Papá… por favor… —Su voz se quiebra al hablar.

Su padre no le sostiene la mirada mientras le extiende una maleta a Matt.

Mis ojos se deslizan hacia los nudillos ensangrentados del hombre. Luego miro a Sebastián.

—Lo siento, principessa… —su voz es grave, con un matiz de pesar—. Pero necesita ayuda. Y el hecho de que tú y tu madre me ocultaran lo que estaba pasando solo empeoró la situación.

No se molesta en mirarla cuando se gira hacia su hijo. Sebastián, en silencio, toma la maleta de mala gana. Le lanza una última mirada de disculpa a su hermana antes de subirse en la parte trasera del Mercedes negro.

El motor se enciende y, sin pensarlo, Aurora corre tras el auto como si aún fuera una niña pequeña.

La alcanzo y la rodeo con mis brazos cuando rompe en sollozos.

No tengo ni puta idea de lo que acaba de pasar, pero me destroza verla así. Tan frágil. Tan abatida.

Se aferra a la tela de mi camisa con desesperación y hunde la cabeza en mi pecho. Le acaricio el cabello con suavidad, deseando poder borrar el dolor de su alma.



20

AURORA

Alex acaricia mi cabello mientras permanezco recostada contra su pecho, con la mirada fija en el lago frente a nosotros.

Han pasado cerca de dos horas desde que mi hermano, mi único amigo y la persona en quien más confío en esta tierra, partió rumbo a Italia tras su última crisis.

Un suspiro se me escapa cuando Alex deja un beso en mi cabeza. No sé por qué está aquí, pero lo agradezco.

Normalmente prefiero estar sola con mis demonios, pero en este instante su cercanía es un alivio.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —pregunta sin dejar de abrazarme, apoyando el mentón sobre mi cabeza.

—Él... tuvo una de sus crisis. Últimamente ha estado irritable, sus ataques de ira se han vuelto algo cotidiano, pero nunca antes me había atacado. Esta mañana debía encargarse de algunos asuntos, supervisar un embarque, nada fuera de lo común. Pero... hubo una discusión con un sujeto. El tipo lo atacó, y Sebas enfureció. Se descontrola con facilidad y cuando entra en ese estado… —Niego con la cabeza, intentando encontrar las palabras adecuadas antes de continuar—. Cuando me llamaron para que fuera por él, no quise avisarle a mi padre. Sabía que, si lo hacía, lo enviaría a Italia, así que… le pedí a Matt que fuera conmigo.

Hablar de esto me pesa en el pecho, pero la calidez de la caricia de Alex sobre mi brazo me reconforta. Sé que está escuchando cada palabra con atención.

—Cuando llegué, estaba fuera de sí. Mató a golpes al tipo que lo atacó, pero incluso cuando el hombre ya estaba muerto, no se calmó. Los hombres que estaban allí, en la bodega, se quedaron fuera mientras él seguía destruyéndolo todo… Nadie en su sano juicio se le habría acercado, pero yo… —Hago una pausa, recordando la escena con una punzada en el pecho—. Traté de alcanzarlo, aunque

Matt intentó detenerme. No pensé que Sebas me haría daño… él nunca… nunca antes me había lastimado. Pero su mirada estaba desencajada esta vez. No era él. Y simplemente pasó. Cuando me di cuenta, estaba sobre mí. Si no hubiese sido por Matt, que logró someterlo con el sedante…

El cuerpo de Alex se tensa y sus caricias cesan. El silencio que sigue es denso, cargado de emociones contenidas.

—Sí, fue mi padre —respondo sin que tenga que preguntar, porque sé que se lo está cuestionando—. Matt le dijo a Román que fuera por nosotros, y él se lo contó a mi padre. Cuando llegó, Sebas estaba inconsciente, pero mi labio aún sangraba y mi cara… bueno, así —señalo el moretón en mi rostro—. Sebas no tuvo tiempo de explicarse. Cuando despertó, papá lo arrastró afuera y lo obligó a pelear con él. Le gritó que lo golpeara como lo había hecho conmigo.

Cierro los ojos un segundo, reviviendo aquella escena.

—No puedo describir la mirada de mi hermano cuando giró su rostro buscándome y sus ojos se encontraron con los míos… Pude sentirlo. El dolor en su mirada. La culpa. Me han golpeado peor en combate, pero papá no le iba a dejar pasar esto.

Suelto un bufido cansado y me aparto ligeramente de Alex para mirarlo. Su mandíbula está apretada, y cuando nuestros ojos se encuentran, su mano acaricia mi mejilla con suavidad, justo donde está el golpe.

—¿Te preocupas mucho por él, verdad? —susurra, pasando sus nudillos con delicadeza sobre el hematoma.

—Es mi hermano… y no está bien. Ahora, lejos de aquí, menos aún.

—Estará bien, princesa —afirma con seguridad.

Sus ojos buscan los míos mientras se acerca y deposita un beso suave en mis labios. El gruñido de Cerbero nos interrumpe.

Sonrío cuando veo la mirada desconfiada que Alex le lanza a mi lobo plateado de más de treinta y cinco kilos.

—Adelante, Cerbero… ven aquí —lo llamo en italiano.

El animal se pone de pie con agilidad y se acerca a nosotros, olfateando mi mano cuando la extiendo. Luego, baja la cabeza y le acaricio entre las orejas, hasta que finalmente se acomoda frente a nosotros.

—Princesa… —advierte Alex con recelo, sin quitarle la vista de encima.

—Tócalo —lo animo, dándole un leve empujón con mi codo.

Me mira con el ceño fruncido antes de dirigir la vista al lobo, que lo observa en silencio sin levantar la cabeza de entre sus patas delanteras.

—Vamos… no te hará nada, a menos que sienta que eres una amenaza —aseguro con una sonrisa.

Alex suspira, acercando con cautela su mano al animal. Cerbero sigue el movimiento con sus ojos, pero no se aparta cuando sus dedos acarician su cabeza, justo en medio de las orejas.

—¿Ves? —sonrío—. Te lo dije, es como tocar a cualquier otro perrito.

Alex deja escapar una risa mientras sigue acariciando el pelaje del lobo. Cerbero, visiblemente complacido con la atención, se acerca más y estira sus patas entre nosotros, acomodándose con la cabeza sobre la pierna de Alex.

—Vaya… En serio eres bueno con él. No suele hacer eso —comento sorprendida.

—Me gustan los perros, pero esto es otro nivel.

—¿Has tenido uno? —pregunto con curiosidad.

—¿Un lobo? —responde con ironía.

Su tono me hace reír.

—¡Un perro! —le doy un ligero golpe en el brazo.

No responde de inmediato. Su ceño se frunce mientras sigue acariciando a Cerbero, pero luego me lanza una mirada fugaz y asiente.

—Cuando era pequeño. En la casa de mis padres había un pastor alemán, Max. Murió el mismo día que lo hicieron mis padres.

Su voz se torna más baja, como si cada palabra pesara en su lengua.

Mi mente viaja al tatuaje en su brazo.

VENDETTA.

Recorro mentalmente el significado de la palabra… Venganza. Luego, lo miro con atención.

—¿Cuántos años tenías cuando…?

—Diez —responde cortante.

Mi pecho se oprime.

No quiero imaginar lo que debió ser para él perder a sus padres a esa edad, crecer sin su calor, sin su protección.

Yo tuve a los míos. Siempre estuvieron conmigo, aunque mi destino fuera marcado por ellos, al traerme a este mundo de muerte y sangre. Me cuidaron. Me protegieron. A mí y a mi hermano. No puedo imaginar mi vida sin ellos… ni siquiera el pensamiento de que alguien pudiera hacerles daño.

Trago saliva antes de susurrar:

—¿Qué… les pasó a tus padres, Alex?

Su mano se detiene sobre el pelaje de Cerbero. Un silencio incómodo nos envuelve.

Él deja escapar un suspiro.

—Esa es historia para otro día —dice con una media sonrisa.

Asiento sin insistir. No quiero presionarlo.

El tono melancólico de su voz es inconfundible. Su mirada perdida en el sol que se filtra entre las ramas de los árboles me impulsa a decir lo que llevo atorado en la garganta.

—Sea lo que sea que les haya pasado… sé que, donde estén, están muy orgullosos del hombre que eres —aseguro con firmeza.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros por unos instantes, hasta que él gira el rostro hacia mí. Me sorprende cuando, de pronto, me toma por la nuca y sus labios se cierran sobre los míos en un beso profundo, intenso, cargado de algo que no sé si es desesperación o deseo contenido. No dudo en corresponderle, acercándome más hasta sentarme a horcajadas sobre él. Su espalda se apoya contra el tronco del árbol, y sus manos me sujetan con fuerza por la cintura mientras su otra mano se enreda en mi cabello, tirando suavemente para acercarme más a él.



Una semana después

Aparto el brazo que cubre mi rostro y me siento en la cama con un quejido. Mi cabeza late con una punzada sorda que no ha cedido en dos días, como si cada latido se estrellara contra mi cráneo. Suelto un bufido de fastidio mientras masajeo mis sienes con ambas manos, intentando disipar la maldita jaqueca.

El sonido de voces discutiendo abajo me obliga a levantarme. Cruzo el largo pasillo y bajo las escaleras que dan a la sala principal, donde los gritos de mi tío Adriano retumban con una furia que eriza el aire.

—¡Doce horas! ¡Han pasado doce malditas horas! —brama.

Frunzo el ceño al verlo caminar de un lado al otro como una bestia acorralada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanto alboroto? —pregunto, deteniéndome en el último escalón.

En cuanto sus ojos negros se encuentran con los míos, un escalofrío me recorre la espalda. Algo está muy mal.

—¡Aurora! Dime, ¿has visto a Sam? —pregunta con desesperación, tomándome por los brazos.

Parpadeo, desconcertada, antes de negar con la cabeza.

—¿Sam...? No, no la veo desde ayer —respondo, aun intentando entender la magnitud de la situación.

Mi tío se aparta, pasando las manos por su cabello, despeinándolo con frustración. Maldice entre dientes mientras sigue recorriendo la sala en un frenesí de ira y preocupación.

Desvío la mirada hacia mi padre, quien me observa en silencio, pero en su expresión leo claramente lo que insinúa.

—Llamaré a Álex —digo sacando mi celular—. Sam ha estado hablando con un amigo suyo en el Blood Hell, quizá él sepa algo.

El rostro de Adriano se desencaja por completo.

—¿Sam? ¿Mi Sam? ¿¡Qué diablos hace Sam en el Blood Hell!? —gruñe, su tono pasando de la sorpresa a la rabia.

—No lo sé. Ella ha estado haciendo tareas administrativas, prácticas para su carrera o algo así… ¿No lo sabías? —Alzo ambas cejas cuando él niega con la cabeza.

La inquietud se retuerce en mi pecho. Sam no es el tipo de chica que oculta cosas, menos a sus padres. Siempre ha sido la hija modelo: callada, recatada, estudiosa. Adora a sus padres y confía en ellos. Algo no encaja.

Marco el número de Álex y responde al segundo tono. Le pregunto lo que necesito saber y, cuando me da la información, cuelgo con un escueto gracias. No sin antes prometerle que todo está bien y que lo veré mañana. No parece convencido, pero no insiste.

—¿Y? ¿Qué te dijo? —inquiere mi tío en cuanto nuestras miradas se cruzan.

Trago saliva.

—Sam tenía una cita con Tomás. Se encontrarían en el Blood Hell... Debía estar allí hace media hora.

Hago una pausa, mi voz suena más grave cuando continúo:

—Nunca llegó.

El rostro de Adriano se transforma en un instante. La angustia se evapora, dando paso a una expresión sombría, fría y letal. Un presagio de tormenta.

Maldigo cuando lo veo avanzar como un toro embravecido hacia el sótano. Intercambio una mirada con mi padre, quien me da un leve asentimiento. No hace falta más. Giro sobre mis talones y sigo a mi tío.

Las escaleras crujen bajo mis botas al descender. En cuanto llego a su lado, su mirada está fija en la bóveda donde guardamos las armas. En sus manos sostiene una pistola semiautomática, que examina con mecánica precisión antes de asegurar otra en su espalda.

Tomo una Colt .45 y la coloco tras la cintura de mi pantalón. Luego agarro dos navajas tácticas y las ajusto en la sujeción de mi tobillo.

No necesitamos hablar.

Él ha sido mi instructor, mi entrenador, la persona que desde niña me enseñó las tácticas de combate y asesinato más letales. Tanto él como mi padre han sido mis mentores. Lo que soy, lo que sé hacer, se lo debo a ellos.

Nos conocemos lo suficiente para que Adriano entienda que, sea lo que sea que planee para recuperar a Sam, no lo hará solo. Porque lo seguiré hasta el fin del mundo si es necesario.

Para nosotros, los Rinaldi, no hay nada más valioso que la familia.

—¿A dónde primero? —pregunto, cargando mi arma y guardando otro cargador en mi bolsillo.

Él suelta un resoplido, su voz impregnada de una amenaza latente:

—Vamos a hacerle una visita a ese tal Tomás…

Mi estómago se revuelve con una mezcla de anticipación y ansiedad. Vacilo un segundo antes de asentir.

—Tú conduces —dictamina, lanzándome las llaves de su coche.

Las atrapo en el aire y, sin perder un segundo, camino tras él.

Mi mente viaja a mil kilómetros por hora, analizando todos los posibles escenarios.

Solo espero que Sam esté bien.

Solo espero que Tomás no tenga nada que ver con esto.

Porque si lo está…

Miro a Adriano de reojo. Su mandíbula está tensa, su mirada inyectada en odio.

Si Tomás está involucrado de alguna forma… no me gustaría estar en su lugar.

Porque estará dolorosamente muerto.



21

AURORA

Aparco en el callejón detrás del Blood Hell y salto del coche, siguiendo al hombre que parece una fiera desatada, cegado por la ira. Camina con pasos firmes hacia la puerta trasera del club, sujetando el arma con fuerza entre sus manos. Lo alcanzo antes de que la abra y agarro su brazo con urgencia.

—¡Escúchame! ¡No puedes entrar con eso en la mano! ¡El lugar está lleno de gente! —le recuerdo, tratando de mantener la calma.

—¡Me importa un carajo! —gruñe, pero lo jalo de la manga de su chaqueta, obligándolo a detenerse.

—¡Debemos mantener la cabeza fría! —insisto, dando unos golpecitos con mi dedo índice en mi sien—. ¡Tú me enseñaste eso!

Sus ojos oscuros arden con rabia cuando me observa.

—¿Ahora tú me vas a enseñar a mí, Aurora? —protesta con sarcasmo.

Pongo los ojos en blanco y cruzo los brazos.

—¡Bien! Pero si Tomás se asusta y huye… no tendremos nada —me quejo, pasando a su lado y tomando la iniciativa.

Abro la puerta de un tirón. El guardia, que estaba recostado contra la pared con un cigarrillo entre los labios, se endereza al vernos entrar.

—Está en la barra y está solo —avisa sin molestarse en soltar el cigarro.

Le palmeo el pecho un par de veces en agradecimiento. Él asiente y luego se gira para ponerle seguro a la puerta.

Escucho los pasos de Adriano tras de mí y, por el rabillo del ojo, lo veo guardar el arma bajo su chaqueta. Caminamos por un pasillo iluminado únicamente por una tenue luz roja. Al girar a la derecha, nos encontramos en la zona de los baños. Desde allí, observo la pista de baile abarrotada de gente que se mueve con desenfreno al ritmo de la música electrónica.

—¿Dónde está? —pregunta Adriano, impaciente.

Reviso el lugar con la mirada hasta que lo encuentro. Un chico está sentado en la barra con una botella de Corona en la mano. Parece nervioso, mira constantemente a su alrededor y revisa el reloj de su muñeca cada pocos segundos.

No tengo tiempo de debatir con mi conciencia sobre lo que estamos a punto de hacer. Sam podría estar en peligro de muerte en este preciso instante y, además… somos la maldita mafia. Esto es lo que hacemos.

Sin titubear, señalo discretamente en su dirección.

—¡Por allá! Déjame hablar a mí primero… —pero mi frase se corta bruscamente—. ¡Maldición!

Adriano ya se ha adelantado, empujando a la gente a su paso mientras se dirige directamente hacia el chico. Tomás ni siquiera lo ve venir cuando su cabeza impacta contra la barra con un golpe seco. Un crujido espeluznante resuena entre el estruendo de la música. Se le rompe la nariz de inmediato y la sangre brota sin control.

Mi tío lo agarra por la parte trasera de la chaqueta, alzándolo como si no pesara nada, y lo arrastra por el club. La multitud se sobresalta y se aparta instintivamente, formando un claro a su alrededor, como si una gota de aceite se expandiera en el agua.

Lo sigo a través del pasillo mientras Tomás forcejea inútilmente. Su resistencia es en vano; Adriano lo arrastra como un muñeco de trapo hacia la bodega de licores en el sótano. Cuando llegamos, lo patea la puerta con fuerza. Esta se abre de golpe y, sin miramientos, arroja a Tomás al interior. El chico cae de rodillas al suelo con un quejido de dolor.

Suelto un suspiro cansado y echo un vistazo al pasillo antes de cerrar la puerta tras de mí.

Tomás nos observa con las cejas alzadas, completamente confundido. Su respiración es agitada, su nariz sigue sangrando y sus pupilas reflejan puro terror. Adriano se sienta con calma en una silla metálica frente a él, acomodándose con una lentitud deliberada.

—Aurora, ¿qué…?

—¡Shhh! ¡Silencio! —ordena mi tío con voz grave.

Tomás se gira bruscamente hacia él, con los ojos abiertos de par en par, visiblemente aterrorizado.

—Tomás, será mejor que cuides cada palabra que salga de tu boca a partir de ahora —le advierto con seriedad—. No querrás empeorar la situación.

El chico tiembla. Mi tío lo observa con intensidad, analizando cada mínima expresión en su rostro. No necesita tocarlo para ejercer presión; su sola presencia es suficiente para intimidar a cualquiera.

El uso de la psicología en interrogatorios es una técnica ancestral, más efectiva y menos agotadora que la tortura física. Si se sabe coaccionar bien a una persona, se pueden obtener respuestas sin necesidad de derramar una sola gota de sangre. Y si hay algo en lo que mi tío es un maestro… es en intimidar.

—Verás, Tomás… —su voz es ronca y cargada de amenaza—. Estoy teniendo un día de mierda, así que será mejor que no me hagas perder el tiempo.

El chico traga saliva. Sus ojos, llenos de pánico, se clavan en los de mi tío y asiente lentamente.

—Mi hija, Samanta, lleva más de doce horas desaparecida —continúa su padre.

Tomás reacciona de inmediato. Su expresión cambia: su ceño se frunce y baja la mirada, sumido en un pensamiento profundo.

El hermano de mi padre me lanza una mirada fugaz. Asiento, dándole vía libre para seguir con el interrogatorio, mientras observo los gestos de Tomás. Parece realmente sorprendido, incluso angustiado, por la noticia de la desaparición de Sam.

—Tengo entendido que hablas con mi hija con bastante frecuencia —afirma Adriano con tono inquisitivo, entrecerrando los ojos.

—Ella y yo somos amigos… —responde Tomás con voz vacilante, sin atreverse a mirarlo de frente.

—Samanta es una chica increíble. Yo jamás le haría daño… ¡lo juro! —añade, esta vez clavando sus ojos suplicantes en los de mi tío.

Mi tío lo observa en silencio. Su mandíbula se tensa antes de ponerse de pie y, sin prisa, saca su arma.

Tomás palidece al instante. Su cuerpo entero empieza a temblar. Solo con mirarlo, sé que este chico no sería capaz de lastimar ni a una mosca, pero mi tío no parece del todo convencido.

—¿Apostarías tu vida a eso? —pregunta Adriano, deslizándole el cañón del arma por la mejilla con un movimiento lento y calculado.

El chico se queda inmóvil, paralizado por el miedo. Adriano empieza a caminar a su alrededor, estudiándolo con mirada

depredadora, como un cazador que acecha a su presa. De repente, se detiene frente a él y baja la pistola hasta colocar el cañón sobre su entrepierna.

Tomás observa el arma y su piel se vuelve aún más pálida. Un par de gotas de sudor ruedan por su frente y se mezclan con la sangre de su nariz rota.

—Tío… —lo llamo con voz firme.

Él me mira y niego lentamente con la cabeza.

El silencio se extiende en el sótano por un instante que se siente eterno. Finalmente, Adriano aparta el arma y se aleja con calma.

Tomás suelta un suspiro entrecortado y, con esfuerzo, se pone de pie. Sus ojos se encuentran con los míos y me mira con una expresión de alivio y gratitud, como si yo hubiese sido su salvación.

Qué equivocado está.

Si él hubiera tenido algo que ver con la desaparición de Sam, yo misma lo habría matado. La única razón por la que sigue respirando… es porque es inocente.

Mi celular suena en el bolsillo. Lo saco sin pensarlo, pero mi ceño se frunce al ver que se trata de una video llamada de un número desconocido. Normalmente no respondería, pero podría ser mi prima llamando desde otro teléfono, así que deslizo el dedo sobre la pantalla y acepto.

El aire se congela en mis pulmones al ver la imagen que aparece frente a mí.

Es Sam.

Está en una habitación mugrienta, de paredes desnudas y sucias, iluminada apenas por una luz parpadeante que acentúa la crudeza del lugar. La han atado a una silla de metal, con las muñecas y los tobillos sujetos con gruesas correas. Una mordaza cubre su boca y su cabello cae desordenado sobre su rostro, ocultándolo casi por completo. Pero sé que es ella. Lo confirmo cuando una mano entra en la toma, sosteniendo un cuchillo cuyo filo levanta su barbilla con un movimiento cruel, obligándola a mirar hacia la cámara.

Un delgado hilo de sangre resbala por su mejilla. Sam abre los ojos y se enfoca en la pantalla con desesperación. Balbucea algo, pero la mordaza ahoga sus palabras. Niega con la cabeza, agitada, y aparta el rostro cuando el filo del cuchillo acaricia la línea de su mandíbula.

—Tío… —Mi voz apenas es un murmullo.

Adriano se vuelve hacia mí con el ceño fruncido. Al ver la expresión en mi rostro, da unos pasos apresurados y me arrebata el teléfono de las manos. Su mirada es indescriptible cuando ve a su hija en aquella situación.

Mi tío Adriano ha sido el ejecutor de la organización durante años. Un asesino sádico y despiadado, implacable en su trabajo. Lo he visto torturar y matar sin un atisbo de piedad. Nunca ha temblado ante nadie, nunca se ha doblegado. Sin embargo, ahora su mano tiembla mientras sostiene el teléfono con fuerza, como si con ello pudiera proteger a Sam a través de la pantalla.

De pronto, una figura encapuchada aparece junto a ella. Mis ojos se entrecierran cuando el hombre se quita el pasamontañas y su rostro queda al descubierto.

Brendan Sullivan.

Me mira con una sonrisa sádica curvándole los labios.

—Como ves, maldita, tengo a tu pequeña prima… —Su tono es burlón, lleno de veneno—. Pensé en ir primero por tu madre, pero para mi mala suerte está demasiado custodiada.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que siento un pinchazo en la mandíbula.

¡Esperaría algo así de Óscar Sullivan! Pero… ¿de Brendan? ¿Por qué? Nunca hemos tenido problemas, al menos no hasta que le apuntó a Alex con una pistola. Pero incluso eso no es razón suficiente para que haga algo así. Esto es una declaración de guerra. Y él lo sabe.

—Más te vale que no le toques un solo pelo a mi hija, maldito hijo de perra, o te asesinaré y me bañaré con tu sangre —gruñe Adriano a mi lado, con la voz tensa de furia contenida.

Brendan suelta una risa grave.

—Oh… pero si es el tío de la zorra y papi de la mojigata… —entona con burla—. Dime, ¿ya saben tus princesas que te tirabas a la mujer de tu primo?

Las palabras caen como una bomba en la habitación. Frunzo el ceño y miro a mi tío. Su mandíbula se tensa, los dientes apretados con rabia, pero no dice nada.

—¡Cierra la boca, Sullivan! ¡No hables de lo que no sabes! —escupe con ira—. Será mejor que sueltes a Sam o…

La carcajada de Brendan lo interrumpe. Un sonido seco, cruel, que retumba en la línea.

—¡Ustedes no están en condiciones de exigir nada!

Su rostro se ensombrece.

—Esto te lo ganas por matar a Óscar, maldita zorra.

Mis músculos se tensan.

Lo miro, desconcertada. Luego, mi vista se desliza hacia Adriano, que parece igual de confundido que yo. Su expresión de furia y preocupación no se desvanece, pero ahora hay algo más en su mirada: incertidumbre.

¿Óscar Sullivan está muerto?

Y peor aún… ¿por qué me acusan a mí? Es cierto que nunca me agradó, pero no lo mataría solo por eso. Ni siquiera por su estúpida fantasía de que algún día nos casaríamos.

—¡Yo no maté a Óscar! Ni siquiera sabía que estaba muerto —me defiendo.

—No mientas, maldita bruja embustera —escupe Brendan.

Me quedo en silencio cuando veo el cuchillo deslizarse más cerca del cuello de Sam.

—Ahora, mis instrucciones son las siguientes… —Su tono se vuelve más frío, más meticuloso—. Si quieres recuperar a tu primita entera, vendrás por ella.

Me apunta con el cuchillo a través de la pantalla.

—Sola.

Ya esperaba eso.

—En unos minutos te llegará un mensaje con las coordenadas, pero recuerda, Aurora… —Su sonrisa se amplía—. Sola.

Asiento con rigidez.

—¡No! ¡Yo también iré! —interviene Adriano.

El grito de Sam nos hace enmudecer. Brendan acaba de deslizar el filo de su cuchillo sobre su hombro, abriéndole un corte fino pero profundo.

La piel se me hiela.

La furia de mi tío estalla en un rugido.

—¡Hijo de puta! —escupe en italiano—. ¡Te voy a matar!

Brendan sonríe y, en un gesto asquerosamente teatral, lame la sangre de la hoja.

—Mmm… deliciosa.

—¡Está bien! ¡Está bien! Iré sola —cedo, sintiendo la impotencia hervir en mis venas.

Brendan asiente con satisfacción.

—Bien. Te enviaré la ubicación.

La llamada se corta. La pantalla se apaga.

El sonido de una nueva notificación me hace reaccionar. Le quito el teléfono a mi tío justo cuando llega el mensaje con las coordenadas. Mis ojos se dirigen a la puerta.

—¡No vas a ir allí sola! —protesta Adriano, su voz firme y dominante.

No tenemos tiempo para esto.

—¡Es mi hija y tú mi sobrina! ¡No te dejaré ir sola!

Lo sé.

Si no hago algo, si no lo detengo, me seguirá. Y no puedo arriesgarme a que el lunático de Brendan Sullivan le haga más daño a Sam.

—¡Tengo que hacerlo o la matará! —grito.

Adriano me mira con una mezcla de furia y angustia.

—¡Confía en mí! ¡Tú me entrenaste!

Antes de que pueda reaccionar, me giro y salgo de la habitación.

—¡AURORA! ¡Abre la maldita puerta! —ruge él, golpeando el metal con rabia.

Pero ya es demasiado tarde.

Corro a toda prisa por los pasillos, con el corazón latiéndome en las sienes y la determinación ardiendo en mi pecho.

Sam me necesita. Y haré lo que sea para traerla de vuelta.

22

AURORA

Los árboles a ambos lados de la carretera desaparecen como un espejismo cuando piso el acelerador del coche de Adriano. Bajo la vista un instante al mapa en la pantalla del teléfono, que descansa sobre el asiento del copiloto, y aprieto con más fuerza el volante. Estoy a cinco minutos del lugar.

Abandono el asfalto al girar en una rotonda y me adentro en un camino de tierra que conduce a un descampado. En la lejanía, una construcción en ruinas se alza como una sombra fantasmal. La casa, de dos plantas, parece abandonada, con escombros desperdigados alrededor, vestigios de una segunda edificación derruida. El terreno, cubierto de arbustos y cascotes, dificulta el paso en coche, así que detengo el vehículo y continúo a pie, con el arma firmemente sujeta en mi mano.

A simple vista no hay ningún vehículo en las inmediaciones, pero dudo mucho que Brendan esté aquí solo.

Avanzo con cautela, sin bajar el arma. Al llegar a la casona, me pego a la pared junto a una ventana y me asomo con precaución. No veo a Sullivan, pero mi prima está allí, sentada en una silla de madera frente a una mesa desvencijada. Sus muñecas están atadas con gruesas cuerdas a los brazos de la silla, al igual que sus tobillos. Su boca lleva una mordaza y una venda cubre sus ojos. Su cabeza cae sobre su pecho y, aunque su respiración es agitada, sigue viva.

El alivio me golpea como una descarga eléctrica, pero sé que esto es una trampa. Probablemente no salga con vida de aquí. Sin embargo, eso es lo que menos me preocupa en este momento. Si muero, mi muerte no será en vano, no si logro salvar la vida de Sam. Porque, ante todo, la familia siempre va primero.

Escaneo los alrededores y me deslizo con sigilo hacia la desvencijada puerta de madera. La empujo lentamente con el pie y las bisagras oxidadas rechinan. Mis ojos recorren la habitación con

rapidez hasta que una sombra me obliga a retroceder y cubrirme detrás de la pared.

Un hombre alto y corpulento se mueve dentro. No es Brendan—él es más delgado y de menor estatura—por lo que asumo que se trata de uno de sus guardias.

Me asomo con cautela y veo al tipo acercarse a Sam. Se acaricia la mandíbula mientras echa un vistazo alrededor antes de inclinarse sobre ella. Su mano se estira y toma un mechón de su cabello, acercándoselo a la nariz para olerlo como un maldito perro. Sam se estremece y gira el rostro con un temblor involuntario cuando él roza la herida de su hombro con los nudillos.

—Sí que son sexys las italianas… —murmura el bastardo, con una sonrisa lasciva en los labios.

La furia me enciende las venas cuando veo su mano descender y apretar uno de los pechos de Sam por encima de la ropa. Mi prima comienza a sollozar y la rabia desata mi instinto asesino. Aprovecho su distracción y, con un movimiento ágil, guardo el arma tras mi espalda. Mi mirada se fija en la ametralladora que cuelga de su hombro antes de llevar una mano a la navaja oculta en mi bota.

Me acerco en silencio, con pasos ligeros.

Cuando el cabrón se inclina aún más sobre ella, mi brazo se mueve en un arco certero y el filo del cuchillo se hunde en su garganta. La piel se abre con un siseo húmedo. El hombre se gira bruscamente, sus ojos desorbitados se clavan en los míos mientras sujeta su cuello con ambas manos, tratando inútilmente de contener la sangre que mana a borbotones. Le sonrío con desprecio antes de empujarlo a un lado. Cae pesadamente al suelo, ahogándose en su propia sangre.

No pierdo tiempo y me apresuro a quitarle la venda de los ojos a Sam. Sus sollozos son incontrolables y su cuerpo tiembla violentamente. Al verme, intenta apartarse, aterrada. Tomo su rostro entre mis manos, obligándola a enfocarse en mí.

—Sam… Sam… soy yo, Aurora —susurro con firmeza, sosteniéndole la cara empapada en lágrimas.

—¿Aurora...? —jadea, con las cejas alzadas, como si no pudiera creer que estoy aquí.

—Voy a sacarte de aquí, pero tienes que calmarte.

—Es una trampa… Él…

—¡Lo sé! —la interrumpo.

Miro a mi alrededor con rapidez y me agacho frente a ella para cortar las ataduras de sus muñecas y tobillos. Sus ojos se desvían hacia el cuerpo inerte del hombre en el suelo. Pasa saliva con dificultad y vuelve a mirarme.

—¿Está…?

—Muerto —afirmo sin rodeos, tirando las cuerdas al suelo. La ayudo a incorporarse y la sostengo con fuerza cuando sus piernas flaquean.

Antes de que pueda responder, el sonido de pasos y una carcajada burlona nos alertan. Empujo a Sam tras de mí y levanto el arma justo cuando Brendan Sullivan aparece de entre las sombras, con una expresión de arrogancia pintada en el rostro.

—Siempre tan icónica… —dice con sorna, su mirada desviándose un instante al cadáver en el suelo.

Aprieto la mandíbula.

—Baja el arma, Brendan. Esto es un malentendido. Yo no asesiné a Óscar.

Su expresión se endurece de inmediato.

—A mí no me engañas, bruja traicionera. ¡Fuiste tú quien lo mató!

—¿Qué ganaría yo con eso? ¡Recapacita! Esto ha ido demasiado lejos.

Una sonrisa torcida se dibuja en su rostro.

—¿Lejos…? Pero si esto recién empieza.

Un sonido metálico llama mi atención. Mis ojos se enfocan en las gruesas cadenas que un hombre detrás de Brendan sostiene en sus manos.

Meto la mano en mi bolsillo trasero y palpo las llaves del coche. Mi mente trabaja rápido mientras Brendan da un paso al frente. Miro de reojo la puerta por donde entré. No hay forma de llegar hasta allí arrastrando a Sam sin que nos cosan a balazos. Pero si soy lo suficientemente rápida…

Mi mirada se cruza con la suya. Es un duelo silencioso.

Pateo una silla que hay a mi lado, desviando su atención, y en el instante en que baja la guardia, saco el arma y abro fuego. Brendan se lanza al suelo y sus hombres responden con una lluvia de disparos.

Empujo a Sam hacia la salida y presiono las llaves contra su mano.

—No voy a dejarte… Yo…

—¡No hay tiempo, maldición! —le gruño—. ¡Lárgate de aquí, Sam!

Ella sacude la cabeza, temblando.

—¡Ahora! ¡Corre!

Un disparo impacta en una de las vigas del techo, haciéndola crujir. Aprovecho la confusión para empujar a Sam hacia la puerta.

—¡Corre, ahora!

Sam finalmente reacciona y echa a correr. Apenas la veo salir, empujo un mueble de metal contra la puerta para bloquearla. Me giro, disparando sin descanso.

Tomo la ametralladora del cadáver a mi lado y la levanto con ambas manos.

—¿Esto es lo que querían, no? —espeto, con una sonrisa salvaje—. ¡Pues aquí estoy, hijos de puta!

Los disparos estallan, la pólvora impregna el aire, y los cuerpos caen uno tras otro en un baño de sangre. Alzo la mirada hacia el segundo piso justo a tiempo para ver a Brendan Sullivan corriendo escaleras arriba, disparando a ciegas mientras intenta cubrirse.

Busco una salida. No hay por dónde escapar. Al volver a mirar hacia arriba, veo la claraboya. Entrecierro los ojos, pero antes de hacer un movimiento, una ráfaga de balas me obliga a cubrirme de nuevo. Si logro llegar hasta allí, podré salir de aquí.

El sonido de los disparos me mantiene con la espalda pegada a la pared. La ametralladora se queda sin balas, así que la lanzo a un lado y saco la pistola ajustada en mi muslo. Me escabullo detrás de uno de los muros que dan a una habitación.

La ventana.

Me apresuro hacia ella, pero está cubierta con tablones gruesos clavados con tornillos. Maldición. Me giro, escaneo la habitación en busca de otra salida, cuando la voz de Brendan resuena desde arriba.

—Pero qué decepción... la gran Aurora Rinaldi —se ríe con burla—. Conocida como una de las amenazas más letales de la mafia italiana. La bruja que hechiza con su belleza y con la misma destreza rebana gargantas. Pero mírate ahora… No eres más que una niña sentimental, que se vale de artimañas baratas para luego asesinar a traición. ¡Como la vil zorra traicionera que eres!

—¡Púdrete, Brendan! —grito, con el pulso acelerado. Me deslizo hacia la puerta, cubriéndome contra la pared.

—¿Qué pasa, princesa...? ¿Herí tus sentimientos? —Se burla, y suelta una carcajada que me hierve la sangre.

De repente, el silencio lo inunda todo.

Frunzo el ceño. Me asomo con cautela por la puerta. No hay nadie a la vista.

Algo en mis entrañas me dice que no salga, pero mis ojos viajan al otro extremo de la habitación, donde hay un ventanal grande con los vidrios rotos. Mi respiración se acelera. Desvío la mirada, evaluando el lugar.

Tomo una bocanada de aire.

Cuerpo pegado a la pared, me deslizo con lentitud.

Entonces, lo escucho.

Vidrios crujiendo. Algo siendo arrastrado en otra habitación.

Acelero el paso.

Casi llego a la ventana cuando un impacto brutal golpea la parte trasera de mi cabeza.

Las rodillas me fallan.

El arma se desliza de mis manos.

El suelo frío recibe mi cuerpo con un golpe seco.

Parpadeo. La vista borrosa.

Lo último que veo es el rostro de Brendan Sullivan.

Sonríe con triunfo.

—¿De verdad me creíste tan idiota, maldita perra? —escupe, antes de tirar de mi cabello y estrellar mi rostro contra el piso.

Todo se vuelve negro.



23

AURORA

El aire frío recorre mi cuerpo, un escalofrío se desliza por mi columna mientras parpadeo, enfocando la mirada en el hombre que se erige frente a mí con expresión de suficiencia. Sostiene un cubo de agua entre sus manos, aun goteando, y su sonrisa ladeada delata su satisfacción.

—Creí que querrías refrescarte un poco —comenta con tono mordaz, buscando provocarme.

El silencio se extiende entre ambos como una brisa gélida que cala hasta los huesos. Mis muñecas están atadas con fuerza al tablón de la mesa, la presión de las cuerdas entumeciendo mis manos. Pero en lugar de sucumbir al miedo, una carcajada brota de mis labios, rebotando en las paredes mugrientas de la habitación.

Brendan da un paso adelante, alzando el mentón con la mirada ensombrecida.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —inquiere, entrecerrando los ojos.

Niego con la cabeza, aun riéndome.

—Esto… Todo esto es tan gracioso… —suelto entre risas—. ¿En serio? ¿Esto es todo lo que tienes? ¿Una siesta y una ducha? ¿Qué sigue...? ¿Leche y galletitas?

La expresión de molestia en su rostro solo me anima a continuar.

—Por favor… Mi abuela podría torturar mejor que tú, Sullivan. Y no tengo abuela.

Antes de que pueda seguir burlándome, siento un tirón en mi cabello. Brendan me sujeta por la nuca, obligándome a alzar la cabeza para que lo mire.

—Te crees indestructible —gruñe, con el aliento impregnado de ira—, pero por mucho que lo creas, no lo eres. Y de aquí no saldrás con vida.

Me aparta con brusquedad, y mi cabeza golpea contra la madera de la mesa. Un dolor punzante se expande por mi cráneo, pero no me permito demostrarlo. En cambio, dejo escapar un suspiro teatral.

—Es increíble… —murmuro, fijando mis ojos en los suyos con aire pensativo.

Brendan frunce el ceño.

—¿De qué hablas?

—Creía que, entre Óscar y tú, eras el inteligente. Pero veo que me equivoqué. Eres el más idiota de los dos.

La rabia oscurece sus facciones.

—¡Cierra la boca! ¡No menciones a Óscar, perra traicionera!

Mis músculos se tensan ante el insulto, pero mantengo la compostura.

—¿Traicionera, yo? —mi voz sube un tono, firme y desafiante—. Fuiste tú quien se pasó por el culo años de paz con todo esto.

Tiro de mis muñecas atadas, como si pudiera liberarme solo con la fuerza de mi enojo.

—¡Tú mataste a mi hermano! —escupe con furia.

Entrecierro los ojos, incrédula.

—Ya te dije que yo no tuve nada que ver con eso.

Su mandíbula se contrae. Por un instante, la duda titila en su mirada. Aprovecho la oportunidad.

—¡Esto significa la guerra y lo sabes!

Su expresión se ensombrece. Intenta mantener la compostura, pero la tensión en su postura lo delata.

—Estoy por mi cuenta. Mi padre no tiene nada que ver con esto —dice con firmeza.

Una carcajada se desliza de mis labios, como un cuchillo desgarrando el silencio.

—¿Y luego la sentimental soy yo…? —ladeo la cabeza, mirándolo con sorna—. Hiciste todo esto sin pensar en las consecuencias. Sin detenerte a considerar que, aunque Óscar fuera un idiota, yo no ganaría nada con lastimarlo. A diferencia de ti, yo respeto los pactos entre familias.

Brendan aprieta los dientes.

—¡Estoy solo en esto y lo asumo! ¡Mi familia no tiene nada que ver!

Suelto un suspiro, fingiendo agotamiento.

—¿Sabes quién es mi padre, verdad?

El tic en su mandíbula me dice que sí.

—Cuando sepa lo que me hiciste, acabará con toda esta maldita ciudad —prosigo con voz venenosa—. ¿Crees que tu papi se salvará? Irá por él primero. Buscará la forma de hacerte sufrir. Uno a uno, matará a todos los que amas. Y cuando estés completamente solo, cuando no te quede nada, entonces irá por ti. Y créeme, te hará desear que la muerte llegue pronto.

La sangre abandona su rostro. Por primera vez, el miedo se instala en sus ojos.

—¡Ya cállate! —ladra, comenzando a caminar de un lado a otro.

Su nerviosismo es evidente. Pasa una mano por su rostro sudoroso y se la frota contra los pantalones. Entonces, se detiene en seco y me mira con una sonrisa torcida.

—Ah… Tú… —me señala con el dedo, su tono cambiando a uno casi entretenido—. Pequeña bruja. Sé lo que intentas.

Se acerca con la lentitud calculada de un depredador acechando a su presa.

—Intentas meterte en mi cabeza. Pero no funcionará. Te condenaste cuando mataste a mi hermano. La ley del talión, Aurora Rinaldi. Ojo por ojo, diente por diente.

Idiota. No intento manipularlo. Solo he expuesto la realidad de lo que ocurrirá cuando descubran lo que ha hecho. Porque si de algo estoy segura, es del baño de sangre que vendrá con mi muerte.

Una imagen cruza mi mente como un latigazo: mi madre sonriéndome, mi padre acariciando mi cabello, un pequeño Sebas riendo en un columpio. Luego, unos ojos azules, fríos e intensos como el océano en tormenta. Alex.

Parpadeo y los recuerdos se desvanecen.

Brendan ríe suavemente antes de consultar el reloj en su muñeca.

—Bien. Daremos un paseo.

Se acerca a mí y me obliga a incorporarme con un tirón. Intento apartarme, pero su agarre es férreo. Mis manos siguen atadas una a la otra.

Me empuja hacia la salida, y el frío de la madrugada me golpea con la fuerza de una bofetada. Exhalo aliviada al no ver en la lejanía el coche de Adriano.

Brendan me guía a través del jardín descuidado. Mis botas pisan la hierba húmeda y de pronto tropiezo con una raíz expuesta. Mi rodilla choca contra el suelo y dejo escapar un gruñido de frustración.

—¿Puedo al menos tener una muerte digna? —murmuro con sarcasmo mientras me levanta de un tirón—. No me gustaría que me entierres cubierta de suciedad. Tengo una reputación que cuidar.

Sonrío de lado.

—Porque sí me enterrarás, ¿verdad? —añado con falsa curiosidad—. No sé si lo sabías, pero soy creyente. ¿El cielo y todo eso? No me gustaría que me cremes.

Brendan se detiene de golpe, girándose para mirarme. Su mirada es una tormenta contenida.

—¿Todo es un puto chiste para ti?

—Mmm… —finjo pensarlo—. No. De hecho, el único chiste aquí eres tú. Y este plan de mierda.

No me da tiempo a reaccionar. Su mano se estrella contra mi rostro con un golpe seco. La bofetada me voltea la cara y un ardor abrasador se extiende por mi mejilla.

Me toma del mentón, obligándome a mirarlo.

—Sigues riéndote, zorra. Pero ya veremos cuánto te dura.

La ira arde dentro de mí mientras le sostengo la mirada, antes de escupirle en la cara con desprecio. Su reacción no se hace esperar: otra bofetada estalla contra mi mejilla, esta vez haciéndome sentir el cálido y metálico sabor de la sangre en mi boca. Pero ni siquiera eso me hace apartar la mirada asesina. Antes muerta que darle el gusto de verme doblegada ante este hijo de puta.

Él me recorre con la mirada de pies a cabeza, lento, como si quisiera grabar este momento en los rincones más oscuros de su mente. Luego se aparta un poco y esboza una sonrisa.

—¡Te quiero de rodillas, Aurora Rinaldi! —dice con una arrogancia venenosa mientras saca su arma.

La escena debería aterrorizarme, pero en lugar de eso, me burlo de él con una risa seca y amarga.

—¡En tus sueños, Sullivan!

Da un paso al frente, con la pistola firme en su mano. Luego alza el cañón y lo desliza bajo mi mentón, obligándome a levantar el rostro.

—De Rodillas. Ahora, zorra de mierda —sisea con furia contenida.

Alzo una ceja y lo miro sin titubear.

—Que te jodan. No tienes los huevos para jalar ese puto gatillo.

Sus ojos me asesinan con la mirada. Aprieta el arma con más fuerza y la presiona contra mi piel.

—¿Eso crees? —su voz es un gruñido bajo, afilado como una daga.

Sé que intenta intimidarme, pero falla. Y cuando se da cuenta, su rabia crece. Lo sé porque sus labios se tensan y la furia oscurece aún más sus ojos. Para empeorar su frustración, le sonrío con fingida inocencia.

—Sí, eso creo —le respondo, desafiándolo—. Así que adelante… ¡mátame, hijo de perra! Porque los Rinaldi no nos arrodillamos ante nadie, ¡y menos ante un imbécil como tú!

Antes de que pueda reaccionar, le escupo en la cara de nuevo. Sullivan tiembla de rabia y aprieta aún más el arma, con los nudillos pálidos por la presión. Quita el seguro, y yo levanto el mentón, lista para recibir el disparo.

Pero un estruendo rompe el momento. Un disparo retumba en la casona y Sullivan desvía la mirada, alerta. Regresa su atención a mí, aprieta el gatillo, pero la bala se pierde en otra dirección cuando una enorme masa de músculos lo embiste y lo derriba al suelo.

Ambos hombres ruedan sobre la tierra, forcejeando con furia. Me toma un segundo asimilar lo que ha pasado, pero entonces lo veo.

—¡Alex!

No sé de dónde diablos ha salido, pero acaba de salvarme el cuello otra vez.

Me lanza una mirada rápida antes de volver a centrar su atención en Sullivan, a quien patea con brutalidad. El irlandés, con sangre escurriendo de su boca, saca una navaja de su bolsillo y se limpia el rostro con el dorso de la mano. Su mirada es puro odio.

—Si le pusiste tus putas manos encima, estás muerto —gruñe Alex antes de lanzarse sobre él—. ¡Juro que voy a cortarte la polla, hijo de puta!

Los golpes resuenan en la noche, secos, brutales. La cara de Sullivan pronto se cubre de sangre, pero sigue resistiendo, intentando protegerse con los brazos.

Entonces, una explosión sacude el lugar.

El estruendo me obliga a voltear. Un auto ha explotado detrás de mí y el caos se desata. Disparos comienzan a retumbar por todas partes, el silbido de las balas corta el aire. No sé dónde cubrirme. Me agacho en un intento por evitar ser alcanzada y miro mis manos, aún atadas.

No hay tiempo que perder. Saco la navaja escondida en mi tobillo y corto las cuerdas justo cuando escucho el chirrido de llantas

acercándose a toda velocidad. Dos camionetas negras derrapan y, en cuanto las puertas se abren, respiro aliviada al reconocer a Román saltando del vehículo, un AK-47 en sus manos. Tras él, mi tío Adriano emerge con la misma determinación letal.

Un hombre armado sale de la casona, apuntando en mi dirección. No lo pienso dos veces. Me arrojo al suelo y tomo el arma que Brendan había perdido en la pelea. Disparo aún desde el suelo. La bala le atraviesa la cabeza antes de que pueda dispararle a Alex por la espalda.

Levanto la mirada y encuentro los ojos de Alex. Se ha detenido un segundo, notando el arma en mis manos. Por un instante, juraría que esboza una media sonrisa.

Pero su distracción le cuesta. Sullivan aprovecha el momento y lo envuelve con sus piernas, atrapándolo en una llave de estrangulamiento.

—¡Alex! —grito.

Pero él es un animal salvaje. Se pone de pie a medias, con Sullivan aún colgado de su cuello, y lo estrella contra el suelo con la brutalidad de un luchador de MMA.

El tiroteo sigue. Más hombres llegan a respaldar a Sullivan y comienzo a disparar contra ellos. Pero hay demasiados. Un hombre tatuado, de casi dos metros, aparta a los demás con una ametralladora y abre fuego en nuestra dirección.

Los cuerpos caen a mi alrededor. Me arrastro por el suelo, buscando cobertura. Otro hombre aparece detrás de un muro y me apunta. Aprieto el gatillo, pero no hay balas.

Él sonríe y avanza hacia mí.

Busco desesperadamente algo con qué defenderme, pero es tarde. Me patea en el abdomen, haciéndome girar por el suelo. Intento ponerme de pie, pero un estruendo corta el aire.

Su sangre me salpica la cara.

Parpadeo, aturdida, y giro la cabeza.

—¡Aurora!

Adriano se acerca con una pistola en mano. Me lanza el AK-47, que atrapo en el aire, mientras él saca otra arma de su chaqueta de cuero negro.

—¡Tú y yo hablaremos después! —advierte, apuntándome con su dedo índice.

Le hago un puchero. Supongo que no se tomó muy bien que lo dejara encerrado con Tomás.

Regreso la mirada a Alex. Sigue peleando con Brendan, hasta que, con un movimiento rápido, le hunde la navaja en el abdomen. Sullivan retrocede tambaleándose, con la hoja aún incrustada.

Aprovecho la oportunidad. Apunto y disparo. La ráfaga lo obliga a tirarse al suelo y refugiarse tras un árbol.

—Maldita cucaracha… —murmuro, viendo cómo se aferra a la vida.

Sullivan agarra un arma del suelo y le dispara a Alex, quien logra cubrirse. En un instante, lo pierdo de vista.

Corro con el arma lista. Las balas siguen zumbando a mi alrededor, pero me detengo cuando siento el frío cañón de una pistola pegado a mi espalda.

—Hasta aquí llegaste, zorra —gruñe el hombre tras de mí.

Alzo las manos en señal de rendición.

—Suelta el arma —ordena, empujándome con la pistola.

Obedezco, dejándola caer a un lado.

—Bien… ahora voltea.

Lo hago.

Es alto, de cabello largo atado en una coleta baja. Su cara está cubierta de tatuajes y un diente de oro brilla cuando sonríe con malicia. Pero su expresión cambia de repente.

Se congela.

Sus cejas se levantan y su mano tiembla sobre el gatillo.

—¡Sorpresa, hijo de puta!

Volteo sobre mi hombro al escuchar la voz detrás de mí y sonrío cuando veo a Alex salir desde detrás del árbol donde se escondía Brendan Sullivan. El hombre forcejea mientras el chico de ojos azules lo rodea con un brazo por el cuello y le apunta a la cabeza con su arma, obligándolo a caminar.

—Jefe… —balbucea incrédulo el hombre frente a mí. Su mano tiembla mientras sostiene el arma con la que me apunta.

24

ALEX

—¡Sorpresa, hijo de puta! —espeto, empujando al idiota que mantengo sujeto por el cuello y obligándolo a avanzar mientras le apunto a la cabeza.

El imbécil frente a mí palidece y da un paso atrás, pero no suelta el arma con la que mantiene a Aurora en la mira. La rabia se extiende en mi pecho como una llamarada incontrolable.

—¡No me tientes, maldito! ¡Baja esa mierda o derramaré los sesos de este bastardo sobre tus zapatos! —ladro, presionando aún más el cañón contra la cabeza de Sullivan.

Me sorprende a mí mismo la certeza de mis palabras. No son amenazas vacías. Si ese hijo de puta intenta algo contra Aurora, le volaré la cabeza sin dudarlo, sin importarme las consecuencias.

El maldito frente a mí me mira con los ojos encendidos de odio, pero no cede. No titubeo. Bajo el arma y, sin previo aviso, disparo.

—¡Mierda! ¡Maldito hijo de puta! —Sullivan grita, removiéndose en su agarre mientras la sangre brota de su pie herido.

—Última advertencia. ¡Baja el arma o le vuelo la puta cabeza! —presiono.

El hombre vacila y, finalmente, aparta el arma de Aurora. Ella no pierde tiempo. Se agacha rápidamente, recoge su AK-47 del suelo y se voltea hacia él con una expresión feroz.

—¡Otro imbécil que cae por esta puta! —gruñe Sullivan, con rabia destilando en cada palabra—. ¡Cuidado y no termines flotando en un río!

Estoy a punto de partirle los dientes con la culata del arma, pero de pronto suelta un grito ahogado.

Bajo la mirada y veo el tacón de Aurora hundido en la herida de bala de Sullivan. El hombre se retuerce de dolor, tratando de zafarse.

—¡Ups! Lo siento, qué torpe… No te vi —murmura ella con fingida inocencia, cubriendo sus labios con una mano antes de

pararse a mi lado y sonreírme como si estuviéramos en un día de campo cualquiera.

Desvío la mirada del rostro golpeado de Aurora cuando Adriano y Román se acercan. Inmediatamente noto las intenciones del hombre de ojos oscuros que, con una ira latente, clava la vista en Brendan Sullivan. No interfiero cuando me lo arranca de las manos y lo lanza al suelo antes de golpearlo con furia.

Uno de los guardias da un paso al frente, con la intención de intervenir, pero se detiene en seco cuando Aurora levanta su arma y presiona el cañón contra su frente. El hombre palidece al instante.

—Adelante… inténtalo —lo reta ella con la mirada ensombrecida, cubriendo la espalda de su tío, que no deja de golpear a Sullivan, ni siquiera cuando Román intenta apartarlo.

Y lo entiendo. Ese maldito secuestró a su hija. ¿Qué esperaba?

Los disparos cesaron. La mayoría de los hombres de Sullivan están muertos, y los que no, huyeron. Bastó una sola llamada de Liam Sullivan para que los demás abandonaran el lugar. No le conviene ponerse difícil… no cuando su hijo está en manos del Diablo. Y mucho menos cuando vea el estado en el que quedó su hija.

Cuando Tomás me llamó para decirme que Aurora lo había encerrado con Adriano Rinaldi, casi me río. Pero en cuanto mencionó el motivo y lo que Aurora planeaba hacer…

Mierda.

Casi me da un maldito infarto

Miro de reojo a la chica mientras se acerca y toma a su tío del brazo, apartándolo del cuerpo inconsciente de Sullivan. Adriano le reprocha algo, señalándola con un dedo acusador, pero ella lo ignora, poniendo los ojos en blanco antes de volverse y empujar con el pie a Sullivan.

Sonríe cuando él se queja, y con un simple gesto de su mano, Román se acerca y lo levanta a la fuerza, arrastrándolo hacia el coche. Antes de subirlo, Adriano le da una patada en el culo, lo que provoca una carcajada en Aurora mientras lo aparta de nuevo.

Levanto la mirada al cielo y respiro hondo, intentando contener mi molestia.

¡Fue una maldita imprudencia lo que hizo!

Sabía que era una trampa y aun así se arriesgó a venir sola. Si su tío no hubiese tenido el GPS de su auto encendido, no habríamos logrado encontrar a Samanta. La chica estaba a pocos kilómetros de

aquí, aterrada, buscando una gasolinera o alguien a quien pedir ayuda.

Aurora camina hacia mí una vez que suben a Sullivan a una de las camionetas. Se detiene a mi lado y deja escapar un suspiro. Siento su mirada por el rabillo del ojo y juro que estoy haciendo todo lo posible por contener mi enojo.

Casi la pierdo.

La sola idea me perturba. Me confunde.

No puedo sentir lo que siento. No puedo querer protegerla cuando mi misión es destruirla.

Y me jode.

Me jode que la única mujer capaz de despertar estas sensaciones en mí sea precisamente la única mujer que no puedo tener.

Incluso si lograra desvincularla de su familia para que no cayera junto con su padre… jamás me lo perdonaría. La devoción y el amor que siente por los suyos es tan grande que está dispuesta a sacrificar su propia vida con tal de mantenerlos a salvo.

Cuando sepa la verdad…

Me odiará.

O peor aún…

Me matará.

Vuelvo la mirada hacia ella y nuestros ojos se encuentran. Tiene varios golpes en el rostro y luce agotada. Abre la boca para hablar, pero se detiene cuando otro coche llega derrapando, levantando una nube de polvo.

La castaña en el asiento del copiloto sale disparada del vehículo y sus ojos, enrojecidos por el llanto, recorren frenéticamente el lugar hasta posarse en la mujer a mi izquierda.

Corre hacia nosotros y, antes de que Aurora pueda reaccionar, se arroja a sus brazos, hecha un mar de lágrimas.

—¡Eres una maldita demente! ¿Acaso soy la única cuerda en esta familia? —protesta en medio del llanto, sin soltar a la pelinegra.

Aurora sonríe y le acaricia la cabeza con ternura.

—De nada, Sam… —susurra, apoyando su mejilla sobre la cabeza de su prima.

Me aparto, dándoles privacidad, y me giro rumbo a mi coche.

Pero el hombre recostado contra la puerta del conductor me detiene con su mirada.

Fuma un cigarrillo con calma, como si la sangre de Brendan Sullivan en sus manos no significara nada. La mancha roja se extiende sobre el blanco del cigarro entre sus dedos, pero a él no parece importarle en lo más mínimo.

Me observa con intensidad antes de sonreír y exhalar el humo. Luego, camina hacia mí.

—Aún no confío del todo en ti… pero gracias —dice Adriano, extendiendo su mano.

Le sostengo la mirada antes de estrechar su mano ensangrentada.

No me intimida.

Él alza una ceja y se aparta, pasando a mi lado mientras silba una canción.

«Maldita familia de locos».



Lanzo las llaves del coche sobre la mesa de la cocina y camino hacia el refrigerador, sacando una cerveza antes de regresar a la sala, dejándome caer sobre el sillón y levantando los pies sobre la mesa frente al televisor apagado.

«¡Jodido día!»

Doy un trago a mi cerveza y tiro la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y recostándome en el cabezal del sofá, tratando de relajar la tensión en mi cuerpo.

No sé cuántos minutos pasaron hasta que siento unas manos acariciando mis hombros. Salto del sofá, sujetando la muñeca de la chica que me mira con la cabeza de lado y una sonrisa pícaramente juguetona en sus labios. La suelto y me aparto de mala gana cuando noto quién es, y vuelvo a tomar la cerveza que había dejado sobre la mesa.

—¿Qué? ¿No te da gusto verme? —pregunta mientras me alejo hacia la cocina.

—¿Cómo entraste, Aurora?

—¿Aurora...? ¿No princesa...? Vaya... parece que sí estás molesto después de todo —habla y no respondo, porque ¡sí! Estoy furioso. Debió llamarme, debió confiar en mí y no irse sola al maldito peligro.

Ella acaricia mi hombro con sus dedos y aprieto la botella en mi mano, conteniendo los impulsos que me invaden, mientras me recrimino mentalmente por cómo, con tan solo un toque, puede afectarme de esa manera.

Sus manos se deslizan por mi pecho y suspiro. Sus dedos se sienten suaves cuando ruedan por debajo de mi camiseta.

—Vamos, Alex, no me gusta verte molesto. Casi muero hoy —susurra, y su aliento roza mi oído. Intento calmarme, pero la detengo, volteándome y sujetándola por el cuello, arrinconándola contra la encimera de la cocina.

—¡Sí! ¡Sí, carajo! Y justo por eso estoy molesto. ¡No! Estoy furioso como la mierda —grito, sorprendiendo a Aurora.

—Alex, yo solo...

—¡No! —la corto, clavando mis ojos en los suyos. Me observa con una mirada que no logro descifrar, pero que se asemeja al asombro y la emoción. Mi corazón late acelerado y mi respiración se hace más fuerte.

—¿En qué diablos estabas pensando para ir a ese maldito lugar sola? —gruño, demasiado molesto como para ser delicado. Ni siquiera cuando ella alza ambas cejas y levanta su mano acariciando mi mandíbula logro calmarme.

—Cualquiera que te escuchara ahora podría pensar que estuviste preocupado —susurra con el ceño fruncido, acariciando mi mandíbula.

La tomo por la cintura y la levanto, acercándola a mí. Mi pecho se pega al suyo, y mis labios rozan los suyos cuando me acerco demasiado a su rostro.

—¡Carajo, princesa! ¡Claro que lo estaba! Estaba aterrorizado... porque si algo te pasa, yo...

No termino la frase cuando ella coloca sus labios contra los míos. No dudo ni un segundo y le respondo, besándola con pasión, como si la idea de perderla fuera insoportable.

Siento sus piernas envolver mi cintura, sin dejar de besarme, mientras mis manos recorren su cuerpo lentamente. Bajo por su cintura, acariciando su espalda, y continúo explorando su cuerpo mientras el beso se vuelve más intenso. Muerdo su labio y ella jadea, pero sonríe, imitando mi gesto con un pequeño mordisco en mi labio. Esto me hace tomarla por el cabello, inclinando su cabeza hacia atrás para besar su cuello. Mis labios recorren su mentón y luego la línea entre su cuello y hombro, dejando un rastro de besos húmedos.

—Nunca más hagas algo así —susurro cerca de su oído y siento cómo tiembla entre mis brazos.

—No puedo prometerte eso —responde entre suspiros—. Destruiría a cualquiera que intente amenazar lo que amo.

La miro fijamente a los ojos, analizando sus palabras antes de tragar el nudo que se forma en mi garganta. No sé qué diablos estoy haciendo, ni qué espero que pase, si sé que cuando ella se entere de la verdad, todo se irá al carajo. Pero...

—Alex... ¿estás...

Intenta hablar, pero su voz se corta cuando me quito la camisa y la lanzo a un lado. Sus ojos recorren mi pecho tatuado y una sonrisa se dibuja en su rostro cuando vuelvo a acercarme. Acaricia mis brazos con la palma de sus manos, su toque suave y cálido. La beso y comienzo a descender por su cuello hasta su pecho. Le quito la blusa y ella me ayuda, alzando los brazos. La tela cae al suelo junto con su sostén, dejando a la vista sus pechos firmes y sus pezones erectos.

No lo soporto más. Me inclino y los atrapo con mis labios, primero uno, luego el otro, saboreándolos mientras deslizo mis manos hasta el cierre de sus pantalones. Me enderezo y la levanto por las nalgas, haciéndola rodear mi cintura con sus piernas. Ella se mueve contra mí, desesperada, y el pantalón desaparece al igual que su ropa interior.

Pretende desabrochar mi cinturón, pero la detengo, sujetando sus muñecas y aprisionándolas contra el mármol de la mesada. Me separo apenas de sus labios y sonrío con picardía antes de bajar y separar sus piernas.

—Recuéstate, princesa —ordeno con voz ronca.

Sus ojos, cargados de lujuria, se clavan en los míos, pero obedece sin dudarlo. Su respiración es agitada, su pecho sube y baja frenéticamente cuando su espalda toca la fría superficie. Y entonces, me sumerjo en su centro con una lamida profunda, llevándome conmigo la humedad de su deseo.

Jadea y maldice, sus dedos se hunden en mi cabello, tirando de él con fuerza. Sonrío contra su piel, deleitándome con su reacción antes de repetir el movimiento, haciéndola temblar.

—¡Diablos, Alex! —gime con desesperación.

—Eres tan jodidamente deliciosa, princesa —susurro entre lamidas.

Mi lengua recorre cada pliegue, mis labios succionan y juegan con su pequeño punto sensible hasta que comienza a moverse contra mi boca, hambrienta de más. Separo sus piernas con mis manos,

abriéndola por completo para mí, y la devoro sin piedad, mezclando lamidas con mordiscos suaves.

Su cuerpo tiembla y su voz se quiebra al gemir mi nombre. Esa reacción me enciende aún más. Deslizo un dedo dentro de ella y lo muevo con lentitud, explorándola, al mismo tiempo que mi lengua sigue su asalto. Otro dedo se une y la penetración se intensifica, mi boca no le da tregua hasta que la siento estremecerse.

Su orgasmo explota en mi boca y la saboreo hasta la última gota, disfrutando cada espasmo de placer que la recorre.

Desabrocho mi cinturón y me quito el pantalón junto con el calzoncillo. Mi erección palpita en mi mano cuando la acaricio con un solo movimiento de arriba abajo antes de hundirme en su interior de una sola estocada.

La penetro con urgencia y ella se endereza, envolviendo mis caderas con sus piernas. Sus uñas se clavan en mi espalda, dejando marcas ardientes.

Entro y salgo de ella sin descanso, entre besos y mordidas, mi mano en su cintura la mantiene pegada a mí, mientras la otra sujeta su nuca con fuerza, como si temiera que pudiera escapar.

Su cuerpo comienza a temblar y sé que está cerca otra vez. La sigo, mis embestidas se vuelven erráticas hasta que ambos nos derrumbamos en un clímax devastador.

Pero aún no he tenido suficiente de ella.

La giro con brusquedad y la obligo a inclinarse sobre la mesa, su pecho choca contra el frío mármol y ella ríe cuando tomo sus manos y las coloco detrás de su espalda, como si estuviera arrestándola.

Le doy una nalgada y su piel se enrojece al instante.

—Has sido una princesa muy mala hoy —susurro en su oído mientras jalo su cabello hacia atrás.

Ella mueve las caderas, pegando su trasero contra mi dureza en un claro desafío.

—¿Vas a castigarme? —me reta, su voz entrecortada.

Sonrío y deslizo mi lengua por el lóbulo de su oreja antes de besar su cuello.

—Sí… pero no solo eso —murmuro sin soltarla.

Presiono mi erección contra la línea de su trasero y ella empuja sus caderas hacia atrás, ofreciéndose en medio de jadeos.

Mis labios recorren su espalda, mis manos separan sus piernas aún más. Una la mantiene inmovilizada por el cabello, la otra se desliza

hasta su centro húmedo, recogiendo su esencia antes de llevarla hacia atrás. Introduzco un dedo en su trasero y ella tiembla, moviéndose contra mí, exigiendo más.

Acaricio su clítoris con movimientos circulares, aumentando la presión de vez en cuando. Su cuerpo tiembla y deslizo otro dedo dentro de ella, preparándola con caricias expertas mientras mis labios exploran su hombro y su espalda.

Cuando sus piernas comienzan a ceder, la levanto por las caderas y alineo mi punta con su entrada. Ella gime y arquea la espalda en anticipación.

La penetro lento al principio, dejándola acostumbrarse a mi tamaño, pero cuando empieza a moverse, impaciente, tomo el control.

Mi respiración se acelera. La embisto con fuerza, hundiéndome en su interior una y otra vez.

No puedo dejar de pensar en lo de hoy, en que casi la pierdo. La decisión que he tomado me atormenta, pero no pienso detenerme. Aurora será mía. No permitiré que se hunda en la mierda. Si tengo que romper las reglas para protegerla, lo haré.

Ella me pertenece.

Su familia puede irse al carajo, pero ella no.

Ella no.

Sigo embistiéndola hasta que su cuerpo se sacude con un tercer orgasmo, y yo la sigo, cayendo sobre su espalda mientras ambos jadeamos.

Me aparto con suavidad y la giro para mirarla. Sus ojos brillan con emoción, y eso me toma por sorpresa.

Acaricio su mejilla y la beso con delicadeza.

Aún desnudos, la levanto y la llevo al baño. Nos duchamos juntos y volvemos a hacer el amor bajo el agua. Después, tirados sobre el sofá, entre besos pausados, la tomo una vez más.

Ella se gira sobre mí y me cabalga con movimientos hipnóticos. Su cabello negro cae en cascada sobre sus hombros, sus ojos grises no se apartan de los míos.

Mis manos recorren su cintura, perdiéndome en el vaivén de sus caderas.

Muchos dicen que es una bruja. Pero no. Ella es una diosa.

—Princesa… me matas —gruño, al borde del éxtasis.

—Dime princesa otra vez —susurra contra mis labios.

La sujeto del cabello y la acerco para besarla con hambre.

—Princesa… sigue montándome así, como me gusta.

Ella jadea y aumenta el ritmo, sus caderas chocan contra mí con más violencia.

—¡Así… sí! —murmuro, lamiéndome los labios.

Observo sus pechos rebotar con cada movimiento y me pierdo en el placer absoluto.

Me pierdo en ella.

En la mujer que tengo sobre mí.

Y no pienso soltarla por nada en el mundo.

Porque ella es mía.

Y yo soy suyo.



25

AURORA

Sus dedos acarician la piel desnuda de mi hombro con una suavidad que me eriza. Me acurruco más contra él, apoyando la cabeza en su pecho y dejando que el sonido de sus latidos me envuelva. Se siente... bien. Estar en sus brazos se siente demasiado bien, y me recrimino mentalmente por permitirme este momento, por no haberme marchado en cuanto terminó el sexo.

No quiero complicar lo que sea que tenemos. Sea lo que sea.

Pero con él, todo ha sido diferente. Desde el primer instante, su interés estuvo puesto en mí y no en mi familia, ni en quién es mi padre. Esa simple realidad me hace sentir especial, única.

Por primera vez en mi vida, no soy la hija de…. No. Solo soy Aurora. Y el hecho de que él me vea a mí por encima de todo lo demás me llena de una emoción desconocida, tan embriagadora como aterradora. Porque yo no sé hacer las cosas a medias. No sé querer a medias. Y cuando lo hago, cuando amo de verdad, soy capaz de cualquier cosa por aquellos que ocupan mi corazón.

Alex ha ido metiéndose en él poco a poco, enredándose en mis pensamientos y en mi piel de una forma que me emociona y me asusta en partes iguales. Porque cuando permites que alguien llegue hasta ahí, también le entregas el poder de herirte, de destruirte si así lo desea. Bajas la guardia, te vuelves vulnerable. Y después de eso, ya no hay vuelta atrás.

Suspiro, y en respuesta, Alex deposita un beso en la parte superior de mi cabeza. Sonrío como una tonta mientras dibujo círculos con la yema de mi dedo sobre su pecho firme y esculpido.

—¿En qué piensas, princesa? —pregunta con esa voz profunda y rasposa que resuena contra mi cabello.

—En todo… y en nada.

—Ajá. Qué profundo —ironiza, provocando que suelte una risa. Me giro sobre su torso y apoyo la barbilla en su pecho para mirarlo.

—Dime… ¿en qué piensas tú?

—¿Yo? —Simula pensarlo, llevándose la mano a la barbilla en un gesto que, para mi desgracia, lo hace ver aún más atractivo.

—Estoy pensando… que eres la mujer más hermosa que ha pisado esta tierra.

Suelto un chillido cuando, en un movimiento rápido, me gira sobre el colchón y me atrapa bajo su cuerpo.

—¡Estás loco! —Me río, pero él solo sonríe antes de dejar un beso fugaz en mis labios.

—Puede ser, pero no miento. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Su mirada se clava en la mía con tal intensidad que me deja sin aire. Sostengo su mirada hasta que su frente descansa contra la mía. Cierra los ojos y deja escapar un suspiro pesado. Lo rodeo con mis brazos, deslizo los dedos por su nuca y lo acerco hasta que nuestros labios se encuentran de nuevo. Me besa con la misma urgencia con la que lo hago yo, y sus manos comienzan a deslizarse por mi cintura con una lentitud que me hace estremecer.

Sonrío en medio del beso cuando siento su dureza contra mí. Alex se separa apenas, tirando la cabeza hacia atrás para trazar una línea de besos desde mi barbilla hasta mi cuello. Su lengua deja un rastro húmedo sobre mi piel, avanzando con una tortuosa lentitud hacia mis pechos.

Un gemido se me escapa sin poder evitarlo, pero me tenso cuando el sonido insistente de mi teléfono rompe el momento. Con un gruñido de frustración, extiendo la mano hacia la mesita de noche y contesto sin mirar quién está al otro lado de la línea.

—¿Sí? —carraspeo, intentando normalizar mi respiración.

—¡Aurora Rinaldi D'Angelo! —La voz furiosa de mi padre me golpea como un baldazo deconf agua fría. Intento incorporarme de inmediato, pero Alex me sujeta por la garganta con una presión ligera, empujándome de vuelta contra las sábanas.

Sus labios se curvan en una sonrisa traviesa, y sus ojos azules chispean con picardía mientras, con su otra mano, rodea uno de mis pechos, rozando la punta con su pulgar antes de capturarla entre sus labios.

Mi cuerpo se arquea involuntariamente, y él aprovecha mi distracción para apresar mi muñeca y sujetarla contra el colchón.

—¡Es mi padre! Está molesto —susurro, instándolo a que pare, pero Alex se encoge de hombros con total indiferencia.

—Entonces no hagas ruido, princesa. No querrás que te escuche gimiendo mi nombre, ¿verdad?

Abro la boca para protestar, pero la voz que insiste en el teléfono me lo impide.

—¿Aurora? —inquiere mi padre con impaciencia.

—¡Sí! Te escucho, padre —me esfuerzo en sonar serena, pero mi voz sale entrecortada. Alex sonríe con diversión antes de deslizarse hacia abajo, dejando un rastro húmedo de besos desde mi pecho hasta mi abdomen sin apartar los ojos de mí.

Dios…

—¿Se puede saber por qué diablos soy el último en enterarme de las cosas? ¿Por qué carajo no me llamaste cuando el hijo de Liam Sullivan te extorsionó? —gruñe, y yo muerdo mi labio con fuerza, intentando sofocar un jadeo cuando Alex muerde la parte interna de mi muslo antes de besarla con suavidad.

—Yo… es que… —Trato de responder, pero las palabras no me salen. Mi mente se vuelve un caos.

—Lo siento —logro articular con esfuerzo. Alex me lanza una mirada divertida antes de separar mis piernas con sus manos.

—Aurora, ¿te encuentras bien? —pregunta mi padre, justo cuando un gemido escapa de mi garganta en el instante en que Alex deja un beso justo sobre mi punto más sensible.

—Ajá… sí… es que estoy… ocupada con algo ahora, padre. Lo siento —logro decir con voz ahogada.

Alex se ríe en silencio y arquea una ceja, cómplice.

—¡Maldita sea! —protesta mi padre, y su tono sugiere que acaba de darse cuenta de exactamente lo que estoy haciendo. No me da tiempo a dar excusas cuando vuelve a hablar:

—¡Necesito que vengas a casa! Deja lo que sea que estés haciendo y trae a tu amigo contigo.

La llamada se corta justo cuando un gemido queda atrapado en mi garganta. Alex desliza la lengua sobre mis pliegues húmedos antes de hundir un dedo dentro de mí. Ahogo un grito y le sujeto el cabello con fuerza, acercándolo más a mi cuerpo mientras él sigue lamiendo y chupando mi clítoris con un ritmo que me vuelve loca.

No tarda en apartarse, y sin previo aviso, se hunde dentro de mí de un solo golpe. Un jadeo se me escapa mientras lo rodeo con mis piernas, aferrándome a él, enterrando las uñas en su espalda.

Y entonces, solo existe el sonido de nuestros cuerpos chocando una y otra vez.



Salgo del edificio de Alex tras una maratón de sexo duro que se extendió por más de cuatro horas. Y si no fuera por la insistencia de mi padre en que regrese a casa, probablemente habríamos pasado todo el día en la cama. Alex también irá más tarde, pero antes debe encargarse de algo.

Saco las llaves del coche de mi tío del bolsillo mientras camino hacia el estacionamiento con una enorme sonrisa en el rostro. Sin embargo, esta se borra de inmediato al ver al chico apoyado contra el capó del auto, fumando un cigarrillo. Frunzo el ceño y recorro el desolado lugar con la mirada mientras me acerco a él.

Matt se endereza y me recorre con los ojos antes de soltar el cigarrillo y aplastarlo con la punta de su bota.

—¿Qué haces aquí? —lo increpo sin disimular mi molestia—. ¿Me estás siguiendo?

—¿En serio, Aurora? ¿Estuviste a punto de morir hoy y el primer lugar al que vienes es este? —responde, evadiendo mi pregunta.

—Lo siento… pero hasta donde yo recuerdo, mi padre es algo más alto que tú, ¿o no? —replico con sarcasmo—. ¡Y por si no lo sabías, soy una persona adulta! ¡No te debo explicaciones ni a ti ni a nadie!

Paso a su lado con la intención de marcharme, pero él me toma del brazo, obligándome a detenerme. Bajo la mirada hacia su mano sobre mi piel y aprieto los dientes.

—Suéltame… ahora —gruño, clavando mis ojos furiosos en los suyos.

—¿Sabes lo jodidamente preocupado que estaba por ti? ¡Todos lo estábamos! —exclama, con la mandíbula apretada.

Me libero de un tirón, frotándome el brazo con molestia.

—Lo sé, y lo aprecio, ¿sí? ¡Pero eso no justifica tu actitud ni que me sigas hasta aquí para recriminarme nada!

Veo cómo aprieta los puños, su rostro se enrojece y su mirada se clava en la mía con intensidad. Lo ignoro y me giro para irme, pero vuelve a sujetarme.

—Matt… —advierte mi voz en un tono peligroso—. Suéltame.

—¿Para qué? ¿Para que salgas corriendo otra vez detrás de ese imbécil? —escupe con desprecio.

—¡Tú no eres nadie para meterte en mi vida! —le espeto con rabia.

—No tendría que hacerlo si no te comportaras como una…

No termina la frase. Mi mano se estrella contra su rostro con una bofetada que hace arder mi palma. Me suelta de inmediato, y siento cómo mi cuerpo tiembla de furia.

Matt ha sido mi compañero, mi amigo, casi un hermano desde que éramos niños… pero nunca le permitiré faltarme el respeto. ¡Ni a él ni a nadie!

—¡Vamos! ¡Termina la frase! —lo reto, con la voz temblando de indignación—. ¡Dime que soy una zorra! ¡Una puta!

Él no responde. No me mira siquiera. Su silencio solo aviva mi enojo. Suelto un bufido frustrado, me tomo el puente de la nariz y respiro hondo, intentando calmarme.

—Jamás diría algo así de ti —murmura al fin—. Es solo que…

Lo interrumpo con dureza.

—No sé qué diablos te pasa últimamente ni por qué te comportas de esta manera. Siempre fuimos como hermanos, pero ahora no te reconozco. ¡No sé qué carajo te está pasando!

Las palabras se quedan en el aire cuando, de repente, él se gira y me aprisiona contra la puerta del auto. Sus labios caen sobre los míos sin previo aviso, y su mano en mi cintura me atrae hacia él. Mi mente queda en blanco. No logro reaccionar ni pensar. Estoy paralizada por la sorpresa.

Cuando se aparta, su respiración es agitada, y aun así yo sigo inmóvil, con la mirada clavada en su pecho, sintiendo el calor de su aliento contra mi cabello.

—¡Dime si un hermano te besaría así, Aurora! —gruñe—. ¡Dime si un hermano querría matar a todo hijo de puta que se atreve a acercarse a ti! ¡A cualquiera que siquiera se atreva a mirarte! Hasta ahora lo he controlado porque nunca antes te había interesado nadie, pero ahora aparece ese maldito y tú pierdes la cabeza.

Su voz se quiebra con frustración.

—Eso es lo que me pasa —confiesa, con los ojos ardiendo de emociones contenidas—. Que no te saco de mi puta cabeza desde el maldito día en que vi tus malditos ojos.

Y sin decir más, se gira y se marcha, dejándome allí, incapaz de responder, incapaz de pensar.

Llevo dos dedos a mis labios, todavía sintiendo el roce de su boca, mientras observo su espalda alejarse hasta su motocicleta.

Matt… acaba de besarme.

ALEX

Abro la puerta de la oficina del capitán sin anunciarme, como de costumbre. Cuando me ve, levanta la mirada de los papeles que sostiene y me observa por encima de sus gafas, arqueando una ceja. Me acerco a su escritorio y me dejo caer en la silla frente a él.

—¡Rossi… qué gusto que nos deleites con tu maldita presencia! —ironiza, golpeando la mesa con su bolígrafo.

—Quiero a la chica fuera —exijo sin rodeos.

Él entorna los ojos sin dejar de girar el bolígrafo entre sus dedos. Un tenso silencio se instala en la oficina, solo interrumpido por el clic repetitivo del bolígrafo contra la madera.

—¿Desapareces dos malditas semanas y vuelves exigiendo cosas, Rossi?

—Sí —afirmo, sin apartar la mirada. Me recuesto en la silla y subo un pie sobre su escritorio.

Él sigue el movimiento con los ojos y alza una ceja, pero no dice nada.

—Este es el trato —prosigo, con tono firme—: le entrego todo… la organización, la cabeza de la mafia, al ejecutor, ¡incluso toda la mafia irlandesa como compensación! Pero Aurora Rinaldi queda fuera.

Su ceño se frunce.

—No puedo hacer eso, Rossi. La chica es parte del juego. Es una sicaria, una asesina.

—Me vale mierda. Esa es mi oferta final.

Se endereza y entrelaza los dedos, apoyando los codos en el escritorio.

—No sabía que estábamos negociando aquí. ¿Y si digo que no?

Sonrío. Ya esperaba esa pregunta.

—Entonces tendrá que buscar a otro para la misión, porque yo estoy fuera. Pero recuerde que ya confían en mí.

Me pongo de pie.

—Tiene dos días para darme una respuesta. Ahora debo irme. El diablo quiere verme.

Cuando me dirijo a la puerta, su voz me detiene.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial la chica para que arriesgues años de carrera y un puto ascenso por ella?

Lo miro por encima del hombro. No le respondo. Cierro la puerta tras de mí.

No tengo por qué decirle nada. Ni siquiera yo mismo sé por qué lo hago. Solo sé que la decisión está tomada. No voy a permitir que Aurora se pudra en una cárcel.

Sé que cuando descubra la verdad me odiará. Que cuando entregue a toda su familia a las autoridades, no habrá vuelta atrás. Ella no me lo perdonará nunca. Lo tengo claro.

Y lo acepto.

Puedo vivir con su odio. Con su rabia.

Pero no con la idea de verla pudrirse en una maldita celda.

Al salir del edificio, levanto la vista al cielo y respiro hondo. Niego con la cabeza y río, río como un maldito demente cuando la resolución me golpea.

—Maldición… —murmuro para mí mismo—. ¡Me jodiste, princesa! ¡Me jodiste!



26

ALEX

Detuve el coche en la entrada de la mansión y sonreí al ver a la chica que corría hacia mí con entusiasmo, saltando de dos en dos los escalones del pórtico. Se lanzó a mis brazos sin dudarlo, rodeándome la cintura con sus piernas y aferrándose a mis hombros con los brazos.

—¡Qué bienvenida...! —reí mientras la sostenía en el aire.

Aurora soltó una carcajada antes de besarme fugazmente. La observé con intensidad, apartando un mechón de cabello que caía sobre su rostro y deslizándolo detrás de su oreja.

—¡Hospitalidad italiana! —exclamó, encogiéndose de hombros con aire travieso.

—¿Ah, sí...? Bueno, princesa, tal vez deberíamos mudarnos a Italia entonces... Aunque no estoy seguro de que me agrade la idea de que recibas a todos nuestros invitados de esta forma.

Ella rió y me dio un leve golpe en el hombro antes de volver a besarme. Poco a poco la fui bajando hasta que sus pies tocaron el suelo.

Nos quedamos mirándonos por un instante, ambos con una sonrisa en los labios, hasta que el sonido de un motor acercándose rompió la armonía del momento. Aurora, que aún tenía la expresión risueña, se tensó al instante. Su sonrisa se desvaneció cuando bajó de mis brazos y su mirada se dirigió más allá de mí.

Me giré justo a tiempo para ver cómo la puerta de un coche negro se cerraba de un golpe seco. Del interior emergió un hombre de casi dos metros de altura, envuelto en un elegante traje oscuro que fácilmente superaba los dos mil dólares. Caminó con paso firme en nuestra dirección, sus ojos grises y afilados fijos en nosotros.

—¡Papi! —chilló Aurora con la emoción de una niña pequeña antes de correr a su encuentro.

El hombre la recibió con un abrazo, aunque no dejó de mirarme ni por un segundo. Cuando se separó de ella, su expresión se tornó aún más severa. Avanzó con decisión hasta quedar frente a mí. Instintivamente, me enderecé en mi sitio, sintiendo la fuerza de su presencia.

Por un momento, se limitó a observarme en silencio. Sentí a Aurora moverse por el rabillo del ojo, dando un paso hacia nosotros. Fue entonces cuando él levantó un dedo y me apuntó.

—Mi hija es una princesa —sentenció con voz grave—. Y si descubro que no la tratas como tal...

Dejó la amenaza inconclusa, pero su sonrisa lobuna y tenebrosa, mostrando todos los dientes, fue más elocuente que cualquier palabra.

—Creo que no es necesario que te diga lo que te pasará.

Sostuve su mirada sin vacilar.

—Ella no es una princesa —repliqué con calma.

Su expresión se endureció. Entrecerró los ojos, evaluándome con cautela.

—Es una maldita reina.

Cassiano Rinaldi arqueó una ceja, mirándome de arriba abajo como si sopesara mis palabras. Luego, dio un paso atrás.

Aurora soltó un leve suspiro, relajándose visiblemente. Una pequeña sonrisa asomó en sus labios al ver cómo su padre retrocedía, aunque sin apartar sus ojos de mí.

—Rómpele el corazón —advirtió con voz gélida— y te juro que te destrozo el cuello.

Sería un maldito hipócrita si dijera que el Rey de la mafia no imponía respeto. Con los años, su apariencia se había refinado hasta asemejarse a la de un empresario de éxito, pero todos sabíamos la verdad. Cassiano Rinaldi seguía siendo un hombre que infundía temor. Su estatura imponente, su cabello negro con algunas canas y esos ojos grises y asesinos lo convertían en alguien con quien nadie en su sano juicio querría cruzarse.

—¡Andando! —ordenó, dándose la vuelta hacia la mansión.

Aurora no tardó en jalarme del brazo para que lo siguiéramos. Caminamos tras él por el largo pasillo de paredes blancas y alfombras gruesas que absorbían el sonido de nuestros pasos. Cuadros costosos adornaban el recorrido, algunos de ellos probablemente más valiosos

que mi propio coche. Al final del pasillo, una puerta de madera cobriza nos dio acceso a un despacho amplio y lujoso.

Cassiano rodeó su imponente escritorio de roble y tomó asiento en la silla principal. Con movimientos calculados, colocó una botella de whisky sobre la mesa y me indicó con un gesto que me sentara frente a él. Aurora, por su parte, se dejó caer en un elegante sofá de cuero negro al lado del escritorio, cruzando las piernas con naturalidad. Me lanzó una mirada divertida, acompañada de una sonrisa pícara.

—Bien, padre… ¿qué pasa? —preguntó con aire despreocupado, aunque su tono denotaba cierta inquietud.

Cassiano la observó de soslayo antes de deslizarme un vaso con whisky. Luego, sirvió uno para él y lo llevó a sus labios con calma.

—Volaron uno de mis cargamentos —anunció con simpleza.

Aurora parpadeó sorprendida y se enderezó en su asiento.

—¿Qué? ¿Y lo dices así de tranquilo? —espetó, incrédula.

Su padre le dedicó una mirada serena antes de tomar otro sorbo de su bebida.

Había algo más detrás de esa información, mucho más. Cassiano Rinaldi no era un hombre que se inmutara fácilmente, pero noté un atisbo de tensión en sus ojos cuando miró a su hija. Lo que fuera que ocultaba, no era bueno.

—Aurora —dijo con firmeza—, lo que voy a contarte no puede salir de esta habitación. Y, mucho menos, puede saberlo tu madre. ¿Está claro?

Aurora frunció el ceño.

—Creí que no tenías secretos con mamá.

—No los tengo. Pero esto es diferente. Me tomó años, sudor y sangre darle la paz que tiene hoy, y no permitiré que nada la perturbe.

Su voz se volvió más áspera, más pesada. Lo observé fijamente. Cassiano Rinaldi era un asesino despiadado, frío y calculador, pero cuando se trataba de su esposa, su lealtad era absoluta. No había sacrificio que no estuviera dispuesto a hacer por ella.

—Bien, padre. Entiendo. Guardaré el secreto —aseguró Aurora.

Cassiano me miró por un segundo antes de volver la vista hacia su hija. Con un gesto, abrió un cajón de su escritorio y sacó un sobre amarillo que lanzó sobre la mesa.

Aurora lo tomó y, al sacar el contenido, su rostro perdió todo color. Me levanté instintivamente para acercarme.

Eran fotografías. Algunas antiguas, de su madre embarazada. Otras mostraban a una niña de cabello negro y ojos grises. Luego, imágenes de Aurora en distintas etapas de su vida: adolescente saliendo de una tienda, montando su motocicleta… incluso había una tomada recientemente. Lo mismo con Sebastián, su hermano. Quien los vigilaba lo había hecho durante años.

Pero lo perturbador no eran las fotos en sí, sino la marca roja que cruzaba los rostros de ambos.

Aurora temblaba mientras sostenía una de las fotografías. En el reverso, había una nota escrita con tinta negra.

La mafia no olvida, ni perdona. Sangre por sangre. Tus hijos por mi padre.

—¿Quién…?

—Dante Lombardi —interrumpió Cassiano.

Giré el rostro hacia él, sorprendido por la mención de un hombre que, hasta donde sabía, llevaba muerto años.

—¿Dante Lombardi? —repitió Aurora, confundida.

Cassiano asintió con solemnidad.

—Es el asesino de tus abuelos… y el hombre que casi destruye la vida de tu madre.

Y, por el tono de su voz, aquello no era más que el comienzo.

—El maldito casi me mata también, pero eso es lo de menos. Jodió a la mujer que amo, así que yo lo jodí a él. Uno de sus hijos fue asesinado por Adriano cuando provocó el secuestro de Amelia, pero no contábamos con que el bastardo tenía otro hijo ilegítimo. Me lo confesó minutos antes de morir, gritando que se vengarían. No le creí en ese momento, pero… pocos años después, empecé a recibir las fotografías, todas con la misma nota. Fue entonces cuando decidí salirme de Italia y ponerlos a salvo aquí en América, mientras buscaba al malnacido que aún no da la cara —finaliza.

Ahora entiendo muchas cosas. No mató a ese hombre porque sí, lo hizo porque era una amenaza para su mujer y su familia.

Observo al hombre que, con el ceño fruncido, analiza a su hija con la mirada. Ella se pone de pie con una expresión tensa.

—Entonces, este… hombre o mujer, ¿es quién está detrás de los atentados? ¿Quién me atacó en la pista? ¿Quién ha estado jodiendo nuestros negocios? —pregunta ella con voz firme.

—¡Y estoy seguro de que fue él quien mató a Óscar Sullivan para incriminarte! El atentado a mi cargamento ocurrió el mismo día en

que mis mejores hombres estaban buscándote —afirma, golpeando el escritorio con la palma de la mano.

—¡Debemos sacar a Sebas de Italia! —advierte ella de inmediato.

—No puedo hacer eso, principessa, y lo sabes.

—¡No! ¡No podemos dejarlo allí! ¡Nos están cazando! —exclama, agitando las fotografías en su mano con furia contenida.

—Lo sé, pero él está a salvo. Ya me encargué de eso. ¡Confía en mí!

—¡No! ¡No está a salvo, estará a salvo aquí! ¡Con su familia! —insiste ella, dando un paso al frente.

Su padre se pone de pie, rodeando el escritorio para encararla.

—Cariño… no se puede. Sebas no puede volver, no aún. No está bien, está obsesionado con encontrar a una chica y casi destruye media ciudad. Está fuera de sí, y no puedo mantenerlo aquí, no por ahora.

Ella no responde, pero la veo temblar. No está llorando; está furiosa. Su cuerpo se sacude con rabia cuando da un paso atrás y alza la mirada hacia su padre.

—¿Qué haremos? —pregunta con voz controlada, aunque sus ojos brillan de indignación.

Su padre me mira por encima del hombro antes de responder.

—Tú nada. Vas a quedarte aquí hasta que esto se solucione. No saldrás sola, no irás a las pistas y no tendrás más misiones… al menos por ahora.

—¡No! ¡No pienso esconderme aquí y detener mi vida porque un hijo de puta así lo diga!

—¡No es ningún hijo de puta quien lo dice, Aurora! ¡Soy yo! ¡Y harás lo que se te dice porque no pienso enterrar a ninguno de mis hijos antes que a mí! ¿¡Me entiendes!? —brama, sujetándola por los hombros.

—¡No lo harás si yo lo encuentro y lo asesino primero! —murmura ella, sosteniéndole la mirada con desafío.

El hombre endereza la espalda. Hay enojo en su rostro, pero también un atisbo de orgullo. Suelta un suspiro y, en un gesto inesperado, la abraza.

—Eres tan malditamente igual a mí… —dice en un tono más bajo, apoyando su frente contra la de ella antes de apartarse y dejar un beso sobre su cabeza—. Pero, aun así, no puedo dejarte hacer esto, hija…

Aurora lo observa con frustración.

—No te pondré en riesgo, y no está en discusión.

—Padre, no…

—¡Entiéndelo de una maldita vez! —la corta con impaciencia, alzando la voz por primera vez.

Da un paso al frente y la sujeta de nuevo por los hombros, clavando sus ojos en los de ella.

—Te están atacando porque quieren joderme a mí. Saben que la única manera de hacerlo es lastimándote a ti o a Sebastián. ¡Entiéndelo y, por una vez en tu vida, haz lo que te ordeno sin quejarte!

Ella no responde. Sus ojos se enrojecen y se llenan de lágrimas, pero no deja que caigan. Me remuevo incómodo, metiendo las manos en los bolsillos, conteniendo el impulso de abrazarla. Porque, aunque me jode verla así, no puedo intervenir. El hombre tiene razón en tratar de hacerla entrar en razón. Todos, incluso sus enemigos, saben que la debilidad de Cassiano Rinaldi es su familia, y ahora lo acabo de comprobar por mí mismo.

Él parece ver algo en los ojos de su hija porque suspira y se aparta.

—Lo siento, principessa, no me dejas opción… —murmura y, entonces, se gira hacia mí—. No sé qué tipo de relación tienes con mi hija, pero sé que te importa tanto como a mí —afirma mirándome con seriedad.

Desvío la mirada un segundo hacia la chica, que niega con la cabeza en mi dirección. Sin embargo, asiento, dándole permiso al hombre frente a mí para continuar.

—También conozco a mi hija, y sé que no estarías aquí si no le importaras. Lo cual es malo para ti y provechoso para mí —dice, haciendo un leve gesto con los hombros, como si no le quedara alternativa.

Se toma un instante antes de soltar la sentencia que cambiará el rumbo de mi vida.

—Por lo tanto… a partir de ahora, te hago responsable de todo lo que le pase a ella.

—¡Papá, no…! —se queja Aurora, pero su padre alza una mano para silenciarla.

—Ya que no tienes sentido de supervivencia propia, me obligas a hacer esto. ¡Lo que te pase a ti, lo pagará él! ¡Así que recapacita! —le advierte con severidad, sin apartar la mirada de ella antes de encararme nuevamente.

—No es personal, Alexander. Espero que lo entiendas, pero te lo pondré así… Si ella se escapa, te hago responsable. Si sufre algún atentado o herida, por pequeña que sea, te hago responsable. Si se rompe una maldita uña…

—¡Me haces responsable! —interrumpo con una sonrisa ladina, notando cómo los labios del hombre se curvan de la misma manera.

—¡Exacto! Veo que nos entendemos —afirma con satisfacción.

—¡Esto es una mierda! —gruñe Aurora detrás de su padre, quien ni se inmuta por su berrinche.

—Ah, lo olvidaba… Quiero tu pasaporte, Aurora —exige de repente.

—¿Qué? —responde ella, con el rostro rojo de furia.

—Lo que escuchaste. Tu pasaporte.

—¿Piensas que escaparé del país? —pregunta, evadiendo el tema.

Entreabro los ojos al notar cómo esconde los mechones de cabello detrás de su oreja, su gesto habitual cuando está nerviosa.

—Amore… no puedes engañarme. Eres igual a mí y tan terca como tu madre. Sé que, tan pronto como Alexander o yo nos distraigamos, te largarás a buscar a tu hermano. Así que… ¡el pasaporte, por favor! —pide con una sonrisa fingida.

—¡Bien! —bufa ella molesta antes de salir de la habitación, dando un portazo.

El hombre suspira y me extiende otro vaso de whisky. Levanta el suyo con una sonrisa divertida y sentencia:

—Bienvenido a la familia, Alexander.



27

ALEX

—¡Aquí está! —protesta Aurora, arrojando el pasaporte sobre el escritorio de su padre con un golpe seco. Luego se gira y sale hecha una fiera de la habitación.

Suelto un suspiro y miro a Cassiano Rinaldi antes de seguirla, asintiendo en su dirección para hacerle entender que, a partir de ahora, me encargaré yo.

Aurora avanza con pasos furiosos por el pasillo y baja las escaleras con la misma vehemencia. La sigo de cerca hasta alcanzarla en el jardín, donde la sujeto del brazo y la giro hacia mí con firmeza.

—¡Hey! ¡Mírame! —Le sostengo la mirada, tratando de hacerla entrar en razón—. Entiende que es por tu bien.

—¡Mejor preocúpate por ti! No tienes idea en lo que te has metido —responde, zafándose de mi agarre con un movimiento brusco.

—Lo haré cuando tú empieces a preocuparte por ti —retruco, sin apartarme.

—¡Dios, Alex! ¡No entiendes nada! —Su voz se quiebra, y sus ojos, ahora brillantes por las lágrimas contenidas, me perforan con frustración—. ¡Este es exactamente el motivo por el que te mantuve alejado! ¡Por el que no dejo que nadie entre en mi vida!

—Princesa…

—¡No! —me interrumpe, sacudiendo la cabeza con desesperación—. ¡Mi mundo es una mierda, Alex! ¿Entiendes? ¡Es como vivir en una maldita jungla! Siempre hay alguien acechando, nunca sabes quién te traicionará primero y, si no matas, te matan.

Su respiración es errática cuando se lleva las manos a la cabeza y aprieta los ojos con fuerza.

—No quiero sangre de inocentes en mis manos… Si te pasa algo… —murmura más para sí misma que para mí.

Doy un paso hacia ella, pero me aparta antes de que pueda tocarla.

—Vete… —su voz es un susurro quebrado, pero cargado de firmeza—. Vete ahora. Ni siquiera sabes en lo que acabas de meterte, Alex… pero no lo vale. Vete.

La observo en silencio por un instante antes de pegar mi cuerpo al suyo y enmarcar su rostro entre mis manos, obligándola a mirarme.

—¡No pienso irme a ningún lado! —le advierto con determinación—. Y te equivocas en algo… Para mí, tú lo vales todo. No voy a permitir que nadie te haga daño. Quien lo intente tendrá que pasar sobre mí primero.

Aurora sostiene mi mirada por unos segundos y suelta un suspiro tembloroso antes de apartar el rostro.

—Alex… no puedo dejar que lastimen a mi familia.

Levanto su mentón con suavidad para que vuelva a mirarme.

—Lo solucionaremos. Solo confía en mí. ¡No dejaré que nada te haga daño jamás! —insisto, con el pulso acelerado.

Ella bufa y, con un gesto de rendición, deja caer su frente contra mi pecho. Sin dudarlo, deslizo mis dedos por su cabello en una caricia reconfortante.

—Te quiero, Alex…

Sus palabras me golpean como un rayo en el pecho, y el impacto me deja sin aire por un segundo. La rodeo con más fuerza, conteniendo todas las emociones que se agolpan en mi garganta.

—Princesa… Yo necesito decirte algo…

Pero el estruendo de un disparo corta mis palabras.

Por instinto, oculto el cuerpo de Aurora tras mi espalda y llevo una mano al cinturón de mi pantalón, buscando el arma que hoy me permitieron portar. Sin embargo, frunzo el ceño al ver en la entrada principal a dos figuras imponentes de pie, cada una sosteniendo una Glock 9 mm, apuntando en dirección a algo.

Sigo la línea de sus miradas y casi me da risa al ver a Brendan Sullivan corriendo a toda prisa por el jardín, en ropa interior y con las manos atadas al frente.

Los disparos vuelven a resonar y desvío la atención a Adriano y Cassiano Rinaldi, quienes sueltan tiros que impactan a centímetros de los pies del hombre que huye, haciéndolo saltar torpemente mientras se tambalea con su cojera.

Aurora estalla en carcajadas y apoya una mano en mi hombro, disfrutando del espectáculo.

—¡Corre, malnacido! ¡Corre con tu papi! —grita Adriano, con un tono cargado de burla, mientras sigue disparando al suelo.

—No quiero volver a verte en mis territorios ni cerca de mi familia, o estás muerto, maldito niño —ruge Cassiano, descargando un par de tiros más junto a su primo.

Brendan cruza los enormes portones que dan a la calle y desaparece como alma que lleva el diablo.

—Mamá convenció a papá y al tío Adriano de dejarlo ir para evitar la guerra —explica Aurora mientras sigo observando el lugar por donde el chico huyó—. El idiota ya tiene suficiente con la muerte de su hermano, y Liam Sullivan pidió clemencia para su único hijo. A cambio, prometió sacarlo del país.

Me giro para mirarla, y ella suspira con una media sonrisa.

—Pero como ves… en mi familia todos están algo locos. No lo dejarían largarse así sin más —agrega, señalando a los hombres que ahora ríen mientras guardan sus armas y regresan a la casa con total tranquilidad.

Niego con la cabeza, divertido, antes de centrar mi atención en la chica que sigue sonriendo por la escena de hace unos minutos.

—¿Cómo está Samanta? —pregunto con seriedad.

Aurora exhala con pesadez, y la sombra de preocupación vuelve a su rostro.

—Bien… Algo asustada, pero bien —asegura, aunque la tensión en su expresión dice lo contrario.

Me acerco y levanto su barbilla con suavidad.

—Todo estará bien… —afirmo, sellando mi promesa con un beso.

Y en mi mente, solo hay una certeza absoluta.

Haré lo que haga falta, pero no pienso romper mi promesa. Nada va a lastimarla. Ni siquiera yo. No puedo dejar que salga herida por todo esto.



Los grandes vidrios espejados del edificio me reciben al bajar del coche. La placa cuelga de mi pecho mientras ajusto la visera de mi gorra antes de entrar al ascensor.

Camino por los pasillos, que hoy se sienten extraños, como si cada día que pasara alejado de este lugar lo hiciera más frío y desconocido para mí.

Intento apartar esos pensamientos de mi mente y me obligo a concentrarme cuando entro en la oficina de mi jefe. Él me espera, sentado del otro lado de su escritorio, mientras Tomás está sentado frente a él.

Ambos me observan un momento, y mi jefe hace un gesto con la mano para que me siente.

—Bien, Rossi, ¿qué tienes para mí hoy? —pregunta, señalando la carpeta en mi mano.

Dejo caer la carpeta sobre la mesa, y la misma sensación de la última vez se arremolina dentro de mí cuando él toma el expediente.

«Traidor...»

La voz resuena en mi mente una y otra vez. Paso saliva y carraspeo antes de hablar.

—El diablo acaba de ser atacado. Alguien los está cazando, y lo atribuyen a un hecho del pasado —digo, logrando que el capitán me mire por encima de sus lentes, apartando la vista de los documentos que le acabo de entregar.

—¿Un hecho del pasado? —pregunta, más interesado, mientras se acomoda en su silla.

—Dante Lombardi —digo, y una mueca extraña se forma en su rostro. Luego, carraspea antes de preguntar.

—¿Qué hay con él? Lleva años muerto —puntualiza, y asiento.

—Lo sé... pero parece que tiene un hijo, o hija. Y es quien está detrás de varios de los atentados contra la familia Rinaldi. —Señalo la carpeta donde está la foto que le quité a Aurora, junto al mensaje de la amenaza hacia su familia.

El hombre del otro lado del escritorio lee la nota y frunce el ceño.

—Bien... —dice, guardando la carpeta. Alza ambas cejas antes de darle una mirada a Tomás, que parece igualmente confundido.

—¿No haremos nada? —pregunto, sorprendido. Mi jefe me observa como si me hubiese salido un ojo en la cara.

—Son problemas internos entre mafias, Rossi. No hay nada que hacer. A menos que amenacen a civiles, no nos compete —responde, y aprieto los dientes.

—Jefe... si me permite... esto traerá una guerra a la ciudad —insisto, y él suelta un suspiro cansado.

—Quizás, pero mientras tanto, tengo las manos atadas.

—Pero somos la maldita ley... —me exaspero—. ¡Nuestro trabajo es hacer que la ley se cumpla, servir y proteger! Eso fue lo que usted me dijo —hablo citando lo que dice el manual de la academia.

Mi jefe se endereza en su asiento, y Tomás se remueve incómodo, mirando alternativamente a mi jefe, que parece querer sacarme los ojos, y a mí, que siento como si mi ritmo cardíaco aumentara.

—Curioso que tú seas quien lo diga, Rossi. Teniendo en cuenta que te metiste en un operativo de rescate no autorizado para ir en busca de la chica Rinaldi —me recrimina, y elevo el mentón, sosteniéndole la mirada.

—¡Iban a asesinarla! ¡Por algo que no fue su culpa! —digo—. ¡Hice mi trabajo! —me defiendo al notar la mirada molesta que me dirige.

—¡No! ¡Tu trabajo es hacer lo que yo te ordene! —Golpea la mesa, molesto—. ¡Tu maldito trabajo es traerme información para acabar con esos malditos! ¡No hacerte el héroe con la maldita bruja que debes arrestar! —grita, y doy un paso al frente, pero Tomás se interpone.

—¡Su nombre es Aurora! No vuelva a referirse a ella así o no respondo —gruño, con la mirada fija sobre el hombre al que quiero arrancarle la lengua.

Él endereza la espalda, suspira cansado y niega con la cabeza.

—Mírate, Rossi... ¡Recuerda quién diablos eres! ¡Tu padre fue un policía excepcional! Él estaría demasiado decepcionado de ti ahora mismo —articula, y desvía la vista a la fotografía sobre el librero, a un lado del escritorio, donde aparece el hombre uniformado de pie junto a mi jefe.

—¿Crees que él se hubiese dejado influenciar por una mujer cualquiera? —presiona la herida dentro de mi pecho.

El silencio inunda la oficina, hasta que mi jefe vuelve a hablar.

—Esto se te está yendo de las manos, Rossi. Entiendo que no es sencillo, pero confié en tus habilidades. Dijiste que podías con esto y que no te dejarías envolver por esa... mujer. Pero mírate, pidiendo absolución para ella, arriesgando tu empleo y fallando en misiones. ¡Esto se volvió personal, y lo personal no se mezcla con el trabajo!

Me destruye en un instante, logrando que la culpa me golpee como un puño de hierro al imaginarme la mirada decepcionada de mi padre.

No respondo, aprieto los puños a mis lados, con la mirada fija sobre la fotografía de mi padre, que parece observarme desde el librero, decepcionado.

—¡Tenemos que adelantar el operativo de captura! Prepararemos todo y en unos días la familia Rinaldi estará tras las rejas. ¡Sin excepciones! —dice, y levanto la mirada para observarlo, encontrando su mirada fija en mí.

Salgo del edificio ardiendo de rabia y azoto la puerta del coche, recostando la cabeza en el cuero del asiento.

¿Qué demonios voy a hacer?

La imagen de la chica que no sale de mi mente me golpea de nuevo, cuando la veo sonriéndome. No ayuda que sus palabras hagan eco en mi mente.

—*Te quiero, Alex...*

Bufo y golpeo una y otra vez el volante del coche, hasta que mi puño da de lleno contra el parabrisas. Paso las manos por mi cabello, peinándolo hacia atrás con frustración.

No puedo... la idea de Aurora en una cárcel me atormenta. Simplemente no puedo hacerlo. Pero si le confieso la verdad, si le digo quién soy, no solo perderé mi trabajo... también la perderé a ella, porque tampoco me lo perdonará.

—¡Eres un maldito cobarde, Alexander! —le recrimino al reflejo del hombre en el espejo retrovisor del coche.

No puedo perderla, pero tampoco puedo dejar que se pudra en prisión... ¿qué demonios voy a hacer? Por un lado, los está cazando y persiguiendo quién sabe qué maldito dispuesto a todo para destruirlos, y por otro, el FBI les pisa los talones... Dos guerras independientes están a punto de estallar, y es momento de elegir bandos, lo cual es difícil, porque, sea cual sea mi decisión, en ambos lados salgo perdiendo.

Lo único que tengo claro es que, pase lo que pase, no voy a dejar que nada le suceda a Aurora.



28

AURORA

El cielo parece desplomarse sobre mí mientras doy vueltas en la cama, incapaz de encontrar el sueño. Resoplo molesta cuando el descanso se escapa, me quito las sábanas de encima con desgano y me levanto para salir de la habitación, mis pies descalzos rozando el suelo mientras me dirijo hacia la cocina.

Abro el refrigerador y saco una botella de agua, sin encender las luces. Me recuesto contra la encimera, tomando un sorbo directo del envase. La fría botella parece aliviarme mientras el sonido de la lluvia golpea la ventana con fuerza.

—¿No puedes dormir? —pregunta una voz que me toma por sorpresa.

Me sobresalto en mi lugar y giro rápidamente, encontrándome con mi madre en el umbral de la ventana. Ella sostiene una taza de porcelana blanca entre sus manos y observa fijamente cómo los relámpagos iluminan el cielo y la lluvia golpea el vidrio con furia.

Sigo el movimiento de su mirada y, sin responderle de inmediato, tomo una manzana verde del canasto sobre la encimera. Me acerco a ella y me quedo de pie a su lado, observándola de reojo mientras lleva la taza a sus labios, sin apartar la vista de los rayos que iluminan brevemente la oscuridad.

—Solo tenía sed —respondo finalmente, intentando restarle importancia.

Ella sonríe con una leve inclinación, como si entendiera algo que yo aún no lograba procesar, antes de dar un sorbo a su té. Con un suspiro, recuesto mi cabeza sobre su hombro y miro hacia afuera, a donde ella sigue observando, perdida en el espectáculo de la tormenta.

Ambas permanecemos en silencio durante unos instantes, hasta que ella rompe la quietud con una suave voz.

—Sabes, cariño... antes temía a las tormentas. Pero ahora... incluso me gustan —confiesa, y yo, por un momento, no sé qué decir.

Muevo la mirada, siguiendo las gotas que resbalan por el cristal, hasta que finalmente hablo, con una ligera melancolía en mi tono.

—Supongo que, cuando vives en medio de la tormenta, te acostumbras. —Mi voz se pierde en un suspiro, mientras mis ojos siguen la danza de las gotas en la ventana.

Ella respira profundo y se gira hacia mí, obligándome a levantar la cabeza de su hombro. Con ternura, mete un mechón de mi cabello detrás de mi oreja y acaricia suavemente la parte derecha de mi rostro y mi cabeza.

—Lo siento, hija —se disculpa, y frunzo el ceño, sin saber bien cómo responder.

—Sé que odias este mundo en el que vivimos, y lamento no poder hacer nada al respecto, pero... nadie escapa de su destino. Lo sé mejor que nadie. Yo también intenté negarme a lo que soy, y no tienes ni idea del sufrimiento que me habría ahorrado si no me hubiese resistido tanto. Aunque… no habría conocido a tu padre. —La sonrisa que se dibuja en sus labios es suave, nostálgica—. Así que supongo que el sufrimiento valió la pena —finaliza, y sus palabras se quedan flotando en el aire

Respiro hondo y aparto la vista de ella, volviendo la mirada hacia la ventana, pensativa. Nunca me agradó la idea de pertenecer a la mafia. Me habría gustado ser una chica normal, con amigos normales. Sin tener que mirar por encima del hombro a cada instante, sin preocuparme por quién podría herirme o traicionarme, sin temer involucrar a los demás en mis propios problemas.

—No reniego de mi origen, madre —finalmente hablo, con voz baja y seria—. Ni culpo a nadie por la vida que llevamos, solo... desearía que no tuviera que ser todo tan complicado —digo con un suspiro, y tras un momento de reflexión, me doy media vuelta, dispuesta a regresar a mi habitación. Pero ella, con sus palabras, me hace detenerme en el umbral de la puerta.

—Sé que tu padre me oculta cosas. —Me paralizo en el mismo lugar, y aunque quiero decir algo, no puedo. El silencio se hace denso—. También sé que lo hace porque piensa que me protege, porque siempre ha sentido la necesidad de hacerlo. Por eso confío tanto en él, a pesar de todo —sigue hablando, mientras yo no logro encontrar las palabras adecuadas—. Tú te pareces tanto a él... siempre

lo has hecho. Y por eso te voy a decir algo que siempre le digo a él... No puedes proteger a todos. No siempre puedes cargar todo sobre tus hombros.

—Buenas noches, madre —solo respondo eso, y me giro para retomar el camino hacia mi habitación, con las palabras de mi madre repitiéndose en mi mente como un eco lejano.

Al entrar, coloco la botella de agua sobre la mesita de noche y, al ver la hora, noto que ya son casi las dos de la madrugada. Estoy a punto de volver a la cama cuando el sonido de mi celular sobre la mesa me distrae. Lo tomo en mis manos y leo el mensaje del número desconocido que aparece en pantalla.

No confíes en Alex. ¡Él miente! No es quien dice ser.

Frunzo el ceño, confundida. Aprieto el teléfono entre mis manos y marco el número. Llevo el aparato a mi oído, pero nadie responde. Intento una vez más y nada. Otro mensaje llega con una dirección seguida de otro texto más.

Ve a esa dirección el día jueves si quieres respuestas.

Mis dedos recorren el teclado de mi celular mientras respondo al extraño.

¿Quién eres?

Un amigo.

¿Un amigo?

¡Un amigo!

Sonrío irónicamente y tecleo rápidamente el siguiente mensaje.

Bien, no sé quién eres, "amigo", ¡pero vete a la mierda!

Espero la respuesta, pero nada llega. Finalmente, dejo el teléfono sobre la mesa de noche y me acomodo nuevamente en la cama.

Cerbero, como siempre, apoya su cabeza sobre mis piernas, y yo coloco una mano entre su espeso pelaje mientras dejo que el sueño me envuelva por completo, hasta caer rendida.



Alex besa la piel de mi hombro desnudo, y me río cuando sus labios comienzan a recorrerme desde el hombro hacia el cuello, haciéndome cosquillas.

Hoy, como los últimos dos días, hemos pasado todo el tiempo encerrados en su apartamento, sumidos en largas y ardientes sesiones de sexo, que solo terminan cuando uno de nosotros pide un descanso o cuando nuestros cuerpos exigen dormir o comer.

Debo admitir que me está gustando más de lo que pensaba, a pesar de mi negativa inicial a involucrarme en los asuntos de la mafia. Sin embargo, hay algo en mi mente que no puedo quitarme. Alex me voltea, dejándome debajo de su cuerpo, y observo detenidamente sus ojos, de un azul marino profundo.

—¿Todo está bien? —pregunta, notando que me he quedado mirándolo en silencio.

Me incorporo sobre el colchón, apoyada en mis codos, y lo miro fijamente, buscando algo que no sé exactamente qué es.

—Alex, tú... ¿me has mentido alguna vez? —pregunto, como una novia paranoica, aunque no me importa cómo suene.

Solo necesito escuchar un "no" para sentirme tranquila. Desde que recibí esos extraños mensajes, la duda no ha salido de mi cabeza, especialmente hoy jueves.

Él frunce el ceño, y la palidez de su rostro me sorprende. Su reacción ante mi pregunta no me gusta, pero trato de no ser paranoica. Probablemente lo haya tomado por sorpresa.

Parece dudar en qué responder, y cuando la ansiedad comienza a invadir mi cuerpo, finalmente rompe el silencio.

—No —su respuesta me alivia, y un suspiro de tranquilidad escapa de mis labios.

—Jamás lo hagas —pido, con firmeza—. La confianza no es algo que se me dé fácilmente, pero confío en ti. Si me mientes... no seré capaz de perdonarte.

Abre la boca para hablar, pero lo interrumpo con un beso. Él me responde con fuerza, sujetándome entre sus brazos. Con un

movimiento rápido, separa mis piernas con las suyas y, con una sola estocada, se hunde en mí, sin dejar de besarme.



El teléfono de Alex suena sobre la mesa de noche, y frunzo el ceño al ver la hora: son casi las tres de la madrugada. «¿Quién llama a estas horas?» murmuro para mí misma. Él se apresura a tomar su celular, teclea algo en él, y yo cierro los ojos, fingiendo estar dormida cuando voltea sobre su hombro para observarme.

Se pone de pie con el aparato en la mano y sale en dirección al baño cuando la llamada vuelve a insistir. Tan pronto como la puerta se cierra tras él, me levanto sigilosamente y me acerco, pegando mi oído a la madera que me separa de él.

—¡Te dije que no me llames! —gruñe, visiblemente molesto.

Por un momento, no se escucha nada y supongo que la otra persona al otro lado de la línea está hablando.

—¡No me importa! ¡Ya hablamos de esto! ¡Lo haré por mi cuenta! ¡Así que deja de joderme! ¡Y no vuelvas a llamar a estas horas, Aurora está dormida justo a mi lado y podría sospechar! —recrimina, su voz tensa y llena de furia.

Sus palabras caen sobre mí como un filo afilado que atraviesa mi pecho, desmoronándome por dentro.

No...

Las palabras del extraño vuelven a mi mente, claras como el agua.

No confíes en Alex, él miente. No es quien dice ser.

Me alejo rápidamente de la puerta cuando escucho sus pasos acercándose. Regreso a la cama y me recuesto, fingiendo seguir dormida. Siento el peso de su cuerpo hundir el colchón a mi lado, y en segundos sus brazos me rodean, acercándome a su pecho.

Dejo que me acomode a su antojo, pero me quedo allí, en silencio, con el corazón acelerado y la sangre ardiendo en mis venas. Porque el extraño tenía razón... Alex me oculta algo.



29

AURORA

Detengo el motor de mi Ducati frente al lujoso edificio y alzo la vista, observando el lugar antes de quitarme el casco. Recorro la calle con la mirada, suspirando al bajar de la motocicleta, mientras comienzo a caminar hacia la entrada principal. Doy varios pasos decidida, pero a mitad de camino me detengo cuando mi corazón comienza a martillar con más fuerza. Un nudo se forma en mi garganta, y mis manos sudan. Dudo un momento, y al mirar por encima de mi hombro hacia mi motocicleta, siento la tentación de irme.

«Quizás solo estoy exagerando, quizás...» bufo, molesta, al no encontrar excusas para marcharme y olvidar el asunto. Las palabras de Alex la noche anterior fueron claras y encendieron todas mis alarmas.

—Aurora podría sospechar.

Está claro que algo oculta, pero no sé si quiero saber qué es o permanecer en la ignorancia. A veces, no saber duele menos. Pero… «Vamos, Aurora; tú no eres ninguna cobarde».

Vuelvo la mirada al edificio, frunciendo el ceño. Tengo miedo. Por primera vez en mucho tiempo, siento miedo, porque no sé con qué me voy a encontrar una vez que entre allí. Y sé que, si descubro que me está mintiendo, perderé toda la confianza que le tengo, especialmente porque le di la oportunidad de ser sincero.

Aprieto los puños, volviendo a dudar. A pesar de que las palabras de Alex son sospechosas, aún lo es más que un desconocido me haya guiado hasta aquí, con quién sabe qué intenciones.

Estoy a punto de voltearme cuando mi teléfono suena. Lo saco rápidamente y leo el mensaje, que me hace alzar las cejas, sacar mi arma y barrer el lugar con la mirada.

Apartamento 205, la copia de las llaves está detrás del extinguidor.

El maldito me está observando, y estoy tan segura de que disfruta de esto, como de que sabía que iba a venir. Guardando el celular en el bolsillo trasero de mis pantalones de cuero y con el arma en la mano, retomo mi caminar hacia el edificio, decidida a terminar con esto de una vez por todas.

Evado al portero, que sostiene un periódico del día anterior cubriéndose la cara, y me dirijo directamente a las escaleras. No puedo darme el lujo de encerrarme en un ascensor y convertirme en presa fácil.

Con cada paso que doy y cada escalón que subo, mi corazón da un brinco, mis manos están sudadas, y mi mente se descontrola, imaginando todos los escenarios posibles. No sé qué diablos voy a encontrar aquí. Tal vez Alex tiene una familia, una esposa, hijos, y está jugando conmigo. No lo sé, pero sea lo que sea, estoy segura de que no me gustará. De otro modo, un desconocido no se tomaría tantas molestias para atraerme hasta aquí.

Estoy a punto de subir otro piso cuando mis ojos se detienen en la puerta negra con pestillo plateado, donde el número 205 está estampado. Paso saliva y miro en busca del extinguidor, que encuentro al otro extremo del descanso de la escalera. Camino hacia él y meto la mano detrás, buscando las llaves. Al principio parece que no están, pero las encuentro cuando escarbo más abajo y mis dedos finalmente enganchan el aro del llavero.

Ya con las llaves en la mano y el corazón latiendo descontrolado en mi pecho, me aproximo a la puerta. Un instante de náuseas me embarga, y respiro profundamente para calmarme. Introduzco la llave, y la cerradura cede al instante. La puerta se abre, pero me quedo de pie, observando el lugar sin poner un pie dentro.

Este lugar es completamente diferente al apartamento en el que estuve con Alex hace un rato. Este es más lujoso y espacioso, tal y como lo sería cualquier otro Pent-house moderno. El suelo es de porcelana negra, rodeado por ventanales de vidrio ahumado, y todo parece deslumbrante en comparación al modesto apartamento donde estuve apenas unas horas antes.

Doy un paso al frente y levanto la vista hacia el techo cuando la luz se enciende automáticamente al entrar al comedor. Camino por el

lugar, buscando algo, sin saber qué exactamente, mientras observo todo con curiosidad. En una de las paredes, hay una gran estufa de vidrio que simula una fogata, y encima, varios adornos que parecen ser armas de colección. Me acerco, deslizando mis dedos por el vidrio de la mesa a mi lado, pero me detengo cuando una fotografía sobre la mesa llama mi atención. Tomo el portarretrato y observo al hombre en la imagen.

El aire en el apartamento es sofocante, como si de repente las paredes se hubieran estrechado a mi alrededor, dejándome sin espacio, sin aire. Mis pasos resuenan en la madera del suelo, pero no los escucho realmente. Todo lo que soy en este momento es un torbellino de sensaciones que me devoran desde dentro. Mis manos tiemblan, aunque las aprieto en puños hasta que las uñas se me clavan en la piel. No puedo permitir que esto me afecte. No aún.

Un simple marco negro. Nada especial, nada llamativo. Casi como si quien lo puso allí quisiera que pasara desapercibido. Como si intentara ocultar la verdad a plena vista.

Y de repente, todo mi mundo se parte en dos.

Alex.

De pie, con la barbilla en alto y la mirada severa. Son sus brillantes y exóticos ojos azules los que me miran desde la fotografía en mi mano. Pero no es solo Alex. No es el hombre que me sostenía entre sus brazos por las noches, el que susurraba mi nombre con devoción, el que me hacía sentir que yo era su único universo. Este mantiene las manos hacia atrás en una pose militar severa, y el uniforme táctico negro que lleva puesto resalta la placa con las palabras FBI que cuelga de su pecho, por encima del chaleco antibalas.

No.

Es el agente Rossi.

Un agente del FBI.

Siento que me falta el aire. El corazón me late desbocado en el pecho, retumbando con tanta fuerza que apenas puedo escuchar mis propios pensamientos. La furia me golpea primero, rápida y devastadora, como un incendio que se propaga sin control, devorando todo a su paso.

Pero después… después viene el miedo.

Un miedo paralizante, frío como una cuchilla de hielo que se clava en lo más profundo de mi pecho.

Porque si Alex es un agente del FBI, si todo este tiempo ha estado trabajando para ellos, ¿qué significaba lo nuestro?

¿Era todo una mentira?

Mi mente viaja en el tiempo sin que pueda evitarlo, arrastrándome de vuelta a aquella noche, aquella vez en la que un agente con pasamontañas me besó.

Dios…

Lo sentí. En ese instante, aunque no quise aceptarlo, lo sentí.

Los ojos.

Ese azul profundo, devorador, que me atrapó desde el primer momento en que lo vi. Ojos que me estudiaban con una intensidad tan feroz que quemaba.

La forma en que lamió sus labios antes de besarme.

Cuántas veces lo he visto hacer eso… tantas que nunca me pareció extraño. Un gesto tan suyo, tan natural, que jamás lo cuestioné.

Pero esa noche, aquel hombre también lo hizo.

Con deseo. Con una urgencia que en su momento no supe descifrar.

Y aun así, me convencí de que solo era paranoia.

Porque muchas personas tienen ojos azules. Porque muchas personas relamen sus labios antes de besar. Porque no podía ser él.

Porque no quería que fuera él.

Y ahora… ahora la verdad me golpea con una brutalidad que me deja sin aliento.

Era él.

Tenía que ser él.

Mi estómago se revuelve y las náuseas me asaltan de golpe.

Qué estúpida. Qué ilusa. Qué ingenua fui al confiar en él, al entregarme sin reservas, al creer cada una de sus malditas palabras.

Mi visión se nubla por la ira y la traición que me estrangulan por dentro. Mis manos tiemblan tanto que tengo que aferrarme a la mesa para no perder el equilibrio.

Porque si Alex es el agente del FBI que me besó aquella noche…

Si él es el hombre que fingió amarme mientras jugaba a dos bandos…

Entonces todo lo nuestro fue una mentira.

Un juego retorcido en el que yo fui la pieza más fácil de manipular.

Y eso… eso no se lo perdonaré.

Jamás.

Aprieto los dientes con rabia y las lágrimas me arden en los ojos, pero no voy a dejarlas caer. No ahora. No cuando todo lo que quiero es descubrir hasta dónde llega su engaño, hasta qué punto me ha usado.

Porque lo descubriré.

Lo haré aunque me cueste el alma.

Doy un paso atrás, sin soltar el portarretrato que aprieto con fuerza entre mis dedos, mientras su rostro y todas las palabras que me ha dicho se arremolinan en mi mente. «No puede ser real. Él no puede ser un agente... Él me quiere, él dijo que…»

Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos, y con rabia las aparto, mi mente evocando cada recuerdo en el que lo veo: sonriendo, abrazándome, llamándome princesa, diciéndome que solo yo importaba. ¡Malditas mentiras!

Suspiro profundamente, mientras la rabia sigue aumentando en mi cuerpo. El peso de la traición cae sobre mis hombros y me recrimino una y mil veces por haberlo dejado entrar en mi vida, por haber permitido que se adentrara tan profundamente en mi corazón, por haber puesto en riesgo a toda mi familia al dejarme engatusar como una idiota. Eso es lo que soy… una idiota. Pero él... Alex... él es un maldito traidor, un mentiroso.

Limpio las lágrimas que caen de mis mejillas con el brazo y, al girar, observo todo a mi alrededor, aún incapaz de creer lo que está sucediendo. Hay una habitación al otro lado del salón, y me dirijo hacia allí. Abro la puerta y entro en lo que parece ser una oficina. Coloco la fotografía que tenía en mis manos sobre el escritorio y comienzo a revisar los cajones.

Mi ceño se frunce al notar que uno de ellos está cerrado con llave. Sin pensarlo, saco el arma que había guardado tras mi espalda, le coloco el silenciador y disparo a la cerradura, que se hace añicos, dejando un hueco en la madera del cajón. Me apresuro a abrirlo. Dentro, hay un pasamontañas negro. ¡Mierda! Mis sospechas incrementan. Sin pensarlo dos veces, lo atrapo entre mis dedos y lo guardo en la parte trasera de mi pantalón.

Sigo fisgoneando y encuentro varias carpetas, las cuales empiezo a sacar, dejando sobre el escritorio. Mis manos rozan lo que parece ser una caja forrada en terciopelo azul. La abro y observo la medalla que hay dentro. Y no es cualquier medalla; es una medalla de honor a nombre de Eliot Rossi.

Levanto la mirada y encuentro otra fotografía sobre el escritorio. En ella aparece el mismo hombre de cabello castaño canoso y ojos azules, con un uniforme idéntico al que llevaba Alex en la fotografía anterior. Mi mirada se desvía hacia los papeles que acabo de sacar del cajón y empiezo a revisar carpeta por carpeta. Una punzada fuerte atraviesa mi pecho cuando mis ojos se posan sobre la carpeta al final del cajón.

Tiene el nombre "Rinaldi" estampado al frente, junto a la palabra "Clasificado".

Mis manos arrugan el papel que sostengo, y una risa incrédula escapa de mis labios, que pronto se transforma en una carcajada, ahogando el llanto que me oprime el pecho. Con la palma de mi mano, me paso el rostro, abrumada por la resolución que me golpea, riendo como una demente, mientras observo el archivo que contiene toda la información sobre la vida de mi padre: fotografías de él cuando era joven, de mi madre, del tío Lorenzo y del tío Adriano.

El sonido de unos pasos me alerta y levanto el arma de golpe, apuntando hacia la puerta. Mi respiración se acelera, mi pulso se dispara, pero mi mano no tiembla. No puedo permitirme dudar. No ahora.

Y entonces, aparece él.

Alex.

Se detiene en seco al verme, con el rostro pálido y la mirada fija en mí, como si no pudiera creer lo que está viendo. No necesito que hable para saber que está sorprendido, que no esperaba encontrarme aquí, que nunca pensó que yo llegaría tan lejos. Sus ojos bajan lentamente hasta los documentos que sostengo en mis manos y luego regresan a los míos con una mezcla de desconcierto y tensión.

—¿Aurora...? —Su voz suena cautelosa, pero firme. Su ceño se frunce mientras alzo el mentón con desafío.

Pero lo que realmente me golpea no es su expresión, sino su uniforme.

Negro. Impecable. El logo del FBI cosido en el pecho. El chaleco antibalas ajustado a su torso, las botas militares bien lustradas, el arma asegurada en la funda de su muslo.

Toda su imagen grita autoridad. Profesionalismo. Mentira.

Solo le falta el pasamontañas.

El mismo maldito pasamontañas que aquella vez ocultó su rostro cuando me besó.

La verdad se vuelve irrefutable.

Es él.

Siempre fue él.

Una risa amarga se forma en mi garganta, pero no la dejo escapar. No aún. En su lugar, saco el pasamontañas que encontré y lo lanzo hacia él con un gesto brusco.

—Póntelo. —Mi voz es baja, pero letal.

Él atrapa la tela en el aire con una mano, pero no obedece. En su lugar, da un paso hacia mí con cautela, sus ojos escrutándome con algo que podría ser preocupación.

—Aurora, déjame explicarte…

—¡No hables! —escupo la orden con furia, sintiendo mi pecho arder con la traición. Aprieto más el arma, lista para disparar si se atreve a moverse demasiado. Mi dedo roza el gatillo y su mandíbula se tensa.

—Póntelo, Alex —repito con una calma escalofriante.

Él exhala con frustración, pero no tiene opción. Lentamente, desliza el pasamontañas sobre su cabeza hasta cubrirse el rostro.

Y ahí está.

El hombre de aquella noche.

El hombre que me besó en medio de la oscuridad con un deseo que no supe descifrar.

La revelación me golpea como un puñetazo en el estómago. Todo este tiempo, todo este maldito tiempo… Él me mintió, me manipuló, me hizo creer que lo nuestro era real.

La furia en mi interior se mezcla con algo peor: una punzada de dolor que no quiero sentir.

No lo merece.

Con pasos firmes, me acerco hasta quedar a solo centímetros de su cuerpo. Siento el calor que emana de él, su aliento golpeando la tela que oculta su rostro. La traición me arde en la garganta, pero no retrocedo.

—Dime algo, agente Rossi… —murmuro con una ironía afilada, inclinando la cabeza mientras lo observo fijamente—. ¿A qué se debió aquel beso en la calle? ¿Fue parte del protocolo del FBI? ¿Un nuevo método de interrogación?

Él traga saliva, pero mantiene la compostura.

—No era parte de nada, Aurora. No pude evitarlo.

Una carcajada seca se escapa de mis labios. Es cruel. Llena de burla.

—No pudiste evitarlo —repito con sarcasmo, saboreando las palabras como veneno en mi lengua—. ¡Qué conveniente!

Alex intenta hablar, pero yo ya no quiero escucharlo.

Antes de que pueda reaccionar, me alzo sobre la punta de los pies y lo beso.

No es un beso dulce, ni apasionado. No es como los de antes, cuando sentía mi cuerpo arder solo con el roce de sus labios.

Este beso está lleno de desprecio.

Y lo peor de todo…

Es que no siento nada.

Nada.

El vacío me golpea con más fuerza que la furia. Lo empujo con violencia, separándome de él de golpe mientras me limpio los labios con el dorso de la mano.

—Ahí lo tienes —digo con frialdad, mirándolo directamente a los ojos—. Lo único que me quedaba de nosotros… ahora también está muerto.

Alex se queda inmóvil, sus puños apretados a los costados. Hay algo en su mirada que se rompe, pero no me importa.

No más.

Porque en este momento, solo hay una verdad que importa:

Alex Rossi es un traidor.

Y nunca lo perdonaré.

—Princesa, déjame que te expli...

—Así que esto es lo que me ocultabas… —interrumpo, con la voz temblorosa de ira.

Da un paso hacia mí, pero se detiene cuando quito el seguro de mi arma y afirmo el agarre, apuntando hacia su pecho.

—Todo tiene una explicación, Aurora. Por favor... solo déjame explicarte.

—¿Explicarme...? —mascullo, la rabia y la incredulidad teñidas de furia—. ¿Explicarme qué? ¿Qué demonios quieres explicarme, Alex? ¿Que eres un maldito traidor? ¿Que solo me has utilizado para acercarte a mi familia? —le grito, llena de furia.

—Las cosas no son como piensas, princesa. Escúchame primero. —Su voz se quiebra, y trata de acercarse mientras se quita el pasamontañas.

Su mirada se suaviza, pero suelto un disparo de advertencia hacia la lámpara justo al lado de su cabeza, haciendo que se agache al estallar en pedazos.

—¡No te me acerques, maldito! —bramo, mientras mantengo mi arma apuntándole. A pesar de que mi mano tiembla y mi visión está nublada por las lágrimas, no puedo apartar la mirada de él.

—Princesa, no hagas esto, no así.

—Dijiste que no te importaba mi familia. Dijiste que solo yo importaba... que nunca me harías daño... ¿Entonces qué diablos es esto? —sollozo, lanzándole a los pies los archivos que acabo de leer. Los papeles caen esparcidos por el suelo.

—Te juro que todo tiene una explicación.

—¡Ya deja de mentirme, maldición! No soy tan idiota como para confiar en ti otra vez. Dios… qué idiota fui creyendo que de verdad te importaba, que realmente querías saber quién era yo. Que, por fin, alguien me veía a mí antes que mi apellido. Qué ilusa, por Dios.

—Aurora...

—¡No! No digas nada, no tiene caso mentir. Eres un cobarde, Alex. Un maldito mentiroso.

—¡Sí! ¡Está bien! Es verdad. —Me corta, pasando saliva mientras lleva las manos a la cabeza, desordenando su cabello castaño con frustración—. Está bien, te he mentido, pero solo al principio, solo hacia mi trabajo, Aurora. Creía que hacía lo correcto, pero estaba equivocado contigo, con todo... —habla y me río sin creerle—. Te lo juro, Aurora, jamás he sentido por alguien lo que siento cada vez que te veo, y jamás pensé que...

—¡Ay, por el amor de Dios! ¡No me salgas con esa mierda ahora! —Lo interrumpo—. ¿Jamás pensaste qué? ¿Qué descubriría lo que hiciste? ¿Qué me enteraría de que eres un maldito traidor? Felicidades, lograste engañarme, pero ya no más. No voy a volver a caer en las mentiras de un hipócrita mentiroso como tú.

Su mirada es indescriptible, y la furia que siento en este momento me ciega, dejándome ver solo enojo, rabia y dolor. Mi corazón grita una y otra vez que soy una maldita idiota por haber creído en él, por no poder dispararle como me gustaría, porque, pese a todo, aún lo amo. Me enamoré de un hombre que solo me ha utilizado, el único hombre al que le abrí mi corazón, solo para que lo rompiera de la peor manera posible.

—Baja el arma y hablemos —pide, levantando las manos, logrando que mi mirada se enfoque nuevamente en la placa que cuelga de su pecho.

—¡Debería matarte! —Mi dedo se desliza hacia el gatillo, mientras mi mano tiembla, y mantengo la mirada furiosa sobre el hombre que me mira con los ojos brillosos.

Pero, aun así, él alza el mentón y camina decidido hacia mí. Sin dejar de apuntarle, me alejo, rodeando la otra parte del escritorio, con dirección a la salida.

—Hijo de perra —siseo, rabiosa—. ¡Traidor mentiroso! Confiaba en ti, maldito —murmuro, clavando la mirada en sus ojos—. Te lo dije, te dije que no me mintieras... Te di la oportunidad de ser sincero y escogiste mentirme —le recrimino, entre lágrimas.

—Princesa, por el amor de Dios, sé que no tengo excusa, pero por favor, por lo que más quieras, escúchame. Te juro que nunca haría nada para lastimarte.

El tono desesperado de su voz casi me hace dudar, y lo observo desde el umbral de la puerta mientras retrocedo sin bajar el arma.

—Tenía miedo de esto... de perderte. Sabía que, si te decía la verdad, te alejarías, y yo no podría vivir sin ti, Aurora. Te has metido en mi cabeza desde la primera vez que te vi, estás en mi maldito corazón y...

—¡Mientes! ¡Solo querías usarme como todos los demás, como todos los que quieren obtener algo de mi familia! Pensé que eras diferente. Matt tenía razón... no debí confiar en ti —susurré, mi voz quebrándose. Él negó con la cabeza.

—No. Te equivocas, Aurora. Tienes que escucharme, princesa...

—¡Nunca me viste a mí! Pensé que sí, pero estaba equivocada. Todo fueron engaños, más engaños. Nunca me viste realmente —dije, y otro sollozo se escapó de mis labios, haciendo que él diera un paso hacia mí. El gesto me obligó a apretar con más fuerza el agarre sobre el arma.

—No llores más, amor, por favor. Me destroza verte así. Solo… déjame arreglarlo, podemos arreglar esto...

—¿Solo fui un medio para un fin, no es así? ¡Una ficha más en tu retorcido juego para joder a mi familia!

—No, princesa... Te lo juro, las cosas no son como las ves —respondió con una mirada suplicante, pero sus palabras solo aumentaban el odio que se acumulaba en mi pecho.

—¡Deja de llamarme así! ¡Eres un maldito, un mentiroso, un traidor! —grité, el desespero y la rabia saliendo de mis labios, como si cada palabra fuera una condena.

Las lágrimas caían sin cesar, empapando mi rostro. La mezcla de odio y resentimiento que se anudaba en mi pecho dolía tanto que sentía como si me estuvieran arrancando el corazón. Me alejé de él, del hombre por el cual, tan solo unas horas atrás, habría dado mi vida.

—¡Te odio! —siseé entre dientes, con los ojos fijos en los suyos—. ¡Te odio, Alexander! ¡Y maldigo el día en que te conocí!

Vi como algo en sus ojos cambiaba ante las palabras cargadas de veneno que le escupí, pero su cuerpo se enderezó y sus hombros se tensaron. Tomó una respiración profunda antes de hablar.

—¡Ódiame! Adelante, eres libre de hacerlo. Me lo merezco. Pero, aun así, no cambiará nada. ¡Porque, aunque me desprecies ahora, yo te amo! —su voz se quebró al gritarme—. ¡Maldita sea, Aurora! ¡Me enamoré de ti como un maldito demente! ¡Haría lo que sea por ti! ¡Entiende que nunca quise lastimarte!

—Ya es tarde para eso, no confío en ti —respondí, mi voz temblorosa, y sus ojos se enfocaron en mí.

Quería creerle, quería pensar que de verdad me amaba y que todo lo que pensaba era solo una terrible confusión. Pero no podía. Simplemente ya no podía confiar en él. Suspiré, sonando mi nariz, y alzando el mentón, me obligué a mantener la poca dignidad que me quedaba antes de hablar nuevamente.

—Lo siento, pero ya no puedo creer nada de lo que dices. Para mí no eres nadie, solo un traidor. Te lo dije, Alex… te dije que no te lo perdonaría. Te advertí que, en mi mundo, en la mafia, no se olvida ni se perdona… y yo tampoco —dije, mientras retrocedía, el arma aún alzada y mi mirada fija en el hombre que, a pesar de todo, aún amaba, pero que acababa de romper mi corazón—. La próxima vez que nos veamos... ¡mátame, Alex! —advertí, y vi cómo su rostro se endurecía.

—¡Sabes que jamás podría hacerlo!

—¡Hazlo! Y no dudes, o seré yo quien te asesine a ti. Lo juro, Alex... si te acercas a mi familia o a mí, acabaré contigo. —Mi voz era firme, llena de furia y determinación.

Sus ojos permanecieron fijos en los míos, pero su expresión era de abatimiento, algo que ignoré. No podía dejar que la lástima me desbordara. Me di la vuelta, alejándome, sin apartar la vista de él,

porque sabía que todo lo que me decía era falso, y ya no podía creerle. Cuando llegué al umbral de la puerta, me detuve y le lancé una última mirada. No pude evitar que las lágrimas siguieran cayendo, pero aparté de mala gana las que me nublaban la vista.

—¡Aurora! No hagas esto. ¡Escúchame, maldita sea!

—¡Hasta nunca, Agente Rossi! —respondí, alzando el mentón, dejando que las últimas palabras que intercambiamos se disiparan en el aire.

Cerré la puerta con fuerza, para que no pudiera seguirme, aunque escuchaba su desesperada llamada, mi nombre repitiéndose una y otra vez mientras golpeaba la madera.

30

ALEX

—¡Carajo! —gruño con furia mientras mis manos barren con todo lo que hay sobre el escritorio.

Los papeles y documentos vuelan en todas direcciones antes de caer al suelo en un desorden caótico. Me dejo rodar sobre la silla, con los codos apoyados en las rodillas y las manos temblorosas sujetando mi frente.

No tengo ni puta idea de cómo Aurora descubrió este lugar, pero eso es lo que menos me importa ahora. No puedo dejar de pensar en la rabia en sus ojos y en sus palabras cargadas de odio que me golpearon como un puñetazo directo al rostro.

—¡La cagué! —murmuro entre dientes, con la respiración agitada—. ¡Esta vez sí que la cagué!

Ella no me perdonará jamás.

Creí que podría vivir con su odio, que lo soportaría, que incluso podría ser un castigo justo para lo que hice. Pero la verdad es que no. No es así.

No puedo.

Me pongo de pie de un salto, saco el arma de mi cinturón y sin pensarlo dos veces disparo contra la cerradura de la puerta, derribándola con un estruendo metálico. Salgo apresurado al pasillo, mis pasos resonando con fuerza sobre el suelo de mármol. Al llegar al vestíbulo, me detengo frente a los ascensores y veo los números descendiendo lentamente en el panel. No tengo tiempo para esperar.

Me giro hacia la escalera de emergencia y desciendo los escalones de dos en dos, casi saltando los últimos peldaños.

Si me apresuro, aún puedo alcanzarla.

No sé cómo mierda voy a solucionar esto, pero una cosa es segura: ella tiene que escucharme. Me niego a dejarla ir.

El estruendo de un disparo retumba en el edificio y me acelera el corazón. Salgo disparado hacia la entrada principal, pero un segundo

disparo rompe el vidrio con violencia y veo cómo el portero cae al suelo, la vida escapando de sus ojos en un segundo.

Me agacho instintivamente, sacando mi arma.

Otro disparo.

Alzo la vista y la encuentro.

Aurora está arrodillada en el suelo, sujetando su pierna con una mano y con la otra disparando en dirección a una furgoneta negra.

Ni siquiera tengo tiempo de pensar.

Mi cuerpo reacciona solo.

Corro hacia ella, disparando sin dudar contra los hombres que bajan del vehículo. Dos caen al suelo antes de poder acercarse a ella.

Aurora gira el rostro y me mira con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer que estoy aquí.

—¡Ven conmigo! —gruño, sujetando su brazo con fuerza cuando veo que una segunda camioneta se acerca.

—¡Vete al infierno! —escupe con desprecio, empujándome con fuerza antes de ponerse de pie a duras penas.

Intento sujetarla de nuevo, pero me empuja con más agresividad y, antes de darme cuenta, su palma impacta contra mi rostro en una bofetada ardiente.

El instinto me grita que la tome en brazos a la fuerza y la arrastre conmigo, pero el chirrido de neumáticos me alerta justo a tiempo. Una camioneta se detiene a pocos metros, y en cuanto la puerta lateral se desliza, una ráfaga de disparos rompe el aire.

No lo pienso dos veces.

Me lanzo sobre Aurora, cayendo al suelo con ella justo cuando las balas comienzan a impactar contra el pavimento. Mi pecho queda sobre el suyo y, por un segundo, nuestras miradas se encuentran. Su aliento cálido se funde con el mío en ese instante fugaz, pero en sus ojos solo hay rabia y un dolor que me traspasa.

Me empuja del pecho con fuerza, haciéndome rodar a un lado. Un disparo resuena a centímetros de mí y veo cómo aniquila al hombre que intentaba sorprenderme por la espalda.

Me incorporo de inmediato y la jalo del brazo, obligándola a moverse.

—¡Desháganse de ese maldito primero! ¡Y traigan a esa puta viva! —grita una voz al otro lado del vehículo.

No tengo tiempo de procesar las palabras antes de que un hombre con pasamontañas aparezca y descargue una ráfaga de balas en mi dirección.

—¡Mierda! —maldigo, buscando cobertura mientras tiro de Aurora conmigo, pero ella se suelta de mi agarre y corre en dirección contraria.

El tipo con la ametralladora no se detiene. Las balas impactan contra los cristales del edificio, haciéndolos añicos. Me cubro tras una de las columnas de la entrada y maldigo entre dientes.

—¡Vayan por la hija del Diablo! ¡Ahora! ¡Ahora! —escucho que gritan.

Mierda.

Saco una granada de mi bolsillo y la lanzo en su dirección. Unos segundos después, la explosión retumba con fuerza y los gritos de pánico llenan el aire. Aprovecho el caos y, en cuestión de segundos, localizo a dos de los malnacidos que corren tras Aurora.

Ella avanza hacia su motocicleta, disparando a ciegas por encima del hombro.

—¡Que no escape! —grita uno de los hombres.

Mi dedo aprieta el gatillo.

El primer disparo atraviesa el cráneo del que habló. El segundo se incrusta entre los ojos de su compañero.

Los cuerpos caen inertes al suelo.

Aurora frena en seco.

Gira el rostro y sus ojos grises se clavan en mí. Están llenos de rabia, pero también de algo más. Algo que me jode más de lo que debería.

Sus labios están entreabiertos, su pecho se mueve agitado y veo el reflejo de las luces sobre las lágrimas que inundan su mirada.

Doy un paso hacia ella.

Pero otro disparo rompe la quietud.

Aurora frunce el ceño y baja la mirada.

Sigo el recorrido de sus ojos hasta su abdomen.

Y entonces lo veo.

—¡No! —el grito escapa de mi garganta con un terror que me paraliza por un segundo.

La sangre se esparce por su ropa, oscureciendo el tejido con rapidez.

Pero ella no cae.

Apretando los dientes, levanta el arma con manos temblorosas y apunta al hombre que disparó. Su mirada es pura furia cuando jala del gatillo. El bastardo cae de inmediato.

Aurora no pierde el tiempo.

Se arroja sobre su motocicleta, el motor ruge con un estruendo ensordecedor y, sin dudar, acelera a toda velocidad, dejando tras de sí un rastro de sangre sobre el asfalto.

Un segundo motociclista sale tras ella.

—¡Joder! —maldigo, corriendo hacia mi automóvil.

A mi alrededor, solo hay cadáveres.

Pero eso no me tranquiliza.

Ella sigue herida.

Y aún la están persiguiendo.

AURORA

Acelero, y el rugido del motor de la motocicleta resuena en mis oídos mientras esquivo y adelanto los autos a mi alrededor. El ardor en mi abdomen se vuelve insoportable, y siento la sangre caliente deslizándose por la herida. Mi pierna palpita con cada vibración de la motocicleta debajo de mí, un recordatorio constante de que mi cuerpo está al límite.

El tráfico comienza a disminuir a medida que me acerco a la parte más alejada de la ciudad. Giro bruscamente hacia el sendero de árboles que conduce a la calle pavimentada detrás de la mansión, pero un estruendo me hace voltear la cabeza. Un disparo.

El impacto sacude mi motocicleta, y mis ojos se clavan en el hombre con el casco blanco que apunta directamente a la rueda trasera de mi vehículo. Un segundo disparo rompe el aire. Intento esquivarlo, pero es demasiado tarde. La bala golpea su objetivo, y en un instante pierdo el control.

El suelo se precipita hacia mí. Mi cuerpo rueda varios metros, golpeándose contra el asfalto y las piedras. El impacto quema mi piel, desgarrando mi ropa. Finalmente, mi espalda choca violentamente contra el tronco de un árbol, y mi cabeza rebota contra el suelo con un golpe seco. A lo lejos, veo mi motocicleta deslizándose en dirección contraria.

—¡Hijo de puta! —protesto con la voz áspera, tratando de incorporarme. El sabor metálico de la sangre llena mi boca, y me la limpio con el dorso de la mano.

A pocos metros, el conductor de la Kawasaki se detiene. Reconozco la motocicleta. Reconozco el casco. Es el mismo hombre que me atacó en la pista.

Levanto mi mano con esfuerzo y le dedico mi dedo medio. Él ladea la cabeza, como si la burla lo divirtiera, pero un latigazo de dolor me atraviesa el cráneo, obligándome a llevarme ambas manos a las sienes. Justo en ese momento, la lluvia comienza a caer sobre mí, fría y densa.

Vuelvo a mirarlo. No se mueve. Solo me observa desde detrás de su casco. No voy a quedarme aquí. Me doy la vuelta y camino como puedo, internándome entre los árboles en dirección al bosque.

La noche ha caído, y en medio de la tormenta, los rayos iluminan el cielo. Levanto la vista justo cuando un relámpago destella en la oscuridad, tiñéndolo todo de blanco por un breve instante. El viento helado y la lluvia azotan mi rostro magullado, mientras avanzo con pasos apresurados por el bosque que conduce a la mansión.

Solo un poco más... ya casi.

Sigo caminando, aunque el dolor en mis pies es insoportable, y maldigo internamente por estar usando tacones. La sangre brota sin cesar de la herida en mi abdomen y de mi pierna lacerada, empapando mi ropa. Siento que la cabeza me va a estallar en cualquier momento.

Un disparo resuena tras mi espalda, obligándome a detenerme en seco. Una voz masculina me llama con urgencia, y mi cuerpo reacciona antes que mi mente, haciéndome girar con el corazón desbocado.

—¡Aurora! ¡Detente ahí o no respondo! —advierte el hombre que me apunta con su arma. Lo recorro con la mirada de pies a cabeza, sintiendo un escalofrío recorrerme la espina dorsal.

—¡Tú! ¿Por qué? —pregunto, confundida, con la respiración entrecortada.

—Lo siento, solo sigo órdenes —se excusa con frialdad, aprovechando mi consternación para avanzar con pasos calculados.

Rápidamente llevo la mano a mi espalda y saco mi arma, apuntándole sin vacilar al pecho.

—¡Eres un maldito traidor! —gruño, con el dedo en el gatillo.

Sus ojos se abren de par en par, y sus cejas se elevan con asombro.

—Tú no me matarás, Aurora —afirma con seguridad y da un paso hacia mí.

No le doy oportunidad de dar el segundo. Aprieto el gatillo sin dudarlo, maldiciendo en voz baja cuando la bala no sale.

El infeliz sonríe de medio lado y sigue avanzando, obligándome a retroceder hasta que mi espalda choca contra el tronco de un árbol.

Nuestros ojos se encuentran en un cruce de miradas cargadas de tensión. Él saca una jeringa de su bolsillo y mi aliento se corta de inmediato.

—Lo siento mucho, Aurora. No quiero hacer esto, me agradas... pero no tengo opción —murmura con voz tensa mientras se acerca aún más.

Intento moverme, pero mis piernas ceden y caigo sobre una rodilla. Él aprovecha mi debilidad y me agarra del brazo con brusquedad.

Forcejeo con todas mis fuerzas, pero es inútil. Siento la aguja perforar mi piel y, al instante, un ardor insoportable se extiende por mi brazo, entumeciendo todo un lado de mi cuerpo. Quiero seguir peleando, quiero seguir moviéndome, pero he perdido demasiada sangre. Apenas si puedo mantenerme consciente.

Él se aparta y mira a su alrededor, como si temiera que alguien llegase. Estoy consciente de cada uno de sus movimientos, pero mi cuerpo no responde. No sé qué demonios me inyectó, pero apenas logro sostener la consciencia.

Cuando mete la mano en la parte trasera de su pantalón y saca unas esposas, sé que el tiempo se me agota. Sin embargo, justo cuando da un paso hacia mí, un gruñido gutural lo congela en su sitio.

El sonido de unas pisadas se mezcla con el retumbar de la tormenta, y una sonrisa se dibuja en mis labios ensangrentados al reconocer el gruñido del animal.

El enorme cuerpo de Cerbero emerge de entre la oscuridad con su pelaje platinado erizado. Se coloca a mi lado con un gesto amenazante, sus patas firmes sobre la tierra húmeda. Sus ojos resplandecen con fiereza mientras camina lento, sin apartar la vista del hombre, quien retrocede aterrado.

—¿Qué diablos es eso? —balbucea, con la voz temblorosa, llevando la mano al cinturón en busca de su arma.

—Nada… solo mi bebé —murmuro con dificultad.

El hombre maldice y apunta su pistola a la cabeza del lobo. Aprieta repetidamente el gatillo, pero el disparo nunca llega. Con lentitud, levanto la mano, dejando que vea el cargador que le quité durante nuestro forcejeo.

Cerbero gruñe con más intensidad, mostrando los colmillos. Una espesa baba gotea de su boca mientras se interpone entre ambos. Me aferro al tronco del árbol y, con esfuerzo, logro ponerme de pie.

El hombre me mira con el pánico reflejado en su rostro cuando una sonrisa arrogante curva mis labios. Una sonrisa teñida de sangre.

Sé muy bien lo que va a pasar ahora.

—¿Cómo lo hiciste? ¡Maldita bruja! —grita con desesperación.

Llevo un dedo a mis labios, indicándole que guarde silencio. Cerbero, cada vez más furioso, avanza un paso.

—Espera, no puedes... —intenta hablar, pero no le doy tiempo.

—Cerbero… ¡atrápalo! —ordeno.

El lobo se abalanza sobre él con una ferocidad devastadora. Los gritos del traidor se ahogan bajo los sonidos de la carne desgarrándose y los huesos crujiendo.

Exhalo un suspiro pesado y me dejo caer contra el tronco del árbol. La sangre sigue brotando de mi abdomen. Con manos temblorosas, hurgo en el bolsillo de mi chaqueta y saco mi celular. La visión se me nubla, pero consigo marcar el número en marcación rápida.

Al segundo tono, una voz responde al otro lado de la línea.

—¿Hola? —pregunta, pero su tono cambia de inmediato—. ¿¡Hola!? ¿Aurora?

—Sebas… —mi voz es apenas un susurro trémulo antes de que el mundo a mi alrededor se desmorone.

Mi cuerpo pierde fuerza y caigo pesadamente sobre el suelo húmedo. Parpadeo, aturdida, y justo antes de que la inconsciencia me consuma, unas botas negras de combate se detienen a mi lado.

Intento levantar la cabeza, enfocar la mirada, pero es inútil.

Una silueta se inclina ante mí. Lo último que veo es un rostro cubierto por un pasamontañas negro y un par de ojos azules que me observan fijamente antes de que unas manos firmes me alcen en brazos.

Mi cabeza se apoya contra su pecho, y poco a poco, el sonido de los disparos se vuelve un eco lejano a medida que me hundo en la oscuridad.





31

AURORA

El dolor en mi cabeza es insoportable, como si estuviera a punto de estallar. Intento abrir los ojos, pero los párpados pesan demasiado. Mis costillas duelen, al igual que mi pierna. Me muevo sobre la superficie mullida en la que me encuentro, tratando de incorporarme, pero algo alrededor de mi muñeca me lo impide.

Fuerzo mis ojos a abrirse y parpadeo varias veces, intentando acostumbrarme a la luz tenue que, aun siendo baja, hace que me ardan. Lo primero que veo es el techo de madera sobre mi cabeza; lo segundo, la luz amarillenta que se filtra en la habitación; y lo tercero, que hace que frunza el ceño, es el frío metal de unas esposas sujetando mi muñeca a la estructura de hierro de la cama.

—¿Pero qué demonios...?

Me incorporo de golpe, pegando la espalda contra el cabecero de la cama, y recorro la habitación con la mirada. Todo es de madera. La ventana tiene la persiana baja, pero distingo pequeños reflejos de luz artificial en el exterior, lo que me indica que es de noche. A mi lado, sobre una mesita de noche, hay un vaso de vidrio vacío y, junto a él, una botella de agua. Elevo la vista y veo una bolsa de suero colgando de un gancho al lado de la cama.

El sonido de pasos me pone en alerta. Giro el rostro hacia la puerta justo cuando esta se abre. Sin pensarlo, agarro el vaso de la mesa y lo lanzo con fuerza en dirección a la persona que entra. El proyectil se estrella contra la madera, apenas a un lado de la cabeza de Alex, quien, como si hubiera anticipado mi ataque, se agacha en el último segundo.

—Buenas noches, princesa —su voz tranquila me irrita aún más.

Lo fulmino con la mirada, tironeando de la cadena de la esposa.

—¿Qué demonios significa esto? ¿Estoy arrestada o algo así?

—Es por seguridad —su voz es neutra.

—¿Seguridad? —repito incrédula, soltando una risa irónica.

—Sí. —Asiente, sin mirarme—. Seguridad mía. Sabía que estarías molesta cuando despertaras.

Desvía la vista hacia el vaso roto en el suelo y suspira.

—Supongo que será mejor comprar desechables.

Mi rabia se intensifica. Lo miro con tanto odio que, si no fuera porque estoy esposada, le saltaría encima y lo estrangularía con mis propias manos. Aprieto los dientes y desvío la mirada justo cuando él se acerca con gasas, antisépticos y algodones.

Es entonces cuando reparo en mi ropa. Llevo puesta una camiseta negra que claramente no es mía, lo suficientemente larga como para cubrir la mitad de mis muslos. Bajo la vista y veo que mi pierna herida está vendada.

Alex da un paso más hacia mí. Levanto el mentón y lo miro con desafío.

—¡Aléjate de mí! —espeto con furia.

Él me ignora e intenta acercarse. Me remuevo en la cama, tratando de golpearlo, pero me atrapa la muñeca libre con facilidad, inmovilizándome contra el colchón. Se inclina sobre mí hasta que su rostro queda a escasos centímetros del mío. Instintivamente echo la cabeza hacia atrás cuando sus labios casi rozan los míos.

Sus ojos, intensos y oscuros, se clavan en los míos. Por un segundo, su mirada baja hasta mi boca, pero luego regresa a mi rostro, sosteniéndome la mirada con una determinación férrea.

—Tendrás tiempo de sobra para odiarme después —dice en voz baja—, pero no voy a dejar que te desangres. Así que tienes dos opciones: me dejas tratar tus heridas o te sedo y lo hago a la fuerza. No me pongas a prueba, Aurora.

Nos miramos fijamente, ninguno dispuesto a ceder. Mis ojos, encendidos de furia, siguen fijos en los suyos hasta que bufo y, con visible desagrado, giro el rostro hacia un lado.

Alex suelta mi muñeca y, sin decir nada, empieza a subir la camiseta hasta dejar al descubierto mi abdomen. No lo miro, ni siquiera cuando retira la venda. Solo bajo la vista al sentir el aire frío contra la herida. El pequeño agujero en mi piel es un recordatorio punzante de lo que pasó.

Él trabaja con delicadeza, pero cuando el alcohol entra en contacto con la herida, la sensación es insoportable. El ardor es tan intenso que me arranca un gemido de dolor.

Alex suspira.

—La herida no es grave. La bala no tocó ningún órgano vital, pero perdiste mucha sangre. El suero ayudará, pero necesitas reposo.

Su tono profesional me saca una risa amarga.

—¿Qué pasa? Además de agente, traidor y un hijo de puta mentiroso, ¿ahora también eres doctor? —escarnece mi voz.

Él me lanza una mirada impasible antes de centrarse en lo que está haciendo.

—Dime, agente Rossi, ¿hay algún otro dato que deba saber sobre su currículum? —añado con sarcasmo.

No responde a mi provocación. En cambio, extiende una mano hacia mi rostro, como si quisiera apartar un mechón de cabello de mi cara, pero me aparto antes de que me toque. Suspira y se pone de pie.

—Sé que me odias. Lo entiendo, pero...

—¡Qué perspicaz, agente! ¿Qué fue lo que me delató? —lo interrumpo con veneno en la voz—. ¡Quiero largarme de aquí!

Esta vez sí se detiene y me mira.

—Lo siento, pero no puedo dejar que te marches. Es demasiado peligroso.

Su respuesta me deja helada.

—¿Peligroso? Tienes que estar bromeando...

—¡Puedo cuidarme sola! Y no te estaba pidiendo permiso. Suéltame, me largo de aquí.

—¡No! —replica con firmeza—. En este momento, no hay nadie mejor que yo para protegerte. Lo que pasó hoy lo confirma.

—¿Protegerme? —Lo miro con incredulidad—. ¿Te volviste loco? ¡No te necesito! Y no finjas que te importa.

—Lo lamento, princesa, pero no lo haré —su voz es tranquila, pero tajante—. Porque ahora mismo, ni siquiera el diablo puede protegerte como yo.

Dicho eso, gira sobre sus talones y sale de la habitación, cerrando la puerta con llave tras él.

Mi pecho sube y baja acelerado. La rabia me carcome por dentro.

—¡Alex! ¡Alex! ¡Maldición, Alex! —grito, golpeando la cama con mi puño libre—. ¡Maldito hijo de puta! ¡Te odio, maldito traidor!

No hay respuesta.

—¿Me oyes? ¡Jamás voy a perdonarte! ¡Maldito traidor! ¡Te odio! ¿Me escuchas? ¡Voy a matarte!

Mi respiración es errática. La garganta me arde de tanto gritar. Pero el silencio del otro lado de la puerta es absoluto.

ALEX

Me detengo al otro lado de la puerta con los ojos cerrados, escuchando los gritos furiosos de Aurora. Aprieto con fuerza la bandeja en mi mano y dejo escapar un suspiro antes de acuclillarme para recoger los trozos de vidrio esparcidos por el suelo. El vaso que me arrojó a la cabeza yace hecho pedazos. Fue un descuido dejar a su alcance algo que pudiera usar para atacarme.

Miro de reojo al lobo echado junto a la puerta. Al notar mi atención, el animal levanta la cabeza de entre sus patas y me observa en silencio.

—¿Tú no me odias, eh? —murmuro con ironía.

El lobo ladea la cabeza, como si intentara descifrar el significado de mis palabras.

—Será mejor que esperes aquí hasta que Aurora se calme, amigo —le advierto con un susurro.

El animal me mira unos segundos más antes de volver a apoyar la cabeza sobre sus patas, indiferente a la tormenta que ruge al otro lado de la puerta. La sangre seca en su hocico me recuerda al malnacido de Tomás, y la ira me golpea con la fuerza de un puño. Aprieto la mandíbula al considerar la posibilidad de que él haya estado involucrado en esto. Lo conocía desde hacía años, confiaba en él… y resultó ser un maldito traidor. Lo que significa que cualquiera puede serlo.

No puedo confiar en nadie.

Y si no puedo confiar en nadie, tampoco puedo permitir que Aurora lo haga.

La mujer que ahora maldice mi nombre entre gritos y obscenidades no entiende que estoy haciendo esto por ella.

Miro por encima del hombro la puerta que nos separa y exhalo con fuerza. Supongo que, en cierta forma, ahora sé lo que ella sintió al descubrir quién soy realmente. Después de todo, Tomás era mi amigo.

Recuerdo con claridad los gritos de esos bastardos, la desesperación en sus voces por capturarla. No querían matarla… la querían viva. «La hija del diablo», dijeron. Querían usarla para joderlo, para derribar a su padre.

Una molesta voz en mi cabeza me susurra que yo no soy mejor que ellos, que también pensé en utilizarla para destruir a su padre. Y que ese es el verdadero motivo por el cual ahora me odia.

Puede odiarme todo lo que quiera.

Pero mientras yo respire, no dejaré que la toquen.

Esto tiene que ver con las amenazas que su padre ha estado recibiendo durante años, no tengo la menor duda. Y no pienso dejar que esa mierda la alcance.

Si para protegerla tengo que encerrarla aquí hasta que acabe con ellos, lo haré.

Incluso si en el proceso debo venderle mi alma al diablo.



Bajo por el pasillo en dirección a las escaleras y dejo la bandeja sobre la encimera de mármol de la cocina. Estar aquí no es fácil para mí. Remueve demasiados recuerdos de mi infancia, pero no tenía opción. Nadie, excepto Aurora, sabe que aún conservo la cabaña de mis padres. Y, por fortuna, está lo suficientemente aislada de la ciudad como para que nadie la encuentre.

Solo se puede llegar aquí en coche, atravesando el bosque o cruzando el lago. Y aun si lograran hacerlo, el sistema de seguridad que estoy instalando es de última generación. Nadie pondrá un pie en un radio de cien metros sin que yo lo sepa primero.

Apoyo las palmas sobre la encimera e inclino la cabeza hacia adelante, tratando de organizar mis pensamientos. La placa aún cuelga de mi cuello. La arranco con molestia y la azoto contra la mesa. No la necesito. No ahora.

Sobre la estufa del salón, las llamas crepitan con suavidad. Saco el teléfono de Aurora del bolsillo y lo observo por un segundo antes de lanzarlo al fuego.

Conociendo al diablo de su padre, sé que, si aún no lo ha hecho, intentará rastrearla.

Pero ya no podrá.

Me giro y camino de regreso a la cocina, buscando algo para preparar la cena. Probablemente Aurora esté en este momento pensando en qué otro objeto podría lanzarme a la cara.

El sonido de mi teléfono me detiene. Echo un vistazo a la pantalla y corto la llamada de inmediato. Ignoro el número. Sé perfectamente quién es.

Al instante, un mensaje del capitán llega:

¿¡QUÉ DIABLOS ESTÁS HACIENDO, ROSSI!? ¡TRAIGA SU TRASERO A LA BASE AHORA!

Ruedo los ojos y dejo el teléfono sobre la mesa. Otro número desconocido parpadea en la pantalla. Pero esta vez no lo ignoro.

Contesto.

—Solo lo diré una vez —gruñe una voz al otro lado de la línea—. Más te vale devolver a mi hija sana y salva ahora mismo, pedazo de mierda, o te juro que acabaré contigo.

Bostezo, aburrido.

Hoy todos se han dedicado a mandarme al carajo.

—Lo siento, pero está mejor conmigo —respondo con calma, disfrutando del estallido de rabia del otro lado.

—Escúchame bien, pedazo de basura inmunda… si no traes a Aurora a casa, voy a desmembrarte vivo con mis propias manos y luego le daré de comer tu cuerpo a todos tus parientes.

Suelto una carcajada sin humor.

—Difícil. No tengo parientes, Rinaldi. Y, como te dije, ella está a salvo conmigo. Te recuerdo que casi la matan dos veces bajo tus narices. No habrá una tercera. Lo haré a mi manera.

Silencio. Luego, el tamborileo de sus dedos contra una superficie.

—¿Está herida? —pregunta de repente, con la voz ronca.

Suspiro antes de responder.

—Me estoy ocupando de eso. Estará bien.

Un suspiro de alivio se filtra a través de la línea. Sonrío cuando el silencio se extiende entre nosotros. Sé lo que está haciendo.

Y lo confirmo cuando maldice.

—No pierdas tu tiempo, diablo. Mi teléfono es satelital. No puedes rastrearlo.

—¡Hijo de puta bastardo! —gruñe—. Devuélveme lo que me pertenece o te juro que…

Cuelgo antes de que termine la frase.

Guardo el teléfono en el bolsillo y me giro en dirección a la cocina.

—Podrá ser el padre de Aurora, podrá ser el rey de la mafia y todas las mierdas que quiera… pero nadie puede cuidarla y protegerla mejor que yo.

El sonido de vidrios rotos me obliga a alzar las cejas.

Mierda.

Saco el arma y subo las escaleras de dos en dos, con el corazón latiéndome en la garganta ante la posibilidad de que alguien haya logrado entrar.

Empujo la puerta de la habitación con violencia y escaneo el interior con rapidez.

Lo primero que veo es la ventana destrozada.

El gancho del suero sobresale del vidrio roto, incrustado en la persiana.

Y, de pie en el centro de la habitación, Aurora me aniquila con la mirada. Sus ojos brillan con furia.

—¡Al fin, maldito animal! —me espeta con veneno.

Ruedo los ojos ante el insulto.

—Necesito ir al baño —escupe, sacudiendo la mano aún esposada a la cama—. ¿Estoy autorizada? ¿O debes consultarlo en Washington primero?

Su tono es puro veneno.

Deslizo la mirada hacia los objetos esparcidos por el suelo y luego hacia la ventana destrozada.

Parece que la niña me dará más problemas de los que pensaba.



32

ALEX

Llevo el vaso a mis labios y bebo un sorbo de whisky, manteniendo la mirada fija en el fuego que arde en la estufa, calentando la habitación. Afuera, el sonido de los rayos y la lluvia azotando contra la ventana es lo único que se escucha en la profundidad del bosque que nos rodea. El silencio es casi tangible, interrumpido solo por la tormenta que parece no dar tregua.

Levanto la vista hacia el reloj en la pared mientras doy otro sorbo a mi vaso. Suspiro y lo dejo sobre la mesa frente a mí, repitiendo el mismo ritual de cada noche desde que llegamos aquí, hace cinco días. Finalmente, me levanto del sofá y camino hacia las escaleras de madera, que crujen bajo el peso de mis pasos con cada escalón que subo.

El pasillo sigue igual que siempre, con las fotografías familiares colgadas en las paredes, testigos de un pasado que ya no existe. Me detengo frente a la puerta de su habitación y exhalo lentamente antes de tomar el pomo y girarlo con cautela, empujando la puerta hacia adentro.

La luz tenue ilumina la estancia, proyectando sombras en las paredes. Aurora sigue dormida en la cama, su cuerpo cubierto parcialmente por las mantas. En su pierna sana, la cabeza de Cerbero reposa con tranquilidad. Al notar mi presencia, el lobo levanta la cabeza y me observa con ojos atentos, pero en lugar de gruñir, menea la cola en un gesto de reconocimiento.

«Nunca pensé sentir celos de un animal», murmuro en mi mente, entrecerrando los ojos cuando el maldito vuelve a acomodarse sobre sus piernas, completamente indiferente a mi presencia. Pero reconozco que Cerbero es un bastardo afortunado.

Él sí puede dormir junto a la mujer que cada vez que me ve, me lanza lo primero que encuentra a la cabeza.

Le hago un gesto con el dedo índice sobre mis labios, pidiéndole silencio, aunque sé que el lobo no puede entenderme—o tal vez sí, y simplemente decide ignorarme—. Desvío la mirada hacia ella. Aurora duerme profundamente, con el pecho subiendo y bajando al compás de su respiración pausada.

Una de sus manos descansa sobre su abdomen, mientras la otra sigue esposada al cabecero de la cama, apoyada sobre la almohada. Su cabeza se inclina hacia un lado, y un mechón de su largo cabello negro cae, cubriendo parte de su rostro.

Vuelvo a fijarme en su muñeca atrapada por el metal y cierro los ojos por un instante cuando la culpa me golpea de lleno.

Odio tenerla aquí contra su voluntad. Me repito todos los días que es por su bien, que no tengo otra opción... pero es mentira. Sé que, si la dejo ir, desaparecerá para siempre, y jamás volveré a verla. Y eso es algo que simplemente no puedo permitir.

—Lo siento, princesa —susurro con voz baja, apartando con mis dedos el cabello que cubre su rostro—, pero no voy a dejar que nada te lastime.

Intento convencerme de que ese es el único motivo por el que la retengo, aunque en el fondo sé que hay mucho más detrás de mi decisión.

Suspiro antes de girarme y tomar la bandeja de la mesa. Suelto otra exhalación pesada al ver que, como cada noche, la comida sigue intacta. Aurora no ha probado bocado en días, y si sigue así, terminará enfermando. Si eso sucede, tendré que volver a colocarle un suero, algo que sé que ella detesta tanto como yo.

Dejo la botella de agua sobre la mesa y, cuando me dispongo a salir de la habitación, siento un leve tirón en el brazo.

—Alex… —susurra con voz ronca.

Me tensa escuchar mi nombre en sus labios después de días de silencio.

La miro con las cejas ligeramente alzadas, sorprendido. Hasta ahora, ni siquiera cuando entraba a curar sus heridas había pronunciado palabra. Siempre evitaba el contacto visual, girando el rostro hacia otro lado hasta que terminaba y me marchaba.

—Lamento si te desperté —digo en tono bajo, pero casi quiero darme un golpe cuando veo que sonríe apenas de lado antes de humedecer sus labios.

—¿Podrías darme agua? —pide con voz suave—. No me siento bien.

Su debilidad es evidente en la forma en que parpadea lentamente, como si el esfuerzo de hablar la agotara.

De inmediato, dejo la bandeja sobre la mesa y tomo la botella de agua. Se la extiendo, pero cuando no hace ademán de tomarla, entiendo lo que quiere y desenrosco la tapa antes de acercarla a sus labios.

Bebe con lentitud, sin apartar sus ojos grises de los míos. Su garganta se mueve con cada trago, y sin quererlo, sigo el recorrido de su lengua cuando se pasa la humedad por los labios.

Parpadeo y aparto la mirada, reprimiendo el calor que se instala en mi vientre. Me enderezo y tomo la bandeja de nuevo, listo para marcharme, pero su voz vuelve a detenerme.

—Alex… por favor, quítame esto. Prometo que no intentaré nada.

Aprieto la mandíbula.

Quiero creerle. Quiero confiar en que no intentará escapar, porque odio tenerla esposada como un maldito animal.

—Por favor —insiste con un tono de súplica que me desarma por completo.

Su voz quebrada, la forma en que sus ojos brillan por las lágrimas contenidas… todo en ella me hace sentir como un completo bastardo.

Suelto un suspiro y me giro hacia ella. Sus pupilas dilatadas siguen cada uno de mis movimientos mientras me acerco y me siento en la cama. Esta vez, no retrocede cuando levanto una mano y le acaricio la mejilla con suavidad.

—Si libero las esposas, ¿prometes que comerás? —pregunto, analizando su reacción.

Frunce el ceño y duda por un instante antes de asentir.

—¿Y no intentarás matarme? —bromeo con una media sonrisa.

Ella niega con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa.

Dudo un segundo más antes de deslizar la mano en el bolsillo de mis pantalones y sacar la llave. Con un clic metálico, libero su muñeca.

Ella la frota de inmediato, y cuando la tomo con cuidado para examinarla, veo la marca roja que ha dejado el metal contra su piel. No está herida, pero la irritación es evidente.

Ella me observa en silencio cuando inclino la cabeza y dejo un beso sobre su muñeca. Por un instante, el mundo parece detenerse.

—Voy a prepararte otra cosa para cenar. Esto ya está frío —murmuro, poniéndome de pie.

Ella asiente sin protestar.

Salgo de la habitación y cierro la puerta con llave antes de bajar a la cocina. Me muevo con rapidez, sacando los ingredientes para preparar algo más. Mientras la pasta hierve y la salsa se calienta en la cacerola, escucho un estruendo proveniente del piso de arriba.

Un mal presentimiento me golpea.

Suelto lo que tengo en las manos y corro escaleras arriba, rebuscando las llaves en mi bolsillo con torpeza.

Al abrir la puerta, mis ojos recorren la habitación con urgencia.

Aurora no está.

La ventana es lo primero que veo: los vidrios rotos en el suelo confirman mis temores.

—Mierda… —maldigo en voz baja.

Me apresuro hasta la ventana y, a pesar de la lluvia y la oscuridad, la distingo corriendo hacia el bosque.

Aprieto los dientes.

—Me mintió… me manipuló como a un maldito idiota.

Tomo la linterna y salgo tras ella. La tormenta arrecia, y el viento helado me golpea el rostro mientras corro entre los árboles.

No la veo, pero sé que no puede haber ido demasiado lejos.

Y no pienso dejarla escapar.

Una sombra se desliza entre los árboles, y el crujido de las ramas a lo lejos me pone en alerta. Apuro el paso y corro, sintiendo la humedad de la tierra bajo mis botas, hasta que me detengo en seco y giro sobre mis talones, recorriendo la zona con la mirada. No hay nadie.

Doy otro paso, pero antes de que pueda reaccionar, un impacto brutal en la espalda me hace perder el equilibrio. Caigo de rodillas, con un jadeo ahogado escapando de mis labios. Apenas tengo tiempo de recuperar el aliento cuando me empujan de nuevo, pero esta vez estoy preparado. Me incorporo con rapidez y me volteo, solo para encontrarme con Aurora, de pie frente a mí, sosteniendo un arma entre sus manos.

Mi arma.

Llevo la mano al cinturón por instinto y sonrío al notar el vacío en la funda. Niego con la cabeza.

—Devuélvela, Aurora.

Ella no se mueve. Sus dedos se aferran con firmeza al cañón, y la tensión en su mandíbula me dice que no piensa ceder. Me mira con el ceño fruncido, su respiración agitada y el brillo de la lluvia reflejándose en su piel.

Doy un paso al frente, enfrentándola con cautela.

—¡Aléjate de mí! —advierte, pero esta vez su voz no tiene el filo amenazante de la última vez que me apuntó con un arma.

Ignoro la advertencia y me acerco otro paso. Ella retrocede de inmediato, su mirada inquieta saltando de un lado a otro, como si buscara una vía de escape. Pero lo que realmente llama mi atención es su pierna. La sangre ha atravesado la venda improvisada y empapa la tela de su pantalón.

—Aurora... —murmuro, suavizando el tono—. Estás sangrando. Baja el arma y vuelve a la cabaña.

—¡No pienso bajar nada! —escarba en su garganta con una rabia que no sé si va dirigida a mí o a sí misma—. Si tú quieres seguir jugando a Caperucita y el lobo en medio del bosque, adelante, ¡pero yo me largo!

Aprieto la mandíbula.

—No puedo dejarte ir, Aurora. Lo sabes. Esto es por tu bien. Alguien te quiere muerta, y yo solo intento protegerte.

—¡Y a mí qué demonios me importa lo que tú quieras! —me escupe las palabras como un veneno ardiente—. No tolero verte. ¡Eres un traidor! Te odio, Alexander. Te odio con cada parte de mi ser. Verte solo me recuerda lo estúpida que fui al dejarte entrar en mi vida, en mi hogar... en mi corazón.

Su pecho sube y baja con furia contenida, y veo el temblor en su mano mientras se aferra a un pequeño colgante en su cuello, como si fuera lo único que la mantiene en pie.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier bala. Trago con dificultad el nudo que se forma en mi garganta porque, aunque le mentí sobre quién soy, nunca mentí sobre lo que siento por ella. La amo. Con locura. Y escucharla gritarme que me odia es como si me arrancaran el corazón del pecho con las manos desnudas.

Doy un paso hacia ella.

Ella también retrocede, pero esta vez su vacilación es evidente. Me apunta de nuevo con el arma, su dedo tenso sobre el gatillo.

No me detengo.

Sigue retrocediendo, hasta que alza el arma y dispara al cielo en una última advertencia.

No me inmuto.

En dos zancadas estoy frente a ella, acercando mi pecho al cañón de la pistola. Su respiración es errática. Su mirada, un torbellino de emociones contenidas.

—La cagué, ¿de acuerdo? —mi voz es áspera, teñida de dolor—. Lo sé. Te mentí sobre quién era. Pero no miento cuando digo que te amo. No miento cuando digo que haría lo que fuera por ti. Daría mi vida por ti sin dudarlo un segundo.

Coloco mi mano sobre la suya y presiono el arma contra mi pecho.

—¡Mátame, princesa! ¡Me da igual... porque cada día que no te tengo, ya estoy muriendo!

Ella tiembla.

Aprieto más fuerte su mano contra el arma.

—Vamos, Aurora. Dispara. Acaba con esto.

La lluvia nos empapa, cada gota rodando por nuestros rostros como si el cielo llorara en nuestro lugar. La veo morderse el labio con fuerza, su pecho agitado por la respiración entrecortada. Su barbilla también tiembla.

Hasta que el arma resbala de sus dedos y cae al suelo.

Y entonces comienza a golpearme.

Golpea mi pecho con puños desesperados, furiosa, destrozada, su llanto ahogándose en cada insulto que me lanza.

—¡Debería matarte, maldito! —su voz se quiebra—. ¡Debería acabar contigo ahora mismo! ¡Te odio, Alexander! ¡Te odio y, aun así, no puedo matarte!

Sus golpes van perdiendo fuerza hasta que, como si el peso de su propio dolor fuera demasiado, sus rodillas ceden y su cuerpo se desliza hacia el suelo.

La atrapo antes de que toque la tierra mojada.

La envuelvo en mis brazos, sosteniéndola contra mí mientras la lluvia sigue cayendo, implacable, borrando las líneas entre su llanto y la tormenta. Su respiración es errática, su cuerpo temblando contra el mío, y entonces su último susurro me alcanza como un cuchillo enterrándose en mi carne.

—Te odio... —musita contra mi pecho, con el hilo de voz que le queda—. Te odio, pero no puedo dispararte... ¿Por qué no puedo matarte?

Un sollozo se escapa de sus labios antes de que su frente caiga contra mi pecho y su cuerpo se desmaye en mis brazos.

Cierro los ojos y paso saliva con dificultad. Apoyo mi mentón sobre su cabeza por un instante, sosteniéndola con firmeza.

—Porque me amas, princesa… —susurro, acariciando su cabello con suavidad—. Me amas tanto como yo te amo a ti.

Y sin perder más tiempo, la alzo en mis brazos y camino de regreso a la cabaña.



33

AURORA

Despierto y abro los ojos lentamente, justo a tiempo para ver cómo Alex sale de la habitación. Escucho el sonido de la cerradura cuando cierra con seguro la puerta, y al bajar la mirada, descubro que mi muñeca vuelve a estar esposada. Suelto un resoplido y, con resignación, observo la ropa seca que ahora llevo puesta: otra camisa de Alex.

Instintivamente, jalo el cuello de la tela hasta mi nariz y aspiro su aroma. Su perfume sigue impregnado en la tela, avivando una nostalgia que me carcome por dentro. Esta distancia me está matando. La incertidumbre y la confusión no me dejan en paz, porque, a pesar de sus mentiras, de haberme engañado desde el principio, y de lo poco que me agrada estar encerrada, algo dentro de mí se aferra a creerle cuando dice que lo hace para protegerme.

Sus acciones, la manera en que me mira cada vez que le grito o lo insulto, esperando que le exija mi libertad, me dicen que no miente. O, al menos, eso es lo que mi corazón quiere creer.

Suspiro y dejo caer la espalda contra el cabecero de la cama, mientras mi mente se atormenta con la misma pregunta de siempre: ¿por qué no jalé del gatillo? Tuve la oportunidad de matarlo y escapar de aquí, y no lo hice. A pesar de saber que es un traidor. A pesar de saber que acabará con todo lo que amo. Porque ese es su trabajo. Porque lo que yo amo, a él le importa una mierda.

—¡Dios...! —susurro entre dientes, apretando los párpados con frustración—. Mi mente va a estallar. Ya no sé ni qué pensar.

Echo la cabeza hacia atrás y, con los ojos cerrados, los recuerdos en el bosque me golpean como una oleada implacable:

—¡La cagué! ¿Está bien? ¡Lo sé! Te mentí sobre quién era, pero no miento cuando digo que te amo, ¡y que soy capaz de hacer lo que sea por ti!

—¡Mátame, princesa! ¡Me da igual... porque cada día que no te tengo, ya estoy muriendo!

Las palabras de Alex se repiten una y otra vez en mi mente, como un eco cruel que se niega a desvanecerse. Siento que me ahogan, que me asfixian, impidiéndome razonar con claridad. Suspiro con cansancio y me recuesto de lado, apoyando una mano sobre mi abdomen. Mi cuerpo se rinde al agotamiento y, por segunda vez, cierro los ojos.

ALEX

Abro los ojos y me enderezo en el sofá con un suspiro pesado. El fuego de la estufa se ha extinguido y la luz de la mañana se filtra a través de la ventana, proyectando sombras opacas en la cabaña. Me pongo de pie y dejo sobre la mesa el vaso vacío que aún sostenía entre mis dedos. Masajeo mi cuello, entumecido por la postura incómoda en la que dormí, y camino hacia la ventana.

Afuera, el cielo sigue cubierto por nubes grises. La lluvia no ha cesado en toda la noche, y los árboles continúan mecidas por el viento con una furia inquebrantable. Aprieto los labios y me giro sobre los talones, encaminándome a la cocina.

Enciendo la cafetera y, mientras el aroma del café se esparce en el aire, preparo una bandeja con tostadas, jugo y un bistec aparte para Cerbero. Apoyo las manos en la isla de la cocina y respiro hondo, tratando de despejar mi mente, hasta que el sonido insistente de mi teléfono interrumpe el silencio.

Frunzo el ceño al ver el nombre en la pantalla y, sin pensarlo demasiado, deslizo el botón rojo, cortando la llamada. Cassiano Rinaldi ha dejado de insistir desde ayer. Y aunque debería sentir alivio, la inquietud me carcome. No es un hombre que se rinda fácilmente. Menos cuando se trata de su familia.

Sirvo una taza de café y tomo la bandeja antes de dirigirme a la habitación de Aurora. Sé que me espera una avalancha de insultos y gritos por haber vuelto a esposarla, pero no me dejó otra opción. No puedo arriesgarme a que intente escapar otra vez. Aún está débil, y si no se alimenta, no mejorará. Sus heridas todavía no sanan por completo y podrían infectarse.

Tomo aire, meto la llave en la cerradura y la puerta cede con un clic. Pero en cuanto entro, algo me hace detenerme en seco.

La habitación está en completo silencio.

Mi mirada baja hasta Cerbero, que está echado en el suelo con la cabeza apoyada en la cama, justo al lado de la mano libre de Aurora. El lobo empuja su mano con el hocico y deja escapar un gemido lastimero. Pero ella no se mueve.

Dejo la bandeja sobre la mesita de noche y me acerco a la cama con el ceño fruncido. Cerbero insiste, lloriqueando con un sonido que jamás antes le había escuchado.

—Aurora… —mi voz es un susurro impaciente—. Esto ya es demasiado infantil. Debes desayunar algo. Si no comes, no mejorarás.

Silencio.

Nada.

El lobo vuelve a empujar su mano y un escalofrío recorre mi espalda cuando noto que sigue sin reaccionar. Con un mal presentimiento ardiéndome en el pecho, aparto la manta que la cubre y, en cuanto la veo, mi estómago se revuelve.

Está sudando. Su piel está demasiado pálida y su cabello húmedo se le pega al rostro. Llevo una mano a su frente y maldigo en voz baja al sentir su temperatura elevada.

—¡Diablos! —gruño, sacando las llaves de las esposas y liberando su muñeca en cuestión de segundos.

Le doy pequeñas palmadas en el rostro, tratando de despertarla.

—Sabía que lo de ayer traería consecuencias… —mascullo con frustración.

Solo a ella se le ocurre correr bajo la tormenta, en medio del bosque, con dos heridas de bala aún abiertas.

La cargo en mis brazos y camino con prisa hacia el baño. Sin perder tiempo, abro la ducha y meto su cuerpo, aún vestido, bajo el agua fría. Su reacción es instantánea: su cuerpo se estremece y un quejido escapa de sus labios temblorosos.

—Oye… princesa… ¿me escuchas? —murmuro con la voz ronca.

Ella medio abre los ojos y susurra, con la voz quebrada:

—Alex... T-tengo... fr-frío…

Sujeto su nuca con una mano y, sin pensarlo, deposito un beso en sus labios helados antes de atraerla más a mi pecho.

—Lo sé, pero esto ayudará a bajarte la fiebre, ¿de acuerdo? —le hablo con suavidad.

Aurora asiente débilmente y apoya la frente contra mi pecho.

—No te odio… —susurra con dificultad.

Mis músculos se tensan.

—De verdad quiero hacerlo... —continúa—. Porque tú acabarás con todo lo que amo. Pero no puedo.

Un puño invisible se cierra alrededor de mi pecho. Aprieto la mandíbula y levanto su rostro con cuidado, limpiando las lágrimas que resbalan por sus mejillas antes de besarla con delicadeza. Su sabor es cálido, familiar, y cuando no me aparta, un nudo se forma en mi garganta.

—Te juro que jamás haré nada que pueda lastimarte… de ninguna manera. —Mis palabras son una promesa que pesa como una condena.

Pero Aurora solo cierra los ojos y susurra:

—Pero lastimarás a mi familia. Y nunca podré perdonarte por eso.

Mi mente se acelera, al igual que mi corazón, y las palabras salen antes de que pueda detenerlas:

—Mi vida ahora te pertenece, Aurora Rinaldi. —La estrecho contra mí y dejo un beso sobre su frente—. Ha sido así desde el día en que te conocí.



Salgo de la ducha con la chica semiinconsciente en mis brazos. Su piel está helada y su respiración es débil, pero aun así se aferra a mí con la poca fuerza que le queda. Sin soltarla, saco una bata del clóset y la coloco con cuidado en el sofá junto a la cama.

Empiezo a quitarle la ropa mojada, y aunque apenas tiene fuerzas, me ayuda como puede, deslizándose contra el respaldo. Su silencio me preocupa. No se queja, no tiembla, solo me observa con los ojos entrecerrados, como si luchara por mantenerse despierta.

Después de quitarle la ropa húmeda, reviso las vendas de sus heridas. La del abdomen y la pierna han vuelto a sangrar, así que las retiro con delicadeza y vendo ambas zonas nuevamente, asegurándome de no hacerle daño. Luego le coloco la bata seca y la ajusto con un lazo en la cintura.

—Espera un momento aquí, voy a cambiar las sábanas.

Asiente sin abrir los ojos y apoya la cabeza contra el respaldo del sofá.

Voy hasta la cama y reemplazo el juego de sábanas por unas limpias. Al terminar, la levanto con cuidado y la acuesto en el colchón. Se siente tan frágil, tan liviana entre mis brazos, que por un

instante temo lastimarla. Sus facciones relajadas contrastan con la palidez de su rostro.

La cubro con las mantas y me giro para salir en busca de algo caliente para que beba, pero antes de dar un paso, siento un tirón en mi ropa.

—Tengo mucho frío —susurra con la voz rota, los ojos apagados, vacíos como nunca antes los he visto.

Me inclino un poco y acaricio su cabeza.

—Voy a traer otra manta.

Pero ella niega suavemente.

—No. Tengo frío cuando tú no estás conmigo.

Sus palabras se clavan en mi pecho como un golpe seco. Aprieto los labios y frunzo el ceño, intentando contener la oleada de emociones que su voz provoca en mí. Se mueve levemente, dejando espacio a su lado en la cama. Entiendo la indirecta y, aunque sé que tal vez solo lo dice por lo mal que se siente en este momento, no me atrevo a negarme.

Me quito la camisa empapada y me pongo de pie para tomar un bóxer y un pantalón de chándal del clóset. Me cambio rápidamente y me acerco a ella, ahora solo con los pantalones puestos.

Cuando me ve, sus ojos recorren mi cuerpo con lentitud. Está agotada, lo noto en la pesadez de sus párpados, pero aun así me dedica una pequeña sonrisa. Una tenue, frágil, pero real. Como un rayo de sol que se filtra en medio de la tormenta. Como un calor inesperado que se expande en mi pecho vacío.

Me meto en la cama junto a ella y nos cubro a ambos con la manta. Cerbero se acomoda a nuestros pies, su respiración tranquila acompañando el silencio de la habitación. Vacilo por un instante, pero al final cedo y la envuelvo entre mis brazos.

Pienso que quizás va a apartarse, que todavía hay una barrera entre nosotros… pero en lugar de eso, apoya la cabeza en mi pecho y se acurruca, como tanto me gusta. Un escalofrío me recorre la espalda cuando siento su respiración cálida contra mi piel desnuda. Instintivamente, paso los dedos por su cabello, dejándolos enredarse entre los mechones húmedos.

Bajo la mirada para observarla dormir. Su expresión parece más serena ahora, como si por fin encontrara un poco de paz. Con cuidado, deslizo dos dedos bajo su mentón y alzo su rostro. Dejo un beso rápido en sus labios y luego entrelazo mi mano con la suya.

Mi decisión está tomada. No hay vuelta atrás.

Puede venírseme el mundo entero encima, pero me niego a volver a fallarle. Me niego a lastimarla de cualquier forma.

Y si para protegerla debo venderle mi alma al diablo… entonces arderé en el infierno.

34
AURORA

Despierto lentamente, girando mi cuerpo sobre la cama. Extiendo la mano hacia el lado vacío junto a mí y, al sentir la ausencia de las esposas, me siento de golpe. Mis ojos recorren la habitación, encontrándome completamente sola. Mi mirada se posa sobre el pantalón negro y la playera gris de mangas largas sobre la cama. Frunzo el ceño, observando con cierta desconfianza el entorno, esperando que Alex aparezca de algún lado con unas esposas o algún grillete, pero no pasa nada.

Con la ayuda de la mesita de noche me levanto, tomo la ropa a los pies de la cama y, con movimientos lentos, me visto y me calzo las pantuflas. Me acerco con cautela a la puerta de la habitación y me sorprendo al girar el pomo, sintiendo cómo el cerrojo cede.

Cruzo la puerta y avanzo por el pasillo con pasos lentos, una mano sosteniendo mi abdomen mientras aún cojeo con la pierna derecha, pero continúo avanzando. A lo largo del pasillo, mis ojos se posan en las fotografías que cuelgan de las paredes. Sonrío cuando mi vista se detiene en una en particular: tres personas y un perro.

Los dos adultos son un hombre de cabello castaño y ojos azules, a quien reconozco como el hombre en las fotografías del departamento de Alex, y a su lado, una joven mujer de cabello negro y ojos cafés. Entre ambos, un niño con cabello castaño oscuro y ojos azules sonríe hacia la cámara, abrazado a un enorme pastor alemán.

Mis dedos se deslizan sobre la imagen, tocando el rostro de Alex cuando no tenía más de nueve años. Se veía tan... feliz. Sonrío, y con una mano, quito el portarretrato de la pared para observarlo mejor. Deslizo mis dedos por la figura del perro al lado del niño sonriente.

—Max... —susurro, al darme cuenta de que no mentía sobre el perro.

Siento cómo su pecho se presiona contra mi espalda, su respiración cálida golpeando mi nuca mientras suspira con pesar.

—¿Creíste que mentía también sobre eso? —pregunta. No volteo para mirarlo.

Vuelvo a mirar la fotografía en mis manos, el dolor por no entender qué les ocurrió a sus padres llenándome de dudas.

—¿Qué...? —me callo, al ver cómo su pecho se pega aún más a mi espalda y su mano toma la fotografía de entre mis manos.

Volteo lentamente, quedando entre su pecho y la pared. Levanto la cabeza, inclinándola hacia atrás, para verlo a los ojos. Pero no me mira a mí, sino a las personas en la fotografía. Su mirada llena de dolor está fija en ellas. Después de un momento, deja escapar un suspiro cansado, coloca la fotografía de nuevo en la pared y regresa su atención hacia mí.

—¿Tienes hambre? —pregunta de pronto. Asiento, dando por terminado el tema de su familia.

Un jadeo se me escapa cuando, sin previo aviso, me alza como si no pesara nada y se voltea en dirección a las escaleras. Yo me limito a sostenerme con mis brazos rodeando sus hombros, mientras observo la preciosa cabaña en la que habíamos estado solo una vez.

Se detiene junto a la isla de la cocina y me acomoda en uno de los bancos junto a la ventana, mientras se gira hacia el refrigerador. Observo su espalda cubierta por la camiseta negra y bajo la mirada a sus brazos fuertes y tatuados. Los músculos se le marcan cuando flexiona el brazo para sacar unas tazas del estante y las coloca sobre la mesa con precisión. Nada está fuera de lugar y frunzo el ceño al notar que acomoda los cubiertos perfectamente rectos, al igual que la taza sobre el platillo.

—¿Tienes un toc?—pregunto al fin, y él detiene su mano a medio camino, cuando está por tomar algo de la alacena.

—No sé si llamarlo así... esa palabra me suena ofensiva, aunque... —piensa por un momento, girándose mientras toma una tostada y deja el azúcar sobre la mesa, justo en medio de ambas tazas—. Dado todo lo que me han insultado últimamente... creo que esa palabra ya no me parece tan ofensiva en comparación.

Finaliza y una sonrisa sincera comienza a tirar de mis labios, pero me obligo a apartar la mirada cuando su rostro queda a centímetros del mío. Muerde una tostada frente a mí, con los brazos apoyados en la mesa.

—Si bueno... quizás te los merecías —respondo, sonando más agresiva de lo que pretendía. Esto provoca un suspiro de él, quien se aleja de nuevo.

Vuelvo a mirarlo de soslayo y, esta vez, me animo a preguntar:

—Alex... ¿qué le pasó a tu familia?

Su cuerpo se tensa un momento, veo cómo los músculos de su espalda se contraen, pero se endereza y carraspea sin voltear mientras sigue preparando el desayuno. Tras unos segundos de silencio, donde parece que no obtendré respuesta, finalmente habla.

—Yo... tenía diez... —comienza—. Mi padre era... agente, acababan de ascenderlo y mi madre era enfermera. La mayoría de las veces se la pasaba curando mis heridas, era un chico demasiado torpe y travieso. —Sonrío al imaginarlo de pequeño dando problemas—. Vivíamos aquí... es decir... crecí aquí, pero no fue en este lugar donde... en fin. Mi padre había sido ascendido y mi madre esa noche no tenía turno doble en el hospital. Ellos querían pasar un momento en familia, los tres. Así que sugirieron pedir comida rápida y ver una película todos juntos.

Lo observo mientras su espalda se tensa y los músculos de sus brazos se marcan cuando aprieta las manos sobre el mármol de la encimera. Permanezco en silencio, escuchando.

—Pero a mí se me ocurrió la brillante idea de que no quería quedarme en casa. Era la primera vez en mucho tiempo que estábamos los tres juntos, así que dije que quería salir a cenar fuera. A mamá le encantó la idea y papá adoraba complacerla, así que treinta minutos más tarde estábamos sentados en un bonito restaurante de comida italiana.

»Mamá sonreía como siempre y papá no le quitaba los ojos de encima, mientras que, por mi parte, me concentraba en no ensuciarme la playera con la salsa boloñesa. La noche iba perfecta, hasta que... unos hombres entraron con armas de grueso calibre, disparando a todo lo que se movía. Papá logró atropellarme y llevarme al suelo, pero no pudo cubrir también a mi madre. Entonces, en medio de las balas, alcé la cabeza y la vi. Su cabeza caía sobre el plato y sus ojos me miraban, pero ya no brillaban.

»Del agujero en su frente corría la sangre, empapando su cara. Grité y traté de moverme, intentando acercarme hasta ella, pero sentí el peso de mi padre cubriéndome cuando una bala casi me alcanza. Sacó su arma y empezó a disparar también, cubriéndome con su

cuerpo. Finalmente, de un momento a otro, dejó de disparar, soltó el arma, giró hacia mí, intentó tocarme, pero no pudo. Solo dijo una palabra antes de caer muerto a mis pies... "Corre".

Hace una pausa. Su rostro, ahora tenso, revela la lucha interna mientras revive aquellos momentos.

—Así que me levanté para acatar la orden justo cuando un tipo alto me inmovilizó, apuntándome con su arma. El bastardo me sonrió, demostrando que no le importaba matar a un niño. Al parecer, para él, no había diferencia. Levantó el arma y apuntó. Cuando apretó el gatillo, me lancé al suelo, aterrorizado, pero la bala logró rozar mi hombro.

»El maldito se acercó a mí y me apuntó a la frente, pero no logró disparar, ya que un hombre vestido con un traje negro de lujo se interpuso. Dijo algo en italiano y, tras darle una mirada que me aterró, le voló la cabeza. Horas después, el lugar estaba plagado de policías. Me encontraron inmóvil, sentado en la mesa, sujetando la mano de mi madre. Cuando intentaron explicarme lo que había ocurrido, dijeron que la Bratva estaba atacando territorios italianos en Nueva York, que luchaban por apoderarse de la zona. Ese día... juré destruir todo lo que tuviera que ver con las mafias. Acabar con todos ellos se convirtió en mi meta en la vida. Mi trabajo... fue mi vida desde que salí del orfanato.

Me pongo de pie y rodeo la isla de la cocina. Una de mis manos alcanza su espalda y él suspira antes de girarse para mirarme. Su ceño se frunce al notar las lágrimas en mis ojos y se apresura a limpiarlas con sus pulgares. Cierro los ojos por un momento, y su aliento golpea mi nariz mientras suspira.

—No tienes idea de cómo odio hacerte llorar. Últimamente tengo ese efecto en ti... —susurra. No respondo. Solo pego mi frente a su pecho.

Debe ser terrible presenciar la muerte de tus padres.

Dos personas trabajadoras que no estaban involucrados en el mundo de las mafias, solo estuvieron en el sitio y la hora equivocadas. Puedo entender ahora un poco más a Alex, siempre ha estado solo... y sé que esto no justifica que me mintiera, pero... no puedo culparlo por proteger lo único que conoce como hogar. Yo hago lo mismo, protejo a los míos porque son mi familia y mi hogar.

—Lo que pasó no fue tu culpa, Alex... ni tu responsabilidad, no podías haber hecho nada —digo, y él niega con una sonrisa que no les llega a los ojos.

—¡Pude mantener la puta boca cerrada, pero no! Yo quería salir —dice, y mi ceño se junta antes de tomar su rostro entre mis manos, para mirarlo a los ojos.

—Solo eras un niño que quería compartir un momento con sus padres, no fue tu culpa que esas mierdas irrumpieran asesinando a todo el mundo. —Sus ojos sostienen mi mirada, y le doy una sonrisa amable.

Él pone sus manos en mi cintura y dejo que me levante, dejándome sentada sobre el mármol del lavabo, mientras se acomoda entre mis piernas. Lo rodeo con mis brazos y él a mí. Ninguno dice nada, solo nos quedamos allí en silencio.

—Extrañaba esto... —susurro con mi cabeza recostada sobre su pecho, mientras me envuelve entre sus brazos.

—También yo... —responde—. ¿Esto significa que me perdonas? —pregunta, y suspiro.

—Esto significa que haremos un stop, una... tregua momentánea —musito, levantando la cabeza para mirarlo. Sonríe y besa mi frente antes de volver a abrazarme.

—Haré que vuelvas a confiar en mí, lo prometo, princesa —afirma, y esta vez soy yo quien suspira.

Esto ya no se trata solo de confianza, se trata de que él quiere a toda mi familia tras las rejas. Y aunque ahora que conozco su pasado y lo que les ocurrió a sus padres, ya es demasiado tarde.

Es mi familia o él.

35

AURORA

Deslizo mi dedo por el colgante que pende de mi cuello mientras observo a Alex, quien está concentrado en la preparación de la cena. Se ve increíblemente sexy, y no puedo evitar morderme el labio mientras sigo con la mirada cada uno de sus movimientos. Sostengo la taza de té entre mis manos, pero es como si pudiera sentir su presencia en cada centímetro del aire. Como si supiera que lo observo, levanta la mirada, una de sus cejas se alza con una expresión divertida y medio sonríe sin dejar de cortar las verduras sobre la tabla.

—Princesa, si sigues observándome así, la cena podría retrasarse —advierte con un tono sugerente.

Escuchar que me llama princesa me hace sentir una oleada de calor, como si encendiera la pequeña mecha de un volcán dentro de mí.

—No es como que tenga mucha hambre —respondo, encogiendo uno de mis hombros.

De repente, deja caer el cuchillo sobre la tabla y se aproxima rápidamente hacia mí. Sonríe cuando se acerca, y yo finjo beber de mi té, intentando no mostrar lo desbordada que me siento al tenerlo tan cerca. Lo observo, alzando una ceja. Él sonríe nuevamente y me recorre con la mirada, hasta mis pies que cuelgan relajados sobre el borde de la isla de la cocina.

Entonces, con un movimiento rápido y seguro, separa mis piernas y se coloca entre ellas. Su mano se extiende, acariciando mi rostro con la yema de sus dedos antes de inclinarse hacia mi cuello. La punta de su nariz se acerca a mi piel, aspirando mi aroma con una intensidad que me eriza la piel. Sonrío, aunque sin apartar la mirada de sus ojos. Él, sin dejar de mirarme, toma la taza de mis manos y la deja a un lado.

Sus dedos rodean los míos con suavidad, y bajo la mirada hacia nuestras manos entrelazadas. Luego, con su otra mano, levanta mi rostro para mirarme a los ojos. Su rostro se acerca lentamente al mío, y en un suspiro, toma mi labio inferior entre los suyos. El beso es breve, pero la electricidad entre nosotros es palpable, y antes de que pueda procesarlo, sus labios vuelven a los míos, esta vez con más urgencia.

Nuestras lenguas se encuentran en un baile lento, como caricias húmedas que provocan que mi corazón lata con más fuerza. Un nudo se forma en mi abdomen, viajando hasta mi centro, y siento una punzada de deseo recorrerme. Jadeo suavemente cuando Alex, sin apartarse, deja mis labios y comienza a besar mi mentón. Su boca desciende por mi cuello, dejando un rastro de besos cálidos y húmedos que provocan un incendio en mi interior, cada uno más profundo que el anterior.

Sus manos se deslizan hasta mi cintura, y una de ellas se cuela por debajo de mi blusa, recorriendo mi espalda con delicadeza, mientras que, con la otra, sujeta mis mejillas, acercando su rostro al mío. Antes de besarme nuevamente, susurró contra mis labios:

—Te amo tanto, princesa... tanto, que, si pudiera, me arrancaría el corazón con las manos solo para entregártelo a ti.

Sus palabras son como un golpe de realidad que me sacuden por dentro. Coloco una mano sobre su pecho, apartándolo ligeramente. Él me mira, confundido, y su respiración se entrecorta. Los labios de Alex están rojos, y la mirada que me lanza está llena de incertidumbre.

—¿Hice algo malo? ¿Estoy yendo muy rápido? —pregunta con voz suave, sin apartar sus ojos de mí.

Evito su mirada por un momento, con el nudo de la incertidumbre apretando mi pecho.

—Necesitas salir de aquí, Alex. ¡Ahora! —advierto con voz temblorosa, viendo cómo su expresión cambia al escucharme.

Su ceño se frunce, y niega con la cabeza, confundido.

—¿De qué estás hablando? ¡No voy a ir a ningún lado! No debes preocuparte, estamos a salvo aquí —asegura, pero las palabras salen entrecortadas, como si intentara tranquilizarse a sí mismo.

El nudo en mi garganta se vuelve insoportable. Llevo la mano al collar en mi cuello y lo desabrocho. Se lo extiendo, y él lo toma con curiosidad, mirándome fijamente.

—Era de mi madre... fue modificado y diseñado para activarse con mi huella —explico, mi voz temblando—. Es un...

—Rastreador —termina la frase por mí, mirando el collar entre sus dedos con horror.

—Lo siento mucho, estaba molesta y no pensé en las consecuencias. Yo... —intento disculparme, pero me interrumpe el sonido de un disparo, que resuena en el aire y me obliga a tomar su brazo, protegiéndonos contra la pared de la cocina.

—¿Qué hiciste, princesa...? —susurra, y trago con dificultad, intentando mantenerme firme.

Lo amo, pero no puedo permitir que destruya a mi familia. No puedo permitir que mi padre termine atrapado en una jaula de la que no pueda escapar.

—De verdad lo siento, Alex... —digo mientras me aparto de su agarre, retrocediendo hacia la salida de la cocina.

Justo en ese momento, la puerta principal estalla y varios hombres armados irrumpen en el lugar. Se dispersan rápidamente, y uno de ellos, un hombre con traje negro, sostiene una pistola. Su mirada recorre el lugar hasta que sus ojos grises me encuentran.

Su rostro se suaviza un segundo, una mezcla de alivio y dolor se refleja en su expresión. Se apresura hacia mí y me envuelve en sus brazos. Me dejo abrazar, pero se aparta ligeramente al sentir que me quejo. Él baja la mirada, recorriéndome con los ojos, antes de volver a mirarme fijamente.

Por encima de mi hombro, observo cómo varios hombres sacan a Alex a empujones de la cocina. La expresión de mi padre se oscurece mientras se acerca al hombre que acabo de traicionar, y ya no me atrevo a mirar.

—¡Te dije que vendría por ella! —grita por primera vez el hombre que aún me sujeta, y el tono furioso de su voz me hace tragar saliva.

El sonido del golpe me hace girar, aunque no quiera hacerlo. Mi cuerpo se estremece al ver cómo Alex cae al suelo, su labio roto. Mi padre lo levanta como si fuera un niño pequeño y le da un rodillazo en el abdomen. Luego, lo toma por la ropa y lo lanza contra la mesa, que había sido preparada para nuestra cena.

La angustia me consume cuando escucho el sonido de los vidrios rompiéndose al caer el cuerpo de Alex sobre la mesa. Él se levanta con furia en los ojos y se prepara para pelear, levantando los puños, sin decir una palabra. Varios hombres lo apuntan, pero mi padre

sonríe con arrogancia, levantando la mano para que bajen las armas. Él se quita la chaqueta y la lanza a un lado, mientras Alex lo fulmina con la mirada. Sin embargo, mi padre sigue inmune, mientras arremanga su camisa y levanta las manos, dispuesto a luchar.

—Adelante, agente Rossi... —sisea con una sonrisa retorcida—. ¡Vamos! Cuando termine contigo, suplicarás por tu muerte —afirma con una voz llena de odio, justo antes de que Alex se lance hacia él.

La pelea comienza en medio del comedor, como una batalla entre dos bestias salvajes, luchando por el control de algo que ya no sé si tiene solución. Me es imposible apartar la vista, pero siento que mi corazón late tan rápido que me cuesta respirar.

—Ya... basta... —susurro, negando repetidamente, con los ojos cerrados—. ¡Ya basta, no peleen, por favor! —suplico, elevando la voz, apartándome por completo.

Pero no me escuchan. Siguen golpeándose, como si nada más importara.

—Dejen de pelear... —murmuro mientras siento que mis piernas flaquean. Siento mi cuerpo transformarse en gelatina, incapaz de soportar más.

Finalmente, la desesperación me vence, y en un arranque de pánico, me giro. Aprovecho la distracción de uno de los guardias detrás de mí, que observa la pelea, para quitarle su arma. La apunto al techo y disparo, un ruido ensordecedor que detiene a todos los hombres, que se giran hacia mí, jadeando y cubiertos de sudor y sangre. Mis ojos recorren sus rostros, pero nadie se mueve. Mi padre se congela en su lugar, y Alex palidece al notar que el arma ahora apunta a mi cabeza.

—¡Aurora! ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Suelta eso ahora mismo! —insiste mi padre, y siento que las lágrimas se escapan de mis ojos, acompañadas de un nudo que amenaza con ahogarme.

—Princesa... —dice Alex, dando un paso adelante, pero la amenaza en la punta del cañón lo hace detenerse.

—¡Ya basta! ¡Basta de pelear! ¿No ven que me están destruyendo a mí con cada golpe que se dan? —grito entre lágrimas, pero mis palabras se ahogan en la furia y el dolor.

—¡Aurora, baja eso ahora! —ordena mi padre, pero lo fulmino con la mirada.

—¡No! ¡Si el problema soy yo! ¡Terminemos con esto ahora mismo! —gruño, pero mi voz tiembla.

—¡Aurora, no hables estupideces! ¡Y obedece! —insiste, y yo niego con fuerza.

—¿Para qué? ¿Para que sigan peleando como animales por un trozo de carne? —protesto, y el brillo de culpa en los ojos de mi padre no pasa desapercibido.

—Los amo... a ambos... —confieso, al fin—. Pero no puedo... no puedo elegir... —digo, mi voz quebrándose mientras observo a ambos hombres.

Mi padre, sin embargo, fija su mirada en algo por encima de mi cabeza. En ese instante, Alex avanza, sus ojos cargados de oscuridad, justo cuando varios hombres me rodean y me inmovilizan, retirándome el arma con rapidez. Siento el frío de una aguja clavándose en mi cuello, y en cuestión de segundos, la fuerza se me escapa, dejando mi cuerpo débil y mi visión borrosa. El rostro desesperado de Alex se difumina ante mí, intentando acercarse, pero veo cómo varios de los hombres lo retienen, impidiéndole moverse.

Una mano me levanta, y en medio de las lágrimas que nublan mi vista, puedo distinguir el rostro de Matt. Su mirada preocupada me atraviesa mientras me sostiene con firmeza, su rostro lleno de ansiedad. El aire se carga con el olor a gasolina, un aroma espeso que entra en mis pulmones, mientras el sonido de las voces y el caos empieza a desvanecerse en la distancia, convirtiéndose en un eco lejano.

Me recuesto sobre el cuero del asiento trasero de un coche, incapaz de levantarme, como si mi cuerpo estuviera prisionero de su propio cansancio. La última imagen que logro captar es una gran llamarada, que crece imparable, consumiendo por completo la cabaña que hasta hace unos momentos era mi hogar.

—Alex... —susurro, mi voz apenas un hilo de aire, cuando alguien azota la puerta del coche.

La mano que acaricia mi cabello es cálida, pero mis ojos ya no tienen fuerzas para enfocarse.

—Alex... —vuelvo a llamarlo, mi voz quebrándose, pero la respuesta nunca llega.

Me hundo en el abismo de la inconsciencia, donde todo se vuelve un vacío frío y oscuro. Ya no siento las caricias suaves que solían tranquilizarme, ni el calor del mar azul de sus ojos. Todo lo que queda es la quietud de la oscuridad.



36

AURORA

Salté de golpe en la cama, llevando la mano a mi cabeza en un intento de calmar el mareo, pero una punzada aguda atravesó mi cráneo, haciéndome sentir como si mi mente estuviera a punto de estallar.

—Al fin despiertas. ¿Cómo te sientes, principessa? —la voz de un hombre resonó frente a mí, y fruncí el ceño mientras lo observaba.

Su camisa estaba abierta hasta el pecho, y la piel de su rostro estaba cubierta de moretones. Sus nudillos estaban enrojecidos, como si hubiera golpeado algo con fuerza. Sujetaba un vaso de whisky con la mano, como si nada de lo que sucediera alrededor fuera relevante para él.

—¿Me... drogaste? —pregunté, con un tono que era más reproche que otra cosa, mi voz apenas salía por el dolor en mi cabeza.

—¡Fue necesario! Lo que hiciste allá... —respondió, sin mostrar el menor remordimiento.

—¿Dónde está Alex? —lo interrumpí, poniéndome de pie a pesar de estar todavía aturdida.

—¿Qué más da...? Él ya no será una amenaza para nosotros —afirmó con frialdad, y sentí un nudo en el estómago.

—¿Dónde diablos está? —alcé la voz, mi cuerpo temblando de la rabia. Mi mirada se clavó en la suya, buscando respuestas, sondeando algo que me devolviera la esperanza.

—¡Ese traidor está donde debe estar! —gritó, levantándose de golpe. Dio un paso hacia mí, intentando acariciar mi mejilla, pero me aparté bruscamente, evitando que me tocara.

La forma en que me miraba en ese momento, con los ojos abatidos y el rostro cansado, me dolió. Pero lo que más me dolía era pensar en la posibilidad de que Alex estuviera...

—Dime, padre... ¿lo mataste? —pregunté, tratando de controlar el nudo que se había formado en mi garganta. Mi respiración se volvió

más rápida, más agitada, mientras las manos comenzaban a sudarme. «¡Lo mataron... por mi culpa lo mataron!».

—Estaba tan preocupado por ti... —susurró, su tono más suave, pero sus palabras no ayudaban a calmar la tormenta en mi interior.

—¿Dónde está? —exigí nuevamente, mi voz más fuerte, más desesperada.

El ceño de mi padre se frunció, y su mandíbula se tensó.

—¿Qué diablos hizo contigo? ¿Cómo fue que te puso en mi contra? —su voz estaba cargada de enojo, y lo miré con el mismo fuego, sin ceder ni un ápice.

—¡Él no me puso en contra de nadie! ¡Lo único que ha hecho es protegerme, y si no fuera por él, yo estaría muerta! ¡Alex es el hombre que...

—Es un jodido traidor, que ha filtrado información sobre nosotros al maldito FBI —interrumpió, su grito resonando en la habitación cuando golpeó el vaso contra la mesa junto a mi cama.

—Si él es un traidor... ¿entonces eso a mí en qué me convierte? —farfullé, furiosa, las palabras saliendo con rabia.

—¡Yo hice exactamente lo mismo cuando activé el rastreador! ¡Por mi culpa destruyeron lo único que le quedaba de su familia! Él me protegió y curó mis heridas, y... ¿yo qué hice? ¡Lo traicioné! ¡Yo también soy una maldita traidora! —grité, y mi padre dio un paso atrás, como si la intensidad de mis palabras lo hubiera golpeado. Se dio vuelta hacia la salida sin decir una palabra más.

—No te reconozco, Aurora... —dijo con un tono molesto y decepcionado, y esas palabras me dolieron más de lo que imaginaba. Nunca había escuchado ese tono en su voz. Siempre había sido su princesa, siempre había intentado no decepcionarlo. Lo amaba, lo entendía, pero no podía disculparme por lo que sentía por Alex.

—Tal vez jamás me conociste de verdad —murmuré, y su mirada me atravesó, llena de dolor y decepción, haciéndome sentir como si mi corazón estuviera a punto de quebrarse. Pero me obligué a no dejar que las lágrimas salieran.

—¿Qué diablos pasó contigo...? —murmuró, incrédulo.

—Lo siento, padre, pero solo estoy siendo sincera. ¡Tú me enseñaste que, ante todo, están las personas a quienes amamos... y yo lo amo a él! —terminé de decir, y vi cómo se volteaba para salir, furioso. Pero antes de que pudiera irse, volví a hablar.

—Te amo, padre, mataría y moriría por ti. Pero si lo mataste... jamás te lo perdonaré —advertí, y él me miró por encima del hombro.

—¡Tienes prohibido salir de aquí! ¡Y en caso de que intentes desobedecerme, desde ahora te aviso que he dado órdenes de que no te dejen poner un pie fuera de la casa! —gritó, y lo último que vi fue su espalda, saliendo de la habitación y azotando la puerta tras de sí.



Las horas pasaron, y con ellas, la incertidumbre, el miedo y la ansiedad me golpearon como un martillo. No dejaba de imaginarme todos los posibles escenarios, de pensar qué podría haberle pasado a Alex, qué estaba ocurriendo, cómo mi vida había cambiado en un parpadeo.

No había vuelto a ver a mi padre desde que salió furioso de la habitación. Y para ser sincera, no lo deseaba. No estaba lista para enfrentarlo nuevamente.

Dos golpes en la puerta me hicieron girar la cabeza, y cuando se abrió, mi madre entró corriendo. Me levanté de golpe y me apresuré a recibir su abrazo, sintiendo su calor y su cariño envolverme.

—Mi pequeña... —susurró con alivio, y yo la abracé con fuerza. Cuando se apartó, me observó de pies a cabeza, notando la venda que rodeaba mi cintura.

—Estoy bien... no te preocupes —le dije, intentando tranquilizarla, pero ella volvió a abrazarme con más fuerza.

Nos sentamos juntas en la cama, y le conté todo lo sucedido. No omití nada: que Alex era policía, que me atacaron, que él me protegió y me cuidó, todo. No le mencioné, sin embargo, quién estaba detrás de los ataques, pues en algo coincidía con mi padre: ella había sufrido demasiado como para cargar con más preocupaciones ahora.

—Dios... lo siento, cariño... —acarició mi mejilla, y yo suspiré profundamente.

—Mamá... necesito saber si...

—¡Él vive! Al menos por ahora —respondió, con una leve sonrisa, mientras me acariciaba la cabeza—. Tu padre lo tiene encerrado en la bodega del Blood Hell —susurró, mirando por encima de su hombro, hacia la puerta, y fruncí el ceño, aunque no pude evitar sentir un alivio que me recorrió por completo. Ella sonrió y volvió a acariciar mi cabello.

—¡Lo amas! —afirmó, y yo asentí, sin apartar la mirada de sus ojos cálidos.

—Lo amo tanto que, si pudiera, me arrancaría el corazón para entregárselo a él —dije, sonriendo, mientras los recuerdos de sus palabras me llenaban de emoción.

Mi madre me observó en silencio, como si estuviera analizando mis palabras, y por un momento, su rostro se suavizó. Luego, suspiró y dejó que su mirada se perdiera en la distancia. No pude evitar pensar en lo afortunada que era de tenerla a ella como madre.

Era la persona más dulce, cariñosa y comprensiva del mundo, y una guerrera incansable. La admiraba profundamente, aunque sabía que nunca le había dicho lo mucho que la apreciaba.

Ella levantó la mirada de sus manos, y cuando sus ojos se encontraron con los míos, alzó una ceja. De repente, se puso de pie con determinación.

—¡Bien, espera aquí! —dijo con una sonrisa traviesa, y mis cejas se alzaron al ver que se dirigía rápidamente hacia la puerta.

Media hora después, mamá volvió, y como una niña traviesa, se asomó por encima de su espalda antes de cerrar la puerta tras ella. Se acercó con algo en las manos, y mis ojos se abrieron de par en par cuando vi lo que traía. Ella sonrió mientras me lo ofrecía.

—Sé que eres hija de tu padre, y te pareces mucho a él, demasiado, diría yo. Pero también eres mi hija, y si hay algo que sé que sacaste de mí es lo terca y apasionada —dijo, y mis ojos se empañaron al ver la expresión en su rostro.

—Mamá...

—Sé lo que se siente... —susurró, su voz cargada de melancolía—. Sé lo que se siente pensar que has perdido a la persona que amas, el sentimiento es... —se detuvo, negando con la cabeza antes de carraspear y mirarme de nuevo—. No puedo permitir que te pierdas… Además... ¡a mí no me engañas! Sé que, de todas formas, pensabas hacerlo —afirma con seguridad, como si hubiera leído mi mente.

Con las manos temblorosas, tomo las llaves junto con el fajo de dinero y la tarjeta de crédito.

—Mi auto está estacionado atrás. —La abrazo con fuerza y me aparto un poco para mirarla cuando habla nuevamente—. Esta tarjeta contiene los ahorros de toda mi vida. Es tuya, y no tienes que preocuparte de que te rastreen; nadie sabrá que la tienes. Tu tía Sofi

tiene un pequeño apartamento en esta dirección. Puedes ocultarte allí, y así me aseguraré de que estés a salvo. Es un lugar seguro, y ella sabe que irás.

Dice, mientras coloca en mi mano una hoja con la dirección escrita.

—¡Te amo, mamá! —digo, estrechándola en un fuerte abrazo.

—¡También te amo, hija! —responde, antes de voltear y salir de la habitación.

Escucho, segundos después, como protesta con el guardia al otro lado de la puerta, y no puedo evitar sonreír ante la capacidad que tiene de ser, en momentos, la viva imagen de un ángel, y al instante siguiente, transformarse en la reina del inframundo. Intimidando a los hombres de mi padre, como el que ahora se aleja de la puerta de mi habitación, mientras lo observo a través de la pequeña rendija.

Me doy la vuelta, y arrastro con esfuerzo la caja de madera que guardo bajo la cama. La abro, y saco dos pistolas Glock, que coloco a cada lado de mi cintura, una navaja táctica que meto en mi tobillo, y dos cargadores extra.

Meto todo en un bolso, junto con algo de ropa y otras pertenencias, me coloco la chaqueta con capucha y me calzo las botas negras de combate. Luego, echo el bolso al hombro y abro la puerta de la habitación. Antes de salir, arranco el collar de mi cuello y lo lanzo sobre la cama. Finalmente, me adentro por el pasillo hasta la puerta trasera de la casa.

Salir de la casa no fue tan complicado como evadir a los guardias del jardín para llegar al auto de mi madre, que encuentro estacionado bajo uno de los árboles del patio trasero, el cual da al sendero del bosque que rodea la mansión. Abro la puerta y lanzo el bolso al asiento del copiloto. Cuando estoy a punto de subir al coche, veo al animal corriendo hacia mí a toda velocidad. Sonrío, abro la puerta trasera para que suba. Con Cerbero como mi fiel acompañante, azoto la puerta del coche, arranco el motor, y los vidrios polarizados del vehículo me ayudan a salir sin ser vista. Nadie detendría el coche de mi madre, a menos que quisieran verla molesta.

Minutos después, las calles de Nueva York me reciben. Estaciono el auto detrás de uno de los contenedores de basura, en el callejón de Blood Hell. Bajo la ventanilla para que el lobo recupere algo de aire, mientras permanece acostado en el asiento trasero. Salgo con dirección a la puerta metálica que da acceso a la bodega del club.

Abro la puerta, y el guardia en la entrada se pone alerta inmediatamente al verme.

—Señorita Aurora... El diablo dijo... —se calla al ver el arma que le apunto a la cabeza, traga saliva.

—¡Sé lo que dijo! Ahora, ¿dónde está Alex? —pregunto, mi tono es amenazante mientras el cañón del arma apunta directamente entre sus cejas. El hombre palidece y señala el pasillo hacia la parte lateral de la bodega.

Lo conduzco hasta una habitación donde guardamos los artículos de limpieza. Tras quitarle el celular, el intercomunicador y obligarlo a quitarse la ropa, cierro con llave, dejándolo encerrado. Me giro y continúo mi camino por el pasillo hasta la bodega. Para mi buena suerte, no hay nadie custodiando la puerta, lo cual, a la vez, me preocupa, ya que me hace pensar que, si no hay nadie protegiendo la entrada, quizás no haya nada que cuidar dentro.

Suspiro, aprieto el agarre contra mi arma y tomo el pomo de la puerta, que abro con cautela, evitando hacer cualquier ruido que pueda alertar a los que están dentro.

Una vez dentro, avanzo entre las cajas de licor hasta que me detengo en seco, al escuchar voces discutiendo. Asomo el rostro entre las botellas y reprimo un jadeo al ver a Alex. Está extremadamente golpeado; su cabeza cuelga hacia su pecho, sus manos están esposadas a cada lado de su cabeza, y su camisa está abierta, dejando al descubierto sus tatuajes, manchados con sangre seca.

Paso saliva, escaneando la habitación con la mirada. Cuando confirmo que no hay nadie más, clavo mi mirada en la espalda del hombre frente a Alex.

—Cuando el diablo dé la orden, voy a disfrutar rebanándote el cuello —amenaza Matt al hombre, que apenas levanta la cabeza y le lanza una sonrisa arrogante, a pesar de su estado.

—¡Adelante... hazlo! —le responde Alex, incitándolo—. ¡Mátame si quieres, pero ni así lograrás que ella te vea de la forma en que me ve a mí!

Matt se acerca y le da un puñetazo en la boca a Alex, girándole la cara hacia un lado, provocando que escupa sangre a un costado.

Me acerco con sigilo al hombre que está de espaldas, y en el momento en que Alex levanta la cabeza, nuestros ojos se encuentran. Sin pensarlo, clavo la aguja en el cuello de Matt. Él gira bruscamente,

sus ojos desorbitados se fijan en mí mientras lleva la mano al cuello y se arranca la jeringa clavada en su piel.

—¿Aurora...? —murmura, sin dejar de mirarme.

Retrocedo cuando intenta acercarse, y cae de rodillas al suelo.

—Lo siento... Matt —susurro, la culpa y el dolor empañando mi voz—. Te quiero... eres como mi hermano, pero a él lo amo.

Afirmo antes de que su cuerpo caiga pesadamente al suelo, cuando el sedante que usualmente se usa para las crisis de Sebas lo deja inconsciente. Levanto la mirada y encuentro los ojos de Alex, que me observa con una mezcla de incredulidad y dolor.

—Princesa... —susurra.

Sin decir una palabra, me lanzo hacia él, sacando las llaves con manos temblorosas, quitando las esposas que sujetan sus muñecas.

—Lo siento... ¡lo siento tanto! —No puedo contener el llanto mientras libero su otra mano, acariciando su rostro golpeado con desesperación.

Mis manos tiemblan.

—En serio. ¡Lo lamento tanto! Sé que es tarde... pero te elijo a ti... ¡te escojo a ti! —sollozo, mi voz entrecortada por el llanto.

Sus ojos recorren mi rostro, su ceño se frunce y su mano acaricia mi mejilla empapada de lágrimas.

—Te habías tardado, princesa —responde con voz cansada, y levanto la mirada para mirarlo cuando me sonríe. Su mano sujeta mi cuello, atrayéndome hacia él, y nuestros labios se encuentran en un beso desesperado.

37
ALEX

Horas antes

El golpe de agua helada contra mi rostro me hace jadear, mientras sacudo la cabeza, tratando de enfocar la mirada. La luz blanca sobre mi cabeza es cegadora, por lo que entrecierro los ojos en un intento inútil de ver al hombre que tengo frente a mí.

El tipo con el traje negro, desalineado y mal ajustado, me observa sin prisa, fumando un cigarrillo. Cuando finalmente logro enfocar su rostro, me sonríe con esa arrogancia que parece natural en él. Se acerca un poco más, soltando una espesa nube de humo que se dirige directamente hacia mi cara.

—Bienvenido, agente Rossi —dice con voz rasposa. Da una calada al cigarro y yo niego con la cabeza repetidamente, mi pesar evidente.

—Cuando su esposa se entere de que sigue fumando, lo va a matar —respondo con desdén, sin quitarle la mirada.

Él alza una ceja, mirando el cigarro en su mano. Su sonrisa se ensancha mientras se aparta de la pared, extiende el brazo y apaga el cigarro presionándolo contra mi pecho desnudo.

—Es posible —dice, con un tono siniestro—, pero no vivirás lo suficiente para verlo.

Se da media vuelta, caminando hacia la salida sin prisa.

—Aurora... ¿qué hicieron con Aurora? —su nombre se me escapa antes de que pueda contenerlo, y al instante el hombre se detiene. Su mirada se oscurece y, en un par de zancadas, está de nuevo frente a mí. Su puño se estampa contra mi cara con una furia que me hace tambalear.

—Vuelve a mencionar su nombre y te corto la lengua, vuelve a pensar en ella y te corto la cabeza, traidor hijo de perra —me amenaza, su voz raspa con veneno.

Escupo la sangre que se ha acumulado en mi boca y alzo la mirada, encontrándome con unos ojos llenos de odio. Esos ojos... tienen un parecido inquietante con los de la mujer que ha trastornado mi vida.

Él se endereza, esperando mi respuesta, pero yo lo miro fijamente sin decir una palabra. No se inmuta.

—A mí no me importa una mierda que seas un traidor, no me sorprende. Lo que realmente me enfurece es que intentaste utilizar a mi hija para joderme —dice, exhalando aire entre dientes, dejando escapar un suspiro de rabia—. Pero no te preocupes, por ahora no te mataré. Te mantendré aquí hasta descubrir qué tanta mierda de nosotros filtraste al FBI.

Me muestra el celular de Tomás, que tiene en sus manos, y me lanza una mirada que me congela la sangre.

—Después de eso... tal vez yo mismo te corte el cuello. O le dé el gusto a Matt de que sea él quien lo haga —sentencia, cerrando la conversación con un fuerte portazo.

Suelto un suspiro cansado y miro las esposas que atan mis muñecas, antes de soltar una risa amarga.

—¡Mierda...!



El sonido del cerrojo y el chirrido de la puerta me hacen abrir los ojos. Mis brazos están entumecidos por la posición, alzados hacia arriba, y las esposas aprietan la carne de mis muñecas, haciendo que un dolor agudo recorra mis nervios. La cabeza me late con fuerza, al igual que las costillas, que siguen doliendo por los golpes que me propinaron con ese maldito bate de béisbol. Todo, cortesía de algunos de los soldados de Cassiano Rinaldi, quienes, aprovechando que el maldito se largó, no perdieron tiempo en darme una lección.

Alzo la vista y encuentro al chico que me observa desde la puerta con una expresión de superioridad. Se acerca lentamente, recorriéndome de pies a cabeza con la mirada, como si estuviera buscando algo, no sé qué.

—Lo siento, pero no eres mi tipo. Además, lo que ves ya tiene dueño —le digo con burla, y él hace una mueca de asco ante mis palabras—. ¿Por qué no me tomas una foto? Durará más —continuo, viendo cómo la sonrisa ladina de sus labios se despliega.

—Al fin estamos de acuerdo en algo —responde con tono burlón—, porque definitivamente una fotografía durará más. El diablo acabará contigo muy pronto.

—¿Sí? Bien por él —replico encogiéndome de hombros—, aunque siento algo de pena por ti. No creo que eso te vaya a resultar muy bien.

Él frunce el ceño, claramente confuso.

—No sé de qué diablos estás hablando.

—Estoy hablando de Aurora... —respondo sin perder mi compostura.

Su rostro se tensa al instante y su mirada se oscurece. Da un paso hacia mí, fulminándome con los ojos.

—¿Qué tiene que ver Aurora aquí? —dice, y yo le sonrío, confiado.

—Por favor... ¿De verdad me crees tan idiota? ¿Desde cuándo estás babeando por ella, sin que siquiera se digne a mirarte? —interrogo, observando cómo él levanta el mentón, enderezando la espalda con orgullo.

—¡Solo eres un forastero y un traidor, no sabes una mierda de nosotros! Tú no la conoces. Ella me quiere —responde con seguridad.

—Sí, tal vez te quiera... pero como a un hermano, nada más. En cambio, a mí me ama. Y sé que, aunque ahora esté confundida, en cuanto se entere de que estuviste involucrado en mi muerte, te matará —le digo, clavando mi mirada en la suya.

Una sonrisa lobuna se dibuja en sus labios antes de que se acerque aún más y presione la pistola eléctrica contra mi pecho desnudo. La descarga recorre mi cuerpo, y tengo que aferrarme a las esposas, luchando contra el dolor que me hace perder la capacidad de pensar por un momento. Cuando la corriente cesa, él me da un golpe de puño, y se endereza con una expresión satisfecha, como si nada hubiera pasado.

—Estás muy seguro de eso —dice, sin inmutarse—, pero te recuerdo que fue ella quien reveló su ubicación. Ella fue quien nos llevó hasta ustedes.

Aunque sé que lo que dice es cierto, también conozco los motivos detrás de sus acciones. Y no tienen nada que ver con si me ama o no. Ella estaba aterrada, y yo no fui claro con ella. Debí haberle dicho que ya no pensaba entregarla, ni a ella ni a su familia. Ya no. Debí haberle explicado que quería huir con ella, dejarlo todo atrás.

Escupo la sangre que se acumula en mi boca y niego con la cabeza, forzando una risa, aunque es amarga.

—Negación... Es la primera fase. Tranquilo, no te culpo. Es normal cuando anhelas lo que nunca podrás tener —me río, y él se acerca a mi rostro con una sonrisa más amplia.

—¿Y quién dice que no? Ya he probado sus labios una vez... —dice, encendiendo mi furia.

La rabia explota en mi pecho, pero antes de que pueda hacer nada, una carcajada escapa de mis labios. La estupidez de sus palabras es tal, que ni siquiera puedo contenerme. No importa que haya besado a Aurora, por mucho que trate de convencerse de lo contrario, ella nunca lo verá de la manera en que me ve a mí.

—Dios santo... de verdad que te lo crees —le digo, volviendo a ponerme serio.

Se acerca para golpearme, pero no le doy tiempo. Le meto un cabezazo directo a la nariz, escuchando el crujido de los huesos mientras retrocede, atónito por el dolor. Se recompone y da un paso más, pero se detiene al escuchar el sonido de su teléfono móvil. Mira la pantalla, mostrando el número con una sonrisa antes de responder.

—Jefe...

—Cambio de planes, Matt. No mates a Rossi... aún —escucho la voz del hombre al otro lado de la línea, y la cara de mi enemigo se contrae de furia. Sin embargo, como buen perro faldero, se limita a responder con un simple "Como ordene, jefe". La llamada se corta y, con un bufido, me asesina con la mirada.

Le devuelvo la sonrisa, con algo dentro de mí que me dice que mi princesa está detrás de este repentino cambio de planes.

—Dime, Matt, ¿qué debería usar para la parrillada del domingo? Algo me dice que mi suegro es un excelente asador —me río, viendo cómo su rostro se pone rojo de furia.

—Cuando el diablo dé la orden, voy a disfrutar tanto rebanándote el maldito cuello —amenaza, su voz grave llena de odio.

—Adelante... ¡hazlo! ¡Mátame si es lo que quieres! Pero ni así lograrás que ella te mire de la manera en que me ve a mí —le aseguro con una mirada fija, hasta que mis ojos se desvían hacia la pequeña sombra que aparece detrás de su espalda.

Mi ceño se frunce y finalmente mis ojos se encuentran con los de ella. A pesar de la tensión del momento, no paso por alto la tristeza y la vergüenza reflejadas en su mirada cuando me observa. Sin

embargo, a pesar de todo, mi corazón da un vuelco cuando, de repente, aparta la mirada de mí y clava una aguja en el cuello del hombre. Este palidece y se voltea, furioso. Aurora retrocede un paso, pero él intenta acercarse, cayendo de rodillas antes de desmayarse.

La observo y veo cómo sus manos tiemblan, mientras las lágrimas empapan su rostro al mirarme, pero sacude la cabeza, dejando pasar el dolor en un intento de controlarse. Pasa por encima del cuerpo de Matt en el suelo y se lanza hacia mí, dejándome sin palabras. No puedo creer que esté aquí.

—Lo siento… lo siento tanto… —solloza, mientras las manos me pican con las ganas de abrazarla, de tocarla—. Te elijo a ti… elijo salvarte a ti, aunque el mundo me odie. No importa que me hayas mentido, ¡no importa quién seas! Sé que es tarde, ¡pero te elijo a ti! —promete entre sollozos, mientras continúa disculpándose y desata mis manos. En cuanto soy libre, la tomo por la nuca, acercándola a mi rostro.

—Te habías tardado, princesa —respondo, mirando sus hermosos ojos.

Ella abre la boca para hablar, pero callo sus disculpas apoderándome de sus labios. Ella responde al beso, y sus manos rodean mis hombros mientras las mías sujetan su cintura, apretándola contra mi pecho.

No deja de llorar, acariciando mi cabello y mi rostro, hasta que se aparta un poco, pegando su frente a la mía.

—Lamento mucho lo que hice... —comienza de nuevo con las disculpas, pero la corto, tomando su cara entre mis manos, forzándola a mirarme.

—¡No importa! ¿Me oyes? ¡Nada importa! Estás aquí, eso es lo que vale —afirmo, limpiando sus lágrimas.

—Pero la cabaña... tus padres...

—¡Eso no me importa, Aurora! Son solo objetos. Mis recuerdos están aquí —señalo mi cabeza—. Y si te tengo a ti... ¡Lo demás me vale mierda! ¡Solo son cosas viejas! —La tranquilizo, y ella vuelve a abrazarme.

El sonido de la puerta la hace voltear de golpe. Rápidamente, saca su arma y apunta a uno de los guardias que entra, levantando las cejas y las manos al ver la escena.

—Señorita Aurora, ¿qué...? —El hombre frunce el ceño al ver el cuerpo de Matt en el suelo y retrocede, pero Aurora se pone de pie,

levantando un dedo sobre sus labios en señal de silencio. Hace un gesto con la mano para que el sujeto se aparte, y él lo hace, dándonos paso.

Me pongo de pie y comienzo a caminar hacia la salida junto a Aurora, quien no deja de apuntar al guardia. Salimos de la habitación, cerrando la puerta tras nosotros.

—¡Demonios...!

—¿¡Qué!? —Se sobresalta, levantando el arma de nuevo.

—¡Es que eso fue demasiado sexy! —respondo, y su expresión se suaviza antes de soltar una risa. Se acerca a mí para besarme.

—¡Ahora mismo me siento una damisela en apuros! —río, y ella se carcajea antes de sacar una pistola de la parte trasera de su cinturón y extenderme el arma.

—Pero yo no soy una heroína, Alex... soy la villana —afirma con una sonrisa traviesa mientras me jala del brazo para que la siga por el largo pasillo, casi a oscuras.

El sonido de pasos apresurados nos obliga a pegar la espalda a la pared. Ella retrocede, y su trasero roza la cremallera de mis pantalones, lo que provoca que la necesidad de salir de aquí se vuelva más urgente. Se ve jodidamente sexy, y me excita aún más saber que todo lo que está haciendo es solo por mí.

—No deben estar lejos —habla uno de los guardias.

—¡No lastimen a la hija del jefe, el objetivo es ese bastardo! —gruñen.

Bien... ya me siento mejor.

Aurora hace un gesto con la mano, indicándome que la siga. Cuando los hombres se alejan por otra puerta, la señal luminosa con la palabra "Salida" brilla en la puerta al final del corredor. Nos apresuramos hacia ella, pero Aurora se detiene cuando alguien la agarra del brazo. Se gira, y un hombre calvo es quien la sujeta.

Ella intenta empujarlo, pero él la aprieta con fuerza. Cuando escucho su queja, levanto el arma y, sin pensarlo, disparo a la pierna del maldito, quien retrocede. Aurora se gira, saltándose de él, y me empuja cuando otro hombre aparece de la nada y dispara.

Ambos corremos hacia la salida justo cuando un disparo impacta el cartel luminoso. La puerta se abre, y salimos al callejón, pero nos detenemos cuando tres guardias nos cortan el paso.

Me interpongo, dejando a Aurora detrás de mí. Uno de los hombres se acerca con un arma en la mano, y levanto la mía,

apuntándole a la cabeza. Los otros dos lo imitan, levantando sus armas. Aurora, como la terca que es, se pone a mi lado y también apunta al sujeto que me apunta a mí.

Nadie le apunta a ella. El blanco soy yo, y ella lo sabe. Se escabulle, poniéndose frente a mí con el arma extendida hacia adelante. Suelta dos disparos, uno en la cabeza y otro en el pecho de uno de los hombres que cae al piso. Ni así los otros dos le apuntan. Un tercer sujeto sale de la puerta detrás de nosotros, y no me da tiempo de reaccionar cuando comienza a disparar, obligándome a lanzarme al suelo. Aurora se cubre detrás de un basurero y dispara a los otros dos, que intentan acabar conmigo.

La escucho maldecir y me giro para verla quitar el cargador vacío del arma, lanzándolo a un lado. Saca otro de la chaqueta, pero no llega a colocarlo cuando un maldito la agarra del cabello, llevándola contra la pared. Ella lo patea, y su rostro se contorsiona con una mueca de dolor. Me pongo de pie y disparo a uno de los hombres que me apunta desde detrás de otro basurero. Su cuerpo cae al suelo, y corro hacia Aurora, quien sigue luchando por liberarse del bastardillo que la arrastra, intentando meterla dentro del club.

Corro con toda mi fuerza y salto por encima de una pila de cajas de cartón, que caen al suelo. En ese instante, el otro maldito que se cubría tras una pared sale y levanta su arma, apuntándome al pecho. El hombre cae al suelo cuando un enorme lobo, que no sé de dónde carajo salió, lo ataca, mordiendo su brazo.

El tipo lucha por librarse del animal furioso, pero Cerbero no cede en su agarre. Aprovecho la oportunidad para volver mi atención a Aurora, quien sigue forcejeando. Apunto a la cabeza del maldito que la arrastra, pero bajo el arma y maldigo, al ver que ella queda en medio de la línea de fuego.

Empiezo a correr hacia ella, pero me detengo de golpe cuando un hombre se coloca detrás del gigante que sujeta a la mujer. Ella se paraliza cuando la cabeza del bastardillo se estrella dos veces contra la pared. Luego, la sangre comienza a brotar de su cuello, cayendo al suelo cuando Sebastián Rinaldi, el hermano de Aurora, le rebana el cuello como un maldito carnicero, antes de patear a un lado el cuerpo del infeliz.

Aurora abre los ojos como platos, observando a su hermano, quien luce tan relajado como si acabara de sacar la basura, mientras ella lo mira completamente asombrada.

—¿Sebas...? —murmura, con los ojos brillosos, y él le sonríe de lado. Aurora se lanza hacia él, envolviéndolo en un abrazo que su hermano corresponde, mientras ella hunde el rostro en su cuello.

38

CASSIANO RINALDI

Estrello el vaso vacío sobre la madera del escritorio y suelto el aire cuando un suspiro cansado se me escapa de los labios. Llevo las manos a cada lado de mis sienes, masajeando la zona, en un intento por calmar el dolor de cabeza que no me deja desde esta mañana, cuando discutí con Aurora. Dos golpes en la puerta me hacen soltar otro suspiro cargado de frustración, ya que no he tenido ni un maldito minuto de paz desde el día en que los censores en el bosque se activaron, encendiendo las cámaras que mostraron el momento exacto cuando atacaron a Aurora y cuando el maldito de Alexander Rossi, vestido en el puto uniforme del FBI, se la llevó.

Debí sospecharlo, pero me dejé llevar por la percepción de Aurora sobre él. Su instinto nunca antes había fallado y, aunque investigué al bastardo, no encontré nada que lo relacionara con la maldita agencia. Supongo que esos bastardos se encargaron de que no encontrara información. Pero ahora que sé la verdad de lo que es, Lorenzo sabrá por dónde investigar más sobre su pasado. Voy a escarbar tan profundo en su maldita vida que, incluso, voy a sacar fotos de la puta ecografía del vientre de su madre.

—¡Adelante! —digo, alzando la voz.

La puerta se abre y, por la expresión tensa en la cara de Román, sé que lo que trae son más malditas malas noticias.

—Jefe... lamento molestarlo, pero tiene que ver esto —me dice, mientras se apresura a encender el televisor.

La pantalla del televisor muestra el rostro de una mujer reportera.

—Las autoridades afirman que la explosión que desencadenó en el atroz incendio ha dejado al menos diez personas calcinadas y cuatro más en terapia intensiva, con quemaduras de segundo y primer grado. Todos del sexo masculino. Las víctimas aún no se han podido identificar, pero se presume que todos eran clientes del prestigioso y reconocido burdel, del cual ahora solo quedan cenizas.

La mujer del noticiero sigue hablando y me tomo el puente de la nariz, cerrando los ojos, intentando mantener la compostura. Román se gira hacia el bar y sirve dos vasos del líquido que acepto, cuando me lo extiende, y ambos acabamos con el contenido de un solo trago.

—¿Alguien lo ha visto? —pregunto, casi con desesperación.

Román niega con la cabeza.

—No. Y ni siquiera sabemos desde cuándo ha vuelto al país, pero dado los constantes incendios provocados en varios prostíbulos de la zona oeste de la ciudad... lleva al menos dos semanas aquí.

Llevo dos dedos a mi frente y masajeo la zona, mientras me dejo caer en el sofá, ya agotado. «Estos niños van a volverme jodidamente loco».

—Pon a alguien a cubrir toda esa mierda. No necesito más nada sobre mis hombros —digo, señalando el televisor.

Román alza una ceja, casi divertido.

—¿Alguien como quién? Con el respeto que usted se merece, jefe... no es como si se pudiera tapar algo como eso —señala el desastre que ha ocasionado mi hijo—. Y es claro que se volverá a repetir. Sea lo que sea que busca el joven Sebastián, no parece tener interés en detenerse pronto.

Suspiro y me acomodo en mi silla. Desde que se obsesionó con encontrar a esa chica, no ha parado de destruir toda la maldita ciudad, atrayendo la atención tanto de pandillas como de la maldita policía. Y eso me jode, y mucho, ya que no me conviene tenerlos merodeando en mis territorios o metiéndose en mis asuntos.

—No me importa, Román... soborna a alguien, o atribuye el atentado a los malditos rusos, o al maldito papa, de ser necesario. Pero, lo que sea que hagas, no permitas que caigan sospechas sobre nosotros y encuentra al demente de mi hijo, antes de que destruya toda la puta ciudad —digo, señalando el televisor. Tras suspirar, asiente.

—¡Bien, déjemelo a mí! —responde, como siempre, mi hombre de confianza.

—¡Confío en ti! —advierto, señalando la botella para que se sirva otro trago, que bebe de una sola vez. Luego asiente y se voltea hacia la salida.

Reclino la nuca contra el cuero del sofá y levanto los pies sobre la mesa de vidrio frente a mí. Miro mis nudillos rotos por los golpes que

le di al idiota que se llevó a mi hija y suspiro, recordando las palabras de Aurora.

—*Si lo matas, jamás te lo perdonaré.*

Aprieto el puño observando los nudillos rojos de mi mano y bufo antes de sacar mi teléfono y llamar a Matt. Tras indicarle que no se deshaga del bastardo aún, cuelgo la llamada y vuelvo a recostarme, cerrando los ojos un momento en busca de algo de paz.

—Veré qué hago con el maldito de Rossi después.

«Tal vez puedo fingir que lo dejo ir y luego enviar a alguien a que le vuele la cabeza...»

En pocos segundos, el inconfundible aroma a vainilla se cuela por mi nariz, haciéndome sonreír. Sus suaves manos acarician mis hombros, haciendo un recorrido hasta mi pecho, mientras a mi espalda, mi hermosa esposa se acerca y apoya su mentón en uno de mis hombros, después de dejar un beso en mi mejilla.

—Ángel... —susurro, inclinando mi cabeza contra la suya.

—Te ves tenso —susurra, mientras acaricia mi pecho y me rodea con sus brazos.

—No te preocupes, no es nada que no pueda solucionar —respondo, y enseguida siento el frío de su lejanía cuando se aparta y rodea el sofá, parándose frente a mí.

Bajo los pies de la mesa y me enderezo en mi sitio para observarla con ojos entrecerrados, cuando se acerca y se sienta sobre mi regazo. Me mira con preocupación y peina mi cabello con sus manos, obligándome a cerrar los ojos un momento, disfrutando de sus caricias, las cuales, luego de más de veinte años, aún se sienten como el primer día.

—Aurora se fue —suelta de pronto.

Abro los ojos de golpe y mi cuerpo reacciona instintivamente al querer ponerme de pie, pero ella me detiene empujando mis hombros hacia atrás para que me recueste nuevamente. Frunzo el ceño al notar la molestia en su rostro.

—¿Cómo carajo...?

—¡Déjala! —me corta.

—¿Que la deje? ¿Cómo me pides eso, Ángel? Ella... —Guardo silencio de golpe—. Fuiste tú... —digo, mirándola con el ceño fruncido.

Y no lo niega.

—Ángel... tú no entiendes, ese maldito...

—¡La ama! Se... aman —se corrige y me callo.

—¡Es un traidor! —protesto con molestia. Ella suspira cansada, mientras me mira con sus bonitos ojos avellana brillantes, sin dejar de acariciar mi rostro. Pero aparto la mirada hacia un lado, evitando sus ojos. «No me dejaré convencer, no con esto».

Amelia toma mi rostro entre sus manos, girándome para que la mire. Cuando nuestras miradas se encuentran, se siente como una bocanada de aire fresco que me acaricia el rostro, recordándome el juramento que hice años atrás de amarla y respetarla hasta el fin de mis días.

—Es un traidor —insisto, esta vez con un tono algo más suave. Me sorprendo cuando asiente, dándome la razón.

—Puede que sí lo sea... Pero eso no significa que no la ame. Tú mejor que nadie sabes que no siempre todo es blanco o negro, cariño. Además... Si no la amara... ¿por qué no la entregó a la policía, entonces? ¿Por qué, en lugar de eso, la protegió y cuidó de ella? —alega.

Clavo mis ojos en los suyos, sin responder, repasando sus palabras en mi mente. Porque eso es algo que me he preguntado desde el maldito día en que se la llevó de aquí.

—Tú conoces la respuesta... —habla mi ángel, mientras me sonríe con ternura, sin dejar de acariciar mi mejilla. Dejo caer mi frente contra la suya.

—¡No quiero que la lastimen! Y no confío en él. Tu noble corazón no te deja ver las cosas con claridad, Ángel —le acaricio el dorso de la mano con los dedos.

—Ese noble corazón del que hablas, pudo ver a través de tu oscuridad una vez. Y no me equivoqué contigo, amor —susurra, acariciando la parte de atrás de mi cabeza, deslizándolos hacia mi cabello, peinándolo una y otra vez.

—Él le hará daño.

—No lo hará... la ama —afirma ella con tanta seguridad que casi me hace dudar.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé... porque él la ve de la misma forma en que tú me ves a mí —dice antes de rodearme con sus brazos, aún sentada sobre mis piernas—. ¡Y ella lo ve como yo te veo a ti! —asegura sin quitar sus ojos de los míos.

Apoyo mi mentón sobre su hombro y respiro el aroma de su perfume en su cuello mientras la envuelvo en mis brazos y suelto un suspiro cansado.

—Solo espero que tengas razón, Ángel —murmuro, sosteniendo entre mis brazos a la mujer que le da sentido a mis días y a la cual le debo todo.

AURORA

El coche de Sebas se detiene frente a la modesta casita, ubicada en un pequeño barrio de clase media. Aunque el vecindario no es lujoso, su ubicación apartada de la ciudad nos permite pasar desapercibidos. Grandes muros rodean la propiedad, lo que me da tranquilidad, ya que no tengo que preocuparme por llamar la atención de los vecinos.

Bajo del coche en compañía de los dos hombres de casi dos metros y el lobo gris plata, cuyo hocico está manchado con la sangre del guardia que intentó dispararle a Alex. Sebas saca la llave de su chaqueta y abre la puerta de madera que nos da acceso a la casa. Alex es el primero en entrar, y yo lo sigo, caminando hacia el interior de la casa con la mano de él entrelazada con la mía. Sebas, como siempre, está justo detrás de mí.

Recorro el lugar con la mirada y frunzo el ceño al notar las maletas a un lado de la puerta. La mesa de la cocina está cubierta por explosivos, granadas e incluso una maldita bazuca a medio armar. Mi hermano parece no tener escrúpulos.

—Pueden quedarse aquí el tiempo que sea necesario. También dejaré mi auto, a donde voy no lo necesito —dice Sebas sin mirarnos, y me volteo a mirarlo, levantando ambas cejas al escuchar sus palabras.

Pasa a mi lado y empieza a guardar todas las armas en un bolso. Luego, se cruza una ballesta sobre la espalda, que parece más propia de una película de acción que de la situación en la que estamos.

—¿Vas a la guerra o qué? —pregunto, alzando una ceja. Sebas sonríe con indiferencia mientras sigue guardando armas, hasta que, de pronto, se gira para mirarme. Su mirada se detiene un momento en nuestras manos entrelazadas, la mía y la de Alex.

Frunce el ceño y baja con lentitud el bolso que había colgado sobre su hombro. Entrecierro los ojos cuando mete la mano en el bolso y saca una Beretta. Se dirige hacia Alex, quien lo observa en silencio, y me toma de los hombros con firmeza, apartándome con delicadeza para acercar su rostro al de él. Los dos se sostienen la mirada por unos segundos, y la tensión en el aire es tan palpable que me pregunto si me dará un maldito infarto.

Sebastián tiene esa mirada peligrosa, tan volátil que, aunque mi padre también atemoriza con su mirada, la de Sebas, cuando se enfada, provoca una sensación incómoda de querer esconderse bajo una roca y no salir nunca.

Estoy harta de las peleas y las discusiones. No quiero perder a mi hermano, pero, así como Alex tomó la decisión de elegirme a mí sobre todo y sobre todos, yo tomé la decisión de elegirlo a él de igual manera. Perder a mi hermano, mi otra mitad, sería devastador para mí.

Sebas observa a Alex con los ojos entrecerrados, como siempre lo hace cuando busca comprender algo. Sin embargo, de repente, se sonríe de manera inesperada y le propina un fuerte golpe de puño en la cara al hombre frente a él. Al mismo tiempo, alza el revólver y lo pega contra su pecho de mala gana, empujándolo hacia él para que lo tome, mientras le sonríe como si nada hubiera pasado.

—¡Eso es por secuestrar a mi hermana y por ser un soplón! Vuelve a traicionar la confianza de mi hermana y te aseguro que no habrá lugar donde puedas esconderte. Te cazaré y despellejaré vivo —dice Sebastián, señalando a Alex, que escupe sangre hacia un lado y niega con la cabeza. Luego, se ríe mientras sostiene el arma que mi hermano le acaba de entregar.

—Bien... me lo merecía, supongo —responde Alex, limpiándose el labio con el pulgar y haciendo un gesto extraño con la mandíbula.

El alivio me invade al notar que, al parecer, Sebas no se ha tomado tan mal lo de que Alex sea un agente del FBI. Ni siquiera me cuestiono cómo Sebas lo sabe, ya que se supone que él no estaba en la ciudad. Pero tiene una extraña habilidad para enterarse de todo con facilidad.

Suelto un suspiro cuando mi hermano se gira nuevamente y vuelve a tomar el bolso con las armas. Se acerca a mí y me abraza con ternura, dejándome un beso en la cabeza. Lo miro con las cejas levantadas al ver sus intenciones al pasar por mi lado.

—Espera... ¿a dónde vas? —pregunto, tomando su brazo con un movimiento rápido.

Me mira y me da esa sonrisa que reconozco a la perfección, esa sonrisa que siempre me dice que está tramando algo.

—Tengo que moverme, hermanita... aún tengo asuntos que resolver —responde con un tono evasivo. Lo miro, pero él no da más explicaciones. Simplemente se vuelve hacia Alex, apuntándole con el dedo índice—. ¡Cuida bien de mi hermana, Rossi! —advierte, antes de pasar a su lado y dirigirse hacia la salida.

—Espera, Sebas... no podemos quedarnos aquí. Mamá dijo...

—¡Aquí están más seguros! —me corta, antes de darle otra mirada a Alex, quien le asiente con un gesto de comprensión. Con eso, mi hermano se marcha dando un portazo.

—Sebas... ¡Espera! ¡Sebas! —lo llamo, caminando hacia la puerta. Pero, en ese momento, Alex toma mi brazo, deteniéndome y dándome una mirada de advertencia—. ¡Es mi hermano! —digo, con firmeza, y Alex asiente lentamente.

—Lo es... pero también es un hombre y, por la mirada en sus ojos...

—¿Qué mirada? ¿Mirada de qué? —pregunto, frunciendo el ceño, confundida.

—¡De determinación! —responde él, su tono grave—. Sea lo que sea que planee hacer, no lo detendrás. Y a juzgar por lo que vi... nadie lo hará —afirma, mientras me recorre con la mirada.

Ambos nos observamos por un momento, hasta que vuelvo la mirada hacia la salida, donde el sonido del portazo aún resuena en la casa. Suspiro y, al final, me doy por vencida, soltando el brazo de Alex.

—Bien... ¿y ahora qué? —pregunto, mirando nuevamente alrededor de la pequeña casita.

—Yo tengo una idea —responde Alex, con tono sugerente. Justo antes de levantarme entre sus brazos, haciendo que ría cuando me carga y camina hacia un destino incierto.



39

AURORA

De pie frente al espejo del baño, deslizo mis dedos suavemente por la herida en mi abdomen antes de colocar una venda nueva para cubrirla. Luego, me pongo una playera negra que me llega hasta los muslos, seguida de unos pantalones cortos de seda negra que también me calzo. Me dirijo de regreso a la habitación, pero me detengo en la puerta del pequeño salón, donde Cerbero yace dormido, con su cabeza descansando sobre sus patas, frente a la chimenea encendida. Lo observo por un momento mientras mi mente viaja al pasado...

Doce años atrás.

Me cruzo de brazos, haciendo un mohín con la boca y frunciendo el ceño, irritada, mientras escucho las quejas del tío Adriano.

—¡Por supuesto que no! ¡De ninguna manera ese animal salvaje dormirá dentro de la casa! —exclama.

—¡Él no puede dormir fuera! ¡Hace frío y, además, se asustará allí solo! —respondo, girando mi rostro con furia hacia el otro lado.

—¡Es un maldito lobo! ¡El bosque es el lugar adecuado para esa cosa!

—¡Cuida el maldito tono con el que le hablas a mi hija! —advierte mi padre.

—¡Ya! ¡Cálmense los dos! —interviene mamá, reprendiendo a los hombres que se miran con irritación.

—Cariño... —me llama. Giro mi rostro hacia mi madre, que se acerca para acariciar mi cabeza—. Tu tío Adriano tiene razón. Aceptamos que el cachorro se quede, pero no podemos dejarlo dentro de la casa. ¿Qué te parece si le construimos una propia en el jardín? —propone. Mis ojos se llenan de lágrimas mientras niego con la cabeza.

—¡No! ¡Quiero que duerma conmigo! —sentencio y salgo corriendo molesta en dirección al jardín, con Cerbero en mis brazos.

—Aurora... cielo...

Escucho que me llaman, pero ignoro los gritos mientras corro hasta el viejo roble, donde me recuesto abrazando al cachorro que sostengo en mi regazo. Acaricio sus orejitas peludas con mis pequeñas manos y me acomodo en el césped, antes de ponerlo sobre mis piernas y acariciar su pelaje platinado.

—No lo escuches... El tío Adriano es un tonto, no sabe nada de ti —le digo a mi nuevo amigo—. Tú no eres un animal salvaje. Y si tienes que dormir en el jardín, yo me quedaré aquí contigo —sigo acariciando su espeso y suave pelaje.

—Pues eso sí que sería un problema... porque entonces también yo tendría que dormir aquí afuera.

Volteo el rostro cuando mi padre se acomoda en el césped a mi lado, vestido con su impecable traje negro.

—Y créeme, no me gustaría, principessa. Hay demasiados insectos aquí afuera —con sus nudillos aparta las lágrimas de mi mejilla. Aspiro con fuerza y sobo mi nariz con la manga de mi blusa de corazones, mientras mis labios tiemblan conteniendo el llanto.

—Papá, no quiero que Cerbero duerma lejos de mí.

—¿Cerbero? —pregunta papá, mirándome con una de sus cejas alzadas, antes de mirar al cachorro en mis piernas.

—Como el perro de tres cabezas, que protege las puertas del infierno —respondo, y mi padre me observa con el ceño fruncido.

—¿Así que el infierno, eh? ¿Sientes que estás en el infierno aquí, principessa? —pregunta, y niego con la cabeza.

—No. Pero todos dicen que tú eres el diablo, ¿no es así? —pregunto—. Necesitamos a Cerbero para que te proteja.

Él levanta las cejas al cielo, sorprendido. Sus ojos recorren mi cara, sucia de mocos y lágrimas, antes de sonreír y acariciar mi cabeza.

—Eso tiene sentido —asiento, sobando otra vez mi nariz—. Bien... andando. Es hora de volver —afirma, poniéndose de pie y extendiendo su mano para que la tome—. Vamos —insiste—. No querrás que nuestro amigo peludo se enferme, ¿o sí? —dice con una sonrisa en los labios y una ceja levantada.

Mis ojos se abren como platos mientras, a la velocidad de la luz, me pongo de pie junto con Cerbero y tomo la mano de mi padre, que me lleva dentro con el pequeño lobo en mis brazos.

Levanto la mirada y lo observo mientras caminamos por el jardín hacia la entrada de la casa. Es muy grande y alto, y su mano parece

desmesuradamente grande mientras sostiene la mía. Le sonrío cuando baja la mirada hacia mí y me guiña un ojo. Trato de imitarlo, pero solo consigo hacer un gesto extraño con mi cara, lo que le provoca una risa, antes de que vuelva a apartar la mirada hacia el camino.

—¡Te amo, papi! —digo cuando llegamos a la entrada principal. Él se acuclilla y mete un mechón de mi largo cabello negro detrás de mi oreja.

—¡También te amo, principessa! Y así será hasta el fin de mis días —responde, sonriendo.



La suave mano de Alex se desliza por el borde de mi blusa, acariciando mi abdomen, mientras pega su pecho cálido a mi espalda. Con su otra mano aparta mi cabello hacia un lado para besar mi cuello, sacándome de mis recuerdos. Inclino mi cabeza hacia un lado y cierro los ojos, dándole más acceso, y suspiro al sentir el calor de su aliento rozando mi oreja.

—Te ves algo triste —susurra, y medio sonrío cuando deja un suave beso a un lado de mi cuello.

—Solo pensaba... —respondo, soltando un suspiro.

Su mano sigue acariciando mi abdomen, mientras la otra me sujeta del cuello, tirando de mi cabeza hacia atrás, de modo que queda apoyada en su hombro. Su nariz y sus labios recorren un lado de mi cuello.

—¿Te arrepientes? ¿De... estar aquí, te arrepientes? —pregunta, y abro los ojos para girarme y verlo a la cara.

Me observa, y puedo ver la inseguridad brillando en sus ojos. Deslizo las palmas de mis manos por su pecho y desabrocho los botones de su camisa, sin apartar la mirada de él. Lanzo la tela negra a un lado y, con mis dedos, tomo el borde de mi blusa, alzándola por encima de mi cabeza antes de lanzarla al suelo, seguida del sostén, que dejo caer a nuestros pies.

Él me recorre con la mirada, sus ojos viajan hacia mis pechos desnudos y mis pezones erectos. Lo veo tragar saliva, y un segundo después, sus ojos vuelven a los míos. Doy un paso hacia adelante, acortando la distancia entre nosotros antes de acercarme a sus labios.

—Nunca he estado más segura ni menos arrepentida de algo en mi vida, como del hecho de haberte elegido a ti, Alexander Rossi —

susurro contra sus labios, dejando que mis palabras se fundan con el roce de su aliento.

Sus ojos brillan con un fulgor de deseo, y una de sus manos baja con determinación a la parte posterior de mi cabeza, enredando sus dedos en mis cabellos. Me atrae hacia él, hundiéndome en un beso tan demandante que por un instante olvido todo, incluso la herida que me quema. Con fuerza, me levanta del suelo y envuelvo mis piernas a su cintura, perdiéndome entre besos ardientes y mordiscos que hablan de una pasión desenfrenada. Nos movemos hacia la habitación, arrastrados por un impulso irracional y ansioso.

La puerta de madera se cierra con un golpe sordo mientras su cuerpo me aprisiona contra ella, y sus labios no dejan de devorar los míos. Mis manos exploran su torso, recorriendo sus brazos musculosos hasta llegar a su pecho, donde mi piel se encuentra con la suavidad y dureza de su cuerpo. Mis dedos se enredan en su cabello, jalándolo con desesperación, y él responde con un gruñido bajo, pegando aún más su cuerpo al mío, dejándome sentir la dureza de su deseo contra la humedad de mi entrepierna, mientras ambos quedamos contra la madera.

Nuestros labios se separan un instante, y no puedo evitar clavar mis uñas en su cuello, obligándolo a mirarme con intensidad.

—¡Te amo, Alex! Demasiado… —afirmo, mi voz temblando con emoción, mientras mi nariz rozaba la suya en un gesto íntimo, antes de volver a fundirme en su beso.

Él me toma en sus brazos y, con un solo movimiento, me lleva hacia la cama. Un tirón y la tela que cubría mis muslos cae, seguida por las delicadas bragas que ya no le importan. Mi cuerpo tiembla con anticipación mientras desabrocho su cinturón con manos temblorosas, y, finalmente, se despoja de su pantalón y ropa interior, dejando que caigan al suelo.

Mis ojos no pueden evitar recorrer su cuerpo, deteniéndose en su virilidad, que se presenta dura y deseosa de unirse a mí. Siento una oleada de deseo y no me contengo. Lo empujo sobre el colchón y me subo sobre él, como una mujer que ha perdido toda racionalidad, como si mi vida dependiera de este momento.

Porque eso es lo que soy desde que lo conocí: una mujer completamente absorbida por este hombre, dispuesta a entregarme a él sin reservas, sin un solo segundo de distancia que no sea tortura.

—Princesa... te harás daño. —Su voz, grave y rasposa, suena cargada de preocupación, mientras me posiciono a horcajadas sobre él, mis piernas abiertas, preparándome para lo que ambos sabemos que sucederá.

Pero su protesta se desvanece rápidamente cuando me balanceo hacia adelante, dejando que su dureza roce contra la delicadeza de mi intimidad, haciéndome gemir.

—Princesa... —gime él, sus ojos brillando con una mezcla de placer y tensión.

Me dejo caer sobre él, mis caderas se mueven con hambre y desesperación, permitiendo que su miembro se abra paso entre mis paredes. Los gemidos escapan de nuestras bocas, confundiéndose en un solo sonido, mientras sigo moviéndome, buscando el placer en cada movimiento.

Mi cabello cae en cascada sobre mis hombros desnudos, y él lo sujeta, envolviéndolo con sus dedos mientras me penetra con fuerza. Mis uñas se clavan en sus hombros, mientras mis pechos suben y bajan al ritmo de nuestros cuerpos, que ya se entienden a la perfección. Los jadeos, los gritos, y los suspiros se entrelazan en el aire, hasta que no sé quién pronuncia qué.

Estamos tan unidos, tan entregados, que ya no existe distancia entre nosotros. Justo cuando siento que el clímax se acerca, me inclino hacia él, mordiendo y succionando su labio inferior. Con determinación, tomo su mandíbula entre mis manos y lo miro directamente a los ojos.

—Se jodió, señor Rossi —digo con voz rasposa, recordándole sus propias palabras mientras sigo montándolo con furia y deseo—. ¡Porque ahora... eres mío! —aseguro, mis palabras cargadas de posesión, justo cuando él gruñe, su rostro se contrae de placer y, en ese momento exacto, mi cuerpo explota en un orgasmo tan intenso que me sacude hasta los cimientos.

Mi cuerpo tiembla, se convulsiona con espasmos de placer, mientras él me sigue, liberando todo su deseo en un rugido profundo. Mi cabeza cae sobre su pecho sudado, y ambos nos dejamos llevar por la necesidad de regular nuestras respiraciones, de calmar el frenético latido de nuestros corazones, que parecen latir al unísono.

Un beso suave se posa sobre mi cabeza, y él acaricia mi cabello, su mano bajando lentamente hasta la piel empapada en sudor que cubre mi espalda.



40

ALEX

Bostezo aún con los ojos cerrados, dejando que los recuerdos de la noche anterior se filtren en mi mente. El sabor de sus labios, la suavidad de su piel, el aroma embriagador de su cabello. Mis manos sujetando sus muslos mientras la embestía con la desesperación de un hombre poseído. Extiendo los brazos con pereza, disfrutando aún del eco de su cuerpo contra el mío, pero…

—¿Pero qué mierda? —gruño, abriendo los ojos de golpe.

El frío del metal mordiendo mi piel me arranca del sueño. Frunzo el ceño y trato de mover los brazos, pero algo los mantiene fijos sobre la cabecera de la cama. Una punzada de incomodidad recorre mis muñecas y me obliga a abrir los ojos de golpe. Maldigo en voz baja al ver el brillo de las esposas reflejado en la tenue luz del cuarto.

—¡No me jodas! —gruño, tirando de ellas, pero apenas consigo hacerlas sonar con un tintineo irritante.

Muevo las piernas y confirmo que, al menos, no estoy completamente inmovilizado. Giro la cabeza, buscando con la mirada la responsable de esto, pero la habitación está vacía. La única prueba de su presencia es su aroma, una mezcla de perfume dulce y su piel caliente aún impregnada en las sábanas.

Entonces la puerta se abre, y ahí está ella.

Aurora se apoya en el marco con una sonrisa que solo puede describirse como pura maldad. Lleva puesto un diminuto camisón de satén rojo que se aferra a sus curvas y deja ver más de lo que cubre. Su cabello cae en ondas despeinadas sobre sus hombros, y sus ojos brillan con diversión al verme en esta posición.

—¡Buenos días, señor Rossi! —canta con un tono burlón.

—Aurora… —Entrecierro los ojos y tiro de las esposas con frustración—. Suéltame.

Ella finge pensarlo, paseando la yema de su dedo por su barbilla, como si estuviera considerando una decisión trascendental.

—Mmm… No. —Su sonrisa se ensancha—. ¿Sabes? Esto me resulta extrañamente familiar… Déjame pensar… Ah, sí, ya recuerdo. ¡Fue exactamente lo que me hiciste en la cabaña!

Aprieto la mandíbula. Mierda.

—Eso fue diferente.

—¡Oh, por supuesto! —exclama, fingiendo sorpresa—. Fue diferente porque en ese momento, tú tenías el control. Me dejaste esposada a la cama, completamente indefensa… y ahora mira cómo cambian las cosas.

Se acerca con pasos lentos y seguros, dejando que el camisón se mueva con cada movimiento de sus caderas. Sus ojos recorren mi cuerpo desnudo, deteniéndose descaradamente en mi erección, que ya está presionando contra mi abdomen.

—Parece que a alguien no le molesta tanto la idea de estar esposado… —murmura, lamiéndose el labio inferior.

—Princesa, si crees que puedes torturarme con esto, estás jugando con fuego. —Mi voz sale más ronca de lo que esperaba.

Aurora suelta una risita y se sube a la cama, pero en lugar de acercarse a mí, se mantiene a una distancia segura. Luego, sin previo aviso, desliza los tirantes de su camisón por sus hombros, dejando al descubierto la piel tersa de su clavícula y la curva tentadora de sus pechos.

Mis músculos se tensan al instante.

—Aurora…

—Shhh… —pone un dedo sobre sus labios y se arrodilla sobre la cama, con las piernas separadas justo enfrente de mí—. Quiero disfrutar de mi venganza.

Y entonces empieza el verdadero castigo.

Sus caderas comienzan a moverse con un ritmo lento y tentador mientras sus manos recorren su propio cuerpo, subiendo desde sus muslos hasta su cintura. Sus dedos acarician la tela del camisón antes de deslizarlos sobre sus pechos, masajeándolos con una expresión de puro placer.

Cada uno de sus movimientos es un golpe directo a mi cordura.

Intento liberarme de las malditas esposas, pero están bien ajustadas. La frustración solo hace que mi erección palpite más fuerte.

—Dime, Alex… ¿así te sentiste cuando me esposaste? ¿Frustrado? ¿Impaciente? —Su voz es un susurro cargado de deseo.

—No. —Mi voz sale grave—. Yo tenía el control.

—Oh, pero ahora no lo tienes. —Sonríe con inocencia fingida mientras desciende una mano entre sus piernas y deja escapar un suspiro entrecortado—. ¿Te gusta lo que ves?

—Ven aquí. Ahora.

—¿Y si no quiero?

La muy cabrona sigue bailando, girando las caderas en movimientos circulares, frotándose sobre la cama, tan cerca y a la vez tan jodidamente lejos. Mi paciencia se desmorona.

—Aurora, suéltame.

—¿Para qué? —murmura inclinándose ligeramente hacia adelante, dejando que sus pechos queden a la altura de mi rostro—. ¿Para tocarme? ¿Para ponerme de rodillas y follarme como un salvaje?

Aprieto los dientes y tiro de las esposas con más fuerza, maldiciendo entre dientes.

—Te juro que en cuanto me suelte, voy a…

—¿Vas a qué? —me interrumpe, acercando su rostro al mío hasta que su aliento cálido acaricia mis labios.

Estoy tan al límite que cualquier toque suyo podría hacerme explotar. Pero en lugar de besarme, retrocede con una risa traviesa.

—Ya me aburrí de jugar. —dice de repente, y antes de que pueda procesar sus palabras, se arrastra hasta quedar sobre mí.

—Aurora…

—Shhh… —Pone una mano sobre mi pecho y se inclina para besarme, pero solo roza mis labios. Luego desliza su lengua por mi cuello, mordisqueándolo justo en el punto que sabe que me enciende.

Mi respiración se entrecorta cuando su mano baja lentamente por mi abdomen, trazando un camino de fuego hasta envolver mi erección con sus dedos suaves.

—Mierda… —gruño, mi espalda arqueándose por la necesidad de más.

Aurora se alza sobre mí, sujetando mis muñecas esposadas por encima de mi cabeza con una mirada de pura satisfacción. Su cuerpo brilla bajo la tenue luz de la habitación, su piel cálida rozando la mía con una necesidad que puedo sentir en cada respiro entrecortado que escapa de sus labios.

Se desliza lentamente sobre mí, dejando que la punta de mi erección roce su entrada húmeda y caliente. Su mirada se encuentra

con la mía justo antes de hundirse de golpe, ahogando un gemido mientras su cuerpo se abre para recibirme por completo.

—Mierda… —jadeo, cerrando los ojos un instante por la sensación sofocante de su interior abrazándome.

Ella se queda quieta unos segundos, disfrutando del momento, de tener el control absoluto, de saber que no puedo hacer otra cosa más que sentirla. Sus manos recorren mi pecho, dibujando círculos lentos con la yema de los dedos antes de apoyarse sobre mí para comenzar a moverse.

Su ritmo es tortuosamente lento al principio, dejándose caer sobre mí con movimientos ondulantes, deslizando sus caderas en un vaivén que me vuelve loco. Su calor, su estrechez, la manera en que su cuerpo me reclama con cada descenso, todo me consume en un placer insoportable.

—Eres tan jodidamente perfecto así… —murmura, con la voz ronca, sus uñas arañando mi piel mientras aumenta el ritmo.

Sus gemidos se vuelven más altos a medida que se mueve sobre mí con más necesidad, haciéndome maldecir entre dientes por no poder agarrarla, por no poder hundir mis dedos en su piel, por no poder tomar el control y follarla como lo deseo.

—Aurora, suéltame. —Mi voz es áspera, rota por la desesperación.

—No… —jadea, su cabello cayendo en ondas desordenadas sobre su rostro mientras se inclina un poco hacia atrás, apoyando las manos sobre mis muslos y separando más las piernas para hundirse aún más profundo.

El cambio de ángulo me arranca una maldición, y mis dedos se cierran en puños sobre las esposas, el sonido del metal resonando en la habitación mientras ella cabalga con movimientos cada vez más frenéticos.

—Me encanta verte así… desesperado, suplicando… —susurra, mordiéndose el labio con placer mientras sus caderas chocan contra mí una y otra vez.

El sonido de nuestra piel chocando llena la habitación, junto con sus jadeos entrecortados y mi respiración errática. Ella está cerca, lo sé por la forma en que sus piernas tiemblan, por la forma en que su interior se aprieta aún más a mi alrededor, atrapándome en un fuego abrasador.

Su cabeza cae hacia atrás, su espalda se arquea, y un gemido desgarrador escapa de sus labios cuando el orgasmo la golpea con

fuerza. Sus paredes palpitan, estrujándome con espasmos deliciosos que me arrastran con ella al abismo.

Con un gruñido gutural, mi cuerpo se tensa bajo el suyo mientras la ola de placer me sacude por completo, explotando en su interior con un ardor tan intenso que me deja temblando.

Aurora cae sobre mí, con la respiración entrecortada y su corazón latiendo tan fuerte como el mío. Su cabello desordenado roza mi rostro cuando levanta la mirada, con una sonrisa satisfecha en los labios.

—¿Sigue siendo una tortura? —pregunta con diversión.

—En cuanto me suelte, princesa, le aseguro que le devolveré el favor…

Ella suelta una risa traviesa y acaricia mi mandíbula con dulzura antes de besarme con suavidad, aún con nuestros cuerpos entrelazados, aún con mi deseo de tenerla una y mil veces más.

AURORA

Llevo tres días con una sonrisa en el rostro, y esta noche no es la excepción. Con una ceja alzada, observo la mesa frente a mí, perfectamente arreglada para la cena. Pero no es el hecho de que Alex se haya tomado la molestia de preparar la comida lo que me tiene intrigada. No. Es la precisión con la que todo está colocado.

Los cubiertos a cada lado de los platos, alineados con una exactitud casi quirúrgica. Las servilletas dobladas con meticulosa simetría sobre pequeños platillos. ¿Quién demonios usa un platillo solo para las servilletas? Las copas perfectamente centradas sobre sus respectivos posavasos. Las sillas, ni un centímetro más adelante o atrás de lo necesario.

He notado que hace esto con todo: la ropa, los objetos en el baño, incluso la manera en que organiza los condimentos en la cocina.

—¿Tienes un TOC con el orden, Alex? —pregunto sin apartar la vista de la mesa cuando lo veo acercarse con su delantal de flores ajustado a la cintura y una fuente de pasta en las manos.

Reprimo una sonrisa al verlo así, tan… hogareño.

Deja la comida en el centro de la mesa y se acerca a mí, pasando una mano por su delantal en un gesto que me recuerda a mi madre después de hornear galletas.

—¡No tengo un jodido TOC! —se ofende, frunciendo el ceño—. Solo me gusta el orden, ya te lo dije antes.

Acto seguido, se inclina sobre la mesa para ajustar la posición de la fuente con pasta, moviéndola apenas unos milímetros más al centro.

Blanqueo los ojos.

—Crecí con una madre psicóloga y un hermano mentalmente inestable… Créeme, tienes TOC. —Señalo la mesa con un gesto de la mano.

Él resopla, quitándose el delantal que dobla meticulosamente antes de dejarlo sobre una de las sillas vacías. Luego, sin previo aviso, me toma de la cintura y me acerca a su pecho, robándome un beso.

—Cuéntame algo sobre ti —le pido, acariciando su mejilla con la yema de los dedos.

—¿Algo sobre mí? ¿Qué quieres saber, princesa? —su voz es un murmullo contra mi cuello, su aliento cálido eriza mi piel.

—Color favorito —pregunto lo primero que se me viene a la mente.

Él sonríe contra mi piel.

—Fácil… gris.

Me aparto un poco y lo miro con extrañeza.

—¿Gris? ¿En serio?

Alex sostiene mi mentón con dos dedos, obligándome a mantener la mirada fija en él.

—Sí, pero no cualquier gris… el gris de tus ojos.

Aprieto los labios para reprimir la sonrisa tonta que amenaza con escaparse.

—Tu turno —susurra antes de besar mi barbilla.

—Rojo.

Él suelta una carcajada.

—Después de lo de anoche, tiene lógica.

Le doy un manotazo en el hombro, pero él solo sonríe, divertido.

—¿Algo más que quieras saber? —pregunta antes de atrapar el lóbulo de mi oreja entre sus labios.

Finjo pensar, echando la cabeza hacia atrás, dándole acceso a mi cuello para que lo bese.

—Mmm… podría preguntar muchas cosas —murmuro con picardía, sintiendo cómo su lengua traza un camino ardiente sobre mi piel.

Y en ese instante, sé que la cena puede esperar.

—¿Signo? —pregunto con la voz entrecortada, sintiendo la humedad acumulándose en mi centro con cada beso que deja en mi cuello.

—Leo —responde sin apartar sus labios de mi piel.

—Sagitario —digo, consciente de que es mi turno de contestar.

Sus labios recorren mi cuello, subiendo hasta mi mejilla antes de tomar mis labios en un beso suave y ardiente. Muerde mi labio inferior con un dejo de posesión, provocando un escalofrío que me recorre la espalda.

—Última pregunta, princesa… —advierte con voz ronca.

Me enderezo para perderme en ese mar oscuro que son sus ojos. Su mirada intensa, devoradora, me hipnotiza.

—¿Me amas? —inquiero sin apartar mis ojos de los suyos.

Él sujeta mi barbilla con firmeza y se inclina, acercando su rostro al mío. Su aliento se mezcla con el mío, su nariz roza la mía. Está tan cerca que siento su calor irradiando sobre mi piel.

—Te amo tanto que ardería en el infierno por ti una y mil veces —susurra con una intensidad que me deja sin aliento—. Te amo tanto que me arrancaría la piel para cubrirte con ella si tuvieras frío. Te amo tanto, princesa, que si algún día muero antes que tú… volvería de la muerte solo para regresar a tu lado.

Mi pecho se expande con un sentimiento tan abrumador que apenas puedo contenerlo. Lo rodeo con mis brazos por los hombros y lo beso con la desesperación de quien necesita a su otra mitad para seguir respirando. Me pierdo en la calidez de su boca, en la firmeza de sus manos sujetándome, en la certeza de que este hombre se ha vuelto tan necesario para mí como el aire.



41

AURORA

—En otras noticias, un nuevo atentado en la zona céntrica de Manhattan dejó cuatro personas heridas de bala luego de que un grupo de mercenarios, armados con alto calibre, irrumpiera en un hostal y asesinara a sangre fría al dueño del lugar.

»Los testigos, en su mayoría mujeres que eran obligadas a trabajar como esclavas sexuales, declararon a las autoridades que el sitio operaba como un burdel clandestino y que los atacantes, lejos de hacerles daño, las rescataron de lo que describieron como un calvario que duró años. Según sus testimonios, en ningún momento los mercenarios arremetieron contra ellas. Por el contrario, evacuaron el edificio antes de volarlo en pedazos.

»Una de las víctimas, al igual que las demás mujeres rescatadas, expresó su agradecimiento hacia estos desconocidos, quienes no solo destruyeron aquel lugar, sino que, según las investigaciones, podrían estar detrás de una serie de atentados similares. Este sería el sexto caso en el que una red de tráfico sexual queda al descubierto tras un ataque de estas características.

»Ahora la pregunta que se hacen los ciudadanos es… ¿Estamos ante un héroe o ante un villano?

La presentadora del noticiero sigue hablando, pero mi atención se desvía hacia Alex, quien permanece sentado en el sofá con la mirada fija en el televisor. Su expresión es indescifrable, perdida en pensamientos que no alcanzo a descifrar. Me acerco y me acomodo a horcajadas sobre él, deslizando los dedos por su cabello castaño, apartando los mechones rebeldes de su frente antes de inclinarme a besar suavemente sus labios.

Él responde al contacto con un suspiro profundo, su mano recorriendo el contorno de mi muslo antes de afianzarse en mi cintura. Aún sentada sobre él, apoyo la cabeza en su hombro, hundiendo el rostro en la curva de su cuello mientras inhalo su aroma. Sus brazos se cierran alrededor de mi cuerpo, envolviéndome en su calor.

Ha pasado una semana desde que llegamos aquí y, pese a las circunstancias, en este momento, con él, así… no necesito nada más. Pero por mucho que me gustaría quedarme así para siempre, sé que es imposible.

Alguien sigue allá afuera, acechando a mi familia… acechándome a mí. Los enemigos no descansan, y es momento de empezar a evaluar nuestras opciones. No puedo darme el lujo de quedarme escondida viendo el tiempo pasar, no cuando la vida de los míos sigue en peligro.

—Princesa… necesito hablar contigo de algo. —La voz grave de Alex me saca de mis pensamientos, haciéndome enderezar mientras él continúa acariciando mi espalda con la palma de su mano.

Me acomodo sobre sus piernas y lo miro con atención cuando continúa:

—He estado pensando que quizás deberíamos acudir a mi jefe.

Frunzo el ceño y trato de apartarme, pero su mano se cierra alrededor de mi muñeca antes de que pueda hacerlo.

—¡Escúchame primero! —insiste con firmeza—. Esta podría ser la única alternativa para salvar a tu familia.

Sus palabras me detienen. Respiro hondo y, con cierta reticencia, vuelvo a sentarme para escucharlo, aunque la idea no me convence del todo.

—Mi plan es acudir al capitán, pedir protección para ti y tu familia. A cambio, solo tendrían que dar información sobre la mafia irlandesa, turca, o la rusa, algo que le permita a mi jefe derribar otra organización y apartar las narices del FBI de la suya. Podrían llegar a un acuerdo con la fiscalía e incluso conseguir la absolución, o en el peor de los casos, una condena reducida de un máximo de seis meses —expone con seguridad.

Lo observo en silencio por unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Alex… ¿de verdad crees que tu jefe aceptaría un trato así cuando mi padre es conocido por ser uno de los asesinos más sádicos de la ciudad? ¿Cuando mi tío Adriano, el ejecutor de la mafia, ha torturado a miles de personas para obtener información? ¿Cuando mi tío Lorenzo ha hackeado millones de empresas, tanto privadas como públicas, incluyendo entidades del Estado y al propio FBI?

Me inclino un poco hacia él y susurro con ironía:

—Incluso yo he cometido crímenes imperdonables. He matado, he violado propiedad privada en más de una ocasión y he traficado con armas. Toda mi familia está hasta el cuello… y yo incluida.

Él desliza sus dedos por mi barbilla, levantando mi rostro hasta que nuestros ojos se encuentran.

—A veces, tu belleza angelical me hace olvidar lo letal que eres. —Una media sonrisa se dibuja en sus labios—. Pero, aun así, jamás dejaría que te encerraran, Aurora. Eres mía. —Su tono se endurece con determinación—. Mi jefe aceptará. Quiere resultados. Tiene al maldito gobernador respirándole en la nuca, exigiendo avances. ¿Crees que desaprovecharía la oportunidad de derribar dos mafias enteras como la turca, la irlandesa y la rusa? No lo creo… aun cuando tenga que pactar con el diablo para lograrlo.

Aprieto los labios, analizando sus palabras.

Por más difícil que sea de creer… tiene sentido. Si el jefe de Alex acepta que le entreguemos a la mafia turca, a la rusa y la irlandesa a cambio de nuestra absolución, nos quitaríamos un problema de encima. Sin la presión del FBI, podríamos enfocarnos en encontrar a la persona que nos quiere muertos sin preocuparnos por agentes federales siguiéndonos el rastro.

—¿Crees que esto podría funcionar? —pregunto, sopesando cada posibilidad.

Alex asiente con convicción.

—Bien… déjame pensarlo. Por mi parte, no tengo problema, pero no entregaré a mi familia si ellos no están de acuerdo. Tendré que pactar un encuentro con alguno de ellos, aunque mi padre no creo que sea una opción en este momento.

—Bien, piénsalo. Pero recuerda que esta podría ser una excelente oportunidad para encontrar a quien está detrás de todo esto.

Suelto un suspiro y asiento. Alex acuna mi rostro con una mano y deposita un beso en mi frente antes de apartarse con suavidad y ponerse de pie.

—Iré por algunas provisiones —informa, tomando la gorra de visera de la mesa y su chaqueta con capucha.

Asiento y me levanto también, rodeando sus hombros con mis brazos antes de besarlo.

Él responde al beso con intensidad, pero tras unos segundos, lo aparto antes de que la tentación nos haga retroceder hasta la habitación.

—Vuelvo pronto, princesa —susurra contra mis labios.

—Ten cuidado. —Le extiendo mi arma, mirándolo con seriedad.

Una sonrisa ladeada se dibuja en su rostro mientras toma la Glock y la guarda en la parte trasera de su pantalón. Sus ojos brillan con algo parecido a la adoración antes de besarme una vez más.

—Me encanta cuando te preocupas por mí.

Su tono travieso me hace rodar los ojos con diversión. Me guiña un ojo antes de girarse hacia la salida, dejándome con el eco de su voz y la incertidumbre de lo que vendrá después.

ALEX

Me acomodo la gorra que cubre mi cabeza y observo el edificio frente a mí. Es tarde, pero estoy seguro de que la persona que busco sigue aquí. Con un movimiento preciso, saco la placa de debajo de mi camiseta y la dejo a la vista. No quiero perder tiempo en explicaciones innecesarias o enfrentarme a obstáculos que puedan retrasarme.

Entro con paso firme a la recepción de la estación. El guardia en la puerta arquea una ceja al verme, y sin dudarlo, me quito la gorra, dejando mi rostro al descubierto. En cuanto me reconoce, asiente sin hacer preguntas, y yo sigo adelante sin dar explicaciones.

Dentro del ascensor, reparo los pisos que voy dejando atrás con cada tramo que recorre la cabina. Estar aquí se siente extraño, ajeno. Este lugar, que en algún momento consideré mi hogar, ahora no es más que un vestigio de lo que fue. Mi concepto de familia ha cambiado: ya no pienso en camaradas ni en un juramento de lealtad, sino en la mujer que dejé esperando minutos antes de venir aquí.

Quizás debí decirle que pensaba hacer esto, pero sé que, de haberlo hecho, habría intentado detenerme. También sé que estar aquí es un riesgo, pero es uno que estoy dispuesto a correr mientras Aurora esté a salvo.

Hablaba en serio cuando mencioné la posibilidad de acudir al capitán Miller, pero nunca lo haría sin antes tener una reunión en persona con él. No me arriesgaré a traer a Aurora aquí solo para que la arresten. Necesito garantías, seguridad de que ella y su familia quedarán fuera de esto. Entregaremos a los malditos rusos y a la

mafia turca, pero eso es todo. Los Rinaldi deben quedar absueltos de todo cargo.

El ascensor se detiene y las puertas se abren con un sonido seco. Lo primero que veo es la moqueta azul oscuro del pasillo, seguida de las sillas de oficina vacías frente a las computadoras apagadas. Un silencio denso llena el ambiente. Solo hay una oficina con las luces encendidas, y sin dudarlo, me dirijo hacia ella. Como es costumbre, no toco. Abro la puerta y entro sin esperar invitación.

El capitán se levanta de golpe de su silla, dejando sobre la mesa los papeles que sostenía en las manos. Sus ojos, amplificados por los enormes lentes, se llenan de confusión mientras me observa de pie, detrás de las pilas de documentos que abarrotan su escritorio.

—Rossi… ¿qué carajo…?

—¿Puedo sentarme? —Señalo la silla frente a su escritorio.

Me observa con desconfianza por un momento, pero finalmente asiente, indicándome que tome asiento. Mientras lo hago, noto cómo sus manos desaparecen bajo la madera del escritorio.

—Eso no será necesario —digo con calma, consciente de que está buscando el arma que guarda en el cajón oculto.

—¿No? —alza una ceja, su tono cargado de escepticismo—. Porque hasta donde yo sé, eres un desertor. ¡Cómplice de la muerte de Tomás!

La mención de ese maldito que casi mata a Aurora enciende la rabia dentro de mí. Me hubiese gustado matarlo yo mismo con mis propias manos.

—¡Yo no maté a Tomás! —mi voz resuena firme en la oficina—. Él mismo se condenó cuando atacó a Aurora. Se confió y terminó muerto. Debería investigar mejor por qué diablos intentó secuestrar a la hija del diablo y atentó contra ella dos veces.

—¿Qué quieres, Rossi? —gruñe Miller—. Porque a menos que tengas a toda la maldita familia Rinaldi esposada afuera o en una celda, no entiendo qué diablos haces aquí.

—De eso vengo a hablar —afirmo con seguridad—. Tengo una propuesta que no podrá rechazar.

Me evalúa con la mirada antes de recostarse en su silla. Suspira, entrelaza los dedos y los apoya sobre su prominente abdomen.

—Te escucharé… pero no garantizo que tu propuesta me agrade.

—Lo hará. Se lo aseguro —afirmo con convicción.

Hace un gesto para que continúe.

—La mafia italiana está dispuesta a hacer un trato.

—¿Un trato? —su tono es burlón—. Hasta donde yo sé, esos malnacidos no están en condiciones de exigir nada.

—Ahí es donde se equivoca. He trabajado con ellos el tiempo suficiente como para asegurarle que no se entregarán sin pelear. Y más aún, me atrevería a jurar que el diablo, antes de ir a prisión o de permitir que algo les pase a sus hijos o a su esposa, sería capaz de reducir esta maldita ciudad a cenizas.

Miller suelta una carcajada. Frunzo el ceño y levanto la barbilla, manteniendo mi mirada firme sobre la suya.

—No puedo creerlo… tú, proponiendo un trato para absolver a la mafia italiana. La misma mafia que estuvo involucrada en la muerte de tus padres.

Su comentario hace que mi mirada vuele de manera instintiva hacia la fotografía en el librero. En ella, el capitán y mi padre posan juntos en otra vida, en otro tiempo.

—Ellos no asesinaron a mis padres —afirmo con voz tensa—. Fue la mafia rusa. Los proyectiles en sus cuerpos eran de armas rusas.

Nunca antes lo había analizado a fondo, pero ahora que lo digo en voz alta, la verdad se siente sólida. La mafia rusa atacó el restaurante italiano, y los italianos repelieron el ataque… pero llegaron tarde. Cuando lograron reaccionar, mis padres ya estaban muertos.

El recuerdo me golpea con fuerza. Vuelvo a ver al hombre rubio apuntándome con su arma, a punto de disparar. Pero otro hombre, de cabello negro, interviene, ejecutándolo con precisión letal.

Recuerdo sus palabras en un italiano cerrado que no entendí. Me veo a mí mismo avanzando lentamente, tomando la mano inerte de mi madre. Su rostro yace sobre el plato en la mesa, y la sangre resbala por el orificio en su cabeza.

«*De no ser por el italiano, yo también estaría* muerto».

—¡Rossi!

Parpadeo cuando la voz de Miller me devuelve al presente.

—¿Y bien? —pregunta, observándome con el ceño fruncido, su mano acariciando la barba en un gesto pensativo.

—Bien. Encárgate. Pero la chica tiene que informarme en persona de todo.

Frunzo el ceño.

—No. Yo seré el intermediario. Aurora Rinaldi queda fuera. Ella me informa a mí y yo a usted. Ese es el trato.

No la expondré. Si no acepta, puede irse al carajo. Buscaré otra manera, pero Aurora no pisará esta estación.

—Te dejaste embaucar por esa maldita bruja después de todo —murmura con decepción.

—Mucho cuidado con esa boca —mi tono es un filo de acero—. Esa bruja, como la llamas, es la mujer que amo. Y haré lo que sea necesario para protegerla… de quien sea.

Su mandíbula se tensa, su mirada se oscurece. Sé que mis palabras no le hacen gracia, pero me importa una mierda.

—Está bien —cede al fin, molesto—. Lo haremos a tu manera. Pero, de todas formas, tendrá que firmar una declaración.

Asiento. Es el protocolo. Me pongo de pie.

—Volveré por la forma en dos días.

Miller me observa en silencio mientras me dirijo a la puerta. Antes de salir, dejo una última advertencia.

—Si alguien intenta algo contra mi mujer, no dudaré en acabar con quien sea.

Salgo sin esperar respuesta, dejando tras de mí el peso de una amenaza que sé que cumplirá su propósito.

42

AURORA

Observo con los ojos entrecerrados al hombre que camina de un lado a otro como un león enjaulado en medio de la sala.

Hace dos días que noto algo extraño en él, y no quiero comenzar a desconfiar ni hacerme ideas equivocadas. Este no es el mejor momento para que surjan dudas entre nosotros, pero es evidente que algo lo preocupa, y sea lo que sea, no tiene intenciones de compartirlo conmigo.

Me acerco con cautela. Está de espaldas, con la mirada fija en algún punto de la ventana mientras observa el jardín. Lo tomo por sorpresa al deslizar mis manos por debajo de la tela de su playera, acariciando su espalda y deslizándolas lentamente hasta su abdomen marcado, antes de apoyar mi mejilla contra él.

—¿Me dirás qué te preocupa? —pregunto, recostándome sobre su espalda.

No responde de inmediato, pero sus manos acarician las mías sobre su abdomen en un gesto tranquilizador. Sin embargo, después de unos segundos, se aparta y se gira hacia mí. Le sonrío suavemente, ladeando la cabeza cuando sus manos se posan en mi cintura, atrayéndome hacia él.

Se acerca y aspira el aroma de mi cuello antes de levantar mi barbilla en busca de mis ojos. Su mirada sigue cargada de preocupación, pero, pese a ello, en la profundidad de ese océano inmenso que son sus ojos, brilla el amor que siente por mí. Es indescriptible. Y si alguna vez dudé de que Alex me ama, hoy me sería imposible hacerlo, no cuando me mira de esta manera.

—¿Qué pasa…? —susurro sobre sus labios.

Me besa de repente, con una pasión arrolladora, con amor y con una desesperación contenida que me deja sin aliento. Me toma en brazos y me lleva hasta el sofá, recostándome con delicadeza sin dejar

de besarme. Sus labios recorren la piel de mi cuello, deslizándose por mi clavícula hasta mis pechos.

Sus caricias no cesan mientras me desnuda con una lentitud tortuosa, provocando que cada célula de mi cuerpo arda en deseo. No hay prisa en sus movimientos, no hay urgencia ni brutalidad. Esta vez, Alex no quiere simplemente poseerme… quiere hacerme el amor.

Mis dedos se enredan en su cabello castaño y nuestros ojos se encuentran cuando entra en mí, lento, sin prisas. Me besa mientras susurra lo mucho que me ama. Sus embestidas aumentan en intensidad poco a poco, volviéndose más frenéticas, pero sin perder la ternura en sus caricias ni la delicadeza con la que me besa. Su boca recorre cada rincón de mi rostro, y yo me aferro a su espalda, marcándola con mis uñas cuando el orgasmo me alcanza con la fuerza de una tormenta, dejándome exhausta, con la respiración acelerada, al igual que él, que permanece sobre mí, desnudo y sudado.

—Princesa… tenemos que hablar —dice de pronto.

Me enderezo apoyándome en los codos para mirarlo.

—Pero primero, vamos a limpiarnos —añade.

Lo observo mientras se pone de pie, toma mi mano y me guía al baño. Después de asearnos, volvemos al comedor. Alex está tenso. Su ansiedad es palpable y empieza a ponerme nerviosa. Su silencio, la forma en que busca las palabras adecuadas, solo intensifican mi inquietud.

—No quiero que desconfíes de mí. Te prometí que nunca volvería a mentirte, y por eso voy a decirte qué es lo que me preocupa, ¿de acuerdo? Pero prométeme que no te enfadarás y que tratarás de entenderme —pide con seriedad, sin apartar la mirada de la mía.

Asiento lentamente, aunque la preocupación hace que frunza el ceño.

—Estuve en la estación y hablé con el capitán Miller —suelta de pronto.

Me enderezo en la silla, sorprendida.

—Lo hice porque no puedo permitir que te expongas sin tener la certeza de que él no intentará arrestarte en cuanto te vea —se apresura a explicar—. El trato está cerrado. Se supone que tú me darás la información que obtengas de tu padre, y yo la transmitiré al capitán. Ni tú ni tu familia deben acercarse a la estación. Estarán a

salvo. Cuando el capitán se encargue de los rusos y los turcos, el expediente contra tu familia será cerrado.

Lo miro sin saber qué decir.

—¿Princesa…? —su voz suena preocupada cuando me pongo de pie.

No le doy tiempo a reaccionar. Me inclino sobre él y rodeo sus hombros con mis brazos, sentándome sobre sus piernas antes de devorar su boca con un beso desesperado. Él me sujeta de la cintura, aferrándome con fuerza contra su cuerpo. Me aparto apenas unos milímetros, apartando con suavidad el cabello de su rostro para mirarlo.

—Te amo, Alexander Rossi —susurro—. Y no me alcanzará la vida para repetírtelo.

Suspira con alivio antes de besarme de nuevo.



Dos horas más tarde, ajusto el cinturón de mis pantalones y escondo la pequeña pistola de bolso en la parte trasera de mi cintura. Me coloco la capucha de la sudadera mientras camino hacia Alex, que está tomando las llaves del coche de la mesa. Sin embargo, se detiene en seco al verme y me recorre con la mirada.

—No. Ya está arreglado. Soy yo quien irá por la información— advierte con firmeza.

Sonrío.

—No te dejaré ir solo. No tienes que preocuparte… Estamos juntos en esto, ¿lo olvidas? —ladeo la cabeza, acercándome a él.

—Princesa… no es necesario. Solo es papeleo. Iré, traeré la ficha que debes llenar y listo. No es necesario que te expongas.

Pese a sus argumentos, no pienso ceder. Alex ha perdido mucho por mí. Y aunque sé que también he sacrificado mucho para estar a su lado, no permitiré que cargue con todo el peso por su cuenta. Después de todo, es mi familia la que tiene problemas con las autoridades. Es mi responsabilidad dar la cara.

Mi padre siempre decía que los problemas hay que afrontarlos para dejarlos atrás y seguir adelante. Y eso es lo que voy a hacer.

Una brisa helada me acaricia el rostro y, con ella, un golpe de tristeza se instala en mi pecho al recordar a mi padre. Lo extraño. Mucho. Al igual que a mi madre, que siempre ha sido más que una madre, una amiga.

Tal vez, si logramos esto…

Tal vez, si todo sale bien…

Mi padre logre perdonarme.

Y termine por aceptar que, aunque luché por evitarlo… me enamoré de Alex.

Sacudo los pensamientos y vuelvo mi atención al hombre frente a mí. Un mareo repentino me toma por sorpresa, y me sujeto de sus hombros por un instante antes de enderezarme. Alexander frunce el ceño, sujeta mi brazo con firmeza para estabilizarme y me observa con preocupación.

—Princesa… no…

—¡Vamos! Se hace tarde —lo interrumpo antes de que pueda continuar. Una vez recupero el equilibrio, dejo un beso casto sobre sus labios y me encamino hacia la salida.

Escucho cómo suelta el aire detrás de mí y, dos segundos después, sus pasos apresurados al seguirme.

El coche se desliza por las calles oscuras de Nueva York hasta detenerse frente a un gigantesco rascacielos de paredes de vidrio que refleja las luces de la ciudad como un coloso silencioso. Apenas el vehículo se detiene, soy la primera en bajar. Alexander se acerca de inmediato, toma mi mano con naturalidad y me guía hacia el área de los ascensores.

Paso saliva cuando lo veo sacar la placa de debajo de su playera y dejarla colgada de su cuello, completamente visible.

Descubrir que es un agente fue duro, pero ahora, viéndolo así, sujetando mi mano y arriesgándolo todo para protegerme a mí y a mi familia —aun sabiendo que mi padre no lo acepta—, hace que ya no me importe. Porque ante mis ojos, no es un agente. Es Alexander Rossi, el hombre detrás del uniforme, la persona a la que amo y por quien daría mi vida sin dudarlo.

Me observa por el rabillo del ojo y aprieta suavemente mi mano. Le sonrío.

Recorro el lugar, notando las cámaras de seguridad que se mueven sutilmente, siguiéndonos con precisión calculada.

Las oficinas están vacías. No hay personas tras los escritorios, algunas luces permanecen apagadas, y el sonido de nuestros pasos resuena en el pasillo. Avanzamos entre los cubículos desiertos hasta llegar a una oficina con un letrero que dice CAPITÁN.

Alexander me dedica una última ojeada.

—Princesa… ¿estás segura de esto? —pregunta en un tono bajo.

Le sonrío antes de asentir.

Él me observa un instante, suspira y, finalmente, toma el pomo de la puerta. La abre con cautela, y ambos nos adentramos en la habitación.

El hombre de pie detrás del escritorio no oculta la satisfacción en su mirada cuando sus ojos se posan en mí.

—Aurora Rinaldi… la hija del diablo en persona —canturrea con aire burlesco, elevando el mentón mientras me recorre con la mirada.

Hago lo mismo.

Hay algo en él que me resulta familiar. Su voz tiene un leve acento, apenas perceptible, pero está ahí. Sus ojos me recuerdan a alguien, aunque no logro identificar a quién. Y la forma en la que sonríe me pone los vellos de punta. Me hace sentir como una oveja entrando al matadero.

—Tomen asiento. —Señala las sillas frente a su escritorio.

Alexander aparta una para mí, pero permanezco inmóvil, tratando de descifrar de dónde me resulta familiar este hombre.

—¿Aurora…? —me llama Alex.

Espabilo y finalmente me siento frente al escritorio, sin apartar la vista del capitán, quien sigue escrutándome con descaro.

—Eres más bonita que en las fotografías… —dice de pronto—. Déjame decirte que no te hacen justicia.

—¡No es a eso a lo que vinimos! —gruñe Alexander, con los ojos fijos en su jefe.

El capitán aparta la mirada de mí y alza una ceja al ver la reacción de Alex. Sus labios se curvan en una sonrisa lobuna.

—Ahora te entiendo un poco mejor, agente Rossi —dice, enfatizando con evidente sorna la palabra agente, como si intentara provocarme.

Pero no lo logra. Sé perfectamente quién es Alex y no tiene sentido que trate de manchar su imagen ante mí.

—Bien… —retoma el capitán, sacando una carpeta amarilla de su escritorio—. A lo que vinieron.

Me observa con fingida cordialidad antes de continuar:

—Aurora… si me permites tutearte… ¿qué me asegura que la información que me den es certera y no una trampa?

Miro a Alex antes de devolverle la mirada.

—¿Qué ganaríamos nosotros tendiéndole una trampa? —contraataco con frialdad.

—¿Escapar, tal vez? —indaga con el ceño fruncido, extendiéndole un vaso de whisky a Alexander, quien lo recibe sin apartar la vista de él.

El capitán también me ofrece uno, pero lo ignoro.

—Por favor… ¿a quién engañamos aquí? —explico con seguridad, cruzando una pierna sobre la otra—. Este trato le conviene más a usted que a nosotros. La mafia italiana ha arrasado con todos y cada uno de sus planes para capturarnos. Hemos acabado con pandillas, con redes de tráfico sexual, con narcotraficantes… La mafia italiana, en cuanto a seguridad, ha hecho más por este país que el mismo Estado.

El capitán se reclina en su silla, observándome con renovado interés.

—Y siempre que intentan capturarnos, terminan quedando como payasos —añado con una sonrisa torcida—. Sin ofender.

Miro a Alex, quien niega con la cabeza, divertido.

—Te oyes muy confiada en sus habilidades —responde el capitán con ironía.

—Porque lo estoy. Como dije, ustedes necesitan resultados. Nosotros necesitamos que dejen de meterse en nuestro camino.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué proponer un trato a estas alturas? —pregunta con cautela.

—Tenemos asuntos personales que resolver y no podemos perder el tiempo peleando batallas sin sentido. Los rusos y los turcos no me agradan. No tengo problema en entregarlos, a cambio de que mi familia esté a salvo.

El capitán se queda en silencio un momento, recorriéndome con la mirada mientras acaricia su barbilla con aire pensativo. Alexander, por su parte, sonríe y bebe un sorbo de su whisky.

—¿Y crees poder convencer al diablo de que te dé la información necesaria para capturar a las cabezas de la mafia rusa y turca? —inquiere.

Sonrío con simpleza.

—Como podrá ver… tengo un alto poder de persuasión.

El capitán desvía la mirada hacia Alexander, quien deja su vaso vacío sobre la mesa y lo observa, esperando su respuesta.

El hombre suelta una ligera risa antes de ponerse de pie. Toma la carpeta y la deja caer frente a mí.

Extiendo la mano para tomarla…

Y, de repente, Alex comienza a vomitar.

Parpadeo, alarmada. Trato de levantarme, pero una presión fría contra mi espalda me lo impide. La pistola se clava en mi piel.

Levanto la mirada justo a tiempo para ver al maldito sonriendo frente a nosotros.

Alex tambalea, intenta sacar su arma, pero otro hombre lo sujeta por detrás.

Me pongo de pie, pese a la amenaza del arma, pero alguien me agarra del cabello, obligándome a quedarme en mi sitio. Siento cómo me arrebatan el arma de la espalda y la lanzan sobre la mesa.

Alex forcejea con los hombres que lo sujetan, intenta pelear, pero su cuerpo se tambalea. Entonces, mi mirada se desvía al vaso vacío sobre la mesa.

—Hijo de perra… —mascullo con furia antes de levantar la vista al capitán.

Él se acerca a mí con pasos lentos y seguros. Sus dedos se hunden en mis mejillas, sujetándome con brutalidad, mientras sus ojos arden con un fulgor desquiciado.

—He esperado tanto por esto… —gruñe.

Lo observo con incredulidad. Entonces, lo entiendo.

—Tú… —susurro, sintiendo cómo la sangre se hiela en mis venas.

Tiene la misma mirada enferma que su padre.

Alexander grita, lanzando amenazas entre jadeos, pero el capitán solo sonríe con satisfacción.

—Tú, Rossi… serás mi mensajero.

—Vete a la mierda —gruñe Alex con dificultad. Su voz, débil, comienza a quebrarse.

—Shh... lo harás. Le dirás al diablo que tengo a su princesa, y que, si no quiere que la asesine, como hizo con mi padre, vendrá por ella —sentencia, mientras retrocede, tirando de mi cabello con fuerza y obligándome a seguirlo. Al mismo tiempo, saca su pistola y apunta a Alex, quien se queda inmóvil ante la amenaza.

—Dante Lombardi... —gruñe, su pecho subiendo y bajando con la respiración entrecortada.

Sus ojos, rojos de rabia, brillan con un fulgor asesino, y una gota de sudor resbala por su frente, testigo del enojo que lo consume.

—Sara Miller era el nombre de mi madre. He usado su apellido durante años, oculto en las sombras, esperando pacientemente este momento... Al principio, no quería ensuciarme las manos, así que envié a Tomás por ella, pero ese idiota no sirvió para nada. Así que, como dice el dicho: "si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo". ¡He esperado mucho para vengar la muerte de mi padre y de mi hermano! ¡Y ahora, mira! Ella ha llegado por su propia cuenta, o, mejor dicho, gracias a ti.

Sus palabras me hacen hervir la sangre. Cada una de ellas se clava en mi pecho como una daga afilada, llenándome de furia y odio. Quiero arrancarle la cabeza, pero el hecho de que mantenga el arma apuntando a Alex, mientras los bastardos que lo rodean lo sujetan, frenan cualquier intento de acción. No me atrevo a moverme, temiendo que pueda hacerle daño.

El temblor en el cuerpo de Alex, a causa de la sustancia que le metieron en la bebida, es visible, y su lucha por liberarse solo aumenta mi desesperación.

Miller me empuja hacia atrás, jalándome por el cabello para que lo siga mientras se aproxima a la puerta. En ese momento, me vuelvo una última vez para mirar a Alex. Sus ojos brillan con rabia, pero también con desesperación. Veo cómo las lágrimas comienzan a escapar de sus ojos, y, sin pensarlo, susurro, casi imperceptiblemente, las palabras que mi corazón no puede callar:

—Te amo.

Esas palabras, cargadas de todo el dolor y la impotencia que siento, se escapan antes de que pueda detenerlas. Miller parece percatarse de lo que he dicho, y se detiene un instante, pero no me da tiempo de más. Me arrastra fuera de la habitación, alejándome de Alex.

Lo último que veo antes de ser arrastrada a la salida es el rostro desesperado de Alex. Su cuerpo se retuerce mientras lucha por liberarse, y sus gritos son un eco de rabia y dolor:

—¡Voy a matarte! ¡Voy a matarte, hijo de puta! ¡Suplicarás por la muerte! —su voz se quiebra mientras cae de rodillas, las manos luchando para liberarse de los hombres que lo inmovilizan.

A mis espaldas, Miller ríe, disfrutando de la tortura emocional que nos está infligiendo. Sus manos me siguen sujetando con fuerza, y su risa retumba en mis oídos mientras me arrastra con fuerza.

—¡Despídete de tu chica, Rossi! —su voz es burlona, y la puerta se cierra tras nosotros con un golpe sordo, sellando mi destino.

—¡Aurora! ¡Aurora! ¡Si la tocas te mato, hijo de puta! —Los gritos de Alex me atraviesan como cuchillos, desgarrándome.

Cada palabra llena de dolor, cada maldición, es una soga que me atenaza el corazón. No puedo evitarlo; una lágrima traicionera se desliza por mi mejilla mientras escucho sus desesperados llamados.

—Te advertí que mi mundo era una mierda, Alex...

Susurro para mí misma, mis palabras casi ahogadas en el eco de la agonía de su voz, mientras me arrastran por el pasillo.

Cada uno de sus gritos es un recordatorio del amor que nos une, pero también de la cruel realidad en la que nos encontramos. Y mientras las sombras nos envuelven, la impotencia y la tristeza me golpean, y no puedo evitar que una lágrima más caiga.

43

CASSIANO RINALDI

Mis ojos recorren el jardín desde la ventana de mi oficina. Llevo un largo rato de pie, inmóvil, con una extraña y amarga sensación que me oprime el pecho sin una razón aparente. El sol aún no ha salido. Miro el reloj colgado en la pared: las dos y media de la madrugada.

Suspiro y me giro hacia la salida, necesitando aire fresco. Dejo sobre el escritorio la taza de café vacía y camino hacia el jardín. Mi mirada se desliza por los árboles y arbustos.



Cinco años antes

Detengo el coche frente a la entrada y salgo dando un portazo. Los hombres en el camión tras de mí esperan la señal para descargar, y con un leve asentimiento les doy la orden. Luego, me dirijo hacia la parte trasera del jardín.

Desde la distancia, observo a mi hija. Mantiene ambas manos levantadas y patea con su rodilla las costillas de su tío, quien la evade con agilidad y la hace caer barriendo sus pies.

Sonrío al ver la ferocidad en su mirada. Se reincorpora con rapidez y, con furia contenida, se lanza de nuevo sobre Adriano. Esta vez, su ataque es más feroz. Cuando él intenta repetir la misma maniobra para derribarla, ella salta y patea su otro costado, logrando que su tío caiga sobre una rodilla.

Adriano es el primero en notar mi presencia. Dos segundos después, Aurora también lo hace. Su rostro se ilumina de una forma indescriptible y mi pecho se hincha de orgullo al verla.

A pesar de tener solo quince años, ha sido entrenada en diversas artes marciales, manejo de armas de fuego de corto y largo alcance, combate cuerpo a cuerpo con cuchillo y sin él, entre otros métodos de defensa personal. En todos ellos ha demostrado ser la mejor. Es un prodigio, y pronto será tan letal como hermosa.

Me sonríe y sale disparada hacia mí, como ha hecho desde pequeña cada vez que regreso de uno de mis viajes de negocios.

—¡Papi! —chilla emocionada mientras corre a mi encuentro. La atrapo en el aire cuando se lanza sobre mí, envolviéndome con sus delicados brazos.

—¡Principessa! —susurro, dejando un beso sobre su cabeza antes de bajarla y besar su frente.

—¡Te extrañé horrores!

—Yo también te extrañé, hija.

Se gira hacia su tío, que se acerca con su característico andar despreocupado.

—Adivina quién ha sido imbatible en las carreras de motocicletas esta semana —dice con orgullo.

—Vamos, díselo… —lo codea, haciendo que Adriano ruede los ojos.

—Sí. Aurora ha mejorado mucho y, gracias a eso, he ganado unos cuantos miles en las apuestas. —Le palmea el hombro, mientras ella sonríe, ajena a que solo la está explotando.

—Adriano, ¿acaso estás utilizando a mi hija para ganar más dinero? —pregunto con el ceño fruncido.

—Por supuesto —responde sin dudar.

Maldito codicioso, como si le faltara el dinero.

—¡Es que soy la mejor, papi! ¡De verdad! Deberías verme… —me anima, robándome otra sonrisa.

—Bien. Me alegra oír eso, porque te tengo una sorpresa que estoy seguro de que te encantará.

Sus ojos se iluminan y una enorme sonrisa se dibuja en sus labios.

—No… ¡No lo hiciste! —murmura, expectante.

—No… supongo que no lo hice. Y la motocicleta en la entrada con el lindo listón rosa es solo un producto de mi imaginación.

No termino de hablar cuando ella pasa corriendo a toda prisa hacia la parte delantera de la casa. Adriano me lanza una mirada de desaprobación, pero me importa una mierda lo que pueda decir. Me giro y la sigo. Su cabellera azabache ondea con el viento mientras sus pasos la llevan hacia su regalo.

—¡Dios, papá! ¡Es la Ducati que te dije que me gustaba! Pero… ¿cómo lo hiciste? ¡Es un modelo exclusivo, no hay en el país! —exclama, acariciando el cuero del asiento.

—Tengo mis métodos —respondo con simpleza.

—La consientes demasiado —dice Adriano, sonriendo mientras observa la motocicleta.

Incluso él ha sucumbido ante mi pequeña principessa.

—Vivo para estos momentos, primo. Solo mira su cara —le señalo.

Asiente, ahora con una sonrisa ladeada.

—Además, tengo que elevar sus estándares. No quiero que un día aparezca un payaso y la deslumbre con cualquier tontería. ¡Aurora se merece lo mejor y no debe conformarse con menos! Deberías seguir mi ejemplo con Sam… —lo miro de reojo.

Su sonrisa desaparece al instante, frunciendo el ceño.

—¿A qué te refieres? —me enfrenta.

—A que, si no elevas sus expectativas, algún día podría caer en las garras de algún bastardo charlatán. Toma precauciones.

—Créeme, eso no pasará —responde con una sonrisa arrogante y sádica.

Sacudo la cabeza y murmuro:

—Lunático.

—Amelia te cortará los huevos cuando se entere de que le compraste una motocicleta a Aurora —se ríe, palmeando mi hombro antes de alejarse silbando como el maníaco que es.

Miro a mi pequeña princesa, radiante de felicidad mientras explora cada detalle de su nueva Ducati.

—¡Cassiano Rinaldi! —La voz molesta de mi esposa me hace tensarme de pies a cabeza.

Carajo.

—¡Mira lo que me acaba de comprar papá! —grita Aurora eufórica.

Suspiro, me tomo el puente de la nariz y me giro con una sonrisa forzada.

—Ángel… lo juro, puedo explicarlo.



El sonido de disparos me arranca de mis recuerdos. Llevo la mano al cinturón y saco el arma mientras avanzo hacia el portón principal. Al llegar, encuentro a uno de mis guardias en el suelo con una herida de bala en la pierna y al otro inconsciente.

Un lobo pasa junto a mí como si nada. Al girar el rostro, veo a Cerbero caminando en dirección a la casa.

Me acerco al portón con paso firme y barro el lugar con la mirada, buscando desesperadamente algo que me indique que todo está bien. Pero no veo nada. Nada hasta que mis ojos se detienen en un coche negro, estrellado contra un poste de luz en plena calle. Lo reconozco de inmediato. Es el de Sebastián.

El corazón se me agita con furia, latiéndome en el pecho con una violencia casi insoportable. Un solo pensamiento se adueña de mi mente: podría estar herido dentro del auto.

Acelero el paso, pero a metros de alcanzarlo me detengo en seco.

No es mi hijo quien sale del coche.

La sombra tambaleante que emerge del vehículo tiene el rostro demacrado, los ojos hundidos en ojeras negras y la ropa hecha un desastre. Su cabello alborotado y su expresión perdida lo hacen parecer un muerto en vida. Pero lo que más me impacta es el arma que sostiene en la mano con los nudillos blancos por la presión.

Mi ceño se frunce de inmediato y mis ojos viajan al asiento del copiloto. Está vacío.

Un escalofrío helado me recorre la columna.

Mi mirada regresa al hombre frente a mí, que avanza con pasos torpes, tambaleándose con el arma aún en su mano. No le doy tiempo a reaccionar. Me le voy encima, sujetándolo con fuerza por el cuello de la chaqueta y sacudiéndolo con rabia.

—¿¡Dónde demonios está Aurora!? —le exijo con la voz llena de furia, a centímetros de su rostro pálido—. ¿¡Dónde está mi hija, Rossi!?

No responde. Sus labios se entreabren, pero no emiten sonido alguno. La preocupación se enrosca en mi pecho como un puño de hierro, apretándome el alma, sofocándome. Y luego, cuando al fin alza la vista y sus ojos rojos se encuentran con los míos, siento un golpe seco en el pecho.

—Ellos se la llevaron… —murmura con un hilo de voz—. El hijo de Dante Lombardi se la llevó.

Un pitido ensordecedor estalla en mis oídos.

El mundo se vuelve blanco.

Mis manos tiemblan y el aire se vuelve espeso, difícil de respirar.

—No… —susurro, soltándolo de golpe.

Doy un paso atrás, negando con la cabeza, intentando estabilizarme cuando la tierra bajo mis pies parece moverse. Pero no es la tierra. Soy yo quien se derrumba por dentro.

Los recuerdos de mi hija me golpean con la fuerza de un tren.

Aurora, sonriéndome con esa expresión traviesa.

Aurora, molesta porque no la dejé salir con sus amigos.

Aurora, dormida en mis brazos con solo seis años, su respiración pausada y su pequeño cuerpo confiando plenamente en el mío.

Aurora, saltando los escalones de dos en dos y lanzándose sin miedo a mis brazos.

—Te amo, papi…

—Tú eres mi persona favorita, papá.

—Jamás te decepcionaré, papá."

—La familia es lo más importante, tú me lo enseñaste.

Los recuerdos me destrozan. Me aniquilan.

Y luego, la rabia lo cubre todo como una tormenta imparable.

Sin pensarlo, vuelvo a lanzarme sobre Rossi con un rugido de furia.

—¡Dejaste que se la llevaran! —le grito con toda la ira contenida en mi pecho mientras mi puño impacta contra su rostro.

El golpe lo derriba.

Pero no es suficiente.

Lo pateo con violencia, haciendo que ruede por el suelo. Lo levanto solo para volver a golpearlo, una y otra vez, hasta que siento los nudillos ardiendo y la sangre caliente resbalarme por los dedos. Estoy a punto de rematarlo cuando él, por fin, reacciona.

Su puño choca contra mi mandíbula con un golpe certero, haciéndome escupir sangre.

No me detengo.

Arremeto contra él, esta vez directo a sus costillas, pero logra cubrirse. Estoy cegado por la ira, por el dolor insoportable que me consume. Mi mano se desliza hasta mi arma y, en un segundo, le apunto a la cabeza.

Él se tambalea, pero levanta la suya y me apunta también.

—¡Ella lo hizo por ti, maldito imbécil! —grita, con la voz rota por la desesperación—. ¡Todo lo que hace, siempre es por ti! ¡Por ti y por su familia! ¡Ella quería que tuvieran paz! ¡Y ahora… se la llevaron! ¡Esos hijos de puta se la llevaron!

Su voz se quiebra.

Gruñe con rabia, apartando con el brazo la humedad de su rostro.

Por un instante amargo, me veo reflejado en él. Me veo a mí mismo el día en que se llevaron a Amelia, embarazada de Aurora.

No sé de qué mierda está hablando exactamente. No sé a qué se refiere con que lo hizo por mí.

Pero no bajo el arma.

No confío en él.

Y él no confía en mí.

Nos mantenemos así, en un duelo mortal, mirándonos con el mismo odio, con la misma desesperación.

—¡Puedes matarme si quieres! ¡Pero no ahora! —grita con furia—. ¡Primero debemos ir por ella! ¡Cuando Aurora esté a salvo, puedes

volarme la cabeza si quieres! —Su pecho sube y baja agitado—. ¡Pero iré por ella! ¡Por eso estoy aquí! ¡Necesito tu ayuda!

Lo observo con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué te hace creer que no te volaré la tapa de los sesos e iré por ella solo? —pregunto, apretando el agarre en el arma.

Su expresión se endurece.

—Porque no le harías eso a ella. Sabes lo que siente por mí —su voz es un desafío—. Y si pese a todo, tu puto orgullo pesa más que la vida de la mujer que ambos amamos… lo haré por mi cuenta. Pero admite que tendremos más probabilidades de recuperarla si trabajamos juntos.

Saca un papel de su bolsillo y me lo extiende.

—Es la dirección donde está el jefe Miller. Mi jefe —dice con el ceño fruncido—. Él se la llevó.

Mis ojos se clavan en las palabras escritas, y luego en su rostro.

—¡Marcus Miller! —su voz se entrecorta—. O, mejor dicho,

Marcus Lombardi Miller.

La ira me sacude el cuerpo.

Quiero matarlo.

Tanto como quiero matar al hijo de puta de Marcus Miller.

Desde que Alexander Rossi apareció en nuestras vidas, no ha traído más que desgracias. Es un maldito bastardo que debería estar tres metros bajo tierra.

—Te amo, papá, pero si lo matas, jamás te lo perdonaré.

La voz de Aurora en mi mente me golpea como un puñetazo directo a la cara.

Un gruñido escapa de mis labios y bajo el arma.

Pero la rabia no se disipa.

Giro y disparo.

Descargo todas las balas contra el coche, al lado del maldito que deja caer el arma al suelo.

—¡Me dirás todo! —escarbo las palabras de mi boca con veneno puro—. ¡Quiero saber qué mierda pasó y cómo ese hijo de puta puso sus manos sobre mi hija!

Rossi asiente con dificultad.

—Armaremos un operativo de rescate —escupo con furia—. La traeremos a casa, cueste lo que cueste. Y después, morirás.

Le sostengo la mirada con una promesa mortal.

Él apenas logra asentir antes de tambalearse y desplomarse inconsciente en el suelo.



44

AURORA

Abro los ojos con lentitud en medio de la oscuridad del lugar frío en el que me encuentro. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando el hedor a carne podrida se filtra por mis fosas nasales, haciéndome sentir una punzada de náuseas. Trago en seco, intentando contener la bilis que sube por mi garganta.

El frío es insoportable. Me abrazo la cintura en un intento por conservar el calor, pero un escalofrío de alarma me recorre al deslizar las manos sobre mi piel desnuda. Exploro mi cuerpo con urgencia hasta que un resquicio de alivio me invade al notar que al menos llevo puesta la ropa interior.

Con cautela, tanteo la superficie a mi alrededor hasta que mis dedos chocan con lo que parecen ser bolsas plásticas cubriendo las paredes. Me apoyo en ellas y me incorporo con dificultad, sintiendo el entumecimiento en mis extremidades. La oscuridad es densa y opresiva, pero camino pegada a la pared, buscando desesperadamente algún interruptor.

—¡Carajo! —maldigo cuando mi cabeza golpea contra un objeto colgado del techo. El dolor punzante me hace llevar una mano a la zona afectada, masajeándola antes de continuar mi búsqueda.

El silencio del lugar es tan abrumador como la helada que cala hasta mis huesos. Mis dedos recorren la superficie gélida de la pared hasta encontrar lo que parece un interruptor. Aprieto el botón con manos temblorosas, y un segundo después, las luces blancas comienzan a parpadear sobre mi cabeza.

Entreabro los ojos cuando la intensa luminosidad lastima mis retinas. Parpadeo varias veces hasta que mi visión se acostumbra a la claridad y finalmente puedo contemplar mi entorno.

Las paredes están cubiertas de azulejos blancos, manchados con vetas de sangre seca y oscura. Ganchos de metal cuelgan en filas

ordenadas, algunos de ellos con restos de carne en avanzado estado de putrefacción.

El frío extremo y la arquitectura del lugar no dejan lugar a dudas: me encuentro dentro de una cámara frigorífica. La escarcha cubre algunas superficies, y mi aliento se torna visible con cada exhalación.

Avanzo con cautela entre los cadáveres de animales colgados de los ganchos, esquivándolos con dificultad mientras el hedor se intensifica. El olor es nauseabundo, una mezcla de carne en descomposición y sangre rancia que impregna cada rincón del lugar.

Intento respirar por la boca, pero la pestilencia se adhiere a mi lengua y garganta, haciéndome arcadas. Siento un espasmo en el estómago y, sin poder contenerlo más, me inclino sobre el suelo y vomito violentamente. El ácido quema mi garganta y dejo escapar un gemido ahogado mientras me limpio la boca con el dorso de la mano.

Sacudo la cabeza, obligándome a mantener el control. No tengo tiempo para debilidades.

Reanudo mi avance entre la cortina plástica que separa un área de la otra. Las luces parpadean de manera inquietante, amenazando con sumirme nuevamente en la oscuridad. Entonces, mi mirada se fija en la puerta al otro lado de la sala.

Un atisbo de esperanza me impulsa a moverme con rapidez, pero de pronto, mi rostro choca contra algo frío y viscoso. Retrocedo de inmediato con el estómago revuelto, y cuando levanto la vista, la imagen frente a mí hace que mi piel se erice.

Un hombre cuelga de un gancho.

Su cadáver, en avanzado estado de putrefacción, es un espectáculo dantesco. Gusanos emergen de las cavidades vacías donde deberían estar sus ojos, retorciéndose dentro del hueco ennegrecido. La mandíbula cuelga abierta, dejando al descubierto su lengua hinchada y amoratada, donde más gusanos se arrastran, devorando su carne descompuesta. Sus manos están atadas por encima de su cabeza, aseguradas al metal de la cadena que sostiene el gancho atravesando su pecho.

El vómito asciende nuevamente por mi garganta, pero me obligo a contenerlo. Aparto el cadáver de mi camino con un estremecimiento de asco y sigo avanzando.

Mis extremidades están entumecidas por el frío, y el constante flujo de aire gélido desde la zona de refrigeración solo empeora la situación.

Cuando finalmente llego a la puerta, tomo la barra metálica con ambas manos y tiro con todas mis fuerzas. Nada.

Vuelvo a intentarlo, ignorando el dolor en mis dedos entumecidos, pero la maldita cerradura no cede.

—¡Maldición! —exclamo con frustración, golpeando el metal con la palma de mi mano.

De pronto, un sonido metálico al otro lado de la puerta me congela el aliento.

Mi corazón se acelera en un espiral de pánico y adrenalina. Instintivamente, busco algo con qué defenderme. Mis manos se aferran a un gancho colgado de una de las cadenas del techo. Lo jalo con todas mis fuerzas, y con un chasquido seco, una parte del metal cede.

Caigo al suelo por la fuerza del tirón, pero no pierdo el tiempo. Me incorporo con rapidez, aferrando la barra metálica como si mi vida dependiera de ello.

La puerta se abre.

Sin siquiera detenerme a ver quién entra, levanto el metal y golpeo con toda mi fuerza. El impacto hace que el rostro del intruso se voltee bruscamente. Un gruñido de dolor escapa de sus labios, pero no me detengo. Vuelvo a arremeter, esta vez contra su cabeza.

El hombre cae al suelo con un sonido sordo.

No espero a ver si sigue con vida. Salto sobre su cuerpo y corro hacia la salida, pero un gigante aparece en el umbral, bloqueando mi escape. Antes de que pueda reaccionar, su mano se aferra a mi cabello y me lanza contra el suelo.

El impacto es brutal. Un crujido resuena en mi interior, y un dolor lacerante se expande por mi pecho. Algo dentro de mí se ha roto.

Intento levantarme, pero un puntapié en las costillas me deja sin aire. Me retuerzo en el suelo, jadeando, mientras alargo la mano hacia la barra de metal que había soltado.

No llego a tocarla.

El gigante pisa mi mano con fuerza, y un chasquido seco me atraviesa los dedos. Grito ahogada por el dolor, justo antes de recibir otra patada que me hace rodar hasta chocar violentamente contra la pared.

Toso sangre. Mis costillas arden con cada respiración.

—¡Qué desperdicio! —La voz ronca del hombre resuena sobre mí. Su silueta se acerca con pasos pesados—. Una belleza como esta se vería tan bien en mi burdel.

Me toma del cabello y me obliga a mirarlo.

El ardor en mi rostro se intensifica cuando su puño impacta contra mi mejilla.

Con la vista nublada por el dolor, lo observo bajo el umbral de la puerta. Mis labios se curvan en una sonrisa torcida, dejando que la sangre resbale por mi barbilla.

—¿Sabes que tu papi lloró como una nenita cuando el mío lo asesinó? —Una sonrisa amplia se dibuja en mis labios mientras lo provoco—. No puedo esperar para ver lo que hará contigo cuando te ponga las manos encima —río con burla.

El hombre hace un gesto con la mano, y el maldito gigante que me sostiene del cabello envuelve su mano alrededor de mi cuello, apretando con fuerza. El aire deja de fluir a mis pulmones en un instante.

—Tienes una lengua demasiado afilada, pequeña zorra... —su voz es un gruñido gutural, repleto de veneno—. Vamos a ver cuánto te dura la valentía cuando acabe con toda tu maldita familia.

El agarre sobre mi cuello se intensifica, los músculos de su brazo se tensan como cables de acero, y la presión es tan brutal que siento que mis vértebras están a punto de ceder bajo su fuerza descomunal.

—Voy a cortar a tu padre en pedazos... pero primero, quiero que te vea sufrir. Quiero que vea cómo mis hombres te violan una y otra vez, como a la puta de tu madre. Y cuando no seas más que un pedazo de carne inservible, al fin voy a cortarte el cuello... justo frente a los ojos del diablo.

Sigue hablando, pero mi mente comienza a perderse en la negrura. Mi garganta arde, como si un hierro al rojo vivo la estuviera quemando desde dentro. Mis manos temblorosas intentan aferrarse a su brazo, pero la fuerza se me escapa como arena entre los dedos. Todo se vuelve borroso. Un zumbido punzante invade mis oídos justo antes de que el bastardo me arroje a un lado con brutalidad.

Mi cuerpo impacta contra el suelo con un golpe seco. Apenas tengo tiempo de tomar aire cuando me propina una patada en el estómago, dejándome sin aliento otra vez.

—Tu muerte será peor que la suya... —balbuceo entre espasmos, mi cuerpo sacudido por la tos mientras mi garganta intenta recuperar el oxígeno.

—¡Es una puta resistente! —El hombre de pie frente a mí estalla en carcajadas, divertido por mi miseria—. ¿Quiere que la calle?

El maldito, aún con su uniforme de capitán, me sonríe con suficiencia, de pie, bajo el umbral de la puerta.

—Creo que tiene una boca demasiado grande... quizás puedas darle un buen uso.

Retrocedo instintivamente, arrastrándome sobre el suelo frío, pero el otro hombre se adelanta con una expresión lasciva pintada en el rostro.

—¿Puedo divertirme con ella un rato, jefe? —pregunta con una emoción oscura en la voz.

El hijo de Dante Lombardi sonríe antes de asentir.

—Puedes, pero no te la folles. No aún. —Su tono es seco, sin emoción, como si simplemente estuviera repartiendo órdenes sobre un trozo de carne y no sobre una persona. Luego se gira y se marcha, dejándome a solas con el infeliz que ahora se desabrocha el cinturón mientras se acerca a mí.

—Bien, vamos a poner esa linda y descarada boquita a trabajar. —Su aliento fétido me golpea el rostro cuando me toma del cabello con rudeza, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás.

Me resisto, sacudiéndome con la poca fuerza que me queda, pero su agarre es férreo. Mi cuero cabelludo arde con cada tirón, y cuando su miembro invade mi boca a la fuerza, un espasmo de asco me recorre el cuerpo entero.

Las arcadas no tardan en llegar. Su polla me penetra con violencia, rozando mi garganta con cada embestida, mientras él se aferra a mi cabello, moviéndome a su antojo entre jadeos y gruñidos. Mis ojos se empañan, la desesperación me ahoga. Mi cuerpo tiembla incontrolablemente, y las lágrimas que se deslizan por mi rostro empapan mis mejillas.

Por primera vez en mi vida tengo miedo.

Estoy aterrada.

Quiero a mi papá.

Quiero volver a ser una niña, jugar en el jardín de casa, ser la niña de papi a la que consentía con dulces a escondidas de mamá.

Los rostros de mi familia pasan uno a uno por mi mente, imágenes fugaces, recuerdos difuminados por el horror del presente. Y luego, la última sonrisa de Alex, la última vez que lo vi...

La rabia irrumpe como un relámpago en mi pecho.

Con un estallido de furia, cierro los dientes con toda mi fuerza y los clavo en su carne.

El grito que suelta es un alarido desgarrador, un rugido de dolor y pánico. Intenta apartarse, pero me aferro con los dientes, desgarrando, arrancando. La sangre caliente inunda mi boca, espesa y metálica, hasta que finalmente se zafa, tambaleándose hacia atrás con las manos entre las piernas.

La sangre brota a borbotones de su entrepierna.

Escupo a un lado el pedazo de carne que le he arrancado y veo su mirada desencajada cuando baja la vista a la sangre que gotea sobre el suelo.

—¡Maldita puta demente! —chilla, tambaleándose mientras se aferra al lugar donde antes tenía su hombría.

Yo caigo de rodillas, con los pulmones ardiendo, apoyando las manos en el suelo manchado de sangre. Mi cuerpo tiembla, el dolor es insoportable, pero mi determinación no se quiebra.

—A mí nadie me pone una mano encima si no quiero... —mi voz apenas es un susurro entrecortado.

Intento ponerme de pie, pero un dolor punzante y profundo en mi vientre me hace doblarme de inmediato. Siento como si algo dentro de mí se desgarrara.

El maldito desaparece entre lamentos, dejando tras de sí un rastro de sangre y gemidos agónicos. Pero yo no puedo moverme.

Algo cálido y espeso se desliza entre mis piernas.

Mi ceño se frunce. Bajo la mirada y mis manos tiemblan cuando toco el líquido caliente que corre por mis muslos.

Sangre.

Mucha sangre.

—No... —el susurro apenas se escapa de mis labios cuando la realidad me golpea con la fuerza de un tren.

—No, no, no... ¡por favor, no...! —El pánico me consume mientras intento ponerme de pie, pero otra punzada me corta el aliento, haciéndome caer de rodillas.

Mi espalda se apoya contra la pared mientras envuelvo mis brazos alrededor de mi abdomen, aferrándome con desesperación, como si eso pudiera detener lo que está ocurriendo.

—Lo siento... —sollozo entre espasmos.

El dolor es insoportable, un fuego lacerante que se extiende por cada fibra de mi ser.

Las lágrimas empañan mi visión, y con el cuerpo debilitado, en medio del charco de sangre que me rodea, finalmente me desplomo.

La oscuridad me envuelve, y todo se apaga.

45
ALEX

—Yo creo que ya se murió.

Siento un golpe seco en la pierna, seguido de un dolor sordo que me arrastra de regreso a la realidad. La voz suena lejana, como si llegara a través de un túnel.

—¡Ya deja de patearlo, Adriano!

Reconozco de inmediato la voz de la madre de Aurora. *Princesa…*

La imagen de Aurora siendo arrastrada se clava en mi mente como un puñal, y el pánico me sacude el cuerpo. Me incorporo de golpe, el pulso desbocado y la vista recorriendo la habitación en busca de ella.

—Vaya… el bello durmiente despertó. ¿Quieres que te sirvamos el desayuno? ¿Un café? ¿Algo?

Ignoro el comentario sarcástico de Matt, quien está de pie junto a la puerta, y enfoco mi atención en el resto de las personas en la habitación. La estancia está abarrotada. Algunos rostros me resultan familiares; otros, en cambio, son completos desconocidos.

—De hecho, es un milagro que aún respire. —Un hombre que lleva un portafolios de doctor cuelga la sentencia en el aire mientras me observa con un gesto clínico—. Le metieron suficiente droga como para matar a un caballo. Por la dosis, probablemente la intención era que diera el mensaje… y muriera.

Su diagnóstico es frío y directo. Me estremezco.

El médico se marcha, escoltado por la señora Amelia. La mujer intenta mantener la compostura, pero sus ojos hinchados y enrojecidos revelan el sufrimiento que la ahoga.

Desde la puerta, Matt me fulmina con la mirada, su expresión endurecida por el odio. A su lado, su padre, Román, me observa con la misma repulsión. Sostengo su mirada sin inmutarme. Como si no tuviera suficiente con mi conciencia.

—¿Qué tanto miras, maldito cobarde? —espetó Matt, dando un paso amenazante hacia mí.

Yo doy otro en su dirección.

—¿Cómo me llamaste, hijo de perra?

—¡Cobarde! ¡Cerdo cobarde! ¡Dejaste que te la quitaran! Si ella hubiera estado conmigo, jamás habría pasado. ¡Admite que la entregaste, hijo de perra!

El rugido de su furia nos consume a ambos. Ninguno de los dos lo piensa dos veces. En un abrir y cerrar de ojos, nos lanzamos el uno contra el otro.

Su puño impacta contra mi nariz con un crujido seco. Un ardor punzante me nubla la vista, pero la rabia me domina, y lo golpeo una y otra vez, lanzándolo al suelo. Matt se reincorpora de inmediato, listo para devolverme el ataque, pero Román lo sujeta antes de que podamos despedazarnos.

Un estruendo resuena contra la madera a mi espalda.

—¡Ya basta! —La voz de Cassiano Rinaldi atraviesa la tensión como un filo de acero—. ¡Guarden esa furia para el hijo de puta que tiene a mi hija! ¡Y tú, siéntate, Rossi!

El nombre me devuelve de golpe a la realidad. Parpadeo y levanto la vista hacia el hombre detrás del escritorio.

Cassiano Rinaldi me observa con sus ojos grises, fríos como el hierro. Su mirada es vacía, carente de emociones, pero cargada de violencia contenida. No hay duda de que es un hombre habituado a la muerte. Su mandíbula está tensa, los músculos de sus brazos marcados mientras aprieta con fuerza un vaso entre los dedos. Las venas sobresalen en el dorso de su mano. Su cabello, ya con algunas canas, le cae desordenado sobre la frente. Lleva la camisa negra del traje desabotonada en los primeros botones, la corbata floja como un trapo viejo y las mangas arremangadas hasta los codos.

Junto a él, de pie y en completo silencio, está Adriano Rinaldi. Su expresión no es diferente: ceño fruncido, ojos inyectados de furia, un aire de peligro casi palpable. Aurora siempre lo describía como su mentor, aunque él la molestaba constantemente. Para ella, Adriano era un segundo padre.

El ambiente en la habitación es sofocante. Hay tanto odio, tanto rencor acumulado, que se siente como si estuviéramos al borde de una guerra.

La madre de Aurora regresa. Me observa con una sonrisa forzada antes de colocarse al lado de su esposo. Él le toma la mano en cuanto ella se acerca.

—¿Cuándo partimos? —pregunto con voz firme.

Cassiano entrecierra los ojos.

—¿"Partimos"? ¡Tú no irás a ningún lado! —Matt estalla, tratando de acercarse, pero su padre lo sujeta con fuerza.

—Voy a ir por mi mujer al maldito infierno si es necesario —gruño—, y ni tú ni nadie me lo va a impedir. Así que… ¿cuándo nos vamos?

Cassiano me ignora y se gira hacia un hombre que se acerca con una computadora en las manos.

—¿Hay novedades, Lorenzo?

Lorenzo asiente, tecleando con rapidez.

—Con la dirección que nos dio ese bastardo, logré entrar al sistema de seguridad de la avenida principal. El lugar es un frigorífico abandonado. Tiene una entrada frontal y otra trasera. Hay un sótano, y casi todo el subsuelo es una gran cámara de frío.

Hace una pausa, su mirada fija en la pantalla.

—Para llegar allí no será sencillo. El edificio es viejo, hay varios niveles y lo más probable es que los ascensores no funcionen. Habrá que movernos por las escaleras. No sabemos cuántos hombres la custodian… pero estoy seguro de algo: ella está ahí.

Señala en la pantalla la estructura del sótano. Cassiano asiente.

—¿Cómo puedes saberlo con seguridad? —pregunto con desconfianza.

Cassiano me observa de pies a cabeza y luego mira a su hermano antes de responder:

—Porque ahí la tendríamos nosotros.

El silencio en la habitación se vuelve insoportable.

—Si el sistema de frío aún funciona… no tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué? —pregunta la mujer junto a Cassiano, su voz trémula.

—Ángel… si ella está ahí encerrada… —Cassiano deja la frase inconclusa.

El aire se vuelve denso.

—Morirá de hipotermia… —susurro.

La madre de Aurora ahoga un sollozo. Adriano la sostiene antes de que su esposo la ayude a sentarse. Ella se aferra a él, llorando con el rostro hundido en su cuello.

—¿Y el otro asunto? ¿Rastreaste el número que te dio Iván? —pregunta Cassiano, su voz endurecida.

—Lo rastreé. Está al otro lado de la ciudad, pero… Sebastián ha provocado un desastre. El lugar es un caos. No sé si sea prudente traerlo aquí en este estado…

Cassiano se pasa una mano por la cara antes de ponerse de pie.

—Lo necesito aquí. ¡El infierno arderá hoy, y nadie mejor que Sebastián para avivar un incendio!

Lorenzo suspira y vuelve a la computadora.

—Alex, Matt, Román y Adriano, ustedes vienen conmigo. —Cassiano nos señala con un movimiento de la mano—. Lorenzo, tú nos informas desde aquí, pero quédate al pendiente de Amelia.

—Les estoy enviando un sistema automático que se instalará en sus teléfonos. Podrán ver las cámaras de la calle en tiempo real.

Cassiano lo mira con aprobación.

—No quiero peleas. —Nos atraviesa con la mirada—. Si algo le pasa a mi hija por su culpa… los despellejo vivos.

Le dice unas palabras a su esposa antes de besarle la frente. Luego se gira hacia nosotros con el rostro endurecido.

—¡Andando!

Los hombres salen en dirección a una escalera que conduce a un pasadizo subterráneo.

Antes de seguirlos, miro a la mujer detrás del escritorio. Se aferra a un portarretratos con la foto de Aurora, el llanto desgarrándole el alma.

Si ella muere… yo también muero con ella.

Respiro hondo y me apresuro tras los hombres.

Las luces parpadean cuando la gran puerta metálica se abre. Mis ojos se ensanchan.

El arsenal que guardan aquí es simplemente impresionante.

Giro el rostro sobre mi hombro y veo a la mujer sentada tras el escritorio. No deja de llorar mientras se aferra al portarretrato con la foto de Aurora, que antes descansaba sobre la superficie de madera. Trago saliva, sintiendo cómo el nudo en mi garganta se hace más pesado. Un ardor insoportable se expande por mi pecho, como si me hubieran arrancado el corazón con las manos. La simple idea de que Aurora pueda estar muerta, de que siquiera exista la posibilidad… me destruye. No lo soportaría. Si Aurora muere, yo… yo prefiero morir con ella.

Es lo único que me queda en el mundo. Si la pierdo también a ella…

Sacudo la cabeza, apartando esos pensamientos antes de que me consuman. Me apresuro tras los hombres que se dirigen a una escalera al fondo de la mansión. El crujido de nuestros pasos resuena en el aire denso, y las luces parpadean sobre nuestras cabezas cuando la enorme puerta metálica de doble hoja se abre con un chirrido profundo. Cassiano encabeza la fila, y al entrar en el sótano, el aliento se me congela en la garganta.

Un arsenal.

No, más que eso.

Mis ojos recorren la inmensidad de la habitación, el reflejo metálico de cientos de armas brilla bajo la luz tenue del techo. Pistolas, fusiles, revólveres de todos los calibres, metralletas, granadas, C4, bazucas, cuchillos de combate, navajas tácticas… la cantidad de explosivos y municiones supera cualquier expectativa. Es un armamento digno de una guerra. Fácilmente podrían tomar el control de un país entero si así lo desearan, porque ni siquiera el FBI posee un arsenal como este.

—Bienvenido a la juguetería Rinaldi —dice Adriano con una sonrisa torcida, palmeándome el hombro al pasar a mi lado. Se acerca a la mesa donde están apiladas las granadas y mete un par en su bolsillo como si fueran simples caramelos—. Elige lo que quieras, la casa invita.

Tomo el chaleco antibalas que el padre de Aurora me tiende y me lo coloco sin dudar. Ajusto un arma en la cintura, otra en el muslo, y deslizo dos granadas en cada bolsillo de mi pantalón táctico. Mi mirada se detiene en el otro extremo de la sala, donde algo brillante capta mi atención. Me acerco, sintiendo un leve escalofrío recorrer mi espalda.

Sobre la pared cuelga un estuche plateado. En su interior, dos navajas tácticas descansan sobre el terciopelo oscuro, sus hojas reflejan la luz con un destello afilado. Al notar las iniciales grabadas en cursiva sobre el mango—A.R.—mi pecho se oprime.

—Son las favoritas de Aurora —comenta su padre, deteniéndose a mi lado. Su voz es baja, cargada de una nostalgia que se filtra en el ambiente—. Fueron un regalo de Adriano.

Toma las navajas con una reverencia silenciosa y las coloca en mi mano.

Un extraño silencio nos envuelve a todos. Pese a nuestras diferencias, compartimos el mismo dolor. Cada uno a su manera,

todos aquí estamos sufriendo. Pero hay algo que nos une más allá del sufrimiento: la determinación de traer a Aurora sana y salva a casa.

—La recuperaremos —afirma Rinaldi con firmeza—. Es una Rinaldi. No es fácil acabar con nosotros.

Se aleja, volviendo a su tarea de seleccionar armas. Miro las navajas en mi mano, las aprieto con fuerza antes de guardarlas en el bolsillo de mi chaqueta.

—Deberíamos llevar a Cerbero. Él podría ayudar a encontrarla si la cosa se pone difícil —sugiere Román.

—¿Y quién carajos se va a acercar a ese animal? —bufa Matt, sin levantar la vista de las armas que está revisando—. ¡Solo obedece a Aurora!

—No solo a Aurora… —murmura Cassiano.

El comentario hace que todos giren sus miradas hacia mí. Matt rueda los ojos, fastidiado, y sigue con lo suyo.

Minutos después, salimos al jardín con Rinaldi a la cabeza. Se detiene y saca unas llaves del bolsillo, lanzándomelas con precisión.

—Son las llaves del Mustang de Aurora —señala el vehículo negro con vidrios polarizados, estacionado junto a la fuente—. Lo necesitarás si llevas a Cerbero. Nadie se ofrecerá a llevar al lobo, así que ese es tu trabajo.

Asiento y me giro hacia la entrada del bosque. Llevo los dedos a la boca y emito un silbido agudo. Cassiano alza una ceja, expectante, y dos segundos después el sonido de hojas agitadas rompe la quietud del ambiente. Un lomo plateado emerge entre los árboles, avanzando con un paso lento y firme. Sus ojos centellean en la penumbra mientras se acerca, la cola en alto, moviéndola con parsimonia en señal de saludo.

—Buen muchacho… —murmuro, deslizando la mano sobre su espeso pelaje.

Abro la puerta del acompañante y Cerbero sube sin dudar, acomodándose con una tranquilidad engañosa. Cierro la puerta, rodeo el coche y me acomodo en el asiento del conductor.

—Vamos por nuestra chica —susurro antes de encender el motor.

El rugido del Mustang rompe la noche mientras acelero, siguiendo de cerca a los otros tres vehículos. Matt, Román, Adriano y Cassiano conducen con precisión, rebasando la camioneta cargada con los soldados de Rinaldi.

Esta noche, vamos por Aurora. Y nada en este maldito mundo nos detendrá.



46

AURORA

Parpadeo con esfuerzo, intentando mantener los ojos abiertos, mientras sostengo el trozo de azulejo con mi mano sana. Mi cuerpo sigue temblando por el frío; el dolor en mi abdomen es insoportable, al igual que el de los dedos rotos de mi mano. Todos los músculos de mi cuerpo están tensos y adormecidos por los golpes que no han cesado desde que llegué aquí. Pero no me importa. Hagan lo que hagan, jamás les diré nada que los acerque a mi madre.

Permaneciendo semi sentada en el frío suelo, con la espalda contra la pared, me encuentro rodeada por mi propia sangre. Levanto la vista y observo el cuerpo de los dos últimos bastardos que intentaron violarme, pero a quienes maté cortándoles la yugular con el trozo de azulejo que logré arrancar de una de las paredes, el mismo que aún agarro con todas mis fuerzas, sin apartar los ojos de la puerta, esperando. Sé que no puedo hacer mucho en mi estado, pero no voy a permitir que nadie diga que me rendí.

—¡Soy Aurora Rinaldi! ¡Hija del Diablo y Amelia D'Angelo, miembro de la familia más temida y respetada de América, toda la maldita Italia, y donde sea que pongamos un pie! Mi madre es una guerrera que ha sobrevivido al infierno, dos veces, y siempre ha salido victoriosa. ¡Así que no! ¡No voy a deshonrarlos muriendo como una oveja en el matadero! Si me matan, me llevo a más de uno conmigo.

Paso saliva y levanto la cabeza, el cansancio hace que mis ojos se sientan pesados, y el sueño me golpea con fuerza.

Resiste, Aurora.

Bajo la mirada hacia mis piernas manchadas de sangre y luego a mi mano rota, que yace sobre mi abdomen. Una lágrima tibia recorre mi mejilla, pero contengo el sollozo, mientras muevo la palma de mi mano sobre mi vientre. El sonido de la puerta me tensa, acelerando el latido de mi corazón. Aferro con más fuerza mi única arma, la pieza

de azulejo, y trato de enderezarme para ponerme de pie, pero ya no tengo fuerzas. Así que me quedo donde estoy, esperando.

La puerta se abre, y el maldito que entra recorre la habitación con la mirada antes de acercarse a mí, observándome con una ceja alzada.

—Qué desastre... —dice, mirando con desdén los cuerpos de los malditos que yacen en el suelo, sumidos en un charco de sangre.

Intento ver su rostro, pero la imagen se vuelve borrosa, y temo estar perdiendo la conciencia. El hijo de Lombardi se acuclilla frente a mí, observándome de pies a cabeza.

—Lo lamento, preciosa. De verdad, no es personal. Aunque, vaya, me has dado problemas —habla y lo ignoro, aunque no le quito la mirada de encima.

—Pronto papi estará aquí, y todo terminará para ti. Te prometo que cuando te dispare en la cabeza, no sentirás nada.

La provocación, y la mención de mi padre saliendo de su maldita boca, me enciende por dentro. Bajo la cabeza, mientras murmuro:

—No te entiendo, niña... Habla más fuerte.

Me pide, y vuelvo a susurrar.

Se inclina hacia mí para escucharme. Aprovecho el momento y me afirmo con más fuerza sobre el filo de la loza en mi mano. Su rostro roza el mío y su cuello queda a escasos centímetros.

—Dije… que tu muerte será peor que la de tu padre.

Le lanzo una puñalada al cuello, pero el maldito es rápido y logra evitar que le abra la yugular. Sin embargo, no es lo suficientemente rápido para esquivar el corte, que le abre la mejilla de lado a lado.

—¡Puta bruja de mierda! —ladra, saltando hacia atrás y cubriéndose la cara con las manos, mientras la sangre comienza a deslizarse por su rostro.

En medio de mareos, levanto la cabeza para observarlo con una sonrisa, mientras se aleja maldiciendo y gritando por un guardia. Parpadeo intentando mantenerme consciente, pero, de repente, todo a mi alrededor se oscurece.

Un sonido metálico me sobresalta. Levanto la cabeza de golpe, observando todo a mi alrededor. A lo lejos, a través de la mugrosa ventana sellada que da a un pasillo, veo a un sujeto que me observa desde detrás del sucio vidrio, mientras lo golpea con algo que sostiene en su mano. De repente, desaparece, y el sonido de la puerta siendo abierta me hace desviar la mirada. El hombre, ahora de pie

frente a mí, lleva una cola baja y un uniforme policial, con pantalones cargo.

Trae un gigantesco galón rojo en la mano y me sonríe antes de bañarme con el líquido que me arroja encima. Suelta una carcajada, mientras yo escupo gasolina de mi boca en medio de un ataque de tos que me invade, haciéndome doler cada uno de mis huesos y músculos. Levanto la mirada, y el golpe que me da con la cadena que sostiene en sus manos me deja con la cara contra el suelo. Y aunque mi mente solo repite la palabra *resiste*, mi cuerpo grita *ya no puedo más*...

Vuelve a golpearme con la maldita cadena, esta vez en las costillas. Un gemido de dolor se me escapa mientras me abrazo a mí misma en un intento por cubrirme. No puedo gritar, no puedo llorar ni maldecir. Solo estoy aquí, respirando mis últimos alientos, tratando de que no vean que me han doblegado.

Levanta la cadena para volver a azotarme, pero el sonido de una explosión lo detiene. Se acuclilla frente a mí, toma mi cabeza por el cabello y la levanta. Cuando entreabro los ojos para verlo, lo observo mover los labios, pero lo que dice me suena tan lejano que no entiendo una mierda de lo que me dice. Sus ojos brillan cuando enciende la llama de un encendedor frente a mi cara, apagándola una y otra vez.

Mis párpados comienzan a cerrarse, y me sacude del cabello para que no me desmaye. De repente, me suelta y maldice. Lo escucho pelear y luchar con algo, pero no logro abrir los ojos; están demasiado hinchados por los golpes, y ni siquiera puedo moverme del suelo. En ese momento, cuando creo que me voy, comienzo a alucinar. En mi mente, la imagen de Cerbero, mi cachorro, saliendo de entre las sombras con el hocico manchado de barro, aparece frente a mí. Sonrío y trato de levantar mi mano para tocarlo.

—Mi cachorro siempre ha sido travieso, desde pequeño le ha gustado jugar con la suciedad... —susurro con una sonrisa temblorosa.

Alzo la mano, temblorosa, tratando de llegar a él, y casi siento la calidez de su pelaje cuando, por fin, hago contacto. Su lengua limpia mi cara y me aferro con los dedos a su pelaje. Me olfatea y lame desesperado. Trato de acariciarlo entre las orejas, pero mi mano cae, y siento cómo me empuja con su nariz antes de soltar un estruendoso aullido que se repite una y otra vez, hasta que pierdo la conciencia.

ALEX

Minutos antes

El coche se detiene y bajo rápidamente, seguido por Cerbero. El vehículo de Rinaldi también se frena a mi lado, y el hombre salta de él con la metralleta atravesada en el pecho. Detrás de él aparece Adriano, quien, con un gesto, indica que tomará la parte trasera. Matt y Román se dividen para cubrir las posibles salidas, seguidos por los soldados que bajan a toda prisa, armados con rifles de alto calibre, desplazándose con rapidez hacia el edificio que, en segundos, queda completamente rodeado.

Saco mi celular y visualizo el plano que nos envió Lorenzo Rinaldi, antes de pasárselo al hombre a mi lado.

—¡Demonios! —maldigo y le paso el dispositivo a Cassiano—. Si ella está en el área de refrigeración... —Señalo el lugar en el plano—. El mejor camino para llegar es por la parte de los almacenes de envasado. Esa zona es más segura, nos permite cubrirnos en caso de que nos ataquen y es más directa. Pero hay un problema: aun cuando logremos atravesar la fábrica y llegar al subsuelo, tenemos que recorrer un estrecho pasillo antes de llegar a la zona de refrigeración. Y no solo eso, como es todo un piso, hay demasiadas puertas para revisar. Podría estar detrás de cualquiera.

—¡Entonces no hay tiempo que perder! —Rinaldi me devuelve el celular.

La puerta frente a nosotros está cerrada, así que aparto la metralleta a un lado y saco una pistola del cinturón. Coloco el silenciador mientras el padre de Aurora observa a su alrededor con el arma en las manos. El disparo destruye el cerrojo y la puerta cede cuando la empujo lentamente con el pie. Hago un gesto con la mano al hombre que me sigue mientras avanzo, con Cerbero metiéndose entre mis piernas y adelantándome.

El lugar parece vacío, pero todos sabemos que no estamos solos. Cassiano palmea mi hombro y, al voltear, me señala el techo. Alzo la mirada y veo las cámaras de seguridad que siguen cada uno de nuestros movimientos.

—Nos observa —dice el hombre a mis espaldas, sin apartar la mirada de la cámara, con los ojos fulminantes, como si pudiera ver a la persona detrás de ella.

—Él maldito sabe lo que significa Aurora para usted. ¡Sabía que vendría por ella!

Frunce el ceño, observándome un momento, y luego enarca una ceja.

—Estoy seguro de que también contaba con que vendrías —afirma antes de señalar hacia adelante con su arma, indicándome que siga caminando.

Atravesamos el primer pasillo, que nos lleva a una zona de bodegas. Hay varios instrumentos de carnicería, junto con balanzas y carros oxidados que se usan para mover las grandes cajas de carne destinadas a la distribución. El sonido de una voz me eriza la piel y mi corazón late con fuerza al escucharla.

—¡Vete al infierno! —grita ella, y comienzo a caminar hacia donde proviene su voz.

El sonido de una carcajada masculina seguido por el ruido de un golpe sobre algo metálico me obliga a acelerar el paso.

—Cuando acabemos contigo, no serás más que un despojo, ¡perra maldita!

—¡Púdrete, hijo de puta!

La voz de Aurora se apaga momentáneamente, ahogada por el sonido de metales cayendo al suelo, lo que me hace correr con desesperación. Cassiano me sigue, pero ambos nos detenemos abruptamente al llegar a la puerta, al ver la imagen proyectada en la pared. Aurora no está allí, pero...

—Princesa... —susurro, trago el nudo que se forma en mi garganta.

La imagen proyectada muestra una y otra vez a Aurora semidesnuda, siendo golpeada con cadenas, hasta que el maldito la levanta por el cabello, dejando ver la sangre que empapa su rostro. Luego, la arroja sobre una mesa metálica, derribando todo lo que había sobre ella.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Te voy a cortar la puta garganta! ¿¡Me escuchaste, maldito infeliz traidor!? —grito, mientras el odio se esparce por mis venas como veneno de serpiente.

Cassiano, a mi lado, está petrificado, con la mirada fija en la imagen de su hija. Ella, aún golpeada, se levanta. Su boca sangra, al igual que su nariz, pero, a pesar de todo, sonríe, antes de escupir sangre y mostrarle el dedo medio al maldito frente a ella. Pero cuando él camina en su dirección, la imagen se vuelve negra.

El sujeto a mi lado levanta su metralleta y, de un momento a otro, abre fuego contra la pared donde acaba de desaparecer la imagen de su hija. El hombre está irreconocible, su pecho sube y baja de manera agitada, y no sé cuál de los dos está más furioso. A pesar de todo, me obligo a mantener el foco y tomo el hombro del Diablo, indicándole que nos larguemos. Sin embargo, él me aparta empujándome contra la pared.

—¡No podemos dejar que se meta en nuestra cabeza! ¡El maldito está jugando con nosotros! Eso, —Señalo la pared— es solo una maldita grabación. No sabemos el estado actual de ella. Hasta ese momento, aún luchaba, pero no sabemos de cuándo es la cinta, así que no podemos perder tiempo —advierto.

Su mirada refleja odio, pero aparta los ojos de la pantalla y vuelve a mirar hacia la pared un momento. Suspirando, suelta mi hombro y se dirige nuevamente al pasillo. Volteo y, antes de salir, le doy una última mirada a la pared, donde hace unos momentos estaba la imagen de Aurora.

—Resiste, princesa, por favor —susurro para mí mismo, volteando y siguiendo los pasos de Cassiano. Pero me detengo al notar que Cerbero mira fijamente un punto. Frunzo el ceño y me acerco a él.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Qué...?

No termino de hablar cuando el lobo tira las orejas hacia atrás y, tras soltar un gruñido, sale disparado por otro pasillo que no está indicado en los planos.

—¡Hey, Cerbero, espera! —grito, pero no obedece y salgo detrás de él.

—¡Hey, Diablo... creo que la encontró! ¡Cerbero la encontró!

El hombre se gira inmediatamente y se acerca a zancadas, hasta que ambos comenzamos a correr tras el lobo, que no se detiene, atravesando pasillos y corredores que tampoco están en los planos. Por un momento, lo perdemos de vista. Me giro sobre mis pies y observo la habitación en la que nos detuvimos. No tiene ventanas, excepto una ventilación pobre en un rincón. El olor a podredumbre que llega de algún lugar me hace taparme la nariz, mientras observo las puertas, que están abiertas de par en par. Son cinco, y no sé por cuál se fue Cerbero.

—¿Y ahora qué? —pregunta, ajustando su agarre sobre el arma.

Observo las malditas puertas una y otra vez, y alzo la mirada al techo, señalando la cámara de seguridad que apunta solo en dirección a una de las puertas.

—¡Es esa! —Señalo la puerta del medio, sin dar un solo paso, cuando el aullido del lobo me eriza la piel. Me giro rápidamente hacia Rinaldi, quien, de un momento a otro, se pone pálido.

—¡Demonios! ¡No! —gritamos ambos, corriendo desesperados hacia el animal que no deja de aullar.

Atravesamos pasillos sin mirar, solo siguiendo el sonido del animal, cuyo aullido aterrador parece presagiar la muerte. Atravesamos otra habitación y, de golpe, la temperatura comienza a bajar. Nos detenemos frente a una ventana vieja. Acerco el rostro, colocando ambas manos a los lados para ver dentro. Está oscuro, pero el charco gigante de sangre se distingue incluso en la oscuridad. Vuelvo a escuchar el aullido de Cerbero, y sin pensarlo, empujo la siguiente puerta junto a la ventana.

Lo primero que noto al poner un pie dentro es el frío cortante que me golpea, a pesar de estar vestido y con el chaleco antibalas. Incluso puedo ver mi propio aliento cuando respiro. Recorro la habitación con la mirada, hasta el charco de sangre que está casi en la entrada. Cassiano me da un golpe en el brazo, indicándome que voltee. Señala el cuerpo de un sujeto tirado en el suelo.

Ambos nos acercamos con sigilo. La sangre sigue regada por todos lados, y observo el otro cuerpo, que tiene un corte en la yugular. Sigo el rastro de sangre que parece pertenecer a alguien que se arrastró sobre ella. Otro cuerpo yace de lado, con la cara desfigurada por mordidas que asumo fueron producidas por el animal, el cual veo a la distancia. El lobo se voltea para mirarme, con la trompa llena de sangre. Doy pasos vacilantes hacia él, cuando veo los pies descalzos y lastimados.

—No... por favor... —suplico, sintiendo que muero en vida.

El aire comienza a faltar, y la asfixia me oprime el pecho con cada paso que doy. Al fin me detengo, paralizado, al ver la imagen que tengo frente a mí. Quiero acercarme, pero mis piernas no responden.

—No... mi principessa... —escucho la voz destrozada de Cassiano a mi lado. No lo pienso ni un momento más, y obligo a mis piernas a moverse hacia el cuerpo inmóvil en el suelo.

47
ALEX

Trago saliva y enderezo la espalda antes de aproximarme al cuerpo de la mujer que amo, tendido en el suelo como una muñeca rota. Su padre se deja caer de rodillas al otro lado, pero ninguno de los dos se atreve a tocarla.

Está irreconocible. Su rostro inflamado, los labios cuarteados y amoratados por el frío. Su ojo derecho, hinchado hasta un punto aterrador. Bajo la mirada hacia su cuello y el estómago se me revuelve. La sangre hierve en mis venas al ver las marcas de dedos en su piel, huellas de una fuerza brutal. Sus brazos están cubiertos de hematomas, y cuanto más la observo, más heridas descubro: laceraciones, cortes, golpes. Sus manos, su mano… Dios.

Sus dedos están rotos, doblados hacia atrás de manera antinatural.

Está empapada en sangre, y aunque todo mi cuerpo tiembla, alargo la mano para tomarle el pulso.

—Dime que está viva —suplica el hombre a mi lado con la voz ahogada en lágrimas.

Trago saliva con dificultad. No lo encuentro.

Un frío mortal se instala en mi pecho al recorrer con la mirada su cuerpo desnudo y maltrecho. Su piel muestra marcas de golpes con algún objeto pesado, quizás eslabones de una cadena. Y entonces veo la sangre seca resbalando en hilos entre sus muslos.

No.

Me niego a creerlo.

No debí apartarla de su familia. No debí acercarme a ella. Debí dejarla marchar…

Me fuerzo a mirarla de nuevo, a encontrar a la mujer que amo detrás del daño irreparable. Está pálida, fría… pero no puedo aceptar que ya no está. Vuelvo a buscar su pulso con desesperación, y entonces…

Tiembla.

Un leve estremecimiento sacude su cuerpo. Un gemido ahogado escapa de sus labios.

El corazón me da un vuelco.

Sin pensarlo, la tomo en brazos, presionándola contra mi pecho como si con eso pudiera devolverle la vida.

—¿Alex…? —su voz es apenas un murmullo, pero para mí es el sonido más hermoso del mundo.

Un sollozo me quema la garganta.

—Sí, princesa… estoy aquí. Vinimos por ti. —Paso los dedos por su cabello mojado, sintiendo cómo el alma se me desgarra al verla en este estado.

Su labio tiembla.

—Lo mataron… —balbucea, su voz cargada de dolor—. No pude hacer nada… Lo mataron…

Repite las palabras una y otra vez, como si su mente estuviera atrapada en ese único instante de horror. Las lágrimas se me escapan sin control cuando tiembla en mis brazos.

—Dile a papá que no me rendí… que fui una chica fuerte.

Cassiano Rinaldi aprieta su mano con fuerza, los ojos nublados por un sufrimiento que ningún hombre debería experimentar.

—Lo sé, principessa… lo sé —susurra, la voz quebrada.

Ella solloza débilmente, incapaz de abrir los ojos por completo.

—¿Papi…?

Levanto la mirada y me encuentro con el rostro desencajado de su padre. Sus ojos rojos y brillosos están clavados en ella, como si no pudiera creer que su pequeña sigue respirando.

Intento levantarla, pero ella chilla de dolor y su cuerpo se tensa como una cuerda a punto de romperse. No me queda más remedio que bajarla de nuevo con extremo cuidado.

—Princesa, tenemos que salir de aquí —le explico, viendo cómo su cabeza se tambalea en mis brazos, luchando por no perder la conciencia.

—Lo siento… —murmura.

El Diablo no deja de recorrerla con la mirada, como si aún no creyera en el estado en el que está su hija.

—Vamos, princesa… tengo que sacarte de aquí.

Dejo un beso suave en sus labios, mezclando mi desesperación con las lágrimas que no logro contener.

—Ya no puedo… duele mucho. Estoy muriendo, Alex…

Sus palabras son un puñal clavándose directo en mi pecho, destrozando lo que queda de mi alma.

—¡No! ¡No lo estás! —gruño, aferrándome a ella con desesperación—. ¡Por supuesto que no! No dejaré que pase. No te dejaré morir. Porque si tú mueres, yo muero. ¿Me entiendes? Me niego a enfrentar esta maldita vida sin ti.

Con cuidado, la levanto de nuevo, poniéndome de pie. No puedo permitirme dudar.

Y entonces, el sonido de unos aplausos inunda la habitación.

Levanto la cabeza hacia el infeliz que aparece en el umbral de la puerta, acompañado de dos hombres más.

—Qué conmovedor discurso, Alex —se burla, con una sonrisa retorcida—. Es una lástima que tus padres no estén aquí para escucharte. Ha sido… casi poético.

Sale de entre las sombras, con aire triunfal.

Nuestras miradas se encuentran y mis ojos se clavan en el corte profundo de su mejilla.

Él sigue mi mirada y se toca la herida con fingida sorpresa.

—Oh, ¿esto? —Se ríe, saboreando cada palabra—. Un pequeño obsequio de tu zorra cuando le arranqué ese bastardo a punta de patadas.

Siento que me ahogo en odio puro.

Miro de nuevo a la mujer en mis brazos y a la sangre entre sus piernas.

Lo mataron…

Las palabras hacen eco en mi mente.

Vuelvo a alzar la vista, clavando la mirada en ese malnacido.

—¡Mientes!

Él alza una ceja, como si realmente lo sorprendiera mi reacción.

—Así que no fui el único en quedar atónito —se burla, fingiendo sorpresa—. Lo bueno es que ya no debes preocuparte, nos ocupamos de ese asunto. Aunque, para ser sincero, no tenía idea de que la puta estaba embarazada hasta que comenzó a sangrar como un maldito cerdo degollado. Así que… de nada.

La ira me consume.

—¡Voy a arrancarte el corazón con mis propias manos! ¡Lo juro por Dios!

Él sonríe con arrogancia, levantando el mentón.

Doy un paso al frente, con el cuerpo temblando de pura furia. Quiero matarlo. Quiero abrirle el pecho y arrancarle el puto corazón.

Pero tengo a Aurora en mis brazos.

No puedo soltarla.

No puedo alcanzar mi arma.

Cassiano Rinaldi también da un paso al frente, cubriendo a su hija. Levanta la metralleta, apuntando directamente a los hombres que nos rodean. Pero ellos no se intimidan. Sus armas se alzan en respuesta.

—Diablo… al fin nos vemos las caras —el bastardo se endereza, perdiendo la sonrisa burlona—. ¿Tuve que llevarme a esta zorra para que salieras de tu guarida?

Cassiano no responde. Solo avanza otro paso, la amenaza latente en su mirada.

—Ten cuidado —murmura—. Tu maldito padre era igual de bocón que tú. Y recuerda cómo terminó.

El capitán retrocede, y sus hombres se posicionan frente a él para cubrirlo.

Cobarde.

El hombre a su derecha intenta moverse, pero un disparo certero le vuela la cabeza antes de que pueda reaccionar.

Los otros dos retroceden de inmediato.

El capitán alza su arma y la apunta en mi dirección.

—¡Baja el arma o tu hija no saldrá de aquí con vida!

Cassiano mantiene la mirada fija en él, evaluando.

—Sabes que no tienes alternativa —prosigue el capitán—. O vienes conmigo por las buenas… o tu hija muere aquí mismo.

Desvío la mirada hacia el hombre frente a mí, esperando que le vuele la cabeza, pero las opciones son escasas. En algo Miller no se equivoca: mientras sostenga a Aurora en mis brazos, no puedo ser de ayuda, y el maldito lo sabe. También lo sabe el padre de Aurora, que habla sin voltearse.

—Más te vale que la saques de aquí, Rossi —advierte con un tono seco y decidido.

Frunzo el ceño.

—No… Ella jamás me lo perdonará si dejo que te maten.

Cassiano gira ligeramente sobre su hombro, y una leve sonrisa ladeada se dibuja en sus labios.

—No tienes opción, Rossi. ¡Y yo te mataré a ti si no te largas con mi hija de aquí! —sentencia con firmeza—. Así que toma a Aurora y

vete. Además... me lo debes, mocoso. Tienes la oportunidad de retribuirme lo del restaurante.

Me lanza una guiñada, y de inmediato, el recuerdo de aquella noche vuelve a mi mente. El día en que asesinaron a mis padres. Las imágenes se suceden como una secuencia inquebrantable hasta que, en mi memoria, la imagen de un hombre de traje se enfoca con claridad. Un Alexander de diez años observa cómo aquel desconocido le dispara al ruso que pretendía matarme. Un destello de su mirada por encima del hombro. El mismo guiño que me lanzó antes de desaparecer por la salida principal del restaurante.

—Eras tú… ¿Cómo…?

Cassiano me observa por un segundo antes de responder con calma:

—Lorenzo te investigó más a fondo cuando encontramos el celular de Tomás. Antes solo sabíamos lo que decía el expediente del internado en el que creciste, pero tras mover algunos hilos…

—Tic, tac. El tiempo se agota, Rinaldi —interrumpe Miller con fastidio.

Deja las palabras a medias y vuelve a mirar a Cassiano, quien baja su arma justo cuando el capitán hace un gesto al otro sujeto. Él duda antes de acercarse, pero el Diablo no se mueve. Le coloca las esposas en las muñecas y lo empuja hacia Miller, quien lo observa con una sonrisa altanera antes de descargarle un puñetazo en el abdomen.

—¡Rossi! ¿Qué esperas? ¡Lárgate de aquí! —gruñe el padre de Aurora.

Aprieto la mandíbula con fuerza. Bajo la mirada hacia la mujer en mis brazos y la afirmo contra mi pecho antes de encaminarme hacia la salida. Los hombres se apartan a mi paso, dejándome libre acceso.

—¡Felicitaciones, Rossi! —escucho la burla de Miller a mis espaldas—. ¡Al final de cuentas, saliste ganando! Puedes conservar lo que queda de la ramera.

Me giro con rabia para mandarlo a la mierda, pero antes de que pueda decir algo, el Diablo le mete un cabezazo que le rompe la nariz. Un crujido seco resuena en la habitación, seguido del borboteo de la sangre empapando su rostro. El guardia no vacila en reaccionar: golpea a Cassiano en la espalda con la culata del fusil, haciéndolo caer de rodillas.

—¡Que te largues ya, Rossi! ¡Sácala de aquí! —grita con furia.

No pierdo más tiempo. Me apresuro hacia la salida con el Lobo siguiéndome de cerca, atento a cualquier posible amenaza mientras nos perdemos entre los pasillos oscuros con dirección a la libertad.



48

ALEX

Atravesando los pasillos a toda prisa, observo de vez en cuando a la chica en mis brazos, asegurándome de que aún respire. Tan pronto como llego a la planta principal y vislumbro la salida, me apresuro sin perder tiempo, pero en cuanto abro la puerta, el sonido de los disparos impactando contra la pared a pocos metros de mi cabeza me obliga a pegar la espalda contra la superficie y aferrar a Aurora con más fuerza contra mi pecho.

Afuera parece un campo de batalla. Los hombres de Miller están por todas partes, y varios soldados de Rinaldi yacen muertos en el suelo. Me deslizo pegado a la pared, buscando cobertura entre la lluvia de balas. Al otro lado de la calle diviso el Mustang negro en el que llegué, pero apenas doy un paso hacia él, una nueva ráfaga me obliga a resguardarme detrás de un contenedor de basura.

Román es el primero en aparecer en mi campo de visión. Al notar mi presencia, se aproxima disparando sin cesar. Más allá, en la otra punta del estacionamiento, veo a Matt parapetado detrás de un muro, devolviendo fuego enemigo. Cuando el rubio llega a mi lado, su expresión de alarma al ver a Aurora lo dice todo.

—Dios santo… —murmura sin apartar la mirada de ella—. ¿Está…?

Niego con la cabeza, y él vuelve a mirarme antes de recorrer el lugar con la vista, su ceño fruncido en una mueca de preocupación.

—¿Dónde está el jefe?

No respondo, solo niego otra vez. Sus cejas se alzan antes de soltar una maldición y salir disparado hacia la puerta por la que acabo de salir. En ese instante, Adriano Rinaldi aparece corriendo hacia mí, pero se detiene en seco al notar a la mujer en mis brazos. Su mirada se ensombrece mientras la recorre con el ceño fruncido.

—No puede ser… pequeña bruja —susurra, alzando una mano hacia su cabeza, pero se detiene a medio camino, como si temiera hacerle daño.

—Tengo que sacarla de aquí, no le queda mucho tiempo —explico con la voz entrecortada.

El ejecutor asiente, pero su expresión se endurece de inmediato.

—¿Dónde está mi primo? —pregunta, notando la ausencia de Cassiano.

Vuelvo a negar, y su mandíbula se tensa. Su mirada se desliza hacia la puerta principal del frigorífico, donde Román ha desaparecido.

—¡Carajo! ¡No cambia! ¡Maldito loco suicida! —gruñe, levantando su arma de repente—. ¡Abajo!

Antes de procesarlo, me arrojo al suelo mientras una bala impacta en el uniforme de un hombre a mis espaldas. Su cuerpo cae pesadamente, y Adriano me cubre mientras nos movemos hacia el coche. Sin embargo, el estruendoso chirrido de llantas me obliga a girar la cabeza.

Una camioneta 4x4 negra se detiene frente a la entrada principal. Segundos después, las puertas metálicas del frigorífico se abren y cuatro hombres salen escoltando a Miller. Empujan a Cassiano Rinaldi hacia adelante, obligándolo a caminar en dirección al vehículo, cuyas puertas abiertas lo esperan.

—¡Mierda! —escupe Adriano a mi lado.

Desde detrás de otro contenedor, varios hombres emergen disparando en nuestra dirección. Adriano responde de inmediato, vaciando un cargador entero sobre ellos, mientras yo corro hacia el Mustang, esquivando las balas que silban a mi alrededor.

Entonces, el sonido de aspas de helicóptero retumba sobre nuestras cabezas.

Alzo la vista, entrecerrando los ojos para enfocar la mirada. Un joven está en la aeronave, vestido con ropa táctica. Sus brazos descubiertos revelan músculos tensos por la adrenalina, y un fusil cuelga cruzado en su pecho. Sobre su hombro, sostiene una bazuca.

Apunta directo a la camioneta en la que intentan subir a su padre.

Dos segundos después, el proyectil impacta de lleno.

La explosión sacude el suelo. Miller y sus hombres se lanzan al pavimento para evitar el impacto, mientras yo cubro el cuerpo de

Aurora con el mío, protegiéndola de la onda expansiva detrás de un coche abandonado.

Cuando el helicóptero desciende lo suficiente, Sebastián Rinaldi—el otro hijo del Diablo—salta antes de que las ruedas toquen el suelo. Su expresión es una mezcla de furia y locura. Avanza con pasos firmes, con el fusil ahora en las manos, disparando sin titubear a los hombres que rodean a su padre.

—¿Qué pasó, hijos de puta? —grita con una sonrisa desquiciada, extendiendo los brazos a ambos lados sin dejar de avanzar—. ¿No que muchos huevos? ¡Nos provocan y luego corren como ratas cobardes! ¡Vengan, que ahora sí empieza la maldita fiesta!

Con una ráfaga precisa, derriba a varios hombres. Me apresuro hacia el helicóptero, enfocándome en lo más importante: sacar a Aurora de ahí.

—¡Sebastián! ¡Necesito sacarla de aquí! —grito.

El chico me mira y su expresión cambia drásticamente.

Su mandíbula se tensa, una vena palpita en su frente y su respiración se vuelve errática. La furia es tangible, casi como una onda expansiva que emana de su cuerpo.

—No puede ser… Aurora… —masculla con los dientes apretados. Coloca una mano sobre la cabeza de su hermana, pero enseguida levanta la vista hacia un punto más allá de mi hombro—. ¡Corre! ¡Ahora!

Obedezco de inmediato.

Con movimientos precisos, Sebastián extrae dos granadas y las lanza en dirección a los hombres que intentan reorganizarse tras un muro lateral. Aprovecho la distracción para correr hacia el helicóptero.

Una mujer se asoma desde la aeronave y me hace una señal.

—¡Dámela! —ordena.

Dudo, pero cuando Aurora jadea débilmente, cedo.

La mujer la toma con cuidado y el piloto se vuelve para mirarla desde su asiento.

—Me llamo Lena, soy enfermera. Él es mi hermano Logan. Tranquilo, Sebastián es nuestro amigo, nos ocuparemos de su hermana —asegura.

Asiento, lanzando un último vistazo a Aurora antes de girarme hacia el caos que sigue desatándose en el estacionamiento.

—Si algo le pasa, se mueren —advierto antes de desenfundar el arma de mi cintura.

A partir de ahí, no hay vacilación.

Apunto y disparo al primer bastardo que se cruza en mi camino. Uno tras otro caen mientras avanzo hacia Cassiano Rinaldi. Sebastián hace lo mismo, disparando con precisión quirúrgica.

Miller intenta escabullirse entre sus hombres, pero Cassiano lo intercepta, sujetándolo con la cadena de sus esposas.

—¡Te dije que no eras más que un jodido bocón, hijo de puta! ¡Yo… soy… el… diablo! —gruñe, apretando con más fuerza—. ¿Qué te hizo creer que podrías tocar a mi familia?

Aprovecho el momento para acercarme, decidido a terminar con esto de una puta vez.

Alrededor, el sonido de los disparos se ha extinguido.

Adriano, Román y Matt tienen a los últimos hombres de Miller sometidos en el suelo. El resto de sus sicarios yacen muertos en el pavimento.

Excepto por uno.

Cerbero se está dando un festín con la pierna de un desafortunado. Mastica con deleite, como si fuera un simple juguete de goma.

Guardo el arma y saco una de las navajas de Aurora de mi chaqueta. El Diablo, al igual que Sebastián, que permanece de pie a unos metros, nota mis intenciones, pero ninguno interviene.

Cassiano me mira, y por un instante, nuestros ojos se encuentran. La rabia me invade mientras me aferro con fuerza al mango del cuchillo en mi mano.

Lo mataron

El pensamiento retumba en mi cabeza como un eco implacable. La ira me corroe, me quema por dentro, y sé que nada será suficiente para calmarla. Haga lo que haga, ningún acto podrá devolvernos lo que nos arrebataron, ni cambiará el infierno que este bastardo hizo vivir a Aurora. La torturaron, la golpearon hasta casi matarla, y definitivamente nada hará que nuestro hijo vuelva a la vida.

Un hijo...

El nudo en mi garganta se hace insoportable. Mío y de ella. Nuestro bebé. Un ser inocente.

El corazón me late con violencia, golpeando mis costillas como si quisiera salir de mi pecho. Las manos me tiemblan con la necesidad de hundir la hoja en su carne. La rabia y el dolor se funden en mi

interior como un veneno abrasador, alimentando una sed de venganza que me resulta imposible contener. Aprieto la empuñadura de la navaja y, sin darme cuenta, ya la he clavado en su costado.

El grito desgarrador de Miller resuena en la estancia, pero no me detengo. Levanto la mirada, observando su rostro desfigurado por el dolor, y retiro la navaja solo para enterrarla de nuevo en su abdomen. El bastardo chilla como un cerdo en el matadero, retorciéndose en un intento desesperado por liberarse. Pero es inútil.

Le giro el rostro de un puñetazo, el impacto resonando en el aire, y vuelvo a hundirle la hoja en la misma herida, haciéndola más profunda, más letal.

Siento la calidez de su sangre empapando mi mano, resbalando entre mis dedos. Y de pronto, me pierdo. Me entrego por completo a la furia que me devora.

El cuchillo se hunde en su carne una y otra vez, con una violencia ciega, sin control. Lo apuñalo tantas veces que pierdo la cuenta. Miller comienza a temblar, su cuerpo convulsionándose, y balbucea algo incomprensible mientras la sangre se acumula en su boca y resbala por su barbilla. Se escurre hacia abajo, pero el Diablo lo mantiene en pie, sujetándolo con la cadena que aún rodea sus muñecas esposadas.

Su sangre mancha mis manos, mi rostro, pero nada de eso me importa. Hace mucho que dejé de preocuparme por la moral o la redención.

Miro al padre de Aurora, que sostiene firme al bastardo moribundo frente a mí, y me acerco aún más a su rostro, contemplando la miseria en sus ojos desencajados.

—¡Mataste a mi hijo! —gruño contra su cara, antes de clavar la navaja una vez más en su abdomen.

Miller jadea con dificultad, tosiendo sangre, su cuerpo sacudido por los estertores de la muerte. Pero no es suficiente. Nunca lo será.

—¡Secuestraste y torturaste a mi mujer! —escupo con furia mientras la hoja vuelve a abrirse paso en su carne.

Los jadeos se entrecortan, la sangre brota sin control de su boca y de cada una de las heridas que le he infligido con la navaja de Aurora. Pero la rabia en mí sigue viva, latiendo con la misma intensidad que al principio.

Me inclino más sobre él, acercándome hasta que nuestros rostros casi se tocan.

—Ella vivirá... En cambio, tú desperdiciaste tu patética existencia buscando vengar a un padre al que nunca le importaste una mierda.

Le sujeto el cabello con fuerza, obligándolo a mirarme. Sus ojos, vacíos y cegados por la rabia y el rencor, se clavan en los míos.

—Te dije que te arrancaría el corazón con mis propias manos.

Mi voz es un susurro envenenado. La promesa hecha realidad.

Y esta vez, con un solo movimiento, la navaja se hunde en su pecho con una brutalidad salvaje. La carne se desgarra, el tórax cede bajo la presión de la hoja cuando la giro, abriéndolo en dos. Miller grita, su alarido desgarrador impregnando el aire, pero ni eso me detiene.

Meto la mano en su pecho abierto, sintiendo el calor pegajoso de la sangre, buscando aquello que late con desesperación.

Sus últimos latidos.

Mis dedos rodean el músculo palpitante, lo aprietan, lo arrancan de raíz.

Miller se estremece, sus ojos se desorbitan y su cuerpo da una última sacudida antes de desplomarse sin vida, cuando Cassiano finalmente suelta su agarre.

Permanezco allí, respirando con dificultad, observando el corazón todavía caliente en mi mano ensangrentada.

Entonces, lo dejo caer con desprecio a sus pies.

—Considérelo mi carta de renuncia, Capitán Miller.



49

AMELIA

Pago y tomo la bolsa de papel que me extiende la joven en la barra antes de salir del café, acompañada por mi pequeño terremoto, que no se ha despegado de mi lado desde lo que ocurrió con su hermana. Caminamos en silencio hacia el coche, estacionado al otro lado de la calle. Al llegar, me detengo y me giro hacia Sebastián cuando noto cómo recorre toda el área con la mirada, como si esperara que alguien apareciera de la nada para atacarnos en cualquier instante.

—Sebas, cariño… No tienes que escoltarme día y noche. Nada va a pasarme. —Froto su brazo con ternura.

En la última semana, si su padre no está cerca, no me ha dejado sola ni un solo momento. Ni siquiera cuando los escoltas están con nosotros. Solo si Román, Matt o Adriano están cerca se permite relajarse.

—Eso es lo que decía Aurora, madre —responde tras una larga pausa.

Suspiro y examino su rostro con detenimiento, torciendo los labios en una mueca de tristeza al ver el dolor en su mirada y la pesadez de la frase que acaba de pronunciar. Sebastián y Aurora siempre han sido muy unidos; lo hacen todo juntos y se cuidan mutuamente. Sin embargo, Sebastián tiende a olvidar que Aurora es la mayor, y en muchas ocasiones la sobreprotege. No me extrañaría que ahora sintiera culpa por no haber podido evitar lo que le sucedió.

Me acerco y lo abrazo con fuerza. Como si lo necesitara más de lo que deja ver, él me envuelve con sus brazos y, tras unos momentos, carraspea y deja un beso en la parte superior de mi cabeza antes de enderezarse y abrirme la puerta del coche. Sonrío ante el gesto y me acomodo en el asiento del copiloto, observándolo rodear el auto para dirigirse al lado del conductor.

Cuando se sienta, saca la pistola de su cinturón y la deja sobre sus piernas antes de encender el motor. Ruedo los ojos. Aunque no siempre se lleva bien con su padre, se parece más a él de lo que cree.

Mi pequeño ya es todo un hombre. Ha crecido tanto que está casi tan alto como su padre. Tiene el mismo cabello azabache que él, pero sus ojos son su rasgo más característico y exótico debido a su heterocromía. A pesar de su carácter fuerte y su condición mental, es un chico adorable y amable. Sin embargo, sé con certeza que, si no encontramos la manera de canalizar su ira, podría convertirse en el hombre más peligroso de toda la organización.

Aunque…

Una idea cruza mi mente fugazmente, pero la aparto para otro momento.

El coche se detiene frente a la clínica y salgo de inmediato, caminando con paso firme hacia la puerta principal. Los soldados en la entrada me saludan cuando paso a su lado, y les correspondo con un leve asentimiento mientras sigo avanzando por los pasillos. Sebastián me sigue de cerca, unos pasos atrás. Estoy a punto de subir al ascensor cuando las puertas se abren y un hombre sale apresurado, chocando contra mí y empujándome contra la pared.

La bolsa en mis manos casi se me cae, pero la sujeto a tiempo.

—Lo siento, no lo vi… yo…

Intento disculparme, pero las palabras quedan a medias cuando mi hijo lo toma por el cuello y lo estampa contra la pared con violencia.

—Sebas… —lo llamo con voz calmada, pero él no le quita la mirada de encima al hombre, que ahora está pálido—. Cariño… fue un accidente.

Apoyo mi mano sobre su brazo con suavidad. Tras unos segundos de tensión, Sebastián me dirige una mirada de reojo y finalmente suelta su agarre, empujando de mala gana al sujeto hacia un lado.

—¡Fíjate por dónde mierda caminas! —gruñe con fiereza.

El hombre asiente repetidas veces antes de salir disparado por el corredor. Sebastián pasa su brazo por encima de mis hombros y me guía al interior del ascensor.

Cuando llegamos al piso de cuidados intensivos, los dos guardias que custodian la habitación de Aurora siguen en su puesto. Se enderezan al vernos llegar y, tras saludarnos, se apartan, dejándome el acceso libre. Sebastián se acerca a ellos y les da indicaciones sobre

algo que desconozco. Mientras tanto, entro a la habitación y me detengo en seco al ver a los dos hombres que velan el sueño de mi hija.

A un lado está mi esposo, sentado en un sofá individual con el arma apoyada sobre sus piernas. Su cabeza reposa contra el respaldo, pero su agarre sobre la pistola sigue siendo fuerte.

Al otro lado está Alex. Desde que Aurora fue ingresada hace una semana, no se ha movido de ese sitio más que para ducharse y cambiarse de ropa en el pequeño baño cercano. Y solo lo hace cuando Cassiano o Sebastián están presentes. Su cabello está despeinado y sus ojos luchan por mantenerse abiertos, con profundas ojeras marcando su rostro a causa del cansancio.

Una de sus manos sujeta la pistola de la misma manera que mi esposo, mientras que la otra sostiene la de mi hija.

Una media sonrisa se dibuja en mis labios cuando un recuerdo viene a mi mente.



Diez años antes

—Mami, ¿crees que alguna vez alguien me mirará como papi te mira a ti? —pregunta mi niña, con los ojos brillantes de ilusión, mientras observa a su padre al otro lado de la calle, en la florería, sosteniendo un enorme ramo de rosas rojas y mirándonos desde la distancia.

Sonrío y acaricio su cabello antes de acuclillarme frente a ella.

—Un día conocerás a un hombre que no solo te mirará como tu papá me ve a mí, sino que tú lo mirarás a él de la misma manera. Y no solo eso… ese hombre hará lo que sea por ti.

—¿Cómo lo sabes? —inquiere, sonrojándose y apartando la mirada.

Suspiro y vuelvo a mirar a su padre, que ahora se acerca a nosotras con el ramo de rosas en brazos.

—Lo sé porque, si no pone el mundo a tus pies, tu papá jamás lo dejará acercarse a ti.

Ambas reímos a carcajadas.

—¿De qué se ríen? —curiosea mi esposo, arqueando una ceja.

—Mami dijo que…

—Solo cosas de chicas —la interrumpo, guiñándole un ojo.

—Cosas de chicas… ajá. ¿Debo preocuparme?

Niego sin borrar la sonrisa cuando, de en medio del ramo de rosas rojas, saca una de color rosa pálido y se la entrega a Aurora.

—No por ahora —respondo, observando la enorme sonrisa de mi hija mientras recibe la rosa.



—Señora Amelia… no la escuché llegar —se disculpa Alex, poniéndose de pie y extendiéndome la mano en señal de saludo.

Me acerco y él baja la mano, paralizándose cuando lo abrazo con calidez y dejo un beso casto en su mejilla. Luego, le sonrío y le entrego uno de los vasos de café que traje.

—Gracias por amar a mi hija. Y de verdad… lamento mucho lo del bebé —digo con voz entrecortada antes de apartarme hacia mi esposo, que levanta la cabeza para verme.

—Mi ángel… —susurra cuando me acerco y deposito un suave beso en sus labios antes de ofrecerle el café.

—Traje café. ¿Por qué no van a descansar un rato? Yo me quedo con ella.

—Tranquila, estamos bien. Nos hemos estado turnando para dormir por ratos.

Los observo en silencio. Su amor por Aurora es innegable. Pero en sus miradas cansadas y sus cuerpos tensos, veo reflejado el miedo de perderla. Y, aunque intenten disimularlo, sé que ninguno de los dos está dispuesto a alejarse de su lado.

Señala al chico que está al otro lado de la camilla. En una mano sostiene un arma, en la otra, un café que aún no ha tocado. Su cabeza descansa sobre su pecho, y sus ojos cerrados revelan que, aparentemente, acaba de quedarse dormido.

—¿El médico ha dicho algo? —pregunto mientras me acerco a acariciar el cabello de mi bella hija. Sigue dormida, con una máscara de oxígeno cubriéndole el rostro y un collarín ortopédico rodeando su cuello.

—No… Solo lo que ya sabemos —responde mi esposo con voz tensa—. Las costillas rotas, al menos, no perforaron ningún órgano. Los dedos de su mano volverán a la normalidad después de la cirugía, pero necesitará fisioterapia para no perder movilidad.

Aprieto los labios antes de murmurar:

—¿Cómo podrá sujetar un arma si no tiene movilidad en su mano?

Soy plenamente consciente de que Aurora necesita defenderse. En nuestro mundo, las armas son una extensión del cuerpo, y quedarse sin ellas es como perder una parte de sí mismo.

—Me encargaré de que no tenga que volver a tomar una.

La firmeza en su tono me hace girarme de golpe para mirarlo.

—¿Acaso…?

Mi pregunta queda suspendida cuando él asiente y, por un instante, desvía la mirada hacia el chico dormido en el sofá junto a la cama de Aurora.

—¿Cuándo? —inquiero en un murmullo.

Lo veo tragar saliva, y en sus ojos se refleja la tormenta de emociones que lo embargan. Sé que lo que planea lo destruirá, pero también sé que es el acto de amor más grande que puede hacer por ella.

—Cuando despierte —anuncia con determinación.

Asiento en silencio antes de volver mi atención a mi hija, recorriéndola con la mirada.

—Sé que esto es difícil para ti —susurro mientras me vuelvo hacia él—, pero estoy tan orgullosa de ti, cariño.

Me acerco para acariciar su rostro con ternura, buscando reconfortarlo.

—No lo estés, ángel. No lo hago solo por ella… También lo hago por mí. No quiero que un día llegue a odiarme —murmura con voz ronca sin apartar los ojos de Aurora.

—¡Ella jamás te odiará, te ama! —le recuerdo, deslizando mis dedos entre su cabello, peinándolo hacia atrás.

Él esboza una leve sonrisa, casi imperceptible.

—¿Recuerdas cuando saltaba los escalones de dos en dos, corriendo como una loca cada vez que llegabas de un viaje? —pregunto, evocando aquellos momentos felices.

Justo cuando está por responder, una voz temblorosa nos hace girarnos de golpe.

—¿Papi…?

El susurro tras mi espalda nos paraliza al mismo tiempo que Alex salta de su sitio.



50

AURORA

Los murmullos a mi alrededor se vuelven cada vez más fuertes a medida que la conciencia regresa lentamente. Ladeo la cabeza, intentando abrir los ojos, pero la luz blanca y brillante me obliga a cerrarlos de inmediato. Frunzo el ceño y trato de moverme, sintiendo algo ajustado alrededor de mi cuello. La sensación es molesta, restrictiva.

Con esfuerzo, logro entreabrir los ojos, aunque la visión es borrosa. Parpadeo varias veces, intentando enfocarme en la figura de espaldas que murmura algo en voz baja mientras gesticula con las manos al pie de mi cama.

—¿Papi…? —murmuro con un hilo de voz, apenas audible.

En un instante, la silueta se gira hacia mí y su rostro, cargado de angustia y alivio, es lo primero que veo con claridad.

—¡Principessa! —exclama, abalanzándose hacia mí con desesperación.

Pero mi atención se desvía cuando siento un movimiento brusco a mi lado. Alguien se pone de pie de un salto, como si mi voz lo hubiese sacudido de golpe. Es entonces cuando mis ojos se encuentran con los suyos: profundos, azules y agotados. Las ojeras bajo sus párpados son oscuras, como sombras de insomnio y preocupación acumulada.

Su mirada me recorre con un dolor latente, como si me estuviera memorizando, como si necesitara asegurarse de que sigo aquí. Mi pecho se aprieta y, de repente, un aluvión de recuerdos me golpea sin piedad.

Llevo una mano a la cabeza cuando una punzada lacerante me atraviesa el cráneo. Mi garganta arde, al igual que mis ojos, y cuando vuelvo a enfocar la vista, veo la mano de Alex tomando la mía con suavidad.

—Lo siento… ¡Lo siento tanto, princesa! —Su voz es una súplica desgarradora.

Un sollozo me sacude y, en un reflejo instintivo, aparto mi mano de la suya, colocándola sobre mi abdomen. Un escalofrío me recorre al comprenderlo… al recordarlo.

Mi madre se acerca, intentando calmarme, pero se detiene al notar mi estado. Estoy demasiado alterada para permitir que me toquen, demasiado rota para ser consolada. Suelta un sollozo ahogado y se cubre la boca con las manos.

Veo a mi padre dar un paso en mi dirección, pero niego con la cabeza, y él retrocede lentamente. No quiero que se me acerquen. No ahora.

El cuerpo me duele, pero, aun así, intento incorporarme. Una mano se extiende para sujetarme, pero la aparto con brusquedad. Las lágrimas nublan mi visión y mi respiración se vuelve errática.

—¡No! —grito, levantando la mano para que se alejen—. Por favor… no.

Un nuevo sollozo sacude mi cuerpo mientras mis manos buscan desesperadamente el cuello ortopédico. Lo arranco con torpeza y lo lanzo lejos. No quiero abrazos. No quiero que me toquen. No quiero consuelo. No quiero nada.

Solo quiero recuperar lo que me arrebataron.

Lo que no sabía que tenía, pero que, aun así, quiero de vuelta.

—Mi bebé… ¡Dios, mi bebé…!

Las palabras salen entrecortadas, cargadas de un dolor que me destroza el alma. Siento las punzadas de la intravenosa en mi brazo y, sin pensarlo, la arranco de golpe. El monitor a mi lado comienza a pitar frenéticamente.

Una mujer vestida con bata blanca entra corriendo, alarmada. Intenta acercarse, pero alguien la detiene antes de que pueda tocarme.

Apoyo mis pies descalzos en el suelo, tambaleándome. Me obligo a ponerme de pie, repitiendo una y otra vez en mi mente las imágenes de lo sucedido.

Los hombres.

Los golpes.

El miedo paralizante.

La sangre escurriendo entre mis piernas.

Los dolores.

—Mi bebé… ellos mataron a mi bebé… —La voz me traiciona en un gemido ahogado cuando mis piernas fallan.

Alex me atrapa antes de que me desplome por completo.

—Lo siento… lo siento… no lo sabía… Lo siento tanto… Nuestro bebé, Alex… —repito una y otra vez, con el rostro hundido en su chaqueta.

Siento sus brazos rodeándome con fuerza, como si intentara sostenerme, como si pudiera juntar los pedazos rotos de mi ser con su abrazo.

—Shh… no fue tu culpa, princesa… —susurra contra mi cabello—. ¿Me escuchas? No fue tu culpa.

Su voz se quiebra, pero sus palabras insisten, intentando atravesar la barrera de mi culpa.

Un sollozo desgarrador brota de mi pecho y dejo caer mi cabeza contra él, hundiéndome en su calor, en su aroma, en la única certeza que me queda en este momento.

—Shh… todo estará bien, ¿me oyes, amor? Todo estará bien… —repite, su aliento cálido rozando la cima de mi cabeza, su voz impregnada de una promesa que ni él mismo puede asegurar.

Nos quedamos allí, en el suelo, abrazándonos en el luto silencioso de nuestro hijo…

De nuestro pequeño que jamás conoceremos.

De la vida que se nos arrebató antes siquiera de florecer.

De la injusticia de este mundo podrido, de sangre y odio, del cual no puedo escapar.

ALEX

Me aferro al cuerpo de Aurora mientras acaricio su cabello, sintiéndola temblar contra mi pecho. Sus lágrimas se han secado, pero el vacío en su mirada sigue ahí, como un abismo insondable.

Paso saliva, conteniendo las emociones que amenazan con desbordarse. No puedo permitírmelo. Uno de los dos tiene que ser fuerte.

Han pasado siete días desde que despertó. Físicamente, ha mejorado. Lo suficiente para que su padre consiguiera que le dieran el alta, asegurando que en casa estará más cómoda. Pero eso no es lo que me preocupa.

Es su mente lo que me aterra.

Aurora no es la misma.

Casi no come. Apenas habla. Y cuando lo hace, sus respuestas son escasas, monosílabas. El resto del tiempo, permanece en silencio, con la mirada perdida en la nada, atrapada en un mundo al que nadie puede acceder.

—¡Listo! ¡Ya es hora! —anuncia su madre desde la puerta.

Asiento y me levanto con cuidado, apartándome de Aurora.

Tomo su chaqueta y la coloco con suavidad sobre sus hombros. No hay reacción. Ni un pestañeo, ni un estremecimiento.

Cuando levanta la cabeza, nuestros ojos se encuentran. Intento sonreírle, darle algo de alivio, pero su mirada gris está vidriosa, al borde del derrumbe.

—Nos vamos a casa, princesa —susurro, acariciando su cabello antes de besar su frente.

Ella asiente sin decir nada y me sigue en silencio.

Al salir de la habitación, los guardias de su padre nos rodean de inmediato, formando un círculo protector. Antes de llegar al ascensor, revisan las escaleras y el pasillo con cautela. Esta vez, hay más del doble de hombres que había hace unas horas.

El sonido del ascensor indica su llegada y, cuando las puertas se abren, un hombre da un paso al frente.

Aurora alza la mirada de golpe.

Y, sin pensarlo, se lanza a sus brazos.

Me detengo en seco, observando cómo Sebastián la envuelve en un abrazo, sosteniéndola con la misma desesperación con la que ella se aferra a él.

Aprieto los puños y suspiro.

Sé lo que significa su hermano para ella. Sé que, en este momento, es lo único que puede darle un poco de consuelo.

Y, por primera vez en días, veo un destello de vida en sus ojos apagados.

—¿No creíste que te dejaría volver a casa sin seguridad, verdad? —le susurra Sebastián al oído.

Aurora levanta la vista y sus ojos encuentran los de su hermano. Con un gesto silencioso, le doy las gracias. Sebastián me observa un instante sin soltarla, luego desvía la mirada hacia su madre, que permanece de pie a mi lado. Suspira con resignación antes de tomar el rostro de Aurora entre sus manos, examinándola con detenimiento.

—No adivinas quién te está esperando abajo con el tío Adriano —dice en un intento por animarla.

Aurora niega con la cabeza y, en un movimiento casi mecánico, voltea hacia mí y extiende su mano. Entrecruzo mis dedos con los suyos y la sigo al ascensor junto con su madre y su hermano.

Al llegar al estacionamiento, frunzo el ceño al notar el coche negro del cual baja un hombre de cabello oscuro y chaqueta de cuero. Sus ojos recorren con rapidez el cuerpo de Aurora, y una leve sonrisa curva sus labios antes de abrir la puerta trasera del auto.

En un instante, Cerbero salta fuera del vehículo y corre a toda prisa hacia ella. Aurora suelta mi mano de inmediato y se apresura a recibir a su fiel compañero, mientras el enorme lobo mueve la cola con frenesí y salta a su alrededor, feliz de verla.

Ella frunce el ceño y alza una ceja cuando nota el bozal de cuero que rodea el hocico del animal.

—¿Le pusiste un bozal? —pregunta incrédula, luchando con su mano sana para soltar la hebilla.

Adriano se rasca la nuca con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, pequeña bruja, pero no pensaba morir hoy.

Por primera vez en días, la veo sonreír mientras libera a Cerbero, quien, al sentirse libre, lame su rostro y restriega su cuerpo contra ella con evidente alegría.

—Gracias —susurra su madre a Adriano.

Él asiente antes de desviar la mirada hacia el hombre que acaba de llegar: el padre de Aurora.

—¿Estás lista, hija? —pregunta con voz firme.

Ella lo observa por un momento antes de asentir.

Siento la tensión en el aire cuando Cassiano Rinaldi desvía la mirada hacia mí. Sabía que, en cuanto ella saliera del hospital, intentarían alejarla de mí. Pero no pienso permitirlo.

Doy un paso adelante y tomo la mano de Aurora con determinación. Ella me mira fugazmente, luego baja la vista a nuestras manos entrelazadas, y, para mi sorpresa, una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—Amo a Aurora con todo lo que soy y no pienso dejarla —declaro, mirando al Diablo directamente a los ojos—. No quiero entrar en una discusión, y mucho menos ahora, pero ni por un segundo pienses que voy a apartarme. No existe posibilidad alguna de que eso ocurra... a menos que me mates aquí y ahora.

Siento a Aurora tensarse por un instante. Su mirada se desliza entre su padre y yo, como si midiera la gravedad de la situación. No quiero provocar un enfrentamiento entre el Diablo y su hija, ni creo que sea el momento adecuado para desafiarlo. Pero no me iré. Ella me necesita, tanto como yo la necesito a ella. Solo nosotros sabemos lo que hemos perdido. Solo nosotros podemos sostenernos el uno al otro.

Cassiano levanta el mentón con gesto autoritario y endereza su postura. Su mirada se clava en la mía, intentando intimidarme. Mantengo la expresión firme. Después de unos segundos, alza una ceja y señala el coche con un leve gesto de la cabeza.

—Andando. Aurora aún necesita descansar.

Su esposa es la primera en acercarse a tomar su mano. Aurora me lanza una mirada fugaz antes de tirar suavemente de mi brazo, instándome a seguirlos.

—Adriano, tú te encargas de Cerbero —ordena el Diablo sin voltear.

—¿Qué? ¿Por qué yo...?

—Tú lo trajiste, tú lo devuelves —responde Cassiano con indiferencia.

La madre de Aurora le golpea el hombro en señal de desaprobación, pero él ni se inmuta.

Aurora vuelve a sonreír, y Sebastián la empuja juguetonamente con el hombro mientras camina a su lado.

Los observo en silencio. A pesar de quienes son, a pesar de las guerras, las venganzas y los crímenes que los rodean, son una familia. Unida. Protectora. Esta es la familia que hace brillar los ojos de la mujer que camina de mi mano, la familia por la que daría su vida, así como ellos darían la suya por ella.

Y yo... estoy dispuesto a hacer lo mismo.

51
AURORA

Seis meses después

Miro con ansiedad el objeto de plástico en mi mano y vuelvo a comprobar los minutos en la caja antes de observar nuevamente el reloj. La decepción me golpea con fuerza cuando una única línea roja marca el resultado negativo.

—Otra vez… —susurro para mí misma, soltando el aire con frustración.

Una lágrima traicionera desciende por mi mejilla, y la limpio de inmediato, con rabia. Me aferro al mármol del lavabo, fijando la mirada en mi reflejo en el espejo. Llevo meses intentándolo… y nada. Cada prueba que me hago, cada resultado negativo, solo aviva la herida en mi pecho, recordándome la pérdida de mi bebé.

Sé que Alex vengó la memoria de nuestro hijo. Arrancó el corazón al hijo de puta de Miller, y también sé que lo ocurrido no fue mi culpa. Me ha tomado incontables sesiones de terapia y un arduo proceso de aceptación entender que aquello estaba fuera de mi control. Que no soy responsable. Y aunque he mejorado, apoyada por mamá, el dolor sigue ahí. No hay terapia que pueda llenar el vacío de saber que una parte de ti ha sido arrancada para siempre.

Suspiro y me apresuro a envolver la prueba de embarazo en papel higiénico antes de arrojarla al fondo de la papelera.

—¿Princesa…?

La voz de Alex resuena al otro lado de la puerta. Me apresuro a abrir el grifo y dejo correr el agua, mojando mis palmas para refrescarme las mejillas.

—¡Un momento, cariño! —respondo con un tono lo más neutro posible.

Me observo una última vez en el espejo, asegurándome de que no haya rastros de lágrimas antes de salir del baño.

Alex está de pie junto a la cama, con los brazos cruzados sobre su pecho y una ceja arqueada. Me estudia en silencio antes de acercarse.

—El Diablo nos mandó llamar —anuncia con seriedad.

Frunzo el ceño.

—¿Nos? —pregunto, desconcertada.

Él asiente.

Desde que dejó de ser agente, Alex ha trabajado para mi padre. Sin embargo, pese a su cercanía con él, papá nunca ha mencionado nada sobre nuestra relación. Todo lo que ocurrió ha cambiado muchas cosas, y papá no es la excepción. Se ha mantenido al margen, distante, como si hubiera una barrera invisible entre nosotros.

Mamá dice que se culpa por lo que me pasó, por no haber podido protegerme. Y eso me parte el alma. Porque él no es responsable. Jamás lo sería. Sé que tengo al mejor padre del mundo, que siempre ha dado todo por mantenerme a salvo. Jamás podría culparlo. Intenté varias veces hablar con él sobre el bebé, sobre el secuestro… pero cada vez que lo hacía, encontraba una excusa para cambiar de tema y desaparecer. Hasta que simplemente dejé de intentarlo.

Cuando me dispongo a salir de la habitación, Alex me sujeta por la muñeca. Trato de no mirarlo, pero su mano cálida se desliza hasta mi mentón, obligándome a alzar la vista. Su pulgar roza con ternura la lágrima que se me ha escapado del rabillo del ojo.

—Sé lo que has estado haciendo, princesa… no tienes que ocultarlo —susurra con suavidad.

Paso saliva, evitando su mirada, pero vuelve a tomar mi rostro entre sus manos.

—Princesa…

—Tengo miedo —admito en un hilo de voz—. Tengo miedo de no poder volver a quedar embarazada.

Mis ojos buscan los suyos, que reflejan un mar de emociones.

—Lo harás —afirma con convicción—. Aún hay tiempo. El doctor dijo que no habría inconveniente, pero podría tardar. No te presiones.

Sus nudillos acarician mi mejilla con ternura, y yo apoyo mis palmas sobre su pecho, dejando caer mi frente contra él.

—¿Y si aun así no lo logro? ¿Y si no puedo darte un hijo? —mi voz se quiebra—. Sé que somos jóvenes. Nunca antes había pensado en ser madre, pero después de lo que pasó, yo…

—Escúchame —me interrumpe con dulzura, acariciando mi cabello—. Si quieres ser madre, lo serás. Si ese es tu sueño, lo haré

realidad, cueste lo que cueste. Y si por algún motivo no podemos tener un hijo propio… existen otras alternativas. Como la adopción.

Levanto la cabeza para mirarlo, completamente anonadada.

—¿Estarías dispuesto a adoptar un niño solo porque yo deseo ser madre?

Alex sostiene mi mirada con determinación.

—Haría cualquier cosa por ti, princesa. Y para serte sincero… la idea de cambiarle el destino a un niño que no tiene esperanzas no me desagrada en lo absoluto.

Sus palabras me dejan sin aliento.

—¿Estás diciendo que no te importaría criar a un niño que no lleve tu sangre?

—Lo que estoy diciendo, amor, es que desde el momento en que ese niño llegue a nuestras vidas, será tan nuestro como si hubiese nacido de ti. Y eso no quita que podamos tener hijos propios, los cuales amaremos con la misma intensidad. Solo date tiempo.

Suspiro, dejando que sus palabras se asienten en mi mente. Tiene razón. Quizás me estoy apresurando. Y aunque no pueda tener un hijo biológico, siempre podremos adoptar.

Alex, más que nadie, sabe lo que es crecer en un orfanato. Y tiene razón en que sería hermoso darle a un niño la oportunidad de una vida mejor. Nunca imaginé que él diría algo así, pero saber que esa opción existe en mi futuro enciende algo dentro de mí. Una chispa de esperanza.

—Leí que la ansiedad puede afectar la fertilidad —comento, buscando justificarme.

—¿Lo ves? —inquiere con una sonrisa cómplice.

Muerdo mi labio con nerviosismo mientras él sigue acariciando mi rostro y mi cabello.

—Además… que aún no estés embarazada tiene una ventaja —añade con un tono sugerente.

Su mano se desliza por mi cintura y me atrae hacia él.

—¿Ah, sí? ¿Qué ventaja? —pregunto, divertida.

Alex recorre mi cuello con sus labios, deteniéndose para besar y chupar suavemente el lóbulo de mi oreja.

—Que aún podemos seguir intentándolo… —murmura contra mi piel.

Una risa escapa de mis labios justo antes de que me atrape en un beso profundo.

Me rodea con sus brazos, sus manos cálidas deslizándose bajo mi blusa, acariciando mi espalda. Me obliga a retroceder hasta que mi espalda choca contra la pared, atrapándome entre su cuerpo y la fría superficie.

Rodeo sus hombros con mis brazos y enredo mis dedos en su cabello, mientras sus manos bajan, deslizándose bajo la falda de mi vestido. Me sujeta por las nalgas y me alza contra la pared, sus labios devorando los míos con hambre.

Un gruñido escapa de su garganta cuando tiro de su labio inferior con mis dientes. Desabrocho los botones de su camisa con manos temblorosas, y la prenda termina en el suelo mientras él me lleva hasta la cama.

Me arroja con cuidado sobre el colchón, su mirada encendida por el deseo. Desabrocha el cinturón de su pantalón, y sin quitárselo, se desliza entre mis piernas. Su boca dibuja un camino de besos húmedos sobre mis muslos, haciéndome jadear al sentir su lengua jugueteando con mi piel.

El calor me consume desde dentro, la humedad entre mis piernas creciendo con cada roce de su boca.

—Fóllame, Alex… —exijo, aferrándome a su cabello.

Él sonríe con malicia antes de bajarse el pantalón. El sonido de mi ropa interior rasgándose me llena de anticipación.

Levanta la falda de mi vestido y, con una sola embestida, se hunde en mí, llenándome por completo mientras su boca vuelve a devorar la mía con un deseo desenfrenado.

Mis manos recorren la piel desnuda de su espalda y sus hombros, deslizándose sobre la tinta que adorna sus brazos musculosos y tensos. Alex me embiste con desesperación cuando le pido más, entre jadeos y gemidos ahogados. Su nombre escapa de mis labios una y otra vez, convirtiéndose en un mantra incontrolable mientras me eleva al cielo con cada arremetida feroz. El placer me sacude por completo hasta dejarme exhausta, con la espalda pegada al colchón y el pecho agitándose al compás de mi respiración entrecortada.

Alex se deja caer a mi lado, con el aliento tan errático como el mío. Levanta una mano y desliza con suavidad sus nudillos por mi ceja, bajando por mi mejilla en una caricia pausada que me roba una sonrisa. Me giro hacia él y apoyo la barbilla sobre su pecho, mientras mis dedos delinean el contorno de su nuevo tatuaje en el pectoral

derecho: el mismo símbolo que lleva mi padre, que también adorna la piel del tío Adriano y de Sebastián.

—¿Extrañas tu trabajo? —pregunto, siguiendo con la yema de mi índice la cabeza de la serpiente que rodea la corona entintada en su piel.

Alex suspira antes de responder:

—Creí que lo haría… —musita con honestidad—. Pero la verdad es que no, no lo extraño. Mi trabajo era proteger a la nación, servir a mi país y a sus ciudadanos… Pero ahora mi vida tiene un propósito mayor, algo más grande.

Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad sobrecogedora. Con suavidad, recoge un mechón de mi cabello y lo acomoda tras mi oreja, rozándome la piel con la calidez de sus dedos.

—Ahora mi propósito es protegerte a ti —susurra con convicción—. Mi vida es tuya. Yo soy tuyo.

La firmeza en sus palabras y la devoción en su mirada hacen que el deseo vuelva a arder en mí. Me abalanzo sobre él y lo beso con hambre, dejando que me envuelva en sus brazos con la misma pasión desenfrenada de antes. Apenas nos separamos unos segundos, lo suficiente para mirarnos a los ojos con esa urgencia latente que nunca desaparece entre nosotros.

—Te amo, Alex —susurro contra sus labios—. Soy completamente tuya…

Sus pupilas se oscurecen con una promesa muda. Sus manos me sujetan por la nuca, atrayéndome con fiereza antes de devorar mi boca en un beso que me consume por dentro. Y entonces, me gira entre sus brazos y vuelve a hacerme suya una vez más.



52

AURORA

Subo las escaleras hacia la planta alta de la casa, donde se encuentra la oficina de mi padre, con Alex caminando a mi lado. Una vez frente a la puerta de roble oscuro, él levanta la mano para llamar, pero antes de que lo haga, ya estoy girando el pomo y adentrándome en la habitación sin previo aviso, como lo he hecho toda mi vida. Alex niega con la cabeza, divertido por mi impaciencia, pero me sigue sin decir nada.

El hecho de que mi padre nos haya mandado a llamar a ambos es extraño. En los últimos seis meses ha mantenido cierta distancia y ha evitado hablar de mi relación con Alex. Ha permitido que él se quede en una de las casas de huéspedes dentro de la propiedad y le ha dado trabajo, pero no ha mostrado ningún interés en involucrarse más. No sé qué tiene en mente ahora, pero cuando recorro la habitación con la mirada y observo a quienes nos esperan dentro, mi pulso se acelera con nerviosismo.

—Padre, me mandaste a llamar. —Me acerco a su escritorio, rodeándolo para dejar un beso en su mejilla.

El gesto parece tomarlo por sorpresa. Su cuerpo se tensa un instante en la silla antes de soltar un suspiro y relajarse. Me siento frente a él, alzando una ceja en señal de curiosidad. Parpadea un par de veces y carraspea antes de acomodarse en su asiento, sin apartar la vista de mí. Entonces, su mirada se desvía por encima de mi hombro y asiente.

—Toma asiento, Alexander, por favor. —Señala la silla a mi lado.

Frunzo el ceño mientras Alex obedece sin rechistar, tan consternado como yo. La actitud de mi padre es inusual. Es la primera vez en seis meses que estamos los tres juntos en una misma habitación y la expresión preocupada en su rostro me genera ansiedad. Inconscientemente paso las palmas de mis manos por mis muslos en un intento de calmarme, un gesto que no pasa

desapercibido para Alex, quien toma mi mano con la suya y la aprieta suavemente.

—Principessa, le pedí a Alexander que te trajera porque hay algo de lo que quiero hablarles… a ambos.

Trago saliva cuando su mirada se posa en nuestras manos entrelazadas. Le hago un gesto con la cabeza, animándolo a continuar, mientras echo un vistazo a mi tío Adriano, que está de pie, jugueteando con una de sus navajas. A su lado, mi hermano Sebastián mantiene la cabeza baja, concentrado en la pantalla de una tableta, con el ceño fruncido.

—Bien, padre… te escucho. —Enderezo la espalda, preparándome para lo que sea que esté a punto de decirnos.

Algo me dice que estamos a punto de recibir una noticia importante, una de esas que pueden cambiar el rumbo de todo. Tal vez quiere que Alex se marche, o quizás se trata de algo relacionado con el negocio. No lo sé, pero su silencio solo aumenta mi nerviosismo. Sus ojos siguen fijos en los míos y puedo notar un brillo extraño en ellos, un conflicto interno que parece consumirlo.

Suelta un fuerte suspiro y por un momento cierra los ojos, desviando la mirada hacia los hombres a su lado. Mi tío Adriano me guiña un ojo con complicidad y yo me aferro con más fuerza a la mano de Alex, buscando apoyo.

—Principessa… La decisión que he tomado es extremadamente difícil para mí.

Por fin habla. Su tono es grave, cargado de una emoción que no logro descifrar. Con movimientos pausados, abre el cajón de su escritorio y saca un sobre de manila amarillo, extendiéndomelo.

Frunzo el ceño y lo tomo con cautela. Al abrirlo, mis cejas se disparan hacia arriba al ver su contenido. Dentro hay dos pasajes de avión sin destino, a nombre de Alexander Rossi y Aurora Rinaldi. También están los documentos de propiedad de una cadena hotelera en Italia, a mi nombre.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas mientras vuelvo a mirar a mi padre, quien me observa con una sonrisa triste.

—Papi, esto es… —La emoción me embarga y mi voz se quiebra.

—Es tu libertad, cariño… la de ambos.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos, cargados de amor y tristeza. La sinceridad en su mirada hace que mis lágrimas empiecen a brotar sin control.

—Pero… ¿por qué? —Mi voz es apenas un susurro—. ¿Por qué tengo que irme? ¿Es por lo que pasó? ¿Crees que ya no soy capaz de defenderme?

Mi padre niega con la cabeza de inmediato.

—Sé que lo eres. Y sé que siempre me tendrás a mí para resguardarte la espalda, al igual que al resto de la familia, incluido él. —Hace un leve gesto hacia Alex, quien, por su expresión, está igual de sorprendido que yo.

Su mirada se torna sombría antes de continuar.

—Por mi culpa, ustedes… ambos… perdieron algo muy valioso, algo que jamás podré devolverles. Y eso es algo que, pese a todo el dinero y el poder que tengo, nunca podré remediar, porque mi nieto ya no volverá.

Sus palabras son como un puñal directo al pecho. La mención de mi bebé, de la vida que perdí, me estruja el corazón con un dolor que nunca desaparece del todo.

—Papá… Lo que pasó no fue tu culpa. Nosotros no te culpamos.

Alex asiente a mi lado, respaldando mis palabras.

—Quizás ustedes no… pero yo sí. Y no puedo permitir que nadie vuelva a intentar lastimarte para llegar a mí. Mereces tener lo que siempre has querido, hija… Lo que tanto anheló tu madre y que, por ser un maldito egoísta, le arrebaté cuando la traje aquí conmigo.

Se pone de pie, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Quiero que vivas. Que seas feliz y tengas la libertad de tomar tus propias decisiones, como elegir el lugar donde quieres vivir. Las cadenas hoteleras están en Italia y en varias partes de Europa, pero eso no importa. Pueden elegir cualquier destino y trabajar desde allí.

Bajo la mirada hacia los documentos en mis manos.

—No hay dinero que pague lo que perdieron. No pretendo comprarlos. Pero sí darles una oportunidad de empezar de cero, lejos del peligro y de las futuras guerras.

Mi garganta se cierra y el peso de sus palabras me abruma.

—Pero… Pensé que ya no había peligro… —musito.

—Y no lo hay. Al menos por ahora. Pero, como tú misma has dicho antes, nuestro mundo es una mierda. Es cuestión de tiempo antes de que un nuevo peligro aceche… Y esta vez quiero que estés lejos de eso. Confío en que Alex sabrá mantenerte a salvo.

Mi padre se vuelve hacia él y le extiende la mano. Alex, aunque sorprendido, la estrecha sin dudar.

—Lo haré —afirma con convicción—. La cuidaré con mi vida, si es necesario. Mientras yo viva, nadie volverá a lastimar a Aurora. Tienes mi palabra.

—¡No…! Espera. No puedo marcharme. ¿Quién se encargará de mi trabajo? ¿Quién…?

Las palabras mueren en mi garganta. Siento que el suelo bajo mis pies tiembla y que el destino que había trazado para mí misma se desmorona en cuestión de segundos.

—No te preocupes por eso, hermana. —Por primera vez, Sebastián habla sin apartar la vista de la tableta en sus manos—. Nuestro padre acaba de encontrar la manera de solucionar el problema y, de paso, mantenerme controlado como a un buen cachorro. —Levanta la mirada y me observa con una sonrisa divertida en los labios.

—Sebastián seguirá entrenando. Adriano se encargará de prepararlo adecuadamente para ser el nuevo ejecutor —explica papá.

Alzo las cejas y miro de nuevo a mi hermano, quien toma asiento con total desenfado, cruzando una pierna sobre la otra en una butaca. Extrae un cigarrillo, lo enciende con calma y lo lleva a los labios, como si la noticia de convertirse en el nuevo matón de la organización no le importara en absoluto.

—Tu hermano se ocupará de los asuntos pendientes mientras es entrenado. Luego veremos el resto... Pero no te preocupes por nada de eso, hija. Déjanoslo a nosotros.

Bajo la mirada al sobre que sostengo entre mis manos y niego suavemente, apartando las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—¿Pueden dejarnos a solas un momento? —pido en voz baja.

Los hombres asienten y se dirigen hacia la salida. Alex deja un beso en mi frente antes de seguirlos, dejándome sola con mi padre, quien me observa desde su lugar.

Suspiro mientras tomo asiento frente a él, aun aferrando el sobre con fuerza.

—Hay algo que necesito que sepas —digo, alzando la vista para encontrarme con sus ojos—. No te culpo, papá. Lo que pasó... el secuestro, mi bebé... Nada de eso fue tu culpa. ¡Así que deja de culparte! Eres el mejor padre del mundo. No tienes ni la más mínima idea de cuánto te amo. Daría mi vida sin dudarlo un segundo por ti.

Veo cómo pasa saliva y levanta el mentón, sosteniéndome la mirada con intensidad.

—Hace años, cuando me dispararon en medio de una balacera y creí que moriría... —Su voz se torna grave y melancólica mientras juega con el bolígrafo sobre la mesa—. No me preocupé. Estaba en paz con el ángel de la muerte. Si ese era mi destino, lo aceptaba. Ni siquiera el dolor físico que sentí en ese momento me importó. Pero lo que sí me destrozaba, lo que realmente me destruía, era dejar a tu madre sola contigo.

Se detiene un momento, como si necesitara fuerzas para continuar.

—Desde que supe que Amelia estaba embarazada, me prometí protegerte con mi vida. Y me jodía pensar que, si moría, no podría hacerlo. No te vería nacer, no escucharía tu primer llanto, no te vería dar tus primeros pasos... No te escucharía llamarme "papá".

Las lágrimas nublan mi visión y empapan mis mejillas. Paso una mano por mi nariz en un intento inútil de contener el llanto.

—Me juré protegerte a ti y a tu madre —continúa con voz quebrada—, pero les fallé. ¡Ambas veces! A tu madre casi la pierdo dos veces... y a ti... —Niega con la cabeza, apretando los labios antes de clavar su mirada en la mía—. ¡No permitiré que haya una segunda vez contigo! Toma lo que te ofrezco, Aurora. Vive una vida lejos de esto...

No puedo contenerme más. Me pongo de pie y rodeo el escritorio para lanzarme a sus brazos. Me abraza con fuerza mientras lloro contra su cuello, aferrándome a él con desesperación.

Mi padre ha sido el hombre que más he amado en mi vida. Desde que tengo uso de razón, lo he idolatrado como a nadie. Y sí, también amo a mi madre con el alma, pero la conexión que tengo con mi padre es... única. Siempre ha sido así.

Largarme y llevar una vida normal es algo que he considerado durante mucho tiempo. Sé que lo correcto es aceptar su propuesta, pero el solo pensamiento de alejarme de mi familia me destroza. Los amo demasiado.

Tal vez tenga razón. Tal vez pueda darles a mis futuros hijos una vida normal, lejos de este mundo. Que papá lo piense como una posibilidad me hace creer que, quizás, no sea una locura. Tal vez, después de todo, sí es posible... pero...

—¡No quiero dejarte! —sollozo, aferrándome más a él.

—Y no lo harás... —susurra, acariciando mi cabeza con ternura—. Solo vivirás lejos de todo esto. Podremos vernos cuando quieras, pero estarás oficialmente desvinculada de la organización. Eso es todo.

Me aparta suavemente y me mira a los ojos. Su sonrisa es cálida, y sus manos, grandes y firmes, limpian con cuidado las lágrimas de mis mejillas, como hacía cuando era niña y me calmaba tras un berrinche.

Su mirada ya no se ve apagada. Sus ojos brillan con amor.

—Te amo, principessa. No sabes lo jodidamente difícil que es esto para mí, pero sé que mientras Alex esté contigo, estarás bien. Y siempre... —Aprieta mis manos entre las suyas, con firmeza—. ¡Óyeme bien! Siempre podrás contar conmigo.

Sollozo y asiento, sin fuerzas para responder con palabras. Solo puedo abrazarlo con más fuerza mientras sus dedos recorren mi cabello con cariño.

—Te amo, papá. Siempre lo haré —susurro contra su pecho.

Lo siento exhalar profundamente, como si mis palabras le quitaran un peso de encima.

—Vive, principessa... Vive libre... —susurra, dejando un beso sobre mi coronilla antes de estrecharme entre sus brazos con fuerza.

EPILOGO
AURORA

Italia
Seis años después

La brisa cálida del atardecer agita mi cabello suelto, al igual que la tela ligera de mi vestido, mientras camino descalza sobre la arena de la playa. El sol desciende sobre el horizonte, tiñendo el mar con tonalidades doradas y anaranjadas, y yo sonrío con tranquilidad al respirar el aire salino. El sonido de las olas rompiendo suavemente contra la orilla acompaña la paz que me envuelve en este momento.

El azul profundo del agua me recuerda a los ojos del hombre que hace rato no veo por ningún lado, aunque sé que probablemente esté conversando con alguno de los marineros en el muelle. Me llevo una mano a la frente para cubrirme del sol, entrecerrando los ojos mientras dirijo la mirada hacia la casa de grandes ventanales con vista al mar. Busco a mi esposo, pero no hay rastro de él.

Suspiro y bajo la vista hacia mi mano, donde el diamante de mi anillo de bodas brilla con los reflejos del crepúsculo. Es un recordatorio de que ahora soy una mujer común, una esposa que cuida de su hogar, que trabaja y que lleva una vida tranquila, lejos del caos que alguna vez definió mi existencia. Todo es perfecto.

Cierro los ojos por un momento y deslizo la palma sobre mi abdomen, sintiendo la leve tensión en mi vientre. Todo es perfecto… salvo por un detalle.

Sacudo la cabeza, apartando los pensamientos negativos de mi mente. Me repito a mí misma que todo llegará en su momento y retomo mi camino hacia la casa. Al llegar al pequeño portón de madera que delimita la propiedad, me detengo un instante y observo a mi alrededor.

Esa sensación…

Si hay algo que no he perdido a lo largo de los años, pese a haber dejado atrás la vida en la mafia, es mi instinto. Y en este momento,

algo dentro de mí se enciende como una alarma silenciosa. La sensación de que no estoy sola, de que alguien me observa desde algún punto oculto.

Volteo lentamente y bajo la mirada al suelo. Sobre la arena, del otro lado del portón, hay un rastro de huellas frescas que se dirigen hacia la entrada de la casa. Frunzo el ceño.

Alguien ha entrado.

Mi pulso se acelera, pero mi cuerpo se mantiene en control. Rodeo la construcción con pasos ligeros y cautelosos, dirigiéndome hacia la parte trasera. Al asomarme, entrecierro los ojos al notar que la luz de una vela está encendida en la sala.

Sin hacer ruido, extiendo la mano hacia una de mis macetas en la ventana y tomo la pequeña pala de jardinería con filo de metal. Me pego a la pared y avanzo en silencio, respirando hondo para enfriar mis pensamientos.

Dentro de la casa, un hombre está de espaldas en la sala.

Me acerco con sigilo, con el arma improvisada en alto, y sin dudarlo, coloco el filo contra su cuello.

—¿Quién mierda eres y qué haces en mi casa? —exijo en voz baja, presionando el metal contra su piel.

El intruso no responde, pero antes de que pueda insistir, un leve movimiento tras de mí hace que mis sentidos se disparen. Giro parcialmente la cabeza, sintiendo la presencia de alguien más detrás de mí.

Entonces, la irrupción.

Alex aparece de la nada y, con una velocidad impresionante, reduce al segundo sujeto, llevándolo al suelo con un movimiento limpio y certero. En un instante, le apunta a la cabeza con su arma.

—Créeme, amigo, entrar aquí fue una pésima idea —gruñe Alex, su tono gélido y amenazante.

El hombre enmascarado levanta las manos en señal de rendición y murmura algo ininteligible. Pero en este momento, mis sentidos están concentrados en otra cosa.

En Alex.

Sus músculos tensos, el torso desnudo marcado por el esfuerzo, el cabello mojado que gotea sobre su piel bronceada… La imagen me atrapa por un instante, casi haciéndome olvidar que aún sostengo a un hombre inmovilizado bajo mi arma improvisada.

El sujeto bajo mi agarre se retuerce y un leve corte se forma en su cuello.

—¡Carajo, Aurora! —protesta él con un quejido.

Parpadeo, sacudiendo la distracción de mi mente, y lo suelto de golpe.

—¿Matt? —mi voz sale sorprendida al reconocerlo.

El hombre se reincorpora con una mueca de molestia, frotándose el cuello donde la pala dejó su marca. Por lo que sabía, Matt se había convertido en la mano derecha de Sebastián desde que asumió el cargo de ejecutor y líder del área de Nueva York, luego de que mis padres se mudaran a Chicago.

—¿Así reciben a sus invitados? —bromea con sarcasmo mientras su acompañante, aún con el pasamontañas puesto, se pone de pie.

Alex se acerca de inmediato, colocándose entre ellos y yo, con una postura protectora. Sus ojos azules lanzan una mirada gélida y desconfiada hacia los dos hombres.

—Nadie los invitó —espetó Alex con frialdad—. Ni a ti ni a tus perros.

—Veo que sigues siendo un gruñón sin sentido del humor —responde Matt con una sonrisa burlona. Luego, voltea hacia su compañero—. Él es Logan, ¿lo recuerdas? Fue el piloto que sacó a Aurora el día de…

No termina la frase. Alex asiente levemente, como si de repente recordara al hombre. Yo, en cambio, no lo reconozco en absoluto.

—¿Qué hacen aquí? —pregunto, señalando el sofá para que se sienten.

Matt se acomoda en el asiento y cruza los brazos.

—Sebastián nos envió.

Mi cuerpo se tensa.

—¿Mi hermano? ¿Está bien?

—Sí, está bien —responde Matt con seriedad—. Pero está trabajando en algo personal y necesita ayuda con un asunto.

Frunzo el ceño.

—No sé en qué podría ayudarlo. Hace años que no formo parte de la organización. Pero dime…

Matt me observa con calma y luego dirige la mirada hacia Alex.

—Esta vez, Aurora, no se trata de ti.

Mi ceño se frunce aún más.

—¿De quién, entonces?

La respuesta llega con una mirada directa a Alex.

—De él.

Alex se muestra igual de sorprendido que yo.

—¿Yo? ¿Para qué?

Matt apoya los codos en sus rodillas y entrelaza los dedos.

—Para que hagas lo que mejor sabes hacer… conseguir información.

El ambiente se carga de tensión en un segundo. Alex se pone de pie de golpe, su expresión oscureciéndose.

—Yo ya no trabajo para la agencia —gruñe.

Matt sonríe con malicia.

—Pero tienes contactos, ¿o no? Entre puercos hay hermandad. Alguien podría hacerte el favor.

Alex avanza con una amenaza silenciosa en sus pasos, pero me interpongo antes de que la situación se salga de control. Apoyo una mano firme sobre su pecho y lo miro con calma.

Luego, vuelvo mi atención a Matt con dureza.

—Vienes a mi casa, casi de noche, sin avisar, exigiendo cosas… ¿y todavía tienes el descaro de insultar a mi esposo? ¿Qué demonios te pasa? ¡Lárgate antes de que termine disparándote!

Matt parpadea sorprendido y retrocede un paso.

—Bien, está bien… Lo siento. —Levanta las manos en señal de disculpa.

No aparto mi mirada de él hasta que me aseguro de que no hará otro comentario fuera de lugar. Luego, me giro hacia Alex, quien sigue observando a Matt con una sonrisa burlona en los labios. Le doy un leve golpe en el pecho con la palma de la mano, indicándole que se calme.

Finalmente, nos sentamos, y mientras Matt y Logan le explican los detalles a Alex, yo sonrío con satisfacción al escuchar que, después de tanto tiempo, Sebastián ha encontrado a su chica misteriosa.

Una vez que Alex hace unas llamadas y obtiene la información, escoltamos a los hombres hasta la puerta.

—Fue un gusto verte, Aurora. —Matt besa mi mano con galantería, y en ese instante, Alex aparta la mano de Matt y toma la mía con un gesto posesivo. La risa de Matt resuena en el aire mientras yo pongo los ojos en blanco.

Cuando los hombres se marchan, mi atención regresa a mi esposo. Su imagen es un pecado tentador: su torso desnudo, los pies

descalzos y esos pantalones cortos de baño que se adhieren a su piel húmeda. Me acerco a él, deslizando mis dedos por la firmeza de su abdomen. Sigo con la mirada el recorrido de mis propios dedos, mientras él acaricia mi brazo con los nudillos en un gesto que me estremece.

—¿Dónde estabas? Te estuve buscando… —susurro, acercándome a sus labios.

—Nadando. —Su voz se quiebra sutilmente cuando me ve desabrochar los botones de mi vestido, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Podríamos haberlo hecho juntos… —insinúo, dejando que la tela caiga por mis hombros hasta el suelo, revelando mis pechos desnudos y el diminuto bikini rojo que apenas cubre lo esencial.

Doy un paso atrás, fingiendo desinterés.

—En fin… supongo que iré a nadar por mi cuenta entonces.

Apenas me volteo sobre mis talones para alejarme, sus brazos me rodean en un movimiento firme y me giran hacia él, pegando mi cuerpo contra el suyo.

—No vas a ningún jodido lugar mostrando lo que es mío. —Su tono es oscuro, poseedor, y antes de que pueda responder, baja el rostro hasta mis pechos, atrapando uno con su boca. Su lengua traza un camino ardiente por mi piel mientras mis dedos se hunden en su cabello.

Sonrío, disfrutando de su reacción, y con un empujón suave lo hago caer sobre el sofá. Subo a horcajadas sobre él, besando su cuello con labios húmedos, mientras sus manos recorren mi espalda y bajan hasta mis nalgas, apretándolas con avidez. Entonces, me sujeta del cabello, forzándome a mirarlo.

—Mía.

Su afirmación es un rugido bajo antes de que sus labios se estrellen contra los míos en un beso hambriento.

La pasión nos consume. Le quito lo que queda de su ropa con desesperación, y él hace lo mismo con la mía. Sin perder tiempo, separo mis piernas y me dejo caer sobre él, gimiendo al sentir cómo se hunde dentro de mí. Me aferro a sus hombros mientras cabalgo sobre él, mis caderas moviéndose en un ritmo calculado, nuestros cuerpos fundiéndose en un vaivén embriagador.

Mis manos exploran la dureza de sus brazos y su pecho, mis ojos fijos en los suyos mientras ralentizo mis movimientos, saboreando

cada embestida. Mi piel arde con cada roce, y el placer me nubla los sentidos. Él pasa la lengua por sus labios con una sonrisa maliciosa antes de ponerse de pie, sujetándome por las nalgas.

—Alex… —jadeo cuando me pega la espalda contra la alfombra mullida.

No me da tregua. Se hunde nuevamente en mí con fuerza, sus ojos clavados en los míos, su boca atrapando la mía en un beso profundo. Sus manos recorren mi cuerpo sin descanso. Gimo cuando roza mi punto más sensible, y su propio gemido ronco me enciende aún más.

—Mierda… —gruñe, perdiéndose en el ritmo frenético que nos consume.

Las embestidas se vuelven salvajes, desesperadas. El mundo desaparece a nuestro alrededor mientras nos dejamos arrastrar por el placer. Y cuando el orgasmo nos golpea con la intensidad de una tormenta, Alex se desploma sobre mí, su rostro hundido en mi cuello, su respiración entrecortada.

—También te amo, princesa… —susurra contra mi piel.

Estoy a punto de responderle cuando una arcada súbita me revuelve el estómago. Me aparto de él de golpe, sintiendo una oleada de náuseas. Me pongo de pie y salgo disparada hacia el baño, apenas logrando llegar antes de que mi estómago se vacíe por completo.

Toso, con las manos aferradas al inodoro, mientras siento que alguien recoge mi cabello y lo ata en una coleta alta. Alex me acerca un vaso de agua, y su expresión es inescrutable.

—Dios… lo siento. Creo que algo me cayó mal, cariño —murmuro con voz cansada, pero él sigue mirándome con una extraña intensidad.

—¿Alex? ¿Te sientes bien? Estás algo pálido… —digo al notar su inmovilidad, como si estuviera recalculando algo en su mente. Finalmente, vuelve su mirada hacia mí.

—Tres semanas.

Frunzo el ceño.

—¿Tres semanas de qué?

No responde de inmediato. Su silencio solo aumenta mi confusión.

—Cariño… me estás preocupando. ¿Tres semanas de qué? —insisto, y chillo cuando me toma por la cintura y me sienta sobre el mármol del lavamanos.

—Tienes un retraso de tres semanas.

La revelación me deja sin aliento.

—¿Cómo…?

Mi voz se apaga cuando el significado de sus palabras me golpea de lleno.

—¿Crees que…?

Asiente sin dudar.

Me apresuro a abrir un cajón y saco una de las pruebas de embarazo que guardo por costumbre. Aunque no me he hecho una en años, siempre las tengo a la mano. Alex sigue petrificado, y lo empujo fuera del baño con decisión.

—Tú… ¡tú espérame ahí! —sentencio antes de cerrar la puerta de golpe en su cara.

ALEX

Miro el reloj en la mesa de noche. Han pasado veinte minutos y Aurora aún no ha salido del baño.

La culpa me golpea con fuerza. ¿Me precipité al sacar conclusiones? ¿Y si no lo está? ¿Y si…?

—¡Idiota! —murmuro para mí mismo, reprendiéndome.

La imagen de ella decepcionada o llorando me atormenta.

Doy dos golpes suaves en la puerta.

—Princesa… ¿estás bien?

No hay respuesta. La preocupación me carcome, así que giro el pomo y abro la puerta.

Mi corazón se detiene al verla.

Aurora está sentada en el suelo, con las rodillas dobladas contra el pecho. Sostiene una prueba de embarazo en sus manos temblorosas, mientras lágrimas silenciosas corren por sus mejillas.

—Maldición… —murmuro, sintiéndome el imbécil más grande del mundo.

Ella extiende la mano y me entrega el pequeño objeto de plástico.

—Estoy embarazada… —susurra, como si aún no lo creyera.

Desvío la mirada hacia el suelo. Hay al menos seis pruebas más, todas con el mismo resultado.

Positivo.

Me acerco y la rodeo con mis brazos, levantándola con facilidad. Ella me envuelve con sus piernas alrededor de mi cintura.

—¡Estoy embarazada! ¡Vamos a tener un bebé! —chilla entre sollozos de felicidad.

La emoción me desborda. Beso su rostro, su frente, su nariz, cada lágrima que cae de sus ojos.

—¡Voy a ser padre! ¡Me vas a hacer papá! —digo, sosteniéndole el rostro entre mis manos antes de besarla con desesperación—. ¡Carajo, princesa! ¡Te amo tanto! ¡Tanto! —repito sin dejar de abrazarla.

Ella apoya su frente contra la mía, susurrando con voz temblorosa:

—Vamos a ser papás…

Sonrío con los ojos cerrados.

—Y serás la mejor mamá del mundo.

—Y tú, el mejor papá.

Nos besamos de nuevo, sabiendo que nuestro mundo acaba de cambiar para siempre.

EXTRA
AURORA

Años después

—¡Demonios! —protesto, aferrándome con ambas manos a la loza del inodoro tras vaciar, por tercera vez, el contenido de mi estómago.

El malestar parece intensificarse desde que me hice la prueba. Tal como dijo Isa, los nervios de mantener el secreto frente a Alex están desestabilizando mi cuerpo. No es que piense ocultárselo para siempre. Tarde o temprano tendré que decírselo, solo me estoy tomando un tiempo antes de que se transforme en un loco sobreprotector.

—Princesa… ¿te encuentras bien? —escucho la voz de Alex al otro lado de la puerta, seguida de un suave golpe.

«¡Maldición!»

Me incorporo apresurada, abro la llave del lavabo y me lavo la cara antes de cepillarme los dientes. Ajusto la cinta roja de mi albornoz, aparto mi largo cabello negro hacia atrás y respiro hondo, intentando borrar cualquier evidencia de mi indisposición.

—¿Aurora…?

—¡Un segundo, cielo! —grito antes de que termine de empujar la puerta, pues ahora golpea con más fuerza.

Le lanzo una última mirada a la mujer en el espejo y, obligándome a sonreír, me giro hacia la puerta.

—¿Qué sucede? —pregunto, frunciendo el ceño.

Alex no responde de inmediato. En cambio, asoma la cabeza y echa un vistazo al interior del baño, como si buscara algo… o a alguien.

—Eso es lo que me pregunto yo, princesa. Has estado actuando de forma extraña últimamente.

Trago saliva.

—Son ideas tuyas, amor… Todo está bien —respondo con una sonrisa que espero parezca convincente.

Él alza una ceja, evidentemente escéptico.

—Solo venía a decirte que Salvatore ya se durmió —dice, pero no se mueve—. Y… ¿segura que todo está bien? Te ves un poco pálida.

Antes de que pueda reaccionar, su mano se posa sobre mi frente. Su ceja se arquea aún más mientras me examina con la mirada.

—¡Claro, cariño! Todo está perfecto —insisto, y dejo que me rodee con sus brazos.

Sus manos se deslizan lentamente por mi espalda con una suavidad que me reconforta. Sonrío cuando descienden hasta sujetarme el trasero con firmeza. Su aliento cálido roza mi piel mientras la punta de su nariz recorre mi cuello en un gesto perezoso.

—Hueles tan bien… —susurra en mi oído, apartando mi cabello a un lado.

—¿Ah, sí? —musito, dejándome arrastrar hacia la cama.

—Yo diría que demasiado bien… —Su boca vuelve a mi cuello, depositando besos incandescentes—. Hay algo en ti últimamente que me vuelve loco.

Su confesión me tensa.

—Creí que siempre te había parecido irresistible —bromeo, intentando restarle importancia.

Dejo un beso suave en sus labios y mordisqueo su labio inferior.

—Y no te equivocas —admite con voz grave—, pero… no sé, hay algo diferente en ti… Tu aroma… es distinto. Tus senos están más grandes, más apetecibles y… ¡joder! No puedo resistirme a ti.

Su confesión me atraviesa como un rayo.

—Yo creo que solo dices esas cosas porque quieres follarme —le provoco con una sonrisa juguetona.

Alex me imita, regalándome una sonrisa arrogante.

—¿Qué fue lo que me delató?

Su mano se desliza entre mis piernas sin previo aviso, arrancándome un jadeo que trato de contener mordiendo su labio.

Cierro los ojos y me dejo arrastrar por el placer de sus dedos deslizándose bajo mi ropa interior, explorándome con maestría. Su boca sigue trazando un sendero de besos ardientes por mi piel.

—Déjame escucharte, princesa —ordena, intensificando el movimiento de sus dedos entre mis pliegues húmedos.

—No puedo… es que… —jadeo entrecortada.

Él sonríe con suficiencia contra mi mejilla.

—Nuestro hijo ya está dormido… No nos escuchará.

Un nuevo gemido escapa de mis labios cuando, sin previo aviso, uno de sus dedos se hunde en mi interior.

—Sabes… —murmura en mi oído, atrapando mi atención mientras jala con los dientes el lóbulo de mi oreja.

No me deja responder. Su boca atrapa la mía en un beso que me deja sin aliento, succionando con firmeza mi labio inferior.

—Últimamente tienes muchas náuseas… —susurra contra mi piel.

Echo la cabeza hacia atrás cuando besa el hueco entre mi oreja y mi hombro.

—Ya no bebes una copa de vino en la cena…

Me arqueo cuando un segundo dedo se une al primero y su pulgar comienza a masajear mi clítoris.

—Pero ¿sabes qué es lo más curioso de todo?

Mi respiración se entrecorta y mis ojos lo buscan con ansiedad. Sus pupilas se han oscurecido, devorando el azul de su iris. Su sonrisa engreída y su mirada triunfante me gritan que lo sabe.

—¿Qué…? —jadeo, incapaz de fingir indiferencia.

Alex se inclina y, sobre mis labios, susurra:

—Que definitivamente… —muerde mi barbilla y me arranca otro gemido— …has estado más caliente de lo normal.

Mis paredes se contraen alrededor de sus dedos y mis piernas comienzan a temblar.

—Y no me malinterpretes… ¡me encanta! —añade, sin detener su tortura.

Mis uñas se clavan en su brazo y mis jadeos se vuelven suplicantes.

—Por favor… —suplico, al borde del clímax.

Pero él se detiene un poco, arrancándome un quejido de frustración.

—Confiesa, princesa… —su voz es un ronroneo seductor.

—No sé de qué hablas —miento, intentando recuperar el aliento.

Él se ríe, divertido con mi terquedad.

—Eres tan obstinada… —murmura contra mi boca antes de morder mi labio—. Pero lo sé.

Sus palabras me congelan.

—Sé que estás embarazada otra vez.

El placer me recorre como un relámpago cuando, sin darme tiempo a reaccionar, vuelve a acelerar el ritmo de sus dedos en mi interior.

—Yo…

—Es curioso que pensaras que no lo notaría… —susurra en mi oído, su aliento cálido erizándome la piel—. No puedo quitar mis ojos de ti por más de cinco minutos.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Cómo lo supiste? —pregunto entre jadeos, mientras el orgasmo me arrastra como un huracán, sacudiendo mi cuerpo por completo.

Alex devora mis labios en un beso salvaje y, en un movimiento ágil, me gira hasta dejarme de espaldas contra su pecho. Mis pechos se presionan contra el colchón mientras él se posiciona detrás de mí.

Su mano se hunde en mi cabello y sujeta mis caderas con firmeza mientras su dureza palpita contra mi trasero.

—Lo supe… porque conozco cada rincón de tu cuerpo, princesa. Reconozco cada pequeño cambio en ti… —su voz es ronca y entrecortada mientras desabrocha su pantalón.

—Además… —añade antes de embestirme de una sola estocada—, olvidaste la prueba de embarazo en la papelera del baño.

SERIE ALMAS CORROMPIDAS

° El Ángel del Diablo.
° Aurora Heredera de la Mafia.
° La Redención del Mafioso.
° La Obsesión del Mafioso.

ADELANTO

La redención del mafioso

Estoy empapada, tengo frío y mi cuerpo está tan débil que siento que me voy a desmayar. Las heridas de mi espalda arden cuando la sangre seca y el sudor se mezclan con la lluvia, haciendo que la escasa ropa que llevo se me adhiera a la piel. Estoy cansada, mis párpados pesan y comienzo a sufrir temblores. Sé que no podré resistir mucho tiempo más. Llevo demasiado corriendo sin rumbo, pero solo me importa alejarme lo más posible de aquel horrible lugar. Recorro la zona con la mirada, buscando un sitio donde ocultarme hasta que la tormenta pase, pero, temiendo no haberme alejado lo suficiente, descarto la idea de inmediato. «No puedo detenerme ahora». Si me atrapan, el castigo por intentar escapar será peor que todo lo que ya me han hecho.

El cielo se ilumina cuando los relámpagos se extienden por el manto nuboso. A lo lejos se escucha el estruendo de un rayo golpeando en algún lugar cercano. Me estremezco y comienzo a correr más rápido, sin importarme mi estado.

Sigo mi camino corriendo con todas mis fuerzas mientras me golpeo contra las ramas de los árboles al adentrarme en un gran parque. Tropiezo con todo a mi paso, pero sigo corriendo. Mis pies sangran y duelen, pero no me detengo. Avanzo hasta encontrarme con un lago, y trago saliva al darme cuenta de que, si quiero seguir adelante, debo atravesarlo. «Lo haría... si supiera nadar».

De pronto, un sonido tras de mí me hace saltar en mi sitio y girar el rostro en esa dirección. El corazón se me acelera y el pulso se dispara al escuchar el crujir de unas ramas entre la oscuridad de los árboles. Inmediatamente siento el peso de una mirada sobre mí, y el terror me hiela la sangre porque, sí, alguien me observa. Puedo sentirlo. Mi respiración se acelera rápidamente ante la posibilidad de haber sido encontrada y, de un momento a otro, comienzo a hiperventilar.

«¡Por favor, no!»

Observo aterrada hacia la oscuridad entre los árboles y entrecierro los ojos, tratando de enfocar la mirada. Puedo sentir que hay alguien allí, acechando como un animal a punto de cazar a su presa.

Tambaleante, retrocedo en un vago intento de poner distancia, pero cuando una parte de la silueta de esa persona se deja ver entre las tinieblas, mi cuerpo tiembla. Las piernas me hormiguean, negándose a moverse. Solo logro mantener la mirada fija en esa gran figura que permanece inmóvil entre las sombras, lo que me aterra aún más. Es enorme, y probablemente no le tomaría ni un segundo atraparme y aplastarme.

El extraño se mueve, y el pánico me paraliza los músculos. Ya no logro razonar, aunque todas mis alarmas están encendidas. Allí está, mirándome fijamente desde la oscuridad. De pronto, comienza a avanzar hacia mí. De inmediato, me sobresalto y vacilo, dando un paso atrás, sin saber hacia dónde huir. Solo tengo dos opciones: lanzarme al embravecido río y morir ahogada, o morir en manos de esa persona.

El extraño, de un momento a otro, acelera en mi dirección, y ya no tengo tiempo para decidir. Retrocedo por puro instinto, intentando alejarme de la amenaza, pero el terreno bajo mis pies es tan inestable y lodoso que, al dar un paso atrás, algo a mi espalda me hace tropezar y termino cayendo al río.

Lo primero que siento es un ardor insoportable en la espalda cuando el agua golpea con fuerza las heridas abiertas. La corriente comienza a arrastrarme, y pronto nada está claro. Lucho con la poca fuerza que me queda para mantenerme a flote. A lo lejos, logro distinguir a una persona de cabello negro que también se lanza al río.

El agua entra por mi boca y mi nariz en grandes cantidades. La visión se me nubla y los ojos me arden, al igual que la garganta. Intento tomar lo que sea que me mantenga a flote, pero me siento demasiado débil. Ya no puedo ver más que la turbia agua que me arrastra como una hoja frágil. Mi cuerpo se sumerge una y otra vez, golpeando con violencia contra las rocas. A pesar de que lucho con todas las fuerzas que me quedan, ya no lo resisto más.

Mi mente es la primera en ceder, absorbida por pensamientos que me alejan de la realidad. «Después de todo, voy a morir aquí.» Así es como termina mi vida después de tanto. Casi reiría de mí misma; he soportado un infierno durante años y ahora, cuando al fin he logrado ser libre, la muerte me recibe con los brazos abiertos. Bien, no importa. Al menos moriré lejos de mi encierro, lejos de... él. Y así, en la muerte, encontraré la paz que en vida jamás podré tener.

Y así, sin más, me rindo a mi trágico, pero liberador destino. Mis músculos pierden fuerza y dejo de luchar. Mi cuerpo se siente tan

liviano que poco a poco me dejo ir. Ya no habrá dolor, ya no habrá risas perversas, ni burlas ni humillaciones. Ya no más castigos para mí. Solo paz.

Mis ojos se cierran, y la imagen de la sonrisa de mi madre aparece frente a mí. Estoy cansada, no puedo seguir peleando. Lo he hecho por mucho tiempo y ya no puedo, ya no deseo hacerlo. Poco a poco, empiezo a perder el conocimiento. La oscuridad me toma milímetro a milímetro, hasta que, al fin, todo se vuelve completamente negro.

AGRADECIMIENTOS

Como muchas de mis lectoras saben, la parte que más me cuesta del proceso de publicar mis libros es escribir los agradecimientos. No porque no me sienta profundamente agradecida, sino porque siempre temo olvidar a alguien en el camino. Pero aquí estamos nuevamente, con una nueva historia por publicar y con nuevas personas a quienes agradecer. Así que, aquí vamos.

En primer lugar, y, antes que nada, quiero expresar mi gratitud a mis fieles y maravillosas lectoras. Ustedes, que siempre me apoyan, me dejan sus hermosos comentarios y me llenan de cariño constantemente. Sus palabras de aliento me motivan a seguir adelante con la escritura, incluso en aquellos momentos en los que dudo de mí misma y de lo que hago. Gracias por inspirarme a seguir aprendiendo y mejorando cada día. Nada de esto sería posible sin ustedes. Como siempre les digo, no tienen idea de cuánto valoro su compañía y apoyo en cada paso de este camino maravilloso que es la escritura. Los libros y ustedes han sido mi refugio en los momentos más oscuros. Las adoro.

También quiero agradecer a mi familia por su apoyo incondicional y sus buenos deseos. A mi hermoso hijo, Agustín, porque cada uno de mis logros siempre será por y para él, antes que nadie. A mi esposo, Gastón, quien me escucha hablar de libros y personajes ficticios los siete días de la semana. A mi mamá, Sonia, y a mi papá, Ramón.

A mis amigas Lenis, Jess, Camí y, en especial, a Gaby, por ser la fan número uno de Aurora desde que la historia solo era un borrador en un chat de WhatsApp. ¡Gracias!

A mi queridísima Vane Saldaña, también amiga, quien fue la madrina de la hermosa portada de esta historia, y a mi incondicional Yashi Maldonado, por colaborar con Vane en el proceso. ¡Gracias, chicas!

Y, por último, pero no menos importante, a mi bella y adorable editora, Sophie. No solo ha trabajado incansablemente para ayudarme a mejorar mi libro, asegurándose de que cada escena sea excepcional y emocionante para que ustedes puedan disfrutar de la mejor versión de la historia de Aurora y Alex, sino que también he

ganado una nueva amiga con quien compartir charlas sobre la vida y sobre lo que más nos apasiona: los libros.

Espero no haber olvidado a nadie y, si es así, les pido disculpas de antemano. Una vez más, gracias a todos por su apoyo y cariño incondicional.



Valeria Hernández nació el 6 de diciembre de 1993 en Uruguay. Es autora, estudiante de Derecho, esposa de un policía gruñón y mamá orgullosa de un dulce niño de siete años que ilumina su vida. Su amor por la lectura comenzó como una forma de silenciar a los demonios de su mente, pero, con el tiempo, los libros despertaron en ella algo más: el deseo de crear sus propias historias.

En 2022, Valeria decidió dar un salto de fe y publicó el primer borrador de su obra debut, El ángel del diablo, en la reconocida plataforma *Wattpad*. Desde entonces, ha continuado explorando su pasión por la escritura, compartiendo relatos llenos de emociones intensas y personajes inolvidables.